

JUAN MADRID

PERROS
QUE
DUERMEN

alianza Literaria

Madrid, 2011. Juan Delforo, periodista y escritor, hijo de padres republicanos y con un pasado de militancia en la lucha antifascista, acude a un chalet de El Viso para recoger el legado de un hombre que no conoce y que acaba de morir. Se trata de Dimas Prado, un comisario, viejo falangista, que se relacionó en el pasado con los padres de Delforo y ha ejercido de protector en la sombra del joven disidente.

Burgos, 1938. Dimas Prado es encargado de la investigación del espeluznante asesinato de una jovencísima prostituta a manos de un jerarca del bando nacional. La investigación, que tendrá por objeto borrar cualquier rastro del crimen, permitirá relanzar la carrera policial de Dimas Prado, que cuenta con la ayuda del siempre fiel Guillermo Borsa.

Málaga, 1945. El padre del protagonista, Juan Delforo, militar republicano que luchó en la Defensa de Madrid, es detenido y condenado a muerte. Dimas Prado intercede por él a cambio de una información fundamental para su futura carrera política y le permite un encuentro con su mujer, Carmen Muñoz, a la que le unían lazos nunca revelados.

¿Por qué el viejo comisario quiso como última voluntad que Juan Delforo heredara su historia? ¿Puede un novelista contarlo todo? ¿Qué verdades se esconden tras las lealtades ocultas de estos personajes?

Juan Madrid, en la que es su novela más ambiciosa hasta el momento, nos lleva a través de las páginas de *Perros que duermen* a aquella época sombría de la guerra y la posguerra civil, y a sus ecos en la construcción de nuestro presente. Una novela de intriga, inquietante y estremecedora, con personajes complejos, contradictorios y ricos en matices, que nos hará reflexionar sobre el género humano y sobre la necesidad de contar historias.



Carlosgraphic

Juan Madrid

Perros que duermen

Título original: *Perros que duermen*

© Juan Madrid, 2017

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2017

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

Edición digital: © Carlosgraphic

A Álex y a Guille y a los
que luchan por sus ideales.

«Tenéis generaciones esperando, masas dormidas, perros que nos despedazarán cuando despierten y sea la hora».

NAZIM HIKMET (1901-1963), *Resimli Ay*
(Mensual Ilustrado), Salónica, 1927

«Con paso firme se pasea hoy la injusticia. / Los opresores se disponen a dominar otros diez mil años más. / La violencia garantiza: “Todo seguirá igual”. / No se oye otra voz que la de los dominadores, / y en el mercado grita la explotación: “Ahora es cuando empiezo”. / Y entre los oprimidos, muchos dicen ahora: / “Jamás se logrará lo que queremos”».

BERTOLT BRECHT, *Poemas y canciones*, 1932

Nota del autor

Esta es una obra de ficción, los personajes, salvo los que salieron en los periódicos y en los libros de Historia, son inventados, de la misma manera que algunos lugares físicos y sucesos se pliegan a los dictados de las tramas y la narración.

APERTURA

MADRID, COMIENZOS DE OCTUBRE DE 2011

Unos años antes de que muriera su madre, Juan Delforo recibió una llamada telefónica bastante extraña en su casa de Salobreña, Granada, de alguien que dijo llamarse Guillermo Borsa. Le informó de que un tal Dimas Prado le había dejado un legado en su testamento. Le solicitaba una cita en Madrid para entregarle su última voluntad.

En un primer momento Delforo no supo quiénes eran Dimas Prado ni Guillermo Borsa. Se lo tuvo que recordar Borsa. Solo entonces Dimas Prado se fue corporeizando poco a poco, desde las brumas de su lejana juventud. Se trataba de un policía que en 1976, estando él detenido, se presentó en su celda en la Dirección General de Seguridad, empeñado en hablar con él.

Evocó sus redondos ojos de sapo, el bigotito teñido de negro sobre la boca perruna, su cojera y la manera un tanto estudiada de apoyarse en el bastón, sin contar la boquilla en la que atornillaba cigarrillo tras cigarrillo con

gestos que parecían estudiados. Pero, sobre todo, Delforo recordó la mirada fija y escrutadora y aquel bastón con empuñadura de plata que el policía dejó sobre el banco de piedra en la celda antes de sentarse a su lado.

Quedaron en reunirse el lunes de la semana siguiente, día que Delforo solía elegir para ver a su madre en Madrid. Movido por la curiosidad, la cita quedó fijada en una dirección de la colonia de El Viso.

A la hora prevista, Delforo llamó al timbre de la puerta de un chalet de dos plantas, excesivamente maltratado por el tiempo y la desidia, rodeado por altas tapias por las que asomaban copas de árboles sin podar. Le abrió un anciano flaco, con una chaqueta cruzada pasada de moda y el cabello blanco apelmazado, peinado hacia atrás. Parecía un fotograma sepia de alguna vieja película de gánsteres.

Se dieron la mano.

—Supongo que es usted el señor Borsa, ¿no?

—Sí, Guillermo Borsa. ¿Sabe?, lo habría reconocido a pesar del tiempo que ha pasado. ¿Quiere entrar, por favor?

Atravesaron lo que antes debió de ser un jardín cuidado y ahora era una maraña de matojos secos y enredados y entraron en la casa, sumida en un extraño y destartado silencio. Borsa lo condujo hasta un salón con libros encuadernados en piel que parecían no haber sido abiertos nunca, cuadros antiguos y algunos sofás y sillones. El salón parecía una tienda de antigüedades sin barrer. Le hizo señas para que tomara asiento en uno de los enormes sillones de orejas que rodeaban una mesita sobre la que

había un cenicero de porcelana con caracteres orientales, dos libros en ediciones de bolsillo –no pudo leer los títulos–, un cuaderno grande de tapas negras muy gastado y un juego de café con dos tazas.

Borsa se acomodó en un sillón al otro lado de la mesa, levantó la cafetera y le preguntó:

–¿Quiere café? Lo acaban de preparar, aún está caliente.

Mantén la cafetera en alto y una expresión dubitativa en el rostro. La mano le temblaba ligeramente.

–Sí, por favor.

–¿Azúcar?

–Gracias, no tomo.

El anciano no dejaba de observarle. Delforo sorbió un trago. Era un buen café.

–Bien –empezó–. Tengo una gran curiosidad. ¿Qué quiere usted? Me dijo que un tal Dimas Prado me menciona en su testamento. ¿No es así?

–Sí, eso fue lo que le dije. Soy el albacea del señor Prado. Antes de morir me encomendó esta tarea, que cumplo tal como se lo prometí, aunque no lo apruebe. Tengo que advertirle de que intenté disuadirle muchas veces, pero fue inútil.

–No lo entiendo, solo vi al señor Prado en una ocasión, y fue en 1976. Me habían detenido y me encontraba en una de las celdas de la antigua DGS.

–¿No recuerda nada más?

Delforo se mantuvo en silencio. Contestó pasados unos

instantes:

–Fue hace mucho tiempo.

–Usted y Dimas estuvieron casi dos horas hablando en la sala de comisarios, en el tercer piso. Y tomaron café, yo mismo se lo llevé. ¿No se acuerda?

–Sí, es cierto. Tomamos café y charlamos en un saloncito con aspecto de pub inglés. ¿Fue usted el que nos llevó el café?

–Sí, fui yo.

–Recuerdo que la noche anterior entraron en mi celda varios esbirros con pañuelos en el rostro y sin mediar palabra me golpearon con porras hasta molerme. Al otro día, ese..., el señor Prado vino a verme y me sacó de la celda. Me dijo que era comisario jubilado. Recuerdo que me hizo acompañarle a esa sala donde estuvimos hablando. Se interesó por determinados aspectos de mi vida, pero, sobre todo, me preguntó por mi madre y mi padre, Carmen Muñoz y Juan Delforo Farrel. No recuerdo mucho más de aquella conversación. Mi padre murió en 1970 en un desgraciado accidente de coche.

–Su padre y Dimas se conocieron en la posguerra y se vieron en varias ocasiones. También conoció a su madre. ¿Vive ella todavía?

–¿Mi madre? Sí, claro, tiene noventa y cinco años y está perfectamente... Bueno, tiene muy limitadas las facultades físicas, pero se vale por sí misma. ¿Qué tipo de relación pudieron tener mi madre y ese...? Me refiero a Dimas Prado.

—¿No lo entiende?

—No, no lo entiendo en el caso de mi padre es diferente. Fue oficial en el Ejército Popular de la República y llegó a mandar una división en la batalla del Ebro. Estuvo en la cárcel en Málaga en 1945, después, en 1946, unos meses en el Penal del Puerto de Santa María y más tarde, hasta la amnistía general de 1949, en un batallón de castigo en Mohedas de la Jara, un pueblo de Toledo. Pero mi madre..., bueno, nunca tuvo ninguna actividad política.

Borsa bebía café a pequeños sorbos. Delforo lo contempló: rostro delgado, cadavérico, con el cabello blanco semejante a un extraño sombrero, el cuello flaco y la dentadura blanca y pareja, tan ridícula en las bocas de los viejos. ¿Cuántos años tendría?

—¿No se preguntó nunca por qué tuvo tanta suerte en su vida..., digamos en su vida política, señor Delforo?

—¿Tanta suerte? No sé a qué se refiere.

—Me refiero a que usted se libraba siempre del cerco policial, señor Delforo. Sus compañeros de partido caían y usted no. Recuerde, esa fue la única vez que la policía lo cogió, a finales de 1976. Y lo cogieron porque Dimas quería verlo, charlar con usted. Tenía curiosidad por conocerlo. Y esa era la mejor manera de hablar con usted.

—Espere un momento, señor Borsa, esa no fue la primera vez que me detuvieron; antes caí preso en 1971, estuve un tiempo en la cárcel de Salamanca, preventivo. Más tarde me trasladaron a Madrid, me juzgaron y fui absuelto por el Tribunal de Orden Público.

–Esa es una prueba más de lo que le estoy diciendo. Entre 1971 y 1973 Dimas y yo estuvimos en Estados Unidos en misión especial. De todas maneras, el Tribunal de Orden Público lo absolvió por falta de pruebas. ¿Recuerda lo que ocurrió exactamente aquel día de finales de 1976? ¿Lo recuerda? Dimas ordenó que lo llevaran a la enfermería para que le revisaran y curaran sus magulladuras y más tarde lo condujo a la sala de comisarios. Estuvieron hablando casi dos horas. Aún recuerdo cómo iba usted vestido; mejor dicho, cómo iba vestido aquel joven que era usted en 1976. Tenía entonces veintinueve años, ejercía el periodismo y quería ser escritor.

–Sí, eso es, primero fui a la enfermería y después a la sala de comisarios..., ahora caigo. Estuvimos hablando un buen rato, me preguntó por..., por mi padre y mi madre, ya se lo he dicho. También mostró interés por mi trabajo..., si me interesaba más la literatura que el periodismo...; en fin, fue todo muy extraño y yo estaba sin dormir, además de que me habían sacudido aquella paliza la noche anterior. Pero han pasado treinta y cinco años y sigo sin comprender a qué viene todo esto. Escuche, señor Borsa, ha sido la curiosidad lo que me ha hecho venir. Soy escritor y ese legado me ha llamado la atención. ¿Qué ha querido decir con eso de mi buena fortuna durante mis años de actividad política?

–Es sencillo, lo hemos protegido siempre.

–¿Hemos?

–Sí, los dos, Dimas y yo. Yo a mi pesar, pero así ha sido. Usted era intocable.

–No..., no... Es imposible. ¿Desde cuándo?

–Desde que empezó su actividad política clandestina y subversiva en 1964. Aquella organización... ¿Cómo se llamaba?, el GAUP, los Grupos de Acción y Unión Proletaria.

Delforo no pudo evitar un gesto de extrañeza. Esa etapa de su vida estaba olvidada y sepultada en lo más profundo de su memoria. Se afilió al GAUP en 1964, cuando trabajaba de botones en aquella editorial madrileña en la que años después publicó seis novelas. Lo contactó José Pons, hermano de Eduardo Pons Prades, el jefe de producción de la editorial, exmilitar republicano de extracción libertaria, antiguo oficial de la resistencia francesa y un brillante intelectual.

Delforo formó una célula con sus dos amigos de entonces, Alberto Ganga y Emilio Vera, con los que compartía discusiones literarias e inquietudes revolucionarias. Los tres pretendían escribir novelas mientras se entrenaban y recibían educación política, integrados en la Federación Anarquista Ibérica, la FAI. La propaganda que recibían se almacenaba en la editorial sin que nadie lo supiera y ellos la distribuían en fábricas y lugares de trabajo.

Alberto Ganga se suicidó años más tarde, después de sufrir un accidente de coche que le deformó el rostro. Emilio Vera murió de cáncer al año siguiente, tras

publicar en Planeta su primera y única novela: *La marcha de la carroña*. Su viejo amigo Alberto Ganga solía escupirles a los mendigos que les pedían limosna. Cuando se lo afeaban, les aseguraba que así promovía el odio de clase. Delforo se sorprendió ante la viveza de sus recuerdos. Llevaba años sin acordarse de aquella etapa de su vida.

–Tenía usted diecisiete años –decía Borsa.

–Espere un momento, es imposible. ¿Cómo sabe eso? La organización era clandestina y se disolvió en 1968. Yo la abandoné un poco antes, en 1967.

–Eso es, entonces ingresó en el Partido Comunista en la Facultad de Letras de Madrid, más tarde continuó la militancia en la de Salamanca... Y hace poco ha vuelto a ser miembro del partido, ¿no es así? Claro, el partido ya no es clandestino, por supuesto, ni ilegal. Pero no quiero hablar de su vida política, señor Delforo. No me interesa. Le repito que estoy aquí con usted porque le di mi palabra a Dimas, solo por eso. Si le parece bien, le diré lo que le ha legado. ¿Me está escuchando?

–¿Qué? Sí, le estoy escuchando, y le digo, simplemente, que no puede ser. No son tan listos, no pueden saberlo todo. Tienen brigadas de información, servicios secretos, confidentes..., pero no. Es imposible, es un farol.

–Como quiera.

–¿Qué me ha dejado ese hombre? ¿Lo puedo saber?

Borsa levantó el cuaderno negro.

–Esto..., una especie de..., bueno, de novela o de narración de algunos sucesos que ocurrieron en Burgos en 1938. Él quería que usted la utilizara y se basara en lo que él había empezado a contar. Pero tiene que garantizarme que la usará.

–¿Y eso es todo? ¿Un cuaderno con un bosquejo de novela?

–Dígalo de otra manera. Le da materiales únicos, información de un crimen impune del que no se sabe nada. ¿Lo toma o lo deja? Me dijo que la única condición que ponía era que usted me diera su palabra de que lo iba a utilizar.

–¿Y basta con mi palabra?

–Sí, con su palabra es suficiente. Démela y se lo entregaré.

–¿Él sabía que yo era escritor?

–Sí, lo sabía. Leyó sus libros. Mire... –Levantó los libros que había en la mesa. Eran sus dos primeras novelas. Había publicado una en 1980 y la otra en 1982—. Las tenía todas, pero yo solo he encontrado estas dos.

–Me parece muy extraño, compréndalo.

–No se arrepentirá, se lo garantizo. Dimas sabía terribles secretos de Estado. ¿No se decide?

–¿Qué eran ustedes? ¿Amigos?

–Hermanastros, hermanos de padre..., y también fui su ayudante y amigo. Estuve con él desde la primavera de 1936. Una larga relación de setenta y cinco años. –Ante el silencio de Delforo, Borsa añadió—: Acepta el legado, ¿sí

o no? Mientras se decide, podemos tomar un poco de coñac. ¿Le apetece?

–¿Ahora? ¿No es demasiado temprano?

–Nunca es demasiado temprano para nada. Dimas solía tomar coñac a todas horas y yo también me aficioné. Últimamente solo bebíamos el 1866 de Larios, es mejor que los coñacs franceses.

–¿Va a invitarme a beber coñac?

–Gastaremos la última botella. ¿Sabe una cosa? Dimas pidió una copa antes de irse al otro mundo. Beberemos a su salud.

–¿Quiso beber coñac antes de morir?

–Así es... Dimas se suicidó la semana pasada.

–¿Cómo que se suicidó?

–Pues sí, eso hizo. ¿Le interesa?

Delforo se encogió de hombros.

–No... No me interesa, en realidad me da igual.

–Se disparó al corazón.

Borsa le sonrió. Delforo lo observó tocar un timbre que parecía de plata. Su sonido se perdió en la lejanía de la casa.

–Dimas Prado llevaba en la solapa la insignia de camisa vieja de Falange –recordó Delforo—. ¿Usted también fue falangista?

–¿Falangista? Bueno, es posible, aunque nunca me afilié. Dimas lo era y yo..., bueno..., yo estaba con él. Creo que todo el mundo suponía que yo también era falangista. En realidad, el único partido al que me afilié

fue al Partido Nacionalista Español del doctor Albiñana, uno de los que mandaba en Burgos durante la República. Consiguió un escaño de diputado en el 36, se quedó en Madrid y lo fusilaron cuando se produjo el Alzamiento. Teníamos unas milicias muy parecidas a las de Falange, incluso saludábamos a la romana.

Una mujer gruesa entró en la habitación arrastrando las zapatillas. Parecía marroquí, a juzgar por la henna con la que se había tintado el cabello y los tatuajes de las manos y del mentón. Observó en silencio a Delforo con sus ojillos abultados.

—Fátima, tráenos la botella de coñac, anda.

La mujer desapareció tras la puerta sin decir palabra.

—¿Me está diciendo que fue pistolero de la Legión de Albiñana?

Borsa se encogió de hombros.

—¿Qué importancia tiene eso ahora? Fue hace mucho tiempo. ¿Sabe una cosa? En una ocasión Dimas le salvó la vida. ¿Qué le parece?

—¿A qué se refiere?

—Le he dicho que Dimas le salvó la vida. Usted estuvo condenado a muerte.

Delforo creyó que no había oído bien.

—Espere un momento, ¿quién me condenó a muerte?

Borsa ahora le estaba sonriendo. La extrema palidez de su rostro parecía relucir.

—Nosotros... —respondió—, y si no llega a ser por Dimas, usted ahora no viviría, así de sencillo.

–¿Con ese nosotros se refiere a la policía o a la Falange?

Inexplicablemente Borsa seguía sonriéndole como si esa mueca lo disculpara. Delforo contempló sus dientes grandes y parejos, tan falsos como su sonrisa.

–Déjelo en «nosotros», no le voy a decir más.

–¿Por qué me ha dicho esa fanfarronada? ¿Le gusta jugar? Déjeme preguntarle: ¿todo esto lo había previsto Dimas Prado o es idea suya?

–Hubo un tiempo en que usted me asqueaba, Delforo. Usted, su padre... y su madre, esa repugnante familia de comunistas. Dimas no supo darse cuenta de lo que significaron ustedes en su vida. Ustedes fueron culpables de..., de... joderle... le marcaron para siempre, lo convirtieron en un desgraciado. ¿Lo entiende?

–Puedo entender las palabras «joderle», «ser un desgraciado», «marcarle para siempre», pero no entiendo qué tiene que ver eso con mi familia, ni conmigo.

Fátima regresó con una bandeja en la que había dos copas ventrudas y una botella de coñac. Borsa llenó las copas hasta la mitad, ensimismado. Olisqueó la suya y chascó la lengua murmurando algo entre dientes. La criada se retiró en silencio.

–Los años lo borran todo. ¿Qué importa eso ahora? Dígame, ¿quiere brindar por Dimas? –Levantó la copa—. ¿Por mi hermano Dimas?

–Está bien, por él. –Delforo levantó su copa y bebió un sorbo de coñac—. ¿Qué ha querido decir con eso de que

Dimas impidió que me mataran?

–No tiene importancia, déjelo.

–Insisto, ¿eso es verdad?

–Sí, Dimas impidió que lo mataran. Los nuestros pudieron haberlo hecho sin que él se enterara, pero desistieron... Dimas era..., no sé..., imponía respeto y era muy cabezón; ni siquiera pude quitarle de la cabeza que se suicidara.

–¿Está hablando en serio? ¿Cuándo fue eso? Según me ha dicho solo nos vimos una vez hace treinta y tantos años en la DGS, y el que estaba jodido era yo, me acababan de dar una paliza.

–No olvide que conocíamos todos sus pasos. –Vació la copa y volvió a llenarla despacio. Se puso a mover el coñac—. Igual no se acuerda, pero usted y yo coincidimos antes de que Dimas fuera a verlo a la DGS. Ocurrió a finales de 1975, aún no había muerto el Caudillo.

–Tiene usted una memoria envidiable para su edad. Yo no lo recuerdo. ¿En qué otra ocasión dice que nos vimos? Bueno, si puede saberse. ¿Le molesta que fume?

–No, en absoluto. Yo no he fumado nunca, pero Dimas no dejó de fumar jamás. Fumaba Pall Mall, esos americanos emboquillados. Se fumaba dos paquetes diarios.

–Los atornillaba en una boquilla negra.

–Sí, eso es. Perteneció a su padre. ¿Quiere que le traiga un paquete de Pall Mall? Aún quedan.

–Gracias, fumo negro. –Prendió uno de sus cigarrillos y

expulsó el humo—. No me ha contestado. ¿Dónde nos vimos?

—Es usted muy curioso, Delforo, actúa como un policía, aparenta frialdad y aplomo y se fija en todo.

—¿Es un halago?

—Puede ser.

—Es posible que los policías y los escritores tengamos algo en común... La capacidad de observación, el instinto de comprender a los seres humanos de un vistazo, el análisis de sus gestos, sus silencios..., todo eso es parecido. De todas formas, los escritores lo hacemos con fines diferentes de los de la policía. ¿Me lo va a contar o no?

—Usted vino a vernos a aquel almacén de la calle Francos Rodríguez con la intención de afiliarse a nuestro grupo. Bueno..., de infiltrarse, digamos. Quería usted escribir un reportaje sobre los Grupos de Acción, ya sabe..., se hizo pasar por falangista. En realidad usted llevaba bastante tiempo investigando sobre nosotros, lo teníamos calado. Vino con un tal «Huracán Molina», uno de los nuestros.

Delforo se quedó estupefacto. Intentó que no se le notara el asombro. Borsa había mencionado que llevaba tiempo ocupándose de él. Y era cierto: la dirección del almacén se la dio Alberto Molina, alias «Huracán Molina», un conocido de la cárcel, exboxeador canario, atracador de bancos, al que un día distinguió entre un supuesto grupo de anarquistas que destrozaban

escaparates y quemaban contenedores de basura durante una algarada en la calle Princesa. Ese Molina le dijo: «Estudiante, aquí nos llevamos cincuenta mil a la semana. ¿Cuánto ganas tú en tu jodido periódico?».

Luego, la propuesta del reportaje al director: «La policía está creando un ambiente asfixiante de violencia. Los planes son ataques selectivos a líderes obreros, abogados, estudiantes, secuestros de personalidades del régimen... Tienen asesores argentinos, quieren que la izquierda responda a las provocaciones para crear una imparable espiral de terror callejero...».

Recordó la pregunta del director y su respuesta: «¿Cuál es tu fuente?». «Un tío al que conocí en la cárcel, un atracador de bancos. Cobra cincuenta mil pesetas a la semana, forma parte de una unidad de choque muy organizada, los llaman Grupos de Acción. Tienen mandos policiales, del ejército, y esos asesores, los pistoleros argentinos. Unas veces van de anarquistas y otras, de falangistas». «Una película muy bonita, Delforo, pero una fuente así, la de un exrecluso, no es suficiente para un reportaje. Nos podría caer una querrela que nos arruinaría. Busca más fuentes».

Borsa le estaba diciendo algo.

—... Molina, ese chico..., ese traidor, se lo contó todo, ¿verdad? ¿Cuánto le pagó? Tengo curiosidad.

—Nada, le doy mi palabra... Me lo contó para presumir, para demostrarme que ganaba más que yo, que era más importante. Me propuso que fuera a ver a su grupo con

mis propios ojos para que me convenciera.

–No le sirvió de nada, ¿verdad? Una pérdida de tiempo. Se presentó allí y se puso a hablar con..., no me acuerdo, con un camarada. Le dijo que era de Valladolid y que quería luchar por la patria, por España, y que era falangista. Yo estaba en el rincón, consultando no sé qué, y lo reconocí. ¿Sabe lo que pensé? ¿No? Pues pensé: «¡Dios mío, qué atrevimiento!».

–Creo que entonces yo era bastante despreocupado, es cierto. Me invitaron a participar con ellos en la lucha por la libertad, contra el comunismo y el terrorismo de ETA.

–Usted no lo vio claro y no volvió. En realidad, el reportaje no salió, menos mal. Su director también se achantó. Le mandamos una carta de aviso.

–Nunca supe de esa carta.

–Bueno, el director vive todavía. ¿No lo ve en las tertulias de la tele? Sale mucho. Pregúntele.

–¿Qué le decían en esa carta?

–Que si publicaba esa falacia, ese reportaje de mierda, acabaríamos con su familia.

–Vaya..., el reportaje no salió porque no encontré más fuentes que corroboraran mis hipótesis. Sin embargo, todo eso lo saqué en mi primera novela. Ese fue el tema fundamental. ¿La ha leído?

–Me temo que no, señor Delforo. Era Dimas quien las leía. A mí nunca me ha interesado su literatura.

Borsa sostuvo el ejemplar de su vieja novela. No era lo mismo una exclusiva de esa envergadura en un periódico

de tirada nacional que escribir una trama política, más o menos ingeniosa, en una obra de ficción. Nadie se la tomó en serio, fue tratada por la crítica apenas como una especulación, una posibilidad más o menos remota. Nadie creyó que la violencia de la transición fuera un proyecto elaborado por los Servicios de Inteligencia para crear confusión, angustia y temor entre los ciudadanos ante la posibilidad de que se volviera a votar un Frente Popular, o algo parecido. La mayoría de los españoles seguían marcados por los recuerdos de la guerra civil y la terrorífica etapa franquista. Y luego las bombas de ETA, lanzadas directamente contra militares y la Guardia Civil, sin descartar a la población civil inocente. Muchos creían que tarde o temprano se sabría la verdad sobre el terrorismo vasco.

—Nadie se fijó en la posibilidad real de la trama de mi novela, los críticos la trataron como una novela policíaca más. Tuvo un relativo éxito. ¿Ahí fue cuando me condenaron a muerte?

—No, no les damos importancia a las novelas... La decisión de matarlo se tomó en cuanto usted se marchó. Unos decían que con una paliza era suficiente, opinaban que todos ustedes, los periodistas rojos, eran unos gallinas; sin embargo, otros..., en fin, se pusieron a discutir cómo matarlo. Era un grupo bastante exaltado, la mayoría venía de Argentina, ya sabe...

—¿Exaltados? De 1975 a 1983 hubo quinientas setenta y tres muertes debidas a la violencia política en España,

según el libro de mi amigo Mariano Sánchez Soler. Se llama *La transición sangrienta*, ¿lo ha leído?

—No me interesa la literatura de los rojos.

—Yo lo acabo de leer. Verá, la distribución de los muertos es la siguiente: de los grupos incontrolados de extrema derecha, 49; de los grupos antiterroristas, 16; de las fuerzas policiales, 54; en cárceles y comisarías mataron a 8; en enfrentamientos entre grupos armados y la policía murieron 51, y 344 fueron víctimas de ETA, solo en aquellos años, y 51 del GRAPO. ¿Se ha quedado con el número de víctimas, señor Borsa?

Borsa lo observaba en silencio con la copa a la altura del pecho. Le pareció que hacía esfuerzos por hablar. Delforo continuó:

—Esta transición modélica costó ríos de sangre. Mataron a los abogados de Atocha, mataron en Montejurra, en Vitoria, mataron a obreros, estudiantes..., pusieron bombas, se inventaron grupos violentos de extrema izquierda, secuestraron a Villaescusa y a Herrero Tejedor... Y todo dirigido por el llamado Servicio de Documentación de Presidencia, los servicios secretos.

—No se canse, Delforo, no merece la pena. ¿Un poco más de coñac? ¿Podemos celebrar al menos que usted sigue vivo?

—Yo también los aborrezco, Borsa. A todos ustedes.

—Vamos, brindemos, Delforo. El tiempo ha pasado, mi odio por usted se ha desvanecido por completo.

—Antes de brindar me gustaría saber cómo me salvó

Dimas Prado. Tengo curiosidad, tiene usted que entenderlo.

Borsa se encogió de hombros.

—Le prometí a Dimas que iba a ser comprensivo y amable con usted, Delforo, de modo que se lo contaré. Bastó una orden suya, así de fácil. Solo tuve que decir que Dimas no quería que lo tocaran.

—Vaya..., ¿y lo habrían hecho?

—No le quepa la menor duda.

—¿Y cómo habría sido?

—La curiosidad mató al gato. ¿No sabe esa máxima?

—Y ahora, ¿estoy fuera de peligro?

Borsa sonrió y movió la cabeza, como si negara.

—Sí, está fuera de peligro.

—Cuéntemelo, Borsa. ¿Un accidente de coche? ¿Un intento de robo? —Borsa lo observaba en silencio—. Soy novelista, señor Borsa. La información me puede.

—Creo que no voy a decírselo, señor Delforo. Lo siento, estoy hablando demasiado.

—¿Usted cree? Yo, francamente, creo que no. Lo único que deduzco es que ustedes eran poderosos y capaces de matar, como ocurrió montones de veces, y que Dimas Prado estaba al mando de aquella operación de desestabilización. ¿No es cierto?

—La llevó a cabo, pero no fue obra suya. Fue una operación de Estado Mayor, de gente especializada en lucha antisubversiva. Se la dieron ya montada, pero él la corrigió y la innovó, por así decirlo. Dimas fue..., fue un

genio, señor Delforo.

–Vaya, entonces trabajaban para Inteligencia, no eran simples policías. Pero es lógico, había que impedir que en España se creara un Frente Popular a la muerte de Franco y que ganara las elecciones. –Delforo sonrió–. Es increíble..., entre 1974 y 1979, en aquellos cinco años, los Servicios de Inteligencia desmontaron todo lo que se había creado hasta entonces, la posibilidad de un gobierno democrático de concentración nacional que asumiera un referéndum sobre monarquía o república, la elaboración de una Constitución y unas elecciones generales libres.

–Es un error creer que el enemigo es tonto.

–Sí, es cierto. Le doy la razón, Borsa. ¿Y qué pasó con Molina? Nunca lo volví a ver. ¿Lo mataron?

–No, lo asustamos, fue suficiente.

–Usted es un...

Borsa lo interrumpió.

–¿Un asesino? Puede decirlo..., lo he sido durante bastante tiempo; sin embargo, me considero un combatiente, un patriota, un servidor del Estado. He podido matar a... –hizo un gesto vago con la mano–, bueno, a algunos. Nunca los he contado.

Delforo se quedó en silencio, pensativo, evaluando lo que le había confesado Borsa, que lo observaba con una chispa traviesa en los ojos. Delforo bebió de su copa mecánicamente.

–Tengo que asimilar todo esto, Borsa. Acaba de decirme que ustedes fueron unos asesinos, asesinos

falangistas que...

–Dimas no. Él nunca mató a nadie.

–¿Qué diferencia hay? Unos lo organizaban y otros apretaban el gatillo. Ustedes mataron antes de la guerra, durante la guerra y la posguerra, y más tarde en la transición.

–Dimas no.

–¿No? Si usted lo dice..., para mí es lo mismo.

–No es lo mismo, Delforo, se lo aseguro.

–No creo que lleguemos a un acuerdo respecto a eso. Pero me gustaría saber por qué Dimas Prado no quiso que me mataran.

–Lea el cuaderno, ahí se explica todo.

Borsa se levantó de pronto y paseó por el salón. Parecía molesto por algo que hubiera dicho. Hablaba de matar y asesinar como si nada, blindado ante cualquier reflexión ética. ¿Estaría borracho? Desde luego, no lo parecía. Delforo había bebido apenas una copa o quizás dos, acompañadas de más café, pero Borsa no había parado de beber mientras se dedicaba a hablarle de su vida y de la de Dimas sin el menor pudor.

De pronto, Borsa se dio la vuelta y le dijo:

–Hubo momentos en que..., bueno, en que Dimas y yo discutíamos. Creo que..., en fin..., que no he contado todo sobre Dimas. En 1946, al comienzo del verano, le hice un favor enorme, un favor que le cambió la vida. Descubrí a... a una persona, un moro al que..., bueno, al que Dimas necesitaba capturar, pero el moro andaba

escondido, se había cambiado el nombre. El caso era que Dimas corría peligro de que lo mataran, ¿entiende? ¿Sabe que Dimas fue director general adjunto de Seguridad entre 1943 y 1946?

–No lo sabía.

–Era responsable de las Brigadas de la Policía Político-Social de toda España. El responsable máximo. El número tres del Ministerio. Mandaba sobre más de treinta mil policías.

–¿Qué era Dimas Prado en 1976, cuando nos vimos?

–Comisario principal... jubilado. Iba a llegar la democracia y Dimas no podía estar con los rojos a los que había perseguido y condenado, ¿entiende? Por eso le destituyeron...

PRIMERA PARTE

1

BURGOS, COMIENZOS DE ENERO DE 1938

A las afueras de Burgos, al anochecer de un día de enero, un automóvil negro se detuvo frente al portón de una casona de piedra de dos plantas en la calle de los Hortelanos, cerca del arroyo Vena y no muy lejos del monasterio de San Juan. Se trataba de una zona de huertas y viejas alquerías diseminadas en la oscuridad del campo, en los límites de la ciudad.

Un perro ladró en alguna parte. Después lanzó un prolongado aullido, al que otros perros respondieron en la lejanía. Un joven alto, que dejó el motor encendido, bajó del coche y prestó atención al ladrido de los perros. Eso era de mal agüero. Observó las sombras del campo. No se veía a nadie, ni una luz encendida en las lejanas casas. El retén de soldados que custodiaba el monasterio de San Juan, convertido en almacén de municiones y pertrechos

de guerra, no se percató de la llegada del coche.

El joven llevaba un largo abrigo oscuro y un gorro de lana le cubría la cabeza hasta los ojos. Abrió rápidamente el portón de la casa, entró de nuevo en el coche y lo condujo al interior del patio. Era un Renault 1932 de matrícula francesa. Poco después volvió a cerrar el portón.

En el extremo de la calle un hombre apareció bajo el arco de una callejuela. Fumaba un cigarrillo y llevaba guantes de lana y una bufanda sobre el gorro de plato de los serenos urbanos. Había visto el coche entrar, solo la trasera, el ruido del motor le había alertado. Miró la hora en su reloj de pulsera, arrojó el cigarrillo al suelo helado y lo pisoteó. Luego se frotó las manos estremecido de frío. Pensó que eso era un suceso extraordinario, la dueña de la casa no se lo había mencionado. También pensó que debía de ser el coche de alguien importante. Tendría que esperar a que salieran para ir a ver a doña Águeda, como habían acordado. Hoy tocaba. Era jueves.

La planta baja de la casona era un amplio patio parcialmente techado donde antes se encontraban las caballerizas para las bestias, los carros de labranza y las

habitaciones de la servidumbre. Ahí estacionó el automóvil. El joven y otro hombre salieron del coche, subieron al segundo piso por unas cortas escaleras y entraron en la zona de los dormitorios principales, los baños y los salones. Ninguna puerta estaba cerrada.

En la penumbra de uno de los dormitorios, el calor se había hecho asfixiante gracias a los dos braseros, pero así era como le gustaba al general, el otro pasajero del auto negro. Ahora ya se había tranquilizado, tumbado desnudo en la cama, relajado gracias a los masajes y a la pipa de grifa que fumaba. Nadie las preparaba como su asistente. La hierba suelta, olorosa y no demasiado apretada en la cazoleta, para que se pudiera aspirar con facilidad. ¿Dónde la conseguía en Burgos? Bueno, de eso no se preocupaba. Cuando necesitaba hierba, ahí estaba, parecía recién traída de la Yebala, qué curioso, de la región de Tillarían. Esas aldeas de las montañas donde se cultivaba la mejor hierba del norte de África.

Al menos eso decían sus antiguos camaradas en los viejos tiempos, cuando la fumaban alrededor del fuego del campamento y él era un joven teniente que no paraba de reír. Pero la vida ya no era como entonces. Ahora, ni siquiera había verdaderos compañeros, ni fuegos de campamento. Nunca olvidaría aquellas noches estrelladas, plenas de misterio y de verdadera camaradería. Sabían

que al día siguiente algunos de ellos morirían en combate. Era hermoso pensar en esa sensación, y la echaba de menos. Muy pocos de aquellos camaradas seguían con él, unos habían muerto y otros se habían pasado al bando de los rojos, que era peor que morir. La muerte en combate es la gloria máxima de un militar, su mayor orgullo.

¿Cuánto tiempo había pasado desde entonces? ¿Veinte, veinticinco años? En todo caso, la mejor época de su vida. Aprovechaba estos escasos instantes de relax para recordarlo. La pipa de grifa le producía ese efecto mágico, envolvente y cálido. ¡Tenía tan pocos momentos así! Los viejos compañeros se habían convertido en competidores rastreros y descuidados, observadores taimados de sus movimientos, para caer sobre él y destituirlo, y quizás matarlo, mientras fingían que lo adoraban y respetaban.

Sabía que era el precio que tenía que pagar, de manera que no confiaba en nadie y ordenaba vigilarlos constantemente. Consentía sus debilidades, sus trapacerías y engaños, y eso le permitía controlarlos. Dejaba que robasen, que se lucraran con los suministros y las partidas para víveres y vituallas, que se pelearan entre sí para conseguir cargos más lucrativos y enchufes a sus familiares y amantes. Él era un padre benévolo.

Su asistente terminó el masaje y el general se quedó inmóvil en la cama. Luego aspiró el humo chupando la pipa. Quedaba poca hierba. Volvió el rostro y divisó el cuerpo de la muchacha que aguardaba sentada en una silla entre las sombras de la habitación. Bueno, parecía una

muchacha. Distinguió el bulto oscuro y flaco de su cuerpo frente a la ventana cerrada, tapada con los cortinones. Se estaba quitando la ropa.

El asistente le había asegurado que era virgen, una niña, y que venía de muy lejos, de un lugar donde nadie había oído hablar de él. Un animalillo que apenas hablaba español. Se iría enseguida de Burgos y nunca recordaría nada. Así era mejor; cada vez era más difícil y arriesgado relajarse, aunque lo necesitaba cada vez más y más, de manera que las ocasiones eran escasas y urgentes.

El asistente prendió la lucecita sobre la cómoda y la cubrió con un paño. Era fundamental que no lo reconociera. Tenía que ser así. ¿Cuándo había sido la última vez? Fue en... Sevilla, en un pueblecito cercano a San Juan de Aznalfarache. Sí, allí fue, pero no se acordaba del nombre del pueblo, ni de la borrosa figura de la muchacha, también una chica joven, morena, como a él le gustaban, delgadas y sin vello púbico, condición indispensable. Ese matorral negro le daba asco.

Dios santo, de eso hacía año y medio, demasiado tiempo con el dolor de espaldas y de hombros, con los músculos del rostro tan contraídos que le costaba trabajo hablar. Solo le calmaban las pipas de grifa que le proporcionaba su asistente y sus masajes. Pero el alivio era transitorio.

Había sido el otro día, mientras le lustraba las botas, cuando le anunció:

—Tengo una muchacha, una virgen que no ha conocido

hombre y que acaba de llegar a Burgos; no es española, es de una aldea de las montañas, perdida en la región de Tigris, frontera con Argelia. La he investigado y no sabe nada de usted, mi general. Ni siquiera habla español.

El general no le contestó, quizás calculando los pros y los contras de la propuesta. Pero su asistente lo conocía: su no respuesta significaba que aceptaba.

—Se marchará el viernes próximo, mi general, ya tiene los permisos y el salvoconducto, ¿comprende? Puedo hablar con ella para el jueves. Si quiere busco el lugar.

También año y medio atrás, en Sevilla, al comienzo de la guerra, el asistente le comentó que ya había hablado con la muchacha, la sevillana aquella. La había buscado por su cuenta, una roja a la que de todas maneras iban a fusilar. La eligió porque era una joven delgada, morena y escurrida de caderas. Recordaba que le dijo:

—Le he afeitado sus partes, ahora cuando usted ordene.

Pero eso fue hace mucho tiempo, una eternidad.

En la cama de esa habitación, con los cortinones tapando el balcón, observó con sus ojillos oscuros y fijos el rostro de su asistente vestido de paisano, extraño con esas ropas, siempre atento al lado de la cama. Un muchacho grande y fuerte, silencioso y dócil como un perro, hijo de aquel otro hombre, aquel caudillo rifeño que veinte años atrás se había arrodillado ante él con lágrimas en los ojos y le había dicho que a partir de entonces sería su perro. Después inclinó la cabeza y le besó las manos.

Y ahora, su hijo mayor le preguntó:

—¿Todo bien, mi general? ¿Está bien de calor? —Sin esperar respuesta, añadió—: Estaré al otro lado de la puerta. Ya sabe.

Él no tenía por qué contestar. Todo estaba claro.

—Ya le he dicho lo que a usted le gusta, mi general.

Escuchó el ruido de la puerta al cerrarse detrás de su cabeza y chupó la pipa por última vez deslizándola vacía al pie de la cama, sintiéndose relajado, expectante ante lo que vendría a continuación.

La habitación era grande, se dio cuenta, de muebles antiguos, pesados y oscuros, el dormitorio principal de una vieja casa. Esos muebles cuyas maderas crujían siempre en su infancia. La chica —sí, era una chica, casi una niña, ahora la distinguía mejor— se demoraba. Su silueta desnuda y escurrida apenas se definía entre las sombras.

En ese momento dejó de pensar y se dispuso a observar a la muchacha. Ella parecía mirarle a su vez. La contempló avanzar hacia la cama y subir de un salto. Con los ojos cerrados se buscó el pene con la mano izquierda entre los pliegues del estómago. Sentía los tobillos de la muchacha aprisionando sus hombros y la respiración se le alteró, el pene comenzó a surgir de la cápsula.

Ahora sentiría el chorro caliente de los orines sobre su rostro; el pulso se le alteró y empezó a masajearse el pene, aguardando. Pero no ocurrió nada y abrió los ojos despacio, con cuidado. Allí arriba, sobre su cabeza,

distinguió los muslos flacos y pálidos de la muchacha, que terminaban en la hendidura rosa y apretada de la entrepierna. Aguardó un poco más, pero las piernas se estaban moviendo, se estremecían.

La mujer se encontraba en el reclinatorio, quizás rezando. El muchacho alto, atento a lo que ocurría en la otra habitación, sintió que se había quedado en silencio. Se volvió; le estaba mirando, aún arrodillada. En camisa de dormir parecía un poco regordeta, de amplios pechos que colgaban, oscuros bajo la tela. La conocía, había hablado con ella en dos ocasiones, organizando la cita.

Ambos escucharon la tenue risa juvenil a través de la puerta.

—¿Qué pasa?

—Silencio —le ordenó en voz baja.

Se acercó a él por detrás. Notó su respiración alterada, el contacto de sus gruesos pechos contra su espalda.

—Sé quién es —soltó una débil risa—. Lo he visto bajar del coche en el patio. Quién iba a decirlo, ¿eh? Bajito, regordete..., igual que en las fotos de los periódicos.

En la otra habitación, la chica seguía riendo, una risa de conejo: ji, ji, ji.

—¿Qué tener ahí? Ji, ji, ji, parece bellotita. Déjame que yo arregle eso, hombre.

Empezó a hurgarle la entrepierna. Él se contrajo como si sufriera una sacudida eléctrica y se replegó.

—¡Eh, déjame, déjame, hombre, déjame, ji, ji, ji!... Bueno, si la encuentro. ¿Dónde tenerla?

Flaca, sin pechos, una niña con rostro de vieja, que intentaba cogerle el pene. Roto ya el hechizo, le apartó las manos, loco de furia, hasta que giró el cuerpo, trasteó en la silla y encontró la pistola, la Luger. Temblando de ira, la colocó en la frente de la niña, la sucia perra malhablada, la rata asquerosa que se había atrevido a tocarle.

En la habitación contigua, su asistente escuchó el disparo y transportó el cuerpo desmadejado de la mujer a la cama.

2

MADRID, MEDIADOS DE DICIEMBRE DE 1945

Durante la Navidad de 1945 la guerra aún no había terminado oficialmente. Lo haría mediante un decreto ley publicado en el Boletín Oficial del Estado tres años más tarde, en 1948. Hasta ese momento las fuerzas militares y de seguridad del Nuevo Estado seguían movilizadas y alertas. En Madrid solo había luz a partir de las ocho de la noche, aunque en Navidad hacían una excepción. De todas maneras, la Dirección General de Seguridad, en la Puerta del Sol, estaba excluida de cualquier restricción.

En uno de los grandes despachos de la segunda planta, las luces permanecían encendidas a las diez de la noche, mientras unos pobres adornos navideños colgaban en la

Puerta del Sol. Dimas Prado recorrió con la mirada distraída su despacho grande y amueblado con pretensiones. Volvió a notar las marcas en el suelo y las raspaduras en la pared donde antes estuvieron la mesa de reuniones y los sillones. Se los habían retirado la semana anterior con el pretexto de repararlos.

El súbito ruido del viento en los cristales y los inconcretos sonidos de la campanilla del tranvía y de la gente en la calle le hicieron volver el rostro hacia el ventanal. Había rumor de Navidad. Una señal de que le quedaba poco tiempo. Iban a destituirlo.

Sintió los pasos de Borsa avanzar por el pasillo, apagando los otros menudos sonidos de fuera. Guillermo Borsa abrió la puerta y asomó la cabeza. Bajo el brazo llevaba una abultada carpeta marrón, el historial delictivo de Juan Delforo Farrel.

Dimas Prado se entretenía colocando en la boquilla un cigarrillo, que enseguida encendió. Nada más entrar, le preguntó:

—¿Está listo el coche, Guillermo?

—Aún no. Me han dicho que en quince o veinte minutos.

—¿Y Sancho, te ha contestado?

Borsa titubeó y negó con movimientos de cabeza. Todavía tenía la mano en el picaporte de la puerta. La cerró con cuidado y se sentó en una silla frente a Dimas Prado. Colocó la carpeta a su lado.

—No tienes por qué preocuparte. Estoy seguro de que no

será nada, ganas de joder. ¿Sabes una cosa? Me han dicho que esta tarde han visto a Sancho en el Ministerio. Iba con Galiardo, el nuevo jefe superior de Madrid. Dicen que ahora es el hombre de los ingleses, la mano derecha de Hoare, el embajador inglés, bien visto en El Pardo. Estuvieron en la embajada hasta después de comer.

La derrota del ejército alemán en mayo por el Ejército Rojo y los juicios de Núremberg, que comenzaron en octubre, habían creado un considerable revuelo en la cúspide del Nuevo Estado nacional. En realidad, los cambios comenzaron antes, durante la ofensiva rusa en el frente del este en 1942, con la destitución de Serrano Suñer en Asuntos Exteriores, sustituido por el conde de Jordana, un agente de Inglaterra.

—Vaya, vaya. —Dimas apagó el cigarrillo a medio consumir y encendió otro—. ¿Crees que nombrarán a Galiardo director general? ¿O será Sancho?

—No lo sé, pero Galiardo estuvo chuleándose en jefatura... Según me han dicho, alardeaba de que los cambios del régimen serían más profundos.

—De todas maneras, tenemos tiempo. El nombramiento será a finales del mes que viene, en enero. Casado es el hombre de Inglaterra para sustituir a Franco; sin embargo, los americanos están promoviendo a don Juan de Borbón, el heredero de la Corona, que cuenta con el apoyo del Partido Socialista en el exilio y de Gil Robles. De todas maneras, en cualquier caso, van a necesitar una policía segura y fuerte.

–Sí... Bueno, eso creo. Pero ni Sancho ni Galiardo se moverán de Madrid estas Navidades, eso seguro. Son hombres de Casado, vamos, de Inglaterra.

–¿Ha recibido la carta?

–Espero que sí. Esta misma tarde, a las seis, se la he entregado en mano a su secretaria de despacho, con el aviso de que te llamara.

Dimas dirigió una mirada al teléfono. Ungría, o al menos Sancho Recalde, su jefe de gabinete, tendría que haberle llamado ya.

–¿No te hace gracia todo esto, Borsa? –le preguntó, distraído y distante.

–Me cuesta trabajo que... Bueno, tienes bastantes enemigos en el nuevo Ministerio, ¿no? Te has significado mucho, Dimas. ¿Has conseguido la audiencia en El Pardo?

–No.

Dio la última calada al cigarrillo, lo aplastó en el cenicero y aguardó el comentario de Borsa.

–Es posible que..., aunque..., bueno, los designios del Caudillo son inescrutables. De todas maneras... –titubeó–, se dice que los militares quieren la Dirección General para ellos, otro feudo del Estado Mayor.

–Hasta ahora Ungría me ha dicho que el cargo seguiría siendo mío. Están intentando ningunearme, Guillermo, aunque saben que puedo probar que están pringados y puedo demostrarlo. Cuando se den cuenta de que tenemos los documentos, se van a cagar. Ungría no es ningún

idiota, sabe que lo tengo cogido por los cojones, igual que el nuevo ministro. –Hizo una pausa–. No lo entiendo... Si caigo yo, caen todos. Y saben que soy capaz de llevar a la prensa internacional las pruebas de los pactos secretos con la Gestapo, con Vichy y con Inglaterra a través de Juan March.

–Vamos a salir de esta, ya verás. Necesitarán policías como tú, ya sea Casado o don Juan de Borbón el que gobierne.

–Mi baza más importante es el morito: hay que encontrarlo y que testifique... Si es verdad que sigue vivo y con otro nombre. Bueno, vamos a ver qué hacemos hasta que esté listo el coche. Sube café, anda.

–Ahora mismo. –Borsa se levantó y caminó hasta la puerta–. Pero no te hagas mala sangre, no merece la pena.

–Trae bastante café, la noche va a ser larga.

Dimas se retrepó en el sillón giratorio de cuero, habituado a su cuerpo como si hubiera sido moldeado con él, y se palpó la sobaquera con un gesto automático. Sus ojos fríos se clavaron de nuevo en la pared y la ventana. Luego abrió el cajón del escritorio, sacó la botella de coñac y bebió directamente del gollete. A esos chulitos de mierda les había amenazado varias veces con levantar la tapadera de sus fechorías con la Gestapo. La mierda se desparramaría. Dejó la botella sobre la mesa y hojeó los papeles del prontuario de Delforo.

Poco después apagó la luz de la mesa con un golpe seco y se quedó inmóvil en la semioscuridad con la

carpeta abierta. Aquel era el espacio que había contemplado día a día, año tras año, desde que fue ascendiendo y cambiando de despacho hasta detenerse ahí. Necesitaba seguir siendo adjunto al director general, se lo habían prometido.

Quería acordarse de aquel tiempo –las manos sobre los muslos, la pacata claridad navideña de la Puerta del Sol pasando por la ventana–, de los bordados en el puño de las camisas y de los uniformes siempre planchados de su padre, de sus primos y las clases de Derecho en Salamanca veinte años atrás. Y de aquella casa grande en la calle de la Paloma en Burgos, con olor a barniz, donde pasó su infancia.

De sus diecisiete años, antes de conocer a Borsa, de la fiesta de cumpleaños en casa de su tío en Salamanca, antes del verano, cuando recibió el regalo mientras su primo Álvaro lo observaba desdeñoso desde el piano. Era una caja de caoba forrada de terciopelo rojo en la que reposaba una pistola Star niquelada, de fabricación especial, automática y reluciente, que llevaba grabada en la culata la inscripción: «Por Dios y por España», exactamente igual que la de Álvaro.

A partir de ahí sus recuerdos se esponjaron: repartió hojitas volanderas y se enfrentó «a los judíos y a los marxistas», que seguían consignas de ese burdel de ateos

que era la Rusia soviética, y paseó junto a su primo por la universidad con una leve sonrisa en los labios. Pero lo que no olvidaría jamás fue la noche del asalto a aquel local de rojos, ese nido de ratas. Fue su bautismo de fuego, muy diferente de todo lo que había hecho antes.

Recuerda que forzaron la puerta de la Casa del Pueblo cuatro camaradas, dos con pequeños bidones de gasolina y su primo y él, ambos con sus Stars nuevecitas. Creían que no había nadie, pero antes de que tuvieran siquiera tiempo de arrojar la gasolina, se encontraron con una docena de hombres sentados a una mesa. Era un coro de rostros sonrientes, levemente divertidos, que les dijeron algo así como: «Vaya, chicos, ¿a qué habéis venido?».

Parecían ocupar todo el cuarto aquel, grande y casi desnudo de muebles, presidido por el retrato de Pablo Iglesias y las consabidas banderas rojas. Los camaradas que llevaban los bidones los dejaron en el suelo y retrocedieron. El silencio se hizo espeso y absoluto. Se dio cuenta de que su primo Álvaro apretaba con fuerza la pistola y comenzaba a sudar.

—¡Que nadie se mueva! —gritó Álvaro con su voz chillona y hueca.

Alguien soltó una carcajada, un tipejo con barbas.

—¡Coged los bidones y marchaos! —ordenó.

El joven Dimas Prado se pasó la lengua por los labios reseco y empezó a decir:

—Reformistas..., jodidos burgueses, lacayos de los curas, ¡viva la revolución, viva la anarquía, viva Rusia! —

Al tiempo, levantaba el brazo izquierdo con el puño cerrado y repetía—: ¡Vosotros no sois revolucionarios!

Despacio, el grupo fue reculando hasta la puerta. Podía ver las caras de asombro y escuchar los murmullos de los rojos, esa gentuza. Su primo, desencajado y con el pelo pegado a la frente, se había quedado clavado en la entrada. Él continuó diciendo:

—¡Viva la huelga general revolucionaria, viva la revolución, viva la anarquía!

Cuando se encontraron cerca de la puerta, lo recordaba demasiado bien, comenzó a accionar el gatillo, al tiempo que estallaban las bombillas y escuchaba las exclamaciones y los gritos de los rojos en la oscuridad. Disparó y gritó como si la pistola y sus consignas tuvieran vida propia. Luego, el cargador y su repertorio de frases revolucionarias se agotaron, y corrió junto a los otros, que le aguardaban en el coche con el motor en marcha y las puertas abiertas.

Todo el mundo le felicitó. Álvaro repitió después muchas veces lo que le dijo en el coche: «Has estado fantástico, Dimas. Has hecho frente a todos esos rojos tú solo, cubriéndonos la retirada. Ha sido una sorpresa».

Y ya nunca pudo olvidar las miradas de admiración de los camaradas en el coche, la pistola caliente en el regazo ni la sensación tan plena de haber sido un héroe. Aquellas palmaditas en la espalda y los apretones de manos después, con un «hasta pronto, camarada», le endulzaron la vida.

Y aquella noche se permitió bromear con su primo de igual a igual, durante la tediosa cena familiar. Más tarde, cuando la casa estuvo en silencio, Álvaro fue a su cuarto con los cabellos untados de brillantina y su traje oscuro, inglés, sobre el que resaltaba la bufanda blanca.

—¿Quieres venir con unos amigos a divertirnos? —le preguntó.

Eran cuatro, y se dirigieron a una casa de putas de la calle de la Cruz donde trabajaba una antigua sirvienta de la familia, un lugar recogido y próximo.

Bebieron vino fino y él hizo lo mismo que Álvaro y los otros: se rio, alternó con las mujeres, contó chistes e invitó a todo el mundo. Luego, la que había sido criada en casa de Álvaro, una mujer alta y morena vestida solo con enaguas, le condujo hasta uno de los cuartos, le quitó la ropa y la dobló con cuidado sobre la silla. A pesar del esfuerzo, del sudor que brotaba incontenible por cada uno de sus poros y de la tenacidad respetuosa de la mujer, tuvo que constatar su fracaso.

—No te preocupes, chaval, no se lo diré a nadie —le dijo la mujer—. Nadie se enterará. Eres estudiante, ¿verdad?

—Sí —contestó él.

—¿No eres familiar de don Álvaro?

Entonces sintió la oleada de odio, asco y desprecio que había estado aguantando tanto tiempo y golpeó a la mujer en la boca, mientras ella trataba de librarse y repetía que no se enteraría nadie.

Su verdadero triunfo fue al día siguiente, cuando

apareció en el *Adelanto* la noticia de que la Casa del Pueblo había sido asaltada por anarquistas, que habían disparado contra los asistentes y herido a dos de ellos. La policía ya había practicado detenciones. El titular de la noticia decía: «Ataque a la Casa del Pueblo por pistoleros anarquistas».

Su tío lo mandó llamar al despacho y se quedó mirándole con el periódico en la mano. «¿Se te ocurrió a ti todo esto?», le preguntó. El joven Dimas asintió con la cabeza y su tío añadió: «Vaya, vaya, y esto de ¡viva la huelga revolucionaria! ¿también es tuyo?». «Sí, se me ocurrió en ese momento». «Tu padre estará orgulloso de ti, Dimas. ¿Te gustaría trabajar con un amigo mío en la Jefatura de Policía?».

Fue su primer trabajo. Creó su propio grupo, Frente Revolucionario Libertario, los más activos y radicales en las manifestaciones, los que destrozaban escaparates, quemaban imágenes religiosas y lanzaban botellas de gasolina a las iglesias y las sedes bancarias. De ese modo daba rienda suelta a su oculta furia, a su secreta sed de venganza, mientras iba consiguiendo escalar en la cucaña de los oscuros recovecos de la Jefatura de Policía de Salamanca.

Su primo Álvaro se perdió en la memoria hasta que supo que había muerto en un accidente de circulación hacia 1935 o 1936, cuando él ya tenía su propia reputación entre gentes que se inventaban a sí mismas y que raras veces tenían que dar cuenta de sus actos.

Encendió de nuevo la luz al escuchar los pasos de Borsa por el pasillo. Llevaba la bandeja en una mano y la sonrisa en la boca. Esa habilidad suya.

—Aquí están los cafelitos. ¿Te sirvo una taza?

—Sí —contestó con una cierta dulzura lejana—, gracias.

—Te sentirás mejor, ya verás.

—No pasa nada, Guillermo, nada.

—Tómalo antes de que se enfríe. Dos de azúcar, ¿no?

—A lo mejor es que ya no servimos para los nuevos tiempos; los americanos son ahora los que mandan... ¿Quién se esperaba eso? Los americanos necesitan ahora a Franco, «la espada de la cristiandad», vaya mierda. —Le mostró a Borsa la botella—. ¿Quieres un poco, Guillermo?

Borsa vertió coñac en su taza y bebió. Chascó la lengua.

—Vaya, es bueno. Siempre te ha gustado el buen coñac.

Dimas se sirvió un chorro generoso en la suya. Ambos se quedaron en silencio mientras apuraban sus tazas. Dimas prendió otro cigarrillo.

—¿Mandas otra cosa? Quisiera irme a ver si el coche está listo. Hay algo que... —Borsa añadió—: Bueno, me lo acaba de decir la de la centralita, la chica esa, la nueva...

—Se puso a recoger las tazas y a colocarlas en la bandeja—. Me ha dicho que esta tarde han llamado del Ministerio para saber si todavía estabas aquí.

—¿Querían saber si yo estaba aquí?

—Sí, eso parece. Llamaron a centralita para preguntar si seguías en tu despacho.

–Muy curioso. ¿Solo eso?

–Sí, solo eso.

–Vaya, comienza el tiempo de los listos y los chaqueteros, Guillermo.

–Sí, eso parece.

Borsa abandonó el despacho. Dimas se quedó de nuevo solo en ese lugar demasiado grande, sobrecargado de objetos y recuerdos del tiempo en que los teléfonos sonaban continuamente y él era alguien.

Guardó la botella de coñac medio vacía en uno de los cajones de la mesa, tomó del perchero su gabardina de hombreras marcadas y su bastón y se puso las gafas oscuras. Ante una de las ventanas observó el anuncio iluminado del Hotel París y a la gente anónima en la calle. Se palpó el bulto del costado debajo de la chaqueta y mantuvo la mano en la rugosa textura de la pistola. «Hijos de perra –pensó–, bastardos hijos de puta».

Metió la carpeta de Delforo en una cartera de piel negra y abrió la puerta. Sus pasos cojitrancos resonaron en el pasillo de losetas rojas, flanqueado por puertas semejantes a la suya, hacia la escalera de mármol. Bajó rápido y cruzó el vestíbulo ajeno a los saludos. Frente a la centralita encristalada todavía estaba la mujer con los ojos carentes de expresión. Flotaba un persistente olor a sudor masculino en los bancos de madera adosados al muro, ocupados por los escoltas. Un tipo alto y desgarrado, con uniforme, se cuadró vagamente al verlo pasar.

Cada vez que iba a los sótanos, donde se encontraba el

laberinto de las celdas y los archivos, percibía con nitidez la vida oculta y subterránea del edificio, un ejemplo de que esa era la vida real, la importante y decisiva. Lo de arriba no era otra cosa que la punta de un iceberg insignificante. Atravesó taciturno las interminables líneas de armarios ficheros apenas iluminados hasta el tenue resplandor del fondo que surgía bajo la puerta tamizado por la oscuridad.

No necesitó ninguna luz para descender los escalones de hierro enmohecido y rechinante, sintiendo ya el olor a gasolina, el ronroneo y el calor de los motores. Divisó los automóviles iluminados por las bombillas del techo, que creaban la claridad artificial de un gallinero y provocaban el brillo de los trajes de los chóferes de guardia y los mecánicos como si llevaran lentejuelas.

Borsa gesticulaba con un tipo vestido con mono azul, que se limpiaba las manos en un trapo. Le llegó esa imagen con otra: la de él mismo en este mismo lugar, años atrás, cuando había menos coches, menos miedo y menos traidores. Se dirigió al gran coche oscuro con el motor al ralentí y entró.

Borsa lo condujo suavemente subiendo la rampa hasta la salida de la Puerta del Sol. De allí se dirigieron a la calle de Alcalá y Cibeles. Iban a Málaga, a la comisaría provincial. Esa misma mañana, a las nueve y media, habían detenido a Juan Delforo Farrel en el café La Cosmopolita de la calle Larios.

—Déjame arreglar esto —dijo Borsa—. No hables con

Delforo, no hace falta. He conseguido algunas pistas muy prometedoras.

—¿Cuáles?

—En el otoño de 1939 vino a Madrid, con documentación legal; se hace pasar por excautivo. Ahora es un macarra, tiene mujeres «al punto» en los alrededores de Peligros. No será difícil encontrar su dirección y su falso nombre.

Guillermo Borsa iba a decir algo más, pero se contuvo justo en la palabra que pugnaba por salir de su boca. Apretó con fuerza el volante. Los nudillos resaltaban en sus suaves manos de adolescente.

—No estamos seguros, necesito que Delforo me dé información sobre el morito —dijo Dimas—. Él sabe si murió en Teruel o no. A lo mejor vamos detrás de un fantasma. De todas maneras, si es verdad lo que dices, sería una bomba. Figúrate, tengo las fotos del crimen y a Fátima localizada. Y el morito me lo contará todo, no quiero ni pensarlo. Montaremos un escándalo en la prensa internacional. Sabemos cómo hacerlo.

—Déjame investigar. Estoy metido en esto también. Dame carta blanca durante unos días y te traeré al morito.

Borsa aguardó a que Dimas le contestara. En cambio, permaneció callado, recostado en el asiento y fumando. Borsa pensó: «Te van a matar, Dimas. Franco no va a permitir que lo amenaces». Y dijo:

—Me manejo bien en ese mundo, Dimas. Necesito un poco de tiempo. Dos semanas nada más. Aun así hemos

pillado a Delforo, ¿no? Lo tienes seguro. Pero...

–No es lo que piensas, Guillermo. Ana Marchena ha muerto, al menos para mí...

Guillermo Borsa se contrajo... Sabía que era eso; no la había olvidado, y eso le hacía daño y le volverían el dolor y la frustración.

–... Y tú deberías haber matado a ese moro en Teruel, Guillermo, ahora tendríamos menos problemas.

En Málaga se dirigieron a la casona de la Plaza de la Merced, sede de la Brigada Local de Investigación Política y Social.

–¿Lo habéis fusilado ya? Le preguntó Dimas al comisario Loaiza.

–No, camarada, todavía no. Hoy mismo empezaremos a interrogarlo en serio. Mi gente lo está preparando.

–Lo quiero vivo, Loaiza. ¿Lo entiendes?

3

PENAL DEL PUERTO, COMIENZOS DE FEBRERO DE 1946

Me llamo Juan Delforo Farrel, natural de Madrid. Cumpliré treinta y cuatro años en junio de este año, 1946. Soy teniente coronel del Ejército Popular de la República y me considero prisionero de guerra. El pasado 15 de diciembre fui capturado en Málaga y juzgado en consejo de guerra sumarísimo el 26 del mismo mes, condenado por el Tribunal Militar Especial de Málaga n.º 9 a morir fusilado. Me acusaron de «rebelión militar en grado de tentativa». Días más tarde me conmutaron la pena por treinta años de trabajos forzados en un batallón de castigo en Mohedas de la Jara, Toledo. Condena que cumpliré cuando reciba la orden de traslado del Penal del Puerto de Santa María, donde me encuentro.

Llegué el 20 de enero al mediodía, agotado después de un viaje a pie de más de doscientos kilómetros desde la

Prisión Provincial de Málaga. Nos sacaron en conducción al amanecer del 9 de enero con el cielo amenazando lluvia. Éramos treinta hombres con destino al Penal Central del Puerto de Santa María, Cádiz. Tardamos en llegar once días y medio con sus noches.

Me falta la uña del dedo gordo del pie derecho, arrancada con unas tenazas hace mes y medio durante una de las sesiones de tortura en la comisaría de Málaga. Durante la marcha, la herida se me infectó y temí la gangrena. Marchábamos a través de polvorientos caminos atados unos a otros con cuerdas, llevando a cuestas nuestros hatillos y maletas. Nos llovió durante el primer día, una lluvia intermitente. Yo era el único preso político.

Pernoctábamos en las orillas de los ríos, a la sombra de tapias, tirados en el suelo en los andenes de estaciones que parecían abandonadas o en los patios de las casas cuartel de la Guardia Civil. Nos custodiaba un pelotón de seis guardias civiles a caballo a cargo de un sargento y un cabo. Con nosotros venían también dos mulas con la intendencia. A veces, los caminantes con los que nos cruzábamos se persignaban al vernos pasar.

En Antequera hicimos la segunda parada. Se nos añadieron seis penados más. Uno de ellos era un anciano de setenta y dos años. El sargento nos hizo formar.

—Soy el sargento Sánchez Parejo, ya era guardia civil antes de la República. Sois treinta y seis y treinta y seis tenéis que llegar al Puerto. Está prohibido cantar, hablar entre vosotros o llamar la atención de la gente. Y si a

alguien se le ocurre echar a correr, que sepa que las balas corren más que las personas. Es mejor que nos llevemos bien. El que no obedezca hará el camino de rodillas. ¿Lo habéis entendido?

En cierta ocasión, un viejo con una espuerta de sandías se aproximó a nosotros conduciendo una mula y le preguntó al sargento si podía obsequiarnos. Nos encontrábamos en una zona de huertas, sentados a la sombra.

—Con permiso, es para todos ustedes —añadió el viejo.

El sargento pareció pensarlo durante un buen rato. Finalmente asintió. Eran tres enormes sandías. Él mismo las cortó con su navaja y presos y guardias civiles las compartimos. Ninguna fruta me ha sentado nunca tan bien como aquella.

Decido escribir un diario para no volverme loco, ordenar las ideas y mantener viva la memoria. No quiero que esto se olvide o se mixtifique. Las nuevas generaciones tendrán que saber lo que ocurrió durante estos años terribles. Quiero resaltar que utilizo un cuaderno escolar, una goma de borrar, un lápiz y un sacapuntas adquiridos en el economato de la prisión gracias a la colecta que hicieron los camaradas que me recibieron el primer día de

patios, el 30 de enero. Habría preferido tinta y pluma, pero son demasiado caras.

Comienzo el diario hoy 2 de febrero de 1946 a las seis de la tarde en uno de los pupitres de la escuela del penal, después de los diez días preceptivos de aislamiento en celdas. El día de mi llegada, el director del penal, excapitán de la Guardia Civil y activo quintacolumnista en Barcelona, me dijo que las leyes internas del establecimiento penitenciario se deben a «un profundo espíritu cristiano, característica fundamental de la “Nueva España”». Mi condena no es otra cosa que un «acto de contrición y expiación cristianas que debo realizar con alegría y disposición para pagar mis muchos pecados contra la patria debidos a mi actitud rebelde, contumaz y destructiva». Si cumplo las reglas, no me pasará nada. Por el contrario, si intento saltármelas, me esperan las celdas de castigo y el fusilamiento. No le discuto.

Me asignan destino, el cuidado de la escuela y de la biblioteca, me nombran «cabo de biblioteca», lo que quiere decir «barrendero». Según me dicen, las clases las suele impartir el maestro, un antiguo seminarista, que acude a la escuela dos días al mes. En mi ficha, aparte de mi grado militar en el Ejército Republicano y mis antecedentes políticos, figura que soy catedrático de instituto de Geografía e Historia desde 1933. Supongo que he conseguido el puesto por eso.

La escuela es un caos. La forman tres habitaciones; una de ellas es el aula, con capacidad para más de cien

personas apretadas en bancas corridas en un estado lamentable. El aula está sucia, desconchada, con la mitad de los bancos rotos y los mapas y el material pedagógico tirado por el suelo. Los inevitables retratos de Franco y José Antonio no faltan a ambos lados del crucifijo. La segunda habitación es la biblioteca, o lo era. Los pocos libros que han pasado el expurgo son vidas de santos y propaganda eclesiástica y del régimen. Un pobre remedo de la reforma penitenciaria que acometió Victoria Kent durante la República.

La tercera habitación está cerrada con llave. Me dicen que se trata del despacho del maestro. Paso todo el día limpiando y barriendo hasta que el conjunto de la biblioteca y el aula parecen presentables.

He decidido empezar el diario por mi captura en Málaga el pasado 15 de diciembre de 1945. Intentaré reflejar la verdad de lo que me ha ocurrido, desde mi detención a las nueve y media de la mañana en el café La Cosmopolita de la calle Larios hasta mi falso fusilamiento el 21 del mismo mes. Voy a relatar lo que me ha pasado y lo que he visto, sin inventar nada.

La policía sabía mi verdadero nombre y lo que iba a hacer en Málaga. La documentación falsa a nombre de Juan Villoro Gómez, representante de comercio, no sirvió. Comencé diciéndoles a los policías que mi presencia en

Málaga se debía a una cita con Carmen Muñoz, mi prometida. Queríamos organizar nuestra boda ya que su padre, hombre del Movimiento, magistrado y presidente de la Audiencia de Valladolid, no aceptaba nuestra relación. Carmen se hospedaba en Málaga con una familia adepta, los Loring, con los que su padre tenía trato de antiguo. Sabía que Carmen, sin ficha política e hija única de un magistrado del régimen, era intocable, aunque podía ser detenida y maltratada por el simple hecho de ser mi prometida. Un riesgo que teníamos que correr. Mi documentación falsa se debía a que temía que mi pasado como oficial del Ejército Popular de la República me delatara e impidiera mi boda.

En un cuartucho en los sótanos de la comisaría me despojaron de mis pertenencias y me dejaron completamente desnudo. Uno de los esbirros arrojó mis gafas al suelo y las hizo trizas a pisotones. Luego me esposaron las manos a la espalda y comenzaron a golpearme con varillas de acero que silbaban antes de clavarse en mi cuerpo. Tres hombres se turnaban pegándome. Intenté cobijarme acurrucándome en un rincón. Al poco tiempo mi espalda era una pulpa sanguinolenta. Uno de ellos me agarró del pelo y me dio una serie de puñetazos en la boca. Me rompió varios dientes, que escupí. Recuerdo que me dijo:

–No vas a poder comer turrón en tu puta vida, comunista de mierda.

Perdí el conocimiento. Después, en algún momento, me

cubrieron con un tabardo militar y me arrastraron descalzo a un despacho. Dejé un reguero de sangre en el suelo. Al pasar por un pasillo, escuché voces de niños y mujeres que parecían ensayar villancicos. Entonces comenzaron los verdaderos interrogatorios.

Las ventanas del despacho estaban cerradas. Dentro había otros tres hombres. Conocía a dos de ellos, el comisario Luis Loaiza, jefe de la Brigada Local de Investigación Política y Social, un tipejo cincuentón gordo y abotargado, de bigote fino. Su centro de operaciones era un siniestro caserón en la Plaza de la Merced. El otro era DP: sabía quién era, lo había visto en fotografías. El siniestro director general adjunto de Seguridad, un falangista, policía desde 1938. Era responsable de las Brigadas de Investigación Social de toda España. Debía de haber acudido de Madrid. Sentado en un rincón, fumaba cigarrillo tras cigarrillo, ajeno. El tercero, un capitán de la Guardia Civil con uniforme de campaña, de unos treinta y tantos a cuarenta años, paseaba por el despacho.

—Bueno, Delforo —empezó Loaiza—, dígame exactamente cuándo y dónde se van a desembarcar las armas, los nombres de sus cómplices en Málaga y sus contactos con la guerrilla. Si habla, le garantizamos el indulto, se tirará un año en la cárcel y ya está. En caso contrario, lo fusilaremos en cualquier cuneta. Usted ha perdido y lo sabe. De todas maneras nos dirá lo que queremos saber tarde o temprano. Ahórrenos el trabajo de

escucharle mentir. Y no vuelva a decirnos que ha venido a Málaga a pasar las Navidades o no sé qué con su fulana. No insulte mi inteligencia.

–¿Quién le ha facilitado la documentación falsa? –me preguntó el capitán.

Conozco las tácticas, tenía que dilatar el interrogatorio todo lo que pudiera. De modo que tardé en responder. Fingí confusión.

–La-la conseguí en-en Francia. Un antiguo brigadista internacional, el capitán Dupont. Le-le entregué cinco mil francos en Biarritz. No sé quién la hizo.

–Vaya, qué mal miente usted, Delforo. ¿Se ha gastado cinco mil francos en algo que le harían gratis en el partido?

–Es como le he dicho, capitán, la documentación me la proporcionó Dupont, un conocido del exilio. Estoy aquí para preparar la boda con mi prometida y casarnos en Málaga. Consideré que era mejor venir con documentación falsa, por si acaso. Durante la guerra fui miembro del Partido Comunista de España, ahora no.

De nuevo, el capitán me interpeló:

–Déjese de tonterías, Delforo. Sabemos todo sobre usted y su militancia política. ¿Dónde van a desembarcar las armas? Lugar y hora, la gente que irá a recogerlas. Sus contactos en Málaga.

–No sé de lo que me habla, capitán. Se ha confundido conmigo. No he venido a ninguna misión del partido. Hace mucho tiempo que dejé la actividad política.

Loaiza hizo un gesto de desagrado y los tres hombres que me habían trasladado al despacho me llevaron de vuelta al cuartucho del sótano. De nuevo me golpearon con las varillas y con porras de caucho. Debí de perder el conocimiento otra vez. Cuando desperté, me encontraba colgado de las esposas a un gancho en la pared. Sentía la espalda, el pecho, el estómago y los muslos en carne viva. El dolor era terrible.

Apenas una luz mortecina iluminaba una pequeña parte de la habitación, el resto se encontraba en semioscuridad. Los tres esbirros seguían allí. Pensé: «Ya es de noche, los camaradas estarán a salvo». Pero no estaba seguro.

Uno de ellos, que parecía mandar aquel grupo, dijo:

–Bueno, pedazo de hijo de puta, ¿vas a hablar, sí o no? Queremos irnos a casa de una vez a comernos el turrón. ¿Por qué no hablas?

Los tres hombres se sentaban en sillas, descansando. Otro dijo:

–Comunista cabrón, te voy a sacar la piel a tiras. Ya verás como hablas, me voy a cagar en todos tus muertos.

Se puso en pie con unas tenazas en la mano. Era delgado, calvo, con el pecho hundido. A la débil luz del techo creí distinguir en un rincón a DP pegado a la pared, detrás de una mesa. Vislumbré su rostro blancuzco, el bigote y la boquilla entre los labios. Parecía que estaba allí mirando, nada más.

Dos de ellos me sujetaron las piernas, el otro me aplicó las tenazas a la uña del dedo gordo del pie derecho y tiró

fuerte. El sufrimiento fue espantoso, parecía no tener fin. Latigazos de dolor estallaron en mi cerebro y me recorrieron el cuerpo una y otra vez. Me desgañité lanzando alaridos, loco de dolor. Perdí el conocimiento de nuevo.

Cuando volví a tener conciencia, tenía la pierna derecha paralizada, latía como si fuera un órgano ajeno a mi cuerpo. Me habían arrancado la uña y el dolor era lacerante. La cabeza me estallaba y no veía nada, creí estar ciego. Apenas era capaz de distinguir más allá de un metro. Los hombres que me habían torturado eran sombras vagas. Habían apagado la luz, o eso creía yo.

Escuché una voz:

—¿Vas a hablar? Ahora vamos a hacerte algo más bonito.

—¿Qué..., qué hora es?

—Anda este, ahora pregunta la hora. ¿Qué te importa a ti la hora, comunista de mierda? Vas a hablar o te vas a quedar sin huevos. Te los vamos a freír.

—Dadme agua, por favor.

Me aplicaron algo en los testículos y el pene. Me contraje. Sabía lo que me iban a hacer. Las sacudidas eléctricas me hicieron gritar de miedo y padecimiento. Me desgañité gritando. Volví a desmayarme. Tuve la sensación de desplomarme por un abismo sin fin, un viaje con destellos azules y rojos. No sabía dónde me encontraba.

Desperté. La habitación se había llenado de gente.

Además de los torturadores, distinguí a Loaiza, al capitán de la Guardia Civil y otra vez a DP. Una voz:

—¿Quieres agua? Pues habla de una vez, hijo puta.

Intenté calcular el tiempo que llevaba allí. ¿Dos horas, cuatro? ¿O era más? No podía saberlo. La cabeza me estallaba en fragmentos, me costaba un trabajo ímprobo abrir los ojos. Recordé dentro de una bruma espesa de dolor que la cita era a las nueve y media de la mañana con un contacto de la Inteligencia norteamericana en Argelia. Alguien con un clavel en el ojal de la chaqueta que pediría «café y anís español». ¿Cuánto tiempo había pasado desde entonces?

A esa hora, el operativo ya debía de haberse desmontado. Sin embargo, era posible que mi contacto estuviera también detenido. La entrega de armas se efectuaría en la bahía de Nerja. Por seguridad, ni yo mismo sabía la hora ni el lugar exactos del desembarco. Las armas las traería un barco de pesca argelino con matrícula francesa falsa: cuatro toneladas de armas, municiones y material de transmisiones, todo alemán, botín de guerra norteamericano.

La guerrilla era responsable de la recogida de armas. Ellos tampoco sabían la hora ni el lugar exactos del desembarco. El americano del clavel era la pieza fundamental. Tenía que impedir que fuera capturado. La delación debió de partir de... ¿Argelia? ¿De los americanos? Quizás de Argelia, un chivatazo. Ahora solo tenía que... Recuerdo que decidí hablar. Entretenerlos con

algo.

–Ha..., hablaré, pero..., da..., dadme agua.

Entonces escuché a DP:

–Bájenlo, denle agua y cúbranlo con algo, una manta.

Me dieron agua y tres aspirinas, que trituré con los dientes doloridos. DP no dejaba de observarme. Era delgado, vestido de oscuro, con aspecto de alimaña depredadora y hocico de perro.

Les conté las reuniones con los americanos en el consulado de Orán, las conversaciones con los oficiales de inteligencia americanos, que se hacían llamar Presley y Scott. Ellos fueron los que me nombraron mediador en esta operación, dada mi condición de representante del gobierno republicano en el exilio. Mi contacto en La Cosmopolita tenía un nombre en clave, «Narciso». Él iba a darme el lugar del desembarco de armas, preparado por los Servicios de Inteligencia norteamericanos, sin comunicarse con la guerrilla, de la que no se fiaban. Yo se lo transmitiría al gobierno de la República en México mediante un telegrama cifrado. La consigna de que todo había salido bien era: «María ha tenido un hijo varón». Yo era el único español autorizado para saberlo.

Estaban previstos varios desembarcos en territorio español. Los autorizaba el gobierno republicano en el exilio, avalado por el Departamento de Estado norteamericano. Era una operación de desestabilización organizada por Estados Unidos con conocimiento de las potencias y el visto bueno del exilio. El PC no

intervendría, se lo habían prohibido taxativamente. Eso fue, poco más o menos, lo que les conté. Aún me acuerdo de la risa falsa de DP.

—Han sido los americanos los que le han delatado, Delforo. La operación se ha desmantelado. Y no me mire con esa cara de asombro. No habrá invasión. Ahora los amigos de los americanos somos nosotros.

Al oír esto, el capitán de la Guardia Civil se puso en pie, furioso.

—¡Deme los nombres de sus cómplices en Málaga! ¡Su contacto con la guerrilla! ¡Vamos, rápido! ¡Eso es lo que nos interesa! ¡Basta de palabrería! —Se hizo un silencio en el cuartucho. El capitán se dirigió a la puerta y la abrió de golpe—. ¡Sepan que daré parte de ustedes!

—Hágalo, capitán —respondió DP.

Se marchó dando un portazo y yo me desplomé en el suelo.

Debieron de conducirme a la Prisión Provincial de Málaga. Recuerdo vagamente que descendí de un coche en un patio, luego que marchaba por un pasillo sostenido por funcionarios uniformados. Iba desnudo, cubierto por una manta. Me dije a mí mismo: «Estoy fuera de la comisaría. Soy un militar, un prisionero de guerra, tengo que resistir». Luego la celda y el duermevela, otra vez el miedo a que empezaran las torturas de nuevo. Creía que

era un paréntesis, estaba seguro de que iban a seguir torturándome. Esa posibilidad me aterraba, un sentimiento que no podía controlar.

Creo que estuve en la celda dos o tres días. El médico de la cárcel me atendió como pudo. Era una buena persona. Dormí un número indeterminado de horas, agotado. Me despertaron de noche y arrojaron mi ropa al suelo, solo los pantalones y la chaqueta. Lo demás debieron de robarlo, incluida la cartera con mil pesetas y el reloj.

Antes de que amaneciera me ataron las manos a la espalda con cuerdas y me arrastraron a un pequeño patio exterior. Iba con chaqueta y pantalón, sin camisa y descalzo, tan dolorido que apenas podía caminar. El frío era muy intenso, tiritaba tanto que creí que se me iban a descoyuntar los huesos.

Distinguí una camioneta descubierta y a su alrededor un piquete de cinco guardias civiles que charlaban y fumaban. Callaron al verme. Los funcionarios de prisiones me entregaron al sargento. Me subieron a la camioneta y salimos de la prisión.

En la carga de la camioneta había dos bancos corridos de madera, que hedían a sudor humano. Me sentaron entre los guardias, apretado entre ellos. Pude observar el cielo oscuro, sin estrellas.

–¿Qué día es hoy? –le pregunté al guardia civil que tenía al lado.

–Silencio, no puede usted hablar –me contestó.

–Me gustaría saber el día que voy a morir.

Otro de los guardias dijo:

–Son las cuatro de la madrugada del 21 de diciembre. Y no hable más, por favor, nos pone en un compromiso.

–Muchas gracias –contesté.

Aquello me alegró un poco, había resistido. Quizás mis compañeros se habían salvado. Intenté dejar de tiritar. No quería que creyeran que tenía miedo. Me propuse morir con dignidad. Había visto morir a mucha gente, algunos lo habían hecho con entereza. Yo haría lo mismo. No les daría el gusto de temblar ante ellos.

Iba sumido en mis pensamientos sin saber por dónde marchábamos, quizás por el Camino de los Montes, más allá de la barriada de pescadores de El Palo. Nos alejábamos del mar por una cuesta, en un campo oscuro, sin ninguna luz.

Poco después, al rebasar una curva, nos detuvimos junto a un automóvil con los faros encendidos, aparcado en la cuneta. Entonces supe que me fusilarían entre los árboles. Los guardias me ayudaron a descender de la camioneta. Del automóvil salió el capitán de la Guardia Civil.

–¡A formar! –gritó el sargento.

Se alinearon a un costado de la curva. Uno de ellos me condujo hasta un árbol y me apoyó en él. Todo eso que cuentan de que antes de morir pasa a raudales nuestra vida es pura filfa. Me encontraba aletargado, vacío, con la adrenalina bombeando en mis venas, intentando no tiritar.

–¡Listos, mi capitán!

–Sargento, mande firmes.

Se acercó despacio al árbol y se situó frente a mí. Escuché la voz de mando del sargento:

–¡Atención, fir... mes..., ar!

El capitán llevaba un pañuelo blanco en las manos. Permanecía en silencio, mirándome.

–No necesito el pañuelo.

–Bien, como quiera.

–Otro crimen sin juicio, capitán. Debe de sentirse orgulloso.

–Aún estamos en guerra. Es su última oportunidad de hablar. Dígame sus contactos en Málaga y lo devuelvo a la cárcel.

–No lo sé..., no conozco a nadie en Málaga. Usted debería saber que dejé el partido hace años. No puedo darle el nombre de nadie porque no lo sé. Y déjeme que le diga algo, capitán: al final ganaremos. Tarde o temprano lo conseguiremos. Esta muerte será inútil.

–¿Cuál es su última voluntad?

–¿Puede darme un cigarrillo y desatarme?

–No puedo desatarle, lo siento.

Me aparté del árbol y observé a los guardias civiles frente a mí, firmes con los fusiles a los lados como muñequitos de feria, apretados a sus viejos máuseres. Era absurdo, no podía morir tan joven, aún me quedaban muchas cosas por hacer. El sargento permanecía separado unos pasos. El capitán sacó un paquete de cigarrillos, me

puso uno entre los labios y lo encendió; aspiré el humo.

–Avisé a Carmen Muñoz, mi prometida, vive en Málaga en casa de los Loring. –Noté que el capitán me miraba fijamente–. Que ella recoja mi cuerpo. Dígame que mis últimos pensamientos fueron para ella. ¿Se lo dirá?

–Sí, puede usted estar seguro.

El capitán se apartó unos pasos y dio las voces de mando rituales. Escupí el cigarrillo y escuché la descarga.

Cerré los ojos y caí de rodillas.

4

BURGOS, COMIENZOS DE ENERO DE 1938

Aquel enero de 1938 los burgaleses sufrieron una terrible ola de frío. Las temperaturas nocturnas llegaron con frecuencia a los quince grados bajo cero. Los periódicos informaron de que era el invierno más crudo del siglo. Dimas Prado, arrebuado en su gabardina, empujó la puerta del Café España, y sintió una vaharada de calor, ruido de voces y algunas risas que se elevaron sobre el rumor general. Todas las mesas estaban ocupadas. Había soldados de permiso, oficiales con sus familiares y paisanos que charlaban a voces.

Lucio Garcés se había sentado a una de las mesas del fondo con una copa de coñac a su lado le hizo un gesto y Dimas se dirigió hacia él.

Garcés lo había llamado por teléfono esa misma mañana para comunicarle que tenía algo muy importante

que decirle; podían verse un poco antes de comer «donde solía ir a tomar café». Era de dominio público que él acudía casi todos los días al España a media mañana, un local abierto día y noche. Y había añadido que era un asunto «de vital importancia». Se había despedido con el «¡Arriba España!» habitual.

–Bueno, ¿cómo estás, Dimas? Pensaba que no ibas a venir –le dijo Garcés y miró su reloj–. ¿Cómo te va?

Dimas se sentó frente a él, colocó el bastón sobre la mesa y se dispuso a escucharlo distraído. Observó las cristaleras del café, empañadas por el vaho. Hacía mucho frío y la noche anterior también había sido fría y desapacible, pero dentro se estaba bien y caliente. Llevaban varios días con las calles de Burgos cubiertas de nieve.

–Me he retrasado un poco, Lucio. –Dimas se encogió de hombros–. Ayer volví de Salamanca, ya sabes, hemos tenido una reunión del partido..., y luego lo del Instituto de España, hemos ido a colaborar con la organización. El trabajo se ha acumulado.

Garcés lo miraba fijamente.

–Me lo figuro, allí estaría lo más preclaro de las letras españolas, las más brillantes plumas, ¿no? ¿Fue Baroja?

Dimas Prado asintió en silencio y añadió:

–Baroja está con nosotros, con la España Nacional y con la Cruzada de Liberación. Vamos al grano, Lucio. ¿Qué quieres?

Garcés se adelantó en la silla y le dijo en voz baja:

–He pensado que podemos ser socios, no sé..., unirnos en un negocio. Ya hemos trabajado juntos antes, nos llevamos bien, y ya es hora de que afiancemos nuestra relación. ¿Qué dices? –Dimas Prado aguardó—. ¿Sabes lo de los camiones?

–Sí, es lo que se dice por ahí, ¿no?

–Eso es, ochocientos camiones Ford último modelo. Los primeros ochenta van a desembarcar en Santander la semana que viene, el 21 o el 22, si todo va bien, ¿me comprendes? Vienen en un carguero de bandera panameña, el *Albatros*. Son camiones nuevos, de fábrica, un regalo personal de míster Ford al Caudillo. Se trata del primer envío a Santander. Luego irán llegando los demás.

Garcés se quedó callado. Dimas lo observó durante unos instantes: un tipo grueso, de cuello ancho y barrigón, dueño de Transportes Internacionales Garcés y Hermanos y de una flota de taxis. Lo conocía desde antes de la guerra, cuando su familia se mudó del caserón de la calle de la Paloma al piso donde ahora vivía su madre, la vieja casa de su abuela en la Plaza Mayor, hoy de José Antonio. La mudanza la hicieron en sus camiones. Era obsequioso y sudoroso y le besó la mano a su madre.

Garcés le hacía favores y Dimas se los devolvía, permitiendo que abasteciera bajo mano de carne, bebidas, mantequilla y exquisiteces a los hoteles y a algunos señalados jerarcas del régimen, incluyendo el cuerpo diplomático. De vez en cuando Garcés le señalaba a algunos campesinos, hombres y mujeres, que traían a

Burgos huevos, pan, embutidos caseros y a veces patatas, gallinas y hortalizas, burlando la Comisión de Abastos. De ese modo, Dimas, que era responsable del Departamento Provincial de Investigaciones de Falange, efectuaba espectaculares detenciones que merecían el beneplácito de sus jefes. Muchos de esos pequeños estraperlistas eran, en realidad, proveedores de Garcés. Era de dominio público que Lucio Garcés controlaba el mercado negro de la ciudad.

—Los ochenta primeros vienen cargados de gasolina sintética alemana, un descubrimiento genial que dará un vuelco a la guerra. El flete de esos camiones lo ha hecho una empresa mixta chileno-alemana, la Malcom & Ruwlan o algo así, con sede en Valparaíso, Chile. —Bajó la voz—. Uno de mis antiguos empleados, que me debe favores, está destinado en el cuartel general, es radiotelegrafista y me lo ha confirmado. Ya te digo, estarán en Burgos alrededor de un par de días después de desembarcarlos en Santander. ¿Te das cuenta? Ochenta camiones nuevecitos hasta los topes de bidones de gasolina...

¿Para qué le contaba esa historia de los camiones Ford? Eso era la comidilla de todo el mundo en Burgos. Seguro que no era de eso de lo que quería hablarle.

—Dime algo que no sepa, Lucio. Me aburres.

Dimas lo vio limpiarse el sudor de la frente con la mano.

—Espera, lo mejor no es eso; otros tantos vienen llenos

de latas de carne, de atún, leche condensada, café y chocolate que cargaron en Chile. ¿Comprendes lo que te digo?

El camarero acudió desde el mostrador. Garcés lo interpeló antes de que llegara a la mesa.

—Trae otro coñac, anda. Y a mi amigo Dimas lo que quiera, date prisa.

—¿Señor Prado?

—Lo de siempre, Alonso. Café y coñac.

—Sí, señor, enseguida.

Aguardó a que el camarero se alejara.

—Conoces a Montoro, ¿verdad? Bueno, pues te he traído algo que te va a gustar, aunque te advierto de que soy un servidor de España, un cristiano patriota; tú me conoces, he puesto mis camiones y mis coches al servicio de España, de la Cruzada de Liberación. El propio Caudillo, dios lo bendiga, me conoce.

Garcés empujó un paquete por la mesa hasta que estuvo al lado del bastón negro con empuñadura de plata. Tenía el volumen de dos cajas de zapatos unidas. Dimas no se movió ni realizó ningún gesto.

—Es para tu señora madre, con todos mis respetos. Hay un poco de mantequilla holandesa, dos latas de medio kilo, mantequilla de la mejor calidad, muy fina; latas de carne rusa, leche condensada, y para ti una botella de coñac y un cartón de cigarrillos americanos, esos Pall Mall que fumas, ¿verdad? —Esperó alguna indicación, un gesto de asentimiento, una sonrisa, pero Dimas continuó

inmóvil—. Bueno..., verás, te he traído algo que te va a..., pero antes...

Garcés cerró la boca. El camarero apareció con una botella de coñac Príncipe, una copa y un café en la bandeja. Se lo sirvió a Dimas y después llenó las copas de los dos.

—¿Mandan alguna cosa más?

—Toma, cóbrate —Garcés le tendió dos billetes de cinco pesetas—, y te quedas con la vuelta.

—Pues muchas gracias, señor Garcés.

—Vete ya, anda. —Aguardó a que el camarero desapareciera detrás del mostrador. Volvió a bajar la voz—: Te estaba diciendo que te he traído algo que te va a gustar, pero deja que antes te diga otra cosa, ha sido como si la providencia divina me soplara al oído. Verás, cuando supe que Montoro iba a ser el encargado de almacenar lo de los camiones, esos Ford que te estaba diciendo...

Dimas lo interrumpió.

—¿Montoro?

—Sí, Montoro.

—¿Seguro?

—¿Que si estoy seguro? —Garcés sonrió y negó con movimientos de cabeza—. Parece mentira que dudes de mí. Lo que yo digo va a misa, ¿alguna vez te he fallado? Mira, oficialmente los americanos son neutrales, unos liberales y masones asquerosos, nunca se reconoce que nos entregan gasolina, camiones y motores de aviación, pertrechos de guerra, armamento... Si lo sabré yo. Y me

refiero a las empresas americanas, no al gobierno; esos son protestantes y enemigos de España. Y eso nos favorece a ti y a mí..., quiero decir que lo de los camiones no lo van a tratar como «material de guerra», sino civil. Por eso, precisamente, es Montoro, o sea, Abastos Civiles, el que se va a encargar de almacenarlos.

Dimas pensó en Montoro mientras escuchaba a Garcés. El teniente coronel César Montoro, jefe de Abastos Civiles, se estaba haciendo inmensamente rico. Ese tipejo que había sido compañero de su padre en África en el mismo regimiento.

Garcés había sacado un sobre y lo había deslizado sobre la mesa. Dimas lo miró sin tocarlo. Un sobre normal escrito con letra picuda y pareja, dirigido a un tal «comandante don Luis Arteaga» y una dirección de Zaragoza. Dimas lo levantó y le dio la vuelta: el remitente era Montoro, comandante. El matasellos era de Burgos, 1931.

—Léela, te va a gustar, ya verás.

Dimas observó el sobre con detenimiento. Garcés volvió a beber coñac de su copa, esperando también. Los ojos le chispeaban. Dimas extrajo un papel del sobre y leyó la carta. Era una misiva corta, fechada el 10 de agosto. La leyó de nuevo. Garcés le sonreía.

—¿Te das cuenta? Le llama «Paca la culona». ¿Qué te parece? Fue cuando nuestro..., ya sabes a quién me refiero, ¿no? Cuando la... —giró la cabeza a izquierda y derecha y bajó la voz aún más—, quiero decir, cuando la

República cerró la Academia Militar de Zaragoza y nuestro..., bueno, se quedó sin trabajo, una marranada.

Dimas se guardó la carta en el bolsillo interior de la chaqueta.

—¿No me preguntas cómo la he conseguido? Me ha costado una fortuna. Un verdadero dineral. Arteaga tiene abandonados a su esposa y a los hijos, ¿entiendes? Vive con su barragana, una tal Dorita, una cualquiera. Su familia pasa muchas penalidades. Ya ves, con un padre así, figúrate. El caso es que su esposa, la pobre, me ofreció la carta por si yo podía hacer algo. Se la compré por hacer una obra de caridad. Ahora atiende, verás, te decía que Montoro va a almacenar el cargamento en sus depósitos. El Caudillo, dios lo guarde, ha decidido que parte de esa intendencia vaya para el frente, pero que la mitad se guarde para el reparto cuando entremos en Madrid, que está al caer. ¿Te das cuenta? Ese cabrón de Montoro con ese cargamento, que ni siquiera sabe cuánto hay. Digamos que en cada camión puedan ir entre tres y cinco toneladas, como poco, tirando por lo bajo, quizás más, alimentos que se van a quedar guardaditos en los antiguos depósitos del trigo, esperando la caída de Madrid. Lo que te propongo es que tú y yo hagamos una sociedad, o sea, que seamos socios. Yo no puedo ir a ver a Montoro con la carta porque me fusila, pero tú..., tú sí, estás en Investigaciones y eres hijo de un héroe de la patria; además eres alférez condecorado y el Caudillo en persona te...

–No vuelvas a pronunciar el nombre del Caudillo, ni se te ocurra mencionar a mi padre. Tu boca mancha.

Bajó la cabeza.

–Sí, vale, perdona, no volverá a ocurrir. Te decía que, en fin, que tú..., mira, si tú vas a ver a Montoro, claro, yo luego... Bueno, si nos hacemos socios y Montoro traga, te doy cinco mil francos franceses en la cuenta que quieras en Lisboa, Francia..., o en Suiza, tengo contactos y mi palabra va a misa, pero...

–Aquí no.

–¿Qué?

El café había comenzado a llenarse de más gente, paisanos y militares que se apelotonaban en el mostrador aguardando la hora de comer. Hacían ruido y hablaban a voces. Algunos de ellos saludaron a Dimas y a Garcés, que contestaron a los saludos.

–Aquí no podemos hablar. Nos veremos en otro sitio.

–Ya está dicho todo. Entonces... Bien, bien, lo que digas, pero me juego mucho y tú lo sabes. No se pueden sacar capitales fuera de España. Si me descubren, me fusilan. Lo entiendes, ¿verdad?

–Te acabo de decir que hablaremos de los detalles en otro momento. Te llamaré al despacho.

–Bueno, de acuerdo. Bastarían cuatro o cinco toneladas, que llevaríamos a Francia, a Biarritz, en mis camiones. Y de ahí se lo volvemos a vender a Intendencia Militar a través de una de mis empresas. Nadie se enteraría. Te llevarías cinco mil francos. –Hizo una

pausa—. ¿Me das la carta?

Le tendió la mano. Dimas sonrió.

—La guardaré yo. ¿Algún problema?

—¿Qué?

—Que si te preocupa algo.

—¿A mí? No... Bueno, pensaba que...

—Hablaré con Montoro para que se cite contigo. Lo arreglaré todo. ¿Cuatro toneladas?

—Mejor cinco. Y espera un momento, ¿qué quieres decir con eso de que se cite conmigo?

—Le diré a Montoro que hable contigo. El trato lo harás tú. Iré a verte cuando esté todo listo.

—¿Crees que eso es lo mejor, Dimas? Yo había pensado que...

—No, así es mejor. El trato lo haces tú. Montoro es..., lo conozco, es un hombre muy enérgico, medalla militar con distintivo rojo. No será fácil.

—¿Y qué te parece eso de insultar al Caudillo? Se va a acojonar en cuanto le llesves la carta. Eso te lo digo yo. No es conveniente que sepa que la carta te la he dado yo. ¿Lo entiendes?

—No le diré la procedencia de la carta, pierde cuidado. Pero no será fácil, eso seguro.

—Escucha, Dimas, Montoro trafica con abastos. Distribuye mercancía bajo mano. Sé de buena tinta que provee al Hotel Condestable, a algunos cabarés como el Kursaal...

Dimas bebió un sorbo de café y encendió un cigarrillo,

distraído. Lucio Garcés se quedó mirándolo. Luego Dimas se puso en pie bruscamente.

—Y otra cosa, llévate el paquete. Mi asistente irá mañana a tu despacho a por él.

—Sí, de acuerdo... Oye, ¿podrías hacerme un favor? Mi secretaria se ha empeñado en ir a las veladas del Hotel María Isabel, al Café Berlín, a donde tú vas. Se llama Ana y...

—¿Por qué no la llevas tú?

—No tengo tiempo y a ella sola no la dejarían entrar. Hazme el favor, anda.

—¿Es tu amante?

Garcés le guiñó un ojo.

—Irá hoy sobre las ocho. Dirá que va de tu parte, así la dejarán entrar. Atiéndela, ¿vale? Es muy guapa, pero tiene la cabeza a pájaros.

—¿Y por qué yo?

—Bueno, tú eres soltero, ¿no? Lo que me faltaba a mí es que me vieran en el Berlín con mi secretaria.

Esa misma tarde después de comer, Dimas Prado se citó con el teniente coronel César Montoro, responsable de Abastos Civiles, en su despacho oficial. Dimas, luego de los saludos protocolarios y de anunciarle que no estaba allí en calidad de jefe provincial de Investigaciones sino como amigo y camarada, le dio su versión del origen de la

carta que siete años atrás le había enviado al comandante Arteaga. Dimas afirmó que la había conseguido de un camarada de la Falange de Zaragoza que acababa de morir de tuberculosis. La había descubierto entre sus papeles y quería devolvérsela, así de simple. Por otra parte, no se la había enseñado a nadie.

Montoro recordaba su amistad, ya lejana, con Arteaga, pero no sabía a qué carta se refería.

—A esa carta en la que mencionas al Generalísimo como «Paca la culona».

Montoro se contrajo, a punto de estallar.

—Espera un momento, ¿me dices que no se la has enseñado a nadie? ¿A nadie?

—Eso es, a nadie.

Dimas se dio cuenta de que a Montoro le costaba trabajo contenerse.

—Quiero esa carta, Pradito, es mía. ¿Te has enterado?

Dimas se arregló la raya del pantalón. Se había sentado en una silla frente a él y fingía no estar nervioso ni preocupado.

—La carta está en mi despacho, en Investigaciones.

—¿Está en Investigaciones? —El rostro de Montoro se puso cárdeno. Se adelantó en el sillón—. ¿Y me dices que no la ha leído nadie?

—La tengo yo, y nadie sabe nada.

Montoro se puso en pie de golpe y caminó por el despacho farfullando y negando con la cabeza. Sacó la pistola de reglamento y le apuntó.

—¿Qué te traes entre manos, Pradito? No te tengo miedo. Dame esa carta o te dejo tieso de un tiro.

—No te has enterado todavía, ¿verdad? Te estoy intentando ayudar, y deja esa pistola. ¿Crees que puedes matarme y quedarte tan tranquilo? Si crees eso, es que no estás bien de la cabeza. ¿Quieres ver la carta?

Dimas se abrió la chaqueta para que viera la funda sobaquera con la pistola. Hurgó en el bolsillo interior durante unos instantes y al final extrajo un sobre blanco.

—Aquí está la carta. —La agitó—. Y deja de apuntarme.

Montoro dudó unos instantes. Luego enfundó la pistola y volvió a sentarse en su sillón. Leyó la carta y observó a Dimas dos veces mientras la leía. La arrojó sobre la mesa.

—Es falsa.

—No, es una copia, que no es lo mismo. ¿Es que crees que soy tonto? Si te hubiera dado la original, la habrías roto en mil pedazos, ¿no?

—¿Qué quieres a cambio de la carta, Pradito? Vamos, dímelo de una vez y quedemos en paz.

—Bueno, Montoro, todo tiene un precio, ¿no es así? Tengo un socio.

Transportes Internacionales Garcés y Hermanos ocupaba una de las esquinas de la Plaza de José Antonio, antes Plaza Mayor. Dimas se detuvo en el escaparate. De pequeño le fascinaban los camiones a escala, que seguían

en el mismo sitio que veinte años antes de que él naciera. Las miniaturas estaban en exhibición desde que el viejo Ramón fundó la empresa en 1889.

Subió los escalones hasta el primer piso, llamó a la puerta y sonrió. El asunto se solucionaba con gran rapidez. La voz de Garcés traspasó la puerta:

–¡Adelante!

Dimas pasó atento al lugar donde creía que podría sentarse esa Ana, la secretaria. Recorrió la mesita con la mirada, la máquina de escribir, el secreter y el armario archivador de madera..., pero la secretaria no estaba.

Antes de que llegara a su lado, Garcés le preguntó:

–¿Has podido arreglar lo de Montoro?

–Sí, le expliqué un poco el negocio y aceptó enseguida, ya ves. Todo listo.

Garcés emitió un largo suspiro.

–Tenía ganas de hacer negocios con Montoro.

–¿Y tu secretaria? –le preguntó Dimas–. ¿Va a venir al Berlín?

–Sí, claro. Esta noche irá. Ha ido a Correos a certificar unas cartas. ¿Qué te ha dicho Montoro?

Dimas notó la mirada ansiosa y turbia de Garcés.

–Está de acuerdo en el trato, acepta darte cinco toneladas de víveres –contestó Dimas. Garcés asentía–. Vendrá a verte un día de estos para organizar los detalles.

–Está bien, pero necesito un testigo. Tú tienes que estar, Dimas. No me fío de Montoro. ¿Has traído la dichosa carta?

Dimas le mostró la copia mecanografiada. De paso también la funda de la sobaquera, como sin querer.

–Antes tienes que pagarme. Me debes cinco mil francos franceses y los quiero ahora.

–Tú estás loco, Dimas. ¿Crees que tengo ese dinero aquí?

–Entonces diez mil duros.

–Te doy..., cinco..., cinco mil duros ahora mismo. Necesito un poco de tiempo para llamar a mi banco en Biarritz, no me jodas.

–Hecho. Pero yo me quedo con la carta auténtica.

–Eres..., eres un perro, Dimas. Un asqueroso perro. Esa carta te la entregué yo y me pagas con esto.

–Montoro no podrá hacerte nada. Pero no hablemos más, dame el dinero y quedemos en paz. La carta será un seguro de vida para los dos.

5

PENAL DEL PUERTO, MEDIADOS DE FEBRERO DE 1946

Mi celda, de tres metros por dos y medio, se encuentra en la zona de la «cárcel vieja», unida al antiguo monasterio de Nuestra Señora de la Victoria, desamortizado a mediados del siglo XIX. La celda la ocupamos tres personas. Tiene solo una litera de dos plazas atornillada al suelo. Los jergones, rellenos de hojas de maíz, miden cuarenta y cinco centímetros de ancho y un metro setenta de largo. Al llegar recibimos el jergón, una sábana y una manta por preso, sin almohada. Tenemos que lavarlas nosotros mismos.

La cama de arriba la ocupa un preso común, el «moro», un extraño sujeto de unos cincuenta años, natural de Córdoba, renegrado como un africano, condenado a perpetua por matar a hachazos a su mujer, al amante de su mujer y a su hijo, que intentó impedirselo. El «moro» nos

odia por haber ocupado su cubículo.

La cama de abajo es la de Anselmo, de apenas veintitantos años, acusado de informante de la guerrilla. Fue miliciano de las últimas levadas de la República, casi sin experiencia en combate. Es de algún pueblo de Jaén, movilizado durante el verano de 1938 para la batalla del Ebro. El muchacho no habla. Parece que lo denunciaron sus suegros con la connivencia de su mujer. Lo oigo llorar en sueños. Temo por su salud mental.

Yo no tengo litera. Tiendo mi jergón en el hueco que hay entre la pared y la jaula de hierro semicircular que hay a continuación de la puerta, llamada «la cangrejera». Tengo exactamente cincuenta centímetros para tender el jergón. Duermo encogido; mi colchón roza la zona del retrete, un agujero en el suelo, siempre atascado, bajo un grifo del que solo mana agua dos horas al día. Tengo que cubrir el agujero con una tabla y una piedra para impedir que aparezcan las ratas y se paseen por encima de mí. Limpiamos el retrete por turnos después del toque de diana. Llevamos la porquería en un cubo a un carro cisterna que lo traslada fuera del recinto. Todas las noches oigo bullir a las ratas que se pelean por salir a la superficie. Por las mañanas tenemos que matar a las que han logrado escapar, luego las quemamos en las cocinas.

Los presos comunes tienen largas condenas. Pobres

gentes con un alto grado de barbarie y analfabetismo: asesinos, violadores y ladrones de todo tipo, incluidos cuatrerros. Ellos son los veteranos del penal, los que controlan los mejores destinos. Son cabos de cocina, de rastrillos y ordenanzas de los funcionarios. La mayoría de ellos trabaja a cambio de un jornal diario de seis pesetas en los pocos talleres que quedan para la redención de penas por el trabajo: carpintería, tahona y desfibración de palmitos. En realidad se trata de una tarea semiesclava. Todos los productos que salen del penal van a empresas privadas que obtienen grandes beneficios.

El penal se encuentra en el mismo casco urbano del Puerto de Santa María, frente al mar y la estación de ferrocarril. Mientras escribo en la escuela, oigo los graznidos de las gaviotas, las sirenas de los barcos y los pitidos de los trenes. También el rumor del tráfico de carros y de coches y el chirriar del tranvía. Me pone nostálgico escuchar las voces de niños jugando, las conversaciones de los transeúntes, los pregones de los vendedores ambulantes. Al amanecer y al anochecer escucho los gritos de mando del destacamento militar que nos custodia.

Cuando intento dormir en mi jergón, el sonido del tren y sus pitidos me sumen en una honda melancolía. Sueño que parto en él, que me marchó. Pero lo que de verdad me

atormenta es que continúo sin saber nada de Carmen.

Entre nosotros hay dos médicos que cumplen condena. Uno es un antiguo conocido, el cirujano Mariano Moreno, cuya actividad en la guerra ignoro. Éramos de la FUE cuando estudiábamos. El jefe médico es el doctor Santos Berasategui, un vasco, antiguo responsable de la Sanidad del Ejército del Norte y un eminente patólogo que intenta transformar la enfermería en un centro médico operativo. El pobre cuadro sanitario del penal está compuesto por cuatro enfermeros y dos médicos, que tienen sus consultas en Cádiz y que acuden una vez al mes.

En la prisión hay también varios practicantes, sin contar las monjas, y tres improvisados enfermeros. Berasategui intenta que no haya epidemias, que nos diezmarían en muy poco tiempo. Entró al penal a comienzos de año, poco antes que yo, delatado cuando regresó clandestinamente a su casa natal en San Sebastián. El consulado inglés de Cádiz se ocupa de él y le envía con frecuencia ropas, medicamentos y comida. Es muy posible que el mes que viene salga con un indulto especial; lo vamos a echar de menos.

Berasategui ha presentado una solicitud al director para que yo pueda pernoctar en las dependencias médicas, junto a Mariano Moreno, como una especie de «ayudante personal». Quiere que esté con él, que organice la enfermería y las historias clínicas de los enfermos. Si lo consigue, dormiré en la sala de consultas, donde hay dos camas con sábanas, almohadas y luz, lo que me permitiría

escribir mi diario y leer. Lo contemplo como un viaje al paraíso.

La docena de monjas, encargadas tradicionalmente de la enfermería, la cocina y la biblioteca, se han tenido que plegar a las exigencias y directrices de Berasategui. Sin embargo, los roces y desplantes son casi continuos. La superiora y responsable de la congregación, una vieja flaca y malcarada que dice ser enfermera diplomada, sor Angelines, se cree con derecho a disponer de los pacientes a su antojo. Al atardecer les hace rezar el rosario para la salvación de sus almas. De todas maneras, y a pesar de ser monjas, son mujeres y transmiten paz y bienestar a los enfermos y moribundos.

Berasategui ha elaborado una serie de normas mínimas de higiene que intenta transmitir a la población reclusa, tales como la prohibición de beber agua de los grifos y la obligación de bañarse una vez a la semana. Ha conseguido que diariamente pase el reparto del agua potable, que Berasategui trata con cloro. En el penal, la falta de medicamentos, comida y agua es angustiosa. El rancho que nos dan es pura bazofia. Del director abajo todos los funcionarios roban de las parcas asignaciones que ha presupuestado el régimen del general Franco.

El director del centro terminará por aceptar las propuestas higiénicas del doctor Berasategui. Las

epidemias alcanzarían también a los funcionarios, a sus familias y al director mismo. Hay peligro cierto de cólera, tuberculosis, gripe, escorbuto, piojos, chinches, garrapatas y sarna. Y, sobre todo, lo que se llama el «síndrome carencial», un eufemismo que indica desnutrición severa, muerte de hambre pura y simple, que afecta a los que no reciben paquetes del exterior.

Como la mayoría de los presos políticos, aguardo las órdenes de cumplimiento de nuestros destinos. Los tribunales no dan abasto; hay gente aquí que lleva más de un año sin recibir aún la orden de traslado. Pero una esperanza sin sentido nos permite conjeturar sobre el futuro incierto del régimen pronazi del general Franco. Parece probable que no dure mucho. Las potencias ganadoras de la guerra contra el Eje no lo permitirán. Sabemos que en diciembre del año pasado el gobierno norteamericano abortó un plan para acabar con el régimen que tenían listo desde 1943, algo que conozco personalmente. Así mismo, la ONU vetó el ingreso de España y recomendó a la comunidad internacional la retirada de embajadores. Eso nos mantiene con la moral alta.

Franco amnistió a la mayor parte de los presos políticos en noviembre del año pasado, cuando los criminales de guerra nazis empezaban a ser juzgados en Núremberg. También sabemos que ha habido movimientos entre la oposición a Franco. En 1944 se decía que el pretendiente a la corona de España, don Juan de Borbón, había firmado

un manifiesto pidiéndole a Franco la restauración de la monarquía parlamentaria, junto a Indalecio Prieto y Gil Robles.

El primer día de patios en el penal del Puerto, un hombre vino a mi encuentro sonriente, me dio la mano y me dijo:

–Camarada Delforo, me llamo Raimundo, soy el representante del partido y del comité de presos. Usted tiene el grado militar más alto en la prisión, mi teniente coronel.

Le contesto que no debo pertenecer a ningún comité. Vengo en conducción y quizás no permanezca en el penal mucho tiempo. Raimundo parece entenderlo; es químico y fue comandante de milicias en el frente de Extremadura, donde mandó un batallón. También le han conmutado la pena de muerte. Lo acusaron de fabricar explosivos para la guerrilla, pero no pudieron demostrarlo. Tuvo avales de familiares militares en el bando franquista. Espera la conducción para su destino, un batallón de castigo en Valencia. Lleva ocho meses aquí.

Me presenta a un grupo de penados, unos quince, que fueron oficiales en la guerra, capitanes y tenientes, condenados por diversos motivos relacionados con la guerrilla. Me saludan con efusión y me ponen al tanto del funcionamiento del penal. Quieren saber si son ciertas las noticias acerca de la proximidad de un golpe militar

contra Franco, organizado por el gobierno republicano en el exilio con la ayuda, apenas encubierta, de Estados Unidos. Están ansiosos por saberlo.

–¿Cómo os habéis enterado? –les pregunto.

–Son noticias de los familiares en las comunicaciones. Lo llamamos «Radio Exterior» –contesta Raimundo–. ¿Es verdad?

Los hombres me miran expectantes.

–Sí, es verdad, pero los americanos se han echado atrás en el último momento. Han preferido apostar por Franco, garante anticomunista en el flanco sur de Europa.

–¿Y las guerrillas, camarada? ¿Resisten?

–Hay núcleos en el Pirineo, los montes de Teruel, Gredos, León, Asturias..., y en Andalucía, ya lo sabéis, ¿no? Y siguen resistiendo.

Un joven con gafas dice:

–A los guerrilleros que cogen los fusilan sin más. La ley de fugas. Y la represión cae también contra sus familiares. Muchos de nosotros estamos aquí por «auxilio a la guerrilla». A veces no fusilan a todos –sonríe con tristeza–. La gente está atemorizada y cansada.

Les animo a tener fe en el final del franquismo. En Madrid ha habido varios atentados contra centros de tortura y comisarías. Ya hay un núcleo del partido en el interior. Franco debe tener cuidado con la represión. Las potencias democráticas no lo permitirán.

Luego les digo que me arrancaron la uña del pie y que la tengo en pleno proceso infeccioso. Apenas si puedo

caminar.

–Vamos a ver al doctor Berasategui –me dice Raimundo–. Es una lumbrera. Fue el jefe médico del Ejército del Norte.

Hacen una colecta y me compran en el economato alpargatas y útiles para afeitar, escribir y fumar. Me emocionaron y les di las gracias a todos.

Así fue como conocí al doctor Santos Berasategui, que me atendió después de aguardar más de una hora en la fila de enfermos. Es un hombre alto y fornido, con el cabello cano y gestos pausados. La imagen misma de la idea que tenemos de un médico sabio. Me curó la herida aplicándome yodo, del que quedaba apenas medio litro, y me aconsejó que pidiera «fuera», al menos, tres dosis de penicilina en polvo o diluida en suero. Ni siquiera tienen sulfamidas. Las utilizan para los tuberculosos. Luego me tomó la temperatura: tenía treinta y nueve grados.

–¿Desde cuándo tienes fiebre?

–Creo que desde que me torturaron en Málaga.

–La infección está muy extendida, Delforo. Hay que atajarla cuanto antes –me dijo.

El doctor Moreno, que estaba presente, afirmó:

–Yo sería partidario de cortar el dedo, así podríamos salvar el pie y posiblemente la pierna.

Estábamos en la enorme y desangelada galería de

enfermos, que se encuentra llena hasta los topes de escrofulosos, diarreicos crónicos y afectados por más de treinta dolencias. Apenas si me consuela que el año pasado la población reclusa del penal alcanzara la pavorosa cifra de cinco mil presos políticos, que la amnistía parcial, producida por la victoria de los aliados sobre el Eje en mayo de 1945, redujo en un ochenta por ciento.

No he recibido el paquete ni la carta de Carmen. Llevo todo este tiempo sin noticias de ella. Un tiempo eterno. Hasta la fecha le he enviado tres cartas siguiendo la normativa. No he tenido respuesta. La angustia se reproduce cada vez que se reparte la correspondencia y no hay nada para mí. No tengo un céntimo para gastar en el economato.

Hablé con el capellán, invoqué la Convención de Ginebra, la caridad cristiana. Le dije que era imposible que mi prometida no me escribiera. ¿Podría llamarla por teléfono? El padre de mi prometida es magistrado, presidente de la Audiencia de Valladolid, y me avala. Una simple llamada me sacaría de dudas. Se negó, afirmó que sería un mal ejemplo; también se opuso a comunicar con mi prometida, ya que no es «pariente» en primer grado. Insistí y volvió a negarse. Le pedí casarme con ella en el penal, la ley me lo permite. Me respondió que no soy

cristiano, no aparezco por los servicios religiosos, una boda así sería un sacrilegio. Si demuestro contrición, me confieso, comulgo y asisto regularmente a los oficios religiosos, tal vez me garantice recibir y mandar correspondencia y más tarde una boda cristiana en el penal.

Tuve que hacer esfuerzos para no cruzarle la cara. Es capitán castrense y lleva correa y pistola sobre la sotana. Se jacta de haber matado a un montón de rojos y de haber «asistido» a más de cuatrocientos fusilamientos. Sabía lo que estaba pensando y me observó con desprecio. Se llama algo así como Obdulio, un nombre de campesino castellano, burgalés, pero exige que se le trate de padre o de capitán. Es alto y barrigón, un cerdo con la cara picada de viruelas.

No les reprocho nada a los compañeros, ni a los vascos, que acuden a los oficios religiosos. Si tengo que aceptar ir a misa a cambio de ver a Carmen y recibir sus cartas, soy capaz de hacerme un beato. En el fondo, la misa distrae, rompe la monotonía del penal cada vez que se celebra. Pero otra cosa son los oficios religiosos, sobre todo la enseñanza del catecismo, el rezo del rosario y la doctrina cristiana, que, aunque son obligatorios, materialmente no pueden impartirlos por la dificultad de formar en patios a tal cantidad de reclusos, lo que generaría un trabajo ímprobo. De manera que el capellán, de forma aleatoria, llama a los que considera más peligrosos e intenta inculcarnos las «verdades de la religión», como si

fuéramos pobres paganos o indios amazónicos.

Los presos suelen cantar de día y de noche en las celdas y en patios. En estos momentos uno canta en voz baja y profunda una carcelera; la he oído varias veces durante mis largos insomnios.

Dice así, poco más o menos: «Mejor quisiera estar muerto / que preso *toa* la vida, / en este Penal del Puerto, / Puerto de Santa María. / Centinela, centinela, / tú tienes la culpita / que pase la noche en vela».

Las noches en el penal tienen un sonsonete curioso, una cantinela que se repite noche a noche. Son los gritos de alerta de los guardias de las garitas. «¡Centinela alerta uno!». «¡Centinela alerta está!». «¡Centinela alerta dos!». «¡Centinela alerta está!». «¡Centinela alerta tres!»...

Más de la mitad de los presos son andaluces, y la inmensa mayoría, hombres enraizados en el campo. Gracias a ellos he descubierto la magia del flamenco, su origen de canto oscuro de pena y desesperación.

Otra carcelera con algunas variantes es esta: «Adónde irá ese barquito que va por la mar serena. / Unos dicen que a Almería, otros que *pa* Cartagena. / Barquito de vela que vienes de Cádiz por esta bahía. / Por qué no vienes al Puerto, Puerto de Santa María».

Los funcionarios, llamados por los internos «boqueras», «boqueros» o «boquis», golpean las

puertas de las celdas y ordenan que se callen, amenazándolos con celdas de castigo o «chupanos». Se hace el silencio. Vuelven a oírse los cánticos monótonos de los centinelas, mezclados con las toses y carraspeos.

Esta noche ha muerto un penado en la galería de enfermos. Un muchacho peón de cortijo en un pueblo de Córdoba. «Tétanos», debió de poner en el parte Mariano Moreno, el médico de guardia. Es decir, muerte por miseria o a causa del «síndrome carencial».

Desde mi celda escuché como lo sacaban de la galería envuelto en la mortaja, su sábana. Pasaron por mi corredor y distinguí la voz de Mariano, la del jefe de servicios y la de la superiora de las monjas, sor Angelines. Tengo que decirle a Berasategui que vuelva a hablar de mí al director.

Necesito el puesto en enfermería.

De todos los compañeros, el doctor Moreno es el único que conoce a Carmen, y eso lo ha transformado a mis ojos. Nunca fuimos demasiado amigos, pero el simple hecho de reconocernos entre esta muchedumbre y de que haya sido compañero de aula de Carmen en primer curso de Ciencias lo convierte en alguien especial. No hablamos de política, aunque una mañana en patios, recién llegado, me dijo que «los comunistas habíamos sido los culpables de todo lo que había pasado». Le contesté que era mejor

no discutir; ahora estábamos todos juntos en la misma cárcel, prueba de que nuestro enemigo era común.

De todas maneras nos tratamos con amabilidad, como si hubiéramos sido íntimos durante la guerra. No le pregunto dónde combatió o si estuvo en algún destino sanitario..., como si eso importara. Pero tengo que quitarme a Carmen de la cabeza, pensar en otra cosa.

Desde el punto de vista jurídico, incluso logístico, este penal es una aberración inútil. Tantos hombres inactivos convierten la redención de penas por el trabajo en una quimera. Menos de la mitad de los comunes la cumplen. La mayor parte de los talleres, que creó e impulsó la reforma carcelaria republicana, no funcionan. Sirven de almacenes.

Los días pasan monótonos. Berasategui continúa curándome el dedo, que me palpita como un reloj y no deja de supurar. Ya no le pregunto cómo sigue, él tampoco me dice nada. Ni siquiera le menciono que cada vez me duele más.

Empiezo una tanda de ejercicios gimnásticos en el patio de la cárcel. Me acuerdo del coronel Mangada en la Casa de Campo aquel julio de 1936. Me prometo a mí mismo

hacer gimnasia todos los días. Practico el método Müller, el mismo que seguía mi padre.

El juicio sumarísimo se celebró en Málaga el 26 de diciembre de 1945, en unas dependencias de la Capitanía General, a puerta cerrada. El abogado defensor, un excelente muchacho, alférez del ejército, centró la defensa en la falta de pruebas y en que fui torturado por la Brigada Político-Social de Málaga, que no consiguió que firmara mi culpabilidad. Justificó mi presencia en Málaga como una cita amorosa con mi prometida, ya que su familia no aprobaba nuestras relaciones. No sirvieron de nada los testimonios de Carmen ni la declaración escrita de su padre.

La sentencia me la comunicaron dos horas más tarde. Me condenaron a morir fusilado el 7 de enero de 1946.

Mientras estaba en capilla, Carmen consiguió un encuentro conmigo en uno de los despachos de la prisión. La presencia de un funcionario era inevitable. Fue el 30 de diciembre a las doce de la mañana, nunca lo olvidaré. La habitación era inhóspita, prácticamente vacía. Sus únicos muebles, una mesa, tres sillas y los retratos de Franco y José Antonio.

El funcionario me informó:

—No pueden tocarse —insistió—; si se tocan, daré por terminada la reunión. Tienen veinte minutos a partir de ahora mismo. ¿Ha comprendido usted lo que le quiero decir?

—Sí.

Se apartó unos centímetros y se sentó, ojo avizor. La silla de Carmen se encontraba frente a la mía. Entró sonriendo, lanzándome besos.

—¿Estás bien, amor mío? Mi amor bonito.

—¡No pueden tocarse! ¡Les he avisado, eh!

No hacía falta tocarse para reconocer su cuerpo centímetro a centímetro.

—Estoy bien, cariño, muy bien. Qué alegría verte, mi amor.

—¿Qué te han hecho en la boca? Estás muy gracioso melladito. ¿Y las gafas? ¿Te las han roto?

—Me las arreglo sin ellas, Carmen. Y cerraré la boca para que no me veas las muelas...

—Tus hermosos dientes... Pero escucha, amor mío, no tenemos mucho tiempo. Hay una campaña en marcha pidiendo tu indulto. Y te hemos buscado un abogado que ya está haciendo gestiones para tu perdón. Pero de lo que quiero hablarte es de mi padre; me ha presentado a un comisario muy influyente, un alto cargo del Ministerio de Gobernación que está dispuesto a ayudarnos a cambio de un millón de pesetas «como aportación a la resurrección de España». ¿Te acuerdas del Velázquez que teníamos en

casa? Está dispuesto a aceptarlo como «donación». Te condenarán a treinta años de trabajos forzados y más tarde saldrás en cuanto haya una amnistía, el régimen no puede durar mucho.

Me quedé yerto. ¿Un alto funcionario del Ministerio de Gobernación? ¿Qué pretendían esos canallas?

—Carmen, ese hombre, el policía..., quiere robarte. De todas maneras tendrán que darme el indulto, ya no pueden fusilar como antes, Alemania ha sido derrotada hace muy poco.

—No podemos arriesgarnos, Juan, mi vida. El indulto está en marcha. Voy a entrevistarme con ese hombre y le daré el cuadro.

—¿Tu padre está de acuerdo?

—Está muy enfermo, además, es mi herencia. Y si pone pegas, soy capaz de estrangularlo, todo saldrá bien. ¿Necesitas algo?

—Ten mucho cuidado con la policía, amor.

—Claro, no te preocupes. Escucha, voy a enviarte enseguida un paquete a tu nombre, una carta y dinero. Te conseguiré unas gafas nuevas. ¿Sabes?, tendríamos que habernos casado, así habría sido más fácil vernos.

—¿Podrás mandarme unas gafas?

—Claro que podré. Muy pronto las tendrás. Lo malo van a ser los dientes postizos; hará falta un buen dentista, aunque estás muy gracioso así.

—Señores, ha pasado el tiempo —dice el funcionario.

Carmen se abalanzó sobre mí. La estreché entre mis

brazos y nos besamos. El funcionario intentó separarnos golpeándonos con la porra. Pero era inútil. Llamó a gritos a la guardia. Tuvieron que aplicar la fuerza para separarnos. Con el tumulto acudieron más carceleros, que arrastraron a Carmen fuera y a mí me inmovilizaron contra el suelo. Antes de perderse de vista, Carmen me gritó:

—¡No ha caído nadie, no te preocupes, mi amor!

Los carceleros me golpearon hasta que se cansaron, pero no sentía dolor. Terminé en celdas de castigo, pero soy feliz.

Como es habitual, no puedo dormir, aprisionado entre la pared, las rejas de la «cangrejera» y el retrete. Como siempre, me dedico a pensar en Carmen, en aquel momento exacto en que estuve con ella la última vez. Sigo con la uña infectada a pesar de los cuidados de Berasategui. El médico de la prisión de Málaga, el doctor Gómez Salazar, un buen hombre, me hizo la primera cura antes del simulacro de fusilamiento y me entregó sulfamidas en un paquetito de hojas de periódico. La sulfamida se terminó hace tiempo. Tengo que cuidar esa herida o se me pudrirán el dedo, el pie y luego la pierna. Podrían cortármela.

Antes de salir en conducción al Puerto, hablé con el jefe de servicios de la prisión de Málaga. Le pedí la

correspondencia de Carmen y el paquete. Me contestó que allí no había llegado nada. Cuando llegaran, me los enviarían al Puerto.

Ha pasado más de un mes y doy por perdidos la carta y el paquete.

Ayer sorprendí a DP charlando con el director y un funcionario mientras paseaban por el «Patio Nuevo». Iba con un traje de buen corte y blandía su ridículo bastón. Fingí estar muy atento a lo que me decía un compañero. Ninguno de ellos pareció reparar en mí. ¿Qué anda buscando ese repugnante fascista? Qué curiosa y extraña es la memoria. Lo más frecuente que acude a mi mente ahora es ese interminable noviembre del 36, cuando Madrid estuvo a punto de caer y vi de cerca a aquellos perros que devoraban cadáveres de soldados de ambos bandos en la tierra de nadie. He soñado varias veces con esos malditos perros. No creo en el azar, de manera que DP esté aquí por casualidad. ¿A qué habrá venido? Me produce tanta repugnancia como los perros del frente, a finales del 36, con los que sueño frecuentemente.

6

BURGOS, COMIENZOS DE ENERO DE 1938

En la Plaza de Castilla, no lejos del Palacio de la Isla, residencia de Franco y cuartel general, se encontraba el Hotel María Isabel, al que la mayoría de los burgaleses llamaban «Café Berlín», por estar ocupado por los alemanes, o los de la «misión alemana», como solía decirse. Una enorme pancarta con la cruz gamada cubría el frontal del edificio.

Dimas Prado, en la mesa reservada a Falange, bebía coñac mientras observaba a los alemanes charlar con las mujeres que proporcionaba la Tangerina, unas seis o siete, aunque a veces había más, ya que los alemanes podían acudir al hotel con las mujeres que quisiesen. Burgos se había llenado de putas aquellos años, para escándalo del clero, aunque las autoridades militares hacían la vista gorda. Privilegios de un ejército victorioso.

Los veía alzar las copas entre el humo de los cigarrillos y esas hermosas mujeres, descaradas y reidoras, siempre rodeadas por hombres, quizás aviadores de la Luftwaffe, artilleros, tanquistas o personal de Inteligencia y comunicaciones, de permiso; en todo caso alemanes, gente que parecía tener mucho dinero y ganas de gastarlo. A veces acudían los italianos –aunque solían preferir el Kursaal, un cabaré–, también de la llamada «misión diplomática», todos ellos bien trajeados, o con sus vistosos uniformes de paseo.

Los alemanes eran más discretos vistiendo. Aparecían con largos abrigos de cuero negro, o estilizados trajes cruzados a la moda, y pagaban botellas de champán francés traídas de San Sebastián, o de Biarritz, como si tal cosa. No había habido tantas putas caras en el Hotel María Isabel desde el comienzo del Alzamiento.

En las mesas próximas unos cuantos militares españoles, altos oficiales de permiso o de guarnición en Burgos o en Valladolid, que también bebían champán, quizás contagiados por el ambiente, alternaban con un grupo de alemanes de la Gestapo, ya fueran del contraespionaje o interrogadores de los prisioneros extranjeros que eran trasladados a Burgos desde cualquier frente.

Dimas había intentado inútilmente introducirse entre ellos. Hablaba alemán con fluidez, mejor que la mayoría de esos intérpretes, que a veces acudían también al Café Berlín. Anhelaba que el partido le nombrase intérprete, o

colaborador de la Gestapo. Hasta ahora no le habían hecho caso. Era una lástima.

Toda esa gente atestaba noche tras noche el local, con las mujeres que habían conseguido los más afortunados, charlando y bebiendo en grupos. Dimas escuchaba el sordo parloteo en alemán y el gorgoteo de alguna carcajada, y sentía una callada envidia. Era así casi desde el principio de la guerra. Y nunca se cansaba de admirarlos en secreto.

La Tangerina cruzó el local saludando aquí y allí, siempre activa, bamboleando las caderas. Esa gente apenas si permanecía en el café, sentada a las mesas, en corrillos, o en los taburetes del mostrador. Se iban turnando con las mujeres yendo y viniendo al interior del hotel, sin pretender pasar desapercibidos, suponiendo que eso fuera posible en el Café Berlín. Se tomaban una o dos copas, charlaban durante unos instantes con los compañeros y entraban directamente a las habitaciones del hotel que tenían asignadas.

Se decía que en Burgos había más de mil extranjeros, la mayor parte alemanes, entre diplomáticos, pilotos, oficiales de enlace, personal de Inteligencia y comunicaciones, técnicos y «consejeros», contando con los italianos, que no pasaban de dos centenares, y los portugueses, que no llegaban al centenar. Dimas esperaba que en alguna ocasión pudiera demostrar que hablaba alemán y de ese modo entrar en su exclusivo círculo. Consideraba que su conocimiento del idioma merecía una

oportunidad. Sin embargo, los oficiales alemanes actuaban como si no existieran camaradas falangistas, preferían tratar con altos oficiales españoles o funcionarios de élite del recién creado Nuevo Estado.

Dimas creyó distinguir a la secretaria de Garcés; acababa de entrar acompañada por un camarero, que la sentó en un taburete del mostrador, cedido por un oficial, que se apartó. Se dio cuenta de que era la única mujer de la sala, sin contar a las prostitutas. Parecía fuera de lugar. Vestía con modestia y la veía acariciar su bolso como si fuera la cabecita de un bebé mientras observaba el local con asombro, mirando a todas partes. Supuso que lo buscaba.

Dimas la observó, aparentemente tranquila, reflejada en los grandes espejos entre el humo del tabaco. Sin duda, contemplaba con curiosidad esa mezcolanza de hombres y mujeres que parecían divertirse. Quizás le llamaban la atención esos tipos curiosos, vestidos aún con las ropas que se habían traído de Berlín o de Stuttgart –o de donde fuese–, imposibles de conseguir en Burgos. Esas cazadoras, y los abrigos de cuero negro, y los sombreros, que ni siquiera se quitaban.

Mientras sorbía el coñac, observaba de vez en cuando a la secretaria de Garcés por encima de las cabezas de la gente. Era joven, ancha de caderas, de rostro armonioso, morena, indudablemente la querida de Garcés, una de esas. Pero no la había visto antes. Tuvo que reconocer que era guapa, atenta a las carcajadas que surgían de todos los

rincones tras el estallido de los corchos de las botellas de champán. Un grupo de aviadores españoles, apelotonados en un rincón con dos o tres mujeres, comenzaron a cantar. La secretaria de Garcés parecía asistir a una función teatral.

De pronto, sus miradas se cruzaron y una tenue sonrisa, creyó él, se dibujó en su boca. La contempló descender del taburete y acercarse a su mesa. Llevaba un modesto vestido gris, un abrigo colgado del brazo y un bolso negro.

Dimas se levantó y se apoyó en el bastón.

—¿El señor Prado? ¿Dimas Prado? Permítame presentarme: Ana Marchena, soy secretaria del señor Garcés.

Le tendió la mano. Dimas se la estrechó e inclinó la cabeza.

—Dimas Prado, señorita.

—Encantada.

—¿Quiere sentarse?

—Sí, gracias —le contestó.

La muchacha se sentó en una de las sillas frente a él. Parecía tranquila, aplomada, con un cierto aire de descaro. Había cruzado una pierna sobre la otra y la balanceaba. Se dio cuenta de que no iba pintarrajeada. Se le adivinaban bajo las faldas muslos anchos de bailarina, la cintura estrecha, apretada por un cinturón negro. Lo que le sorprendió fueron sus ojos verdes oscuros y sus cejas negras, sin depilar. Llevaba el cabello negro muy corto, la

moda que habían impuesto a las mujeres las películas norteamericanas.

—Vaya, es usted más joven de lo que creía, señor Prado, aunque de lejos el bigote le hace mayor —le dijo ella.

El bigote. Siempre era lo mismo desde que era niño y escuchaba a sus compañeros del colegio presumir de afeitarse mientras que él permanecía con el rostro barbilampiño, sin rastro de barba. Le rezaba a dios todopoderoso para que le hiciera crecer pelos en el mentón y en el bozo, como tenían todos sus compañeros de bachillerato. Se untaba con tocino en secreto, rogando que surgiera pronto la barba. Pero ni por esas. Aún hoy se afeitaba una o dos veces a la semana solo para que no se le notara la suave pelusa que le surgía de tarde en tarde en las patillas y en la barbilla. Nunca se había afeitado el bigote, simplemente se lo había recortado, dejándolo crecer.

—¿Le parezco demasiado joven?

—¿Demasiado joven? ¡Oh, no! Me refiero a que... bueno, solo de cerca parece usted más joven; de todas maneras es usted alférez, ¿no? —Le señaló la estrella prendida en el ojal de la chaqueta—. ¿Está usted de permiso?

—No, soy mutilado de guerra. —Dimas señaló el bastón—. Una bala roja me atravesó la pierna en el Alto del León. ¿Algo más?

—Disculpe si le he molestado. Es simple curiosidad de mujer. Soy «Margarita», madrina de guerra de dos

muchachos, ¿sabe? Dos requetés navarros, muy buenos cristianos. Y me piden consejo sobre si dejarse bigote o no. Yo les digo que el bigote en un hombre gusta mucho, hace mayor, no sé, más serio, pero sienta muy bien, de todas maneras. Disculpe, ¿es usted de Falange?

Dimas se palpó la camisa azul.

–Llevo esta camisa con orgullo desde 1933; ahora se la pone todo el mundo, pero yo la llevaba cuando te podía costar la vida. Pertenezco al Servicio de Investigaciones de Falange. ¿Está satisfecha o quiere saber más?

Notó un leve estremecimiento en la muchacha. Así pasaba siempre cuando mencionaba que pertenecía a la Segunda Sección de la Falange. A veces, ni siquiera necesitaba enseñar el carné, bastaba con mirar fijamente a los ojos y decir «documentación» para que la gente comenzara a temblar y a mostrarse obsequiosa.

Pero ella no demostraba mayor emoción.

–Esto es como las películas, ¿no? –Volvió la cabeza abarcando la sala–. Todos esos oficiales tan elegantes..., los alemanes, el champán, las chicas, esos uniformes tan bonitos... Nunca he estado en un sitio así, me preguntaba cómo sería un lugar como este...

–Es una imitación. Los verdaderos cafés de Berlín son mucho más bonitos.

–¡Oh! ¿En serio? ¿Ha estado usted en Berlín?

Dimas asintió con un golpe de cabeza.

–De 1931 a 1933.

–¿Y habla usted alemán, Dimas?

–Sí, lo hablo, claro está. Estuve en nuestra embajada, ayudante del agregado militar, el coronel Beigbeder, mi amigo. Un gran hombre.

–Dios santo, Dimas... Disculpe, permítame... Ha tenido usted una vida muy intensa, ha tenido usted que..., ha debido de vivir mucho, a pesar de su juventud. Usted me asombra.

–No me gusta hablar tanto de mí. ¿Quiere tomar algo..., esto, Ana? –añadió.

–Muchas gracias. Me tomaría un café con leche –contestó ella y suspiró–. ¡Tenía tantas ganas de ver cómo eran estos lugares! No puedo venir sola, y le pregunté al señor Garcés si me podía traer. Pero él nunca puede. Esto es muy bonito, ¿verdad? Todas esas mujeres son..., bueno, mujeres de la vida, ¿no?

–Sí, son putas, por supuesto –contestó Dimas–. No me diga que nunca ha visto putas... Y disculpe la expresión.

Dimas chascó los dedos en dirección a Mellada, que se encontraba sirviendo copas al ruidoso grupo de aviadores. El camarero le hizo un gesto de asentimiento.

–Claro, claro que sí..., esas pobres mujeres..., pero no eran tan elegantes. Debo de aburrirle, ¿verdad?

–No, no me aburre en absoluto. ¿Quiere realmente café con leche? ¿Por qué no tomamos champán? ¿Ha probado el champán alguna vez?

–¿Yo, champán? –Negó repetidamente con la cabeza–. No, no... –sonrió–. Solo sidra en Navidades. ¿No se me subirá a la cabeza?

–El champán es una bebida suave. Le gustará.

–Bueno, una copita, sí... Y muchas gracias.

Mellada apareció al lado de la mesa. Su rostro no tenía expresión. Se había aproximado arrastrando los pies con la bandeja apoyada en el pecho. Oscuras ojeras le marcaban los ojos, parecía que fuera a derrumbarse en cualquier momento. Dimas lo conocía desde que era niño y le pedía helados, que su padre pagaba distraído. Tuvo problemas en el 36, durante las primeras depuraciones. Alguien lo denunció. Lo habían sorprendido leyendo *El Socialista* en el café, pero él lo negó.

Mellada fue a su casa –cuando su padre, ascendido a general de brigada, se encontraba en Sevilla, en el Estado Mayor de Queipo– y se arrodilló ante él, llorando. Juró por la Virgen Santa que había encontrado el periódico tirado en los retretes y que lo miró sin querer. Tartamudeaba tanto que apenas se le entendía. Dimas y su madre le avalaron y no ocurrió nada. De ese modo Dimas se enteró de que era soltero y mantenía a una hermana paralítica, sierva de María. Si lo fusilaban, su querida hermana moriría de hambre.

–¿Señorito Prado?

–¿Queda champán del bueno? Me refiero a champán francés.

–Sí, señorito, queda.

–Entonces tráenos una botella. ¿De acuerdo?

–Enseguida. ¿Algo más?

–¿Quiere picar algo, Ana? Anchoas del Cantábrico, un

poco de queso... –Extendió las manos–. Usted dirá.

–¿Yo? Bueno, sí..., un poco de queso. Muchas gracias.

Dimas le hizo un gesto al camarero.

–Ya lo has oído, Mellada, trae también un poco de queso. –El camarero se marchó y Dimas se dirigió a Ana–. ¿Se ha dado cuenta? Esta gente sigue con los viejos hábitos. Señor, señorito..., no hay manera de que cambien. La Nueva España que estamos forjando será muy distinta a esta.

–Sí, claro. Debe de estar habituado a ese trato, ¿verdad?

–Sí, pero cuénteme algo de usted. ¿Es amiga de Garcés?

–¿Amiga? No, por dios, soy su secretaria. ¿Qué ha querido decir?

–Bueno, eso..., si es su amiga. Está claro, ¿no?

Ana se levantó bruscamente, agarrada al bolso y al abrigo.

–Usted se ha confundido conmigo, señor Prado. Lo siento, pero voy a marcharme. Creía que usted..., buenas noches.

Comenzó a caminar hacia la salida. Dimas se puso en pie y la llamó:

–¡Ana!

Ella se volvió.

–Por favor, le ruego que me disculpe, no he querido insinuar eso.

Ella dio unos pasos en su dirección.

–¿Qué ha querido decir exactamente? Creía que era

usted un caballero.

–Soy un caballero..., y le estoy pidiendo disculpas. Siéntese, por favor.

Ella se sentó. Dimas notó su rigidez.

–Estoy..., quiero decir..., paso demasiado tiempo con hombres en estos ambientes. A veces pierdo los modales. ¿Acepta mis disculpas?

Ella asintió. Desde el mostrador, un falangista uniformado saludó a Dimas agitando la mano. Era Sancho Recalde.

–¿Quiere que nos marchemos a otro sitio? Este lugar ya no me gusta.

–Bueno..., pero ¿adónde? A estas horas estará todo cerrado, ¿no? El toque de queda será dentro de un rato. Y yo vivo muy lejos.

–¿Quiere venir a mi casa? Allí estaremos tranquilos.

–¿A su casa?

–Le he dicho que soy un caballero.

–¿No se está confundiendo conmigo?

–No, en absoluto. La llevaré luego de vuelta a su casa, tengo coche. Le doy mi palabra de honor de que no le ocurrirá nada.

–Lo debe de hacer muy a menudo, ¿verdad? Viene aquí y..., bueno, invita a una mujer a su casa y ya está. ¿Es así como lo hace, señor Prado?

Le estaba sonriendo. Y no parecía asustada ni molesta. Dimas chascó los dedos y llamó al camarero.

Le iba a decir que pusiera el pedido en un paquete.

PENAL DEL PUERTO, FINALES DE FEBRERO DE 1946

Esta mañana la población reclusa ha sido apiñada en formación en el patio central de la llamada «cárcel nueva». Mientras los funcionarios registran nuestras celdas, los presos permanecemos en patios. Toca «cacheo». Allí estamos juntos los políticos, unos quinientos, y los comunes, alrededor de mil doscientos. El penal tiene cabida para apenas novecientos reclusos, alberga casi al doble de huéspedes.

Los penados no podemos romper la formación so pena de ser conducidos a celdas de castigo. Hay presos de todas las edades: viejos de setenta años, jóvenes de poco más de dieciocho y hombres maduros. Todos llevamos los cabellos cortados al cero. Tosen, carraspean y tratan de mantenerse en pie. Más de un tercio son tuberculosos en mayor o menor grado. El hedor es insoportable. No hay

agua suficiente para bañarnos. Como si volviéramos al verano, el calor aumenta día a día y el agua escasea.

Yo me lavo con un cubo dos veces a la semana en la enfermería, por deferencia de Berasategui, pero aquí hay hombres que llevan más de tres meses sin bañarse. Para todo el penal hay cincuenta y cuatro duchas.

En ocasiones semejantes de cacheo me han dicho que cae al suelo una media del diez por ciento de los hombres, incapaces de sostenerse en pie mientras dura el registro de celdas.

El sudor me resbala por la frente. El dolor del pie es cada vez más intenso e inquietante. Un grupo de falangistas del pueblo ayuda al destacamento del ejército, que se ha apostado en la sombra, con fusiles ametralladores y máuseres. Algunos fuman. Los funcionarios y los falangistas pasean entre nuestras líneas. Uno de ellos lleva una fusta con la que se golpea la bota.

La pierna izquierda se me ha agarrotado, sufro calambres, y la derecha me duele a rabiar. ¿Por qué nos hacen esperar tanto? ¿Es desidia burocrática o pura maldad?

Cierro los ojos. El sol me da en pleno rostro. Combato la fatiga y el dolor rabioso del pie pensando en mi vida pasada y en Carmen, eso me consuela. La cabeza me explota, es espantoso. Alguien a mi lado me dice:

–Mi teniente coronel...

Me vuelvo a la izquierda. Mi cuello está rígido y me cuesta trabajo moverlo. El sudor se derrama por todo mi

cuerpo. Parpadeo varias veces. Se trata de un muchacho, Vicente Guareña, peón ferroviario en Sevilla. El otro día, en patios, se me acercó sonriente y me dijo que había estado en mi brigada en Teruel. Era cabo y lleva un año en el penal con la perpetua por asesinato. Parece ser que mató por accidente en una pelea al hijo del señorito de su pueblo. Según me contó, lo descubrieron escondido como un topo en casa de unos familiares en Lora del Río. Le confesé que no lo recordaba. Estaba a punto de desplomarse.

–Ya..., ya no puedo más...

–Espera –le digo–, espera, Vicente; no te rindas todavía. Separa las piernas y cruza los brazos, vamos, Vicente. No les des el gustazo.

Me hace caso y lo enderezo.

–Cierra los ojos y relájate, la espalda recta.

En las filas delanteras distingo a los presos políticos vascos. Son unos doscientos. Hace poco más de un año eran casi mil. Forman un mundo aparte y apenas se relacionan con los demás. Católicos fervientes, rezan, van a misa y realizan todas las ceremonias religiosas. Incluso han protestado porque los curas que deben dar misa los domingos solo vienen una o dos veces al mes. Han conseguido autorización para constituir un orfeón con acordeones y bandurrias. Ensayan con permiso del

director en uno de los patios interiores. Los oímos cantar al atardecer.

Cantan en español, aunque entre ellos se comunican en su lengua, incumpliendo el reglamento, que prohíbe taxativamente expresarse en otra lengua que no sea el castellano, la lengua del imperio. Gozan de prerrogativas importantes, como visitas especiales y entrega de paquetes con comida y ropa. Se dice que hay varios sacerdotes entre ellos. Suponiendo que fuera verdad, no se hace público, ya que acabaría con la versión oficial del régimen, que afirma que el llamado «Alzamiento Nacional» se hizo para frenar la revolución bolchevique, atea y sin dios.

Los vascos han organizado un torneo de ajedrez los domingos en la escuela. Raimundo me ha presentado a un comandante gudari, Iñaki Arteche, un hombre simpático y jovial, aficionado a cantar y un maestro en ajedrez. Solemos jugar, enfrentados en largas partidas, y nos hemos convertido en algo parecido a amigos. Los vascos ocupan las Brigadas 2.^a y 3.^a y parte de la 4.^a. Unas enormes salas rectangulares donde duermen todos, alineados en sus camastros. Por la noche, antes del toque de recogida, los oímos rezar el rosario.

Berasategui está preocupado por mi dedo sin uña, aunque no lo demuestra. No para de supurar y de dolerme. La

consulta médica oficial no es gratis: cuesta treinta y seis pesetas más los medicamentos o la leche, considerada una medicina, que corren también a cuenta del bolsillo de los presos. Ni el doctor Berasategui ni Mariano Moreno cobran nada, de modo que los penados acudimos a ellos en tropel. Muy pocos se apuntan a los médicos oficiales del penal.

En la enfermería falta de todo: gasa, aspirinas, yodo, suero y las más elementales medicinas. La galería de tuberculosos, aislada de la enfermería, la ocupan ciento treinta hombres. Desde que estoy en el penal han muerto dos.

Necesito la autorización del director para cambiar de destino e integrarme en la enfermería. Ojalá sea pronto.

Penicilina, penicilina..., necesito penicilina.

A las doce de la mañana un toque de corneta anuncia que se ha acabado el cacheo. A la orden de mando del director, levantamos el brazo dando vivas a España y a Franco. Varios cuerpos se han venido abajo en las filas de delante. Hemos permanecido en pie tres horas. En total, unos doscientos hombres han desfallecido de cansancio y se han desplomado. La mayoría se queda en patios esperando la comida, otros van a sus celdas a comprobar el desastre que ha provocado el cacheo. Los que han caído son enviados a los «chupanos». Yo me dirijo a la escuela.

En uno de los bancos hay un funcionario durmiendo. Parece joven y ronca. Vuelvo a escribir mi diario sin hacer ruido. El toque de corneta que indica el rancho será dentro de dos horas. Tengo tiempo de escribir si no se despierta.

Mi padre y mi madre murieron en octubre del 36 en un bombardeo mientras yo estaba en el frente. Mi padre, José Delforo, Joselito, como lo llamaba mi madre, publicó en 1931 un libro del que estaba muy orgulloso, *Torrijos o la pasión por la libertad*. Era camarero del café Levante y gastaba largos bigotes de prusiano. Me observaba en silencio estudiar en la mesa del comedor, fascinado porque su hijo estaba colmando sus más recónditos sueños.

Tengo fijados en la memoria la reproducción del cuadro de Gisbert *Fusilamiento de Torrijos y sus compañeros en las playas de Málaga* y un grabado, arrancado de una revista ilustrada, de Francisco Pi y Margall, sus héroes, ambos colgados sobre el aparador. Aquellas dos ilustraciones las contemplé durante toda mi niñez. ¿Dónde queda eso?

Cómo me arrepiento de no haberle demostrado mi amor por él, de no haber participado más en su vida. Qué corta es la relación entre un padre y su hijo, apenas si se produce entre los cinco y los trece o catorce años. Después nos vamos alejando y alejando hasta que su figura se desvanece en la memoria mientras nos convertimos en nuestro propio padre. Lo recuerdo entre

las mesas del café con su chaquetilla de camarero, sirviendo a los clientes, orgulloso de que fuera a verlo para poder presentarme como «estudiante de Filosofía y Letras».

Ahora tendría sesenta y tres o sesenta y cuatro años. Era republicano federal; pertenecía al ateneo obrero de Chamberí, «La Didáctica», y era miembro de la Asociación de Amigos de la Unión Soviética, cuyo presidente era Valle-Inclán. Me decía: «Juanito, la gran Unión Soviética es una República federal, ¿te das cuenta? La República española tiene que ser federal o nunca será». La República... Qué sueño roto en mil pedazos.

Y Clara, mi madre, doña Clara para las vecinas, la maestra dulce y asustadiza, absolutamente enamorada de ese camarero alto y espigado, cetrino como un árabe del desierto, que era mi padre en las fotografías de joven soldado en la guerra de Marruecos. Aquel hombre sin apenas instrucción que decidió no tener más que un hijo para poder darle estudios. ¿Qué habría sido de ellos si hubieran sobrevivido a la guerra? ¿Los habrían fusilado? ¿Estarían en la cárcel? ¿Y mi pobre madre, con su pobre salario de maestra de párvulos, ferviente defensora de la moderna pedagogía? ¿Qué habría pasado? ¿También la habrían fusilado?

Qué cantidad de anhelos y esperanzas en un mundo mejor yacen en este espantoso país convertido en un pantano de barro y sangre.

La primera vez que estuve en la cárcel fue durante la huelga general de Asturias en 1934. Nos cogieron en una manifestación a unos cuantos dirigentes de la FUE, Antonio Gisbert, Manuel Tuñón de Lara, y a otros estudiantes más, que terminamos apiñados en dos celdas de la cárcel Modelo después de pasar por la Dirección General de Seguridad. Los carceleros nos trataron con cierta prevención: éramos señoritos, quizás hijos de gente importante. El carcelero solía dirigirse a mí como «señor catedrático».

¡Qué lejano me resulta todo eso! Éramos fervientes admiradores de la Revolución soviética y seguíamos al dedillo los avances sociales y culturales que se producían en aquel vasto territorio. Un mundo nuevo y fascinante se abría ante nuestros ojos. Entonces ya era miembro del Partido Socialista.

A los toques de corneta que anuncian el almuerzo se despierta el funcionario que duerme en uno de los bancos. Se sorprende al verme. Parece tener menos de treinta años, es fuerte y de rostro rubicundo. Se pone en pie con el quepis en la mano, un poco avergonzado. Me saluda con un «buenas tardes» en voz queda y yo le contesto. Al llegar a la puerta se vuelve y me observa. Yo lo hago también. Baja la cabeza y me dice:

—¿Usted es el que han traído hace un mes en

conducción desde Málaga?

–Sí –le respondo–. Soy el nuevo cabo de la biblioteca.

–Sí, ya... ¿El coronel?

–Fui teniente coronel de milicias en el Ejército de la República. Me llamo Juan Delforo.

–Antonio Sánchez –contesta, y otra vez baja la cabeza y juguetea con el quepis–. Yo también estuve con la República –dice, y mira hacia la puerta–. No todos somos como ellos, ¿sabe usted? Estuve de voluntario en la mili en Madrid, 3.^{er} Batallón de Cazadores. Cuando lo de julio estuve luchando en el Cuartel de la Montaña y después en la sierra con mi compañía... A finales de agosto me tiré a los caminos y me vine para Córdoba. Siete días andando.

–Te pasaste, ¿no?

–Sí, señor, me pasé. Pero yo no era monárquico, ni fascista. Yo era socialista de corazón, sin afiliarme a nada. –Otra vez mira hacia la puerta y baja la cabeza–. Me acababa de casar, ¿sabe usted? Y no sabe cómo echaba de menos a mi mujer. No podía más. Cuando se quiere de verdad a una mujer, yo creo que es imposible estar sin ella, ¿verdad usted?

–Sí, sé lo que dices. Te comprendo –le sonrío.

–Quiero que sepa que estoy con ustedes. Y que aguanto esto porque no hay trabajo por ninguna parte. A los funcionarios de aquí nos dan una casita fuera de las tapias de la cárcel y una paguita, ya ve. Y ahí estoy con mi mujer y mis dos niños, tirando. Aquí no hay más que hambre y palo para el pobre. Y no crea, hay bastantes

compañeros en el penal que piensan como yo. Cuando usted quiera algo..., bueno, pregunte por mí. Ya sabe..., estoy en vigilancia de galerías. Me llaman el «Córdoba».

–Señaló el cuaderno–. Perdone, ¿es una novela?

–No... Una especie de diario.

–Disculpe, pero los otros días lo leí un poco... Está muy bien. ¿Es usted escritor?

–No, no lo soy. Durante la República daba clases de Historia a los bachilleres.

Movió la cabeza, asintiendo

–Recuerde, soy el Córdoba.

8

BURGOS, COMIENZOS DE ENERO DE 1938

Su padre no le había dejado a Dimas nada en herencia; la bancarrota total, sin contar la *garçonnière* de la calle San Gil, esa buhardilla de apenas cuarenta y cinco metros, inexplicablemente escriturada a su nombre, que su madre fingía desconocer, y el coche, el Citroën de 1926, que lo hizo suyo porque se encontraba aparcado en la puerta, también a su nombre. Todo lo demás eran embustes, el mayor de todos descubrir que tras su heroica muerte en combate no tendrían nada, excepto, naturalmente, las deudas. Ni el caserón de la calle de la Paloma, ni las tierras en Zamora, ni los regadíos en la Bureba, ni las acciones, ni los seis pisos de Burgos que su madre aún creía que eran suyos.

Al menos, su padre había caído como un héroe y a su madre le quedaba la paga de general de brigada, los

pluses por las medallas y la retribución por muerto en combate. Su madre vivía en la Plaza Mayor, en el piso de la abuela, rodeada de sus recuerdos, cuando la familia Prado Arrarte de Sandoval significaba algo en Burgos.

En el pequeño cuarto de baño de la buhardilla, después de colgar la chaqueta y los pantalones de las perchas y despojarse de la camisa azul y la ropa interior, Dimas se enfrentó al espejo. Tenía aprisionado el vientre con una faja delgada y anatómica, enganchada atrás, que había convertido a su padre en un figurín. La soltó y el vientre, blanco y blando, se desparramó. Esa faja era otra de las inútiles cosas que había recibido en herencia. La última de ellas descansaba en el cajón secreto: un tubo de cuero fino abierto por ambos extremos, sujeto por tiras casi invisibles, también de cuero. Se encajó el arnés entre las nalgas, lechosas y temblorosas, y logró introducir el pene en el tubo, dejando fuera el glande. Volvió a contemplarse en el espejo, luego se desprendió del artilugio. «Todavía no», pensó.

Con la bata de seda sobre el pijama, esa bata que también había sido de su padre, comprada en Biarritz un mes antes de que muriera, abrió la puerta que daba al salón. Ana escuchaba en el gramófono algo de Liszt, una de sus sonatas, mientras mordisqueaba queso sentada en la *chaise longue*, aparentemente tranquila. Parecía absorta en la música y la contemplación de los grabados japoneses que su padre había desperdigado por las paredes, junto a algunas estampas alemanas subidas de

tono. Aún no había bebido de la copa. Volvió el rostro cuando escuchó sus pasos.

–Qué bonita es su casa, Dimas, qué elegante.

Se extrañó de que no mencionara los grabados ni las estampas. Dimas se sentó a su lado en la semioscuridad. Tomó su copa y bebió un sorbo. Ella tampoco mostró inquietud al verlo en bata. Dimas le preguntó:

–Dígame, Ana, ¿qué hace aquí en Burgos? Usted no es de aquí, ¿verdad?

–No, no soy castellana, soy de Málaga.

–¿De Málaga?

–Sí, pero no se lo digo a nadie; los malagueños tenemos mala fama por eso de «Málaga la roja». Una vez me echaron de una casa solo por eso, fijese. Tuve que disimular el acento, y aprender a hablar castellano, para que no se dieran cuenta de mi deje malagueño. ¿Se me nota?

–No, pero ¿qué hace en Burgos? ¿Por qué no se ha quedado en Málaga?

–Me vine enamorada, robada por un hombre que me trajo aquí, a Burgos, antes del Glorioso Alzamiento Nacional. Yo era casi una niña, eso fue a principios del 36, un poco antes de lo del Frente Popular. Mi hombre no se portó bien conmigo, no se quiso casar, me pegaba y se emborrachaba. Cuando el Glorioso Alzamiento, se apuntó a los requetés y lo mataron en el frente del Norte, no duró ni un mes. Como no estábamos casados ni nada de eso, pues no me reconocieron viudedad ninguna. He recorrido

no sé cuántas instancias militares para que me dieran la pensión de viuda de caído, pero sin conseguir nada. Hasta he ido a hablar con el coronel de su regimiento, en Salamanca.

–Vaya... ¿Y cómo conoció a Garcés?

–¿Al señor Garcés? Bueno, él puso un anuncio en el *Diario de Burgos* pidiendo una secretaria que supiera taquigrafía y me presenté... Garcés me tiene un poco por caridad, porque no tengo el título, no soy secretaria diplomada. Estudié taquimecanografía en Málaga, en la Academia Davó, pero no terminé. –Le sonrió–. Ya ve usted, ¿brindamos? –Entrechocaron sus copas–. Hum, qué rico, es francés, ¿verdad?

–Sí, Moët & Chandon.

–Debe de ser carísimo, ¿no? –preguntó, y Dimas se encogió de hombros.

–Entonces le escribe la correspondencia a Garcés... ¿Sabe francés? Creo que Garcés está muy relacionado con Francia.

–Bueno, sí, desde antes de la guerra, pero no hace falta que sepa francés. Tenemos plantillas, modelos de correspondencia, ¿sabe? Casi siempre son las mismas cartas, solo cambian los nombres de los destinatarios. – Sonrió.

–¿Por qué no vuelve a Málaga? ¿No tiene familia allí? Dimas la observó negar con la cabeza.

–No... No me queda nadie. Mi padre murió en el frente mientras se intentaba pasar al bando del Glorioso

Alzamiento. Los marxistas le obligaron a combatir con ellos, era un hombre bastante mayor y mi madre..., no sé, es posible que muriera cuando la *desbandá*, en febrero de 1937. Bueno, creo yo, lo último que sé de ella es que estaba muy enferma y que huyó por la carretera hacia Almería. Málaga no me trae más que malos recuerdos.

—Málaga es una ciudad muy bonita, los montes, el mar... Me gusta mucho.

Notó cómo se le iluminaban los ojos.

—¡Conoce Málaga!

—Sí, bueno, un poco. Hice un recorrido por Málaga y su provincia a finales de febrero del año pasado, asuntos de trabajo. Los rojos la destruyeron, pero la estamos rehaciendo de nuevo.

—Estoy muy bien en Burgos, con Garcés. Me da un buen salario. Y me ha prometido que después de la guerra voy a continuar con él. ¿Qué haría yo en Málaga? Allí no tendría trabajo..., prefiero Burgos, qué quiere usted que le diga. Además, todo el mundo dice que Burgos será la capital de la Nueva España, figúrese. Y cuando acabe la guerra, terminaré la carrera.

—¿No quiere un poco más de champán?

—Mañana se me va a atascar la máquina de escribir. El señor Garcés me va a echar una bronca, nunca trasnocho tanto, me muero de sueño, pero no me importa, tengo curiosidad por saber de usted, Dimas.

—¿De mí? —Observó su copa a través de la luz difusa del techo.

–Sí, ¿cuándo lo hirieron?

–En el Alto del León, en la sierra de Madrid, el 25 de julio del 36. Salimos de Burgos un grupo de falangistas y unos cuantos soldados y guardias civiles en unos camiones el mismo 19 de julio. Fuimos a reforzar la posición, que había sido ocupada por camaradas de Madrid días antes del Alzamiento. Mi amigo Carlos Miralles mandaba la columna..., éramos unos trescientos. La mayoría jóvenes y valientes; chicos bien, ¿sabe? Chicos que dejaron la comodidad de sus casas para luchar por la patria, arriesgando sus vidas.

Dimas se quedó en silencio.

–Siga, por favor, Dimas.

Tomó un sorbo de champán y torció la boca en una sonrisa. Ana parecía expectante, ansiosa.

–Era el primitivo plan de Mola, que no creía que en Madrid fuera a triunfar el Alzamiento patriótico. Había planeado ocupar los puertos de la sierra para que después sus columnas pudieran avanzar hacia Madrid. Contaba también con la quinta columna, que había formado y preparado en 1930, cuando era director general de Seguridad. Lo tenía todo dispuesto y organizado.

–¡Oh, Dimas, cuánto sabe usted!

–Bueno, he tenido el honor de conocer a las mentes más preclaras y patrióticas de España. Y, fíjese, el plan de Mola era tomar los pantanos que daban de beber a Madrid, envenenar las aguas y destruir las centrales eléctricas. Si lo hubiéramos conseguido, Madrid se habría

quedado sin agua ni luz y ya se habría rendido; mala suerte.

—¿Eso habría sido fantástico! Madrid no habría podido resistir, ¿verdad?

—Habría sido diferente. Muchos madrileños habrían enfermado o muerto y hoy día Madrid sería nuestra. No pudo ser, pero lo hará el Caudillo.

—¿Cómo fue? Me refiero a su herida. ¿Estaba usted en una trinchera?

—No exactamente. Fue durante un ataque a la bayoneta, cuerpo a cuerpo. —Dimas comprobó que Ana lo observaba con los ojos muy abiertos—. Un combate contra las milicias locales, esa chusma de los pueblos. La orden era resistir a toda costa, aguantar hasta que llegara la columna que había salido de Burgos detrás de la nuestra, la columna del coronel Gistau. Y eso hicimos. Carlos Miralles murió, la mortandad fue horrible. Las tropas de García Escámez, desde Pamplona, y las de Serrador, desde Valladolid, llegaron poco después y echaron a los rojos enseguida. De eso no me acuerdo: me llevaron a Burgos en un camión junto a los demás heridos y muertos. De los trescientos que habíamos salido volvimos sesenta y cinco. ¿Sabe una cosa? Estoy intentando escribir sobre los combates, la espera del ataque, la vela de armas, esa emoción de la lucha. Pero es difícil.

—¿Escribe usted, Dimas?

—Sí, me gusta. Soy poeta, a veces hago algo de prosa —añadió sin mirarla—. He publicado algunos poemas. ¿Le

gusta leer, Ana?

–Me encanta, pero ahora no tengo mucho tiempo, por las noches acabo reventada. Me habría gustado..., bueno, haber estudiado para maestra, pero, en fin... Entonces, ¿es poeta? ¿De verdad?

–Lo intento. ¿Qué poetas le gustan?

–¿Que qué poetas me gustan? Bueno, ¿de los antiguos o de los modernos? De los modernos me gustan Rubén Darío, D'Annunzio, Rilke..., no conozco a muchos.

–¿Se sabe algún poema?

Se quedó pensativa, luego bebió otro sorbito de champán y masticó un trozo de queso.

–Tengo mala memoria.

–Venga, ¿no se sabe ninguno?

La muchacha bajó la cabeza, sonriendo levemente.

–Mi madre me leía poemas cuando era pequeña.

Él bostezó, alargó el brazo y vertió un poco más de champán en su copa. La bebió de golpe.

–Bueno, tengo sueño –dijo.

Ella empezó:

–«El dulce lamentar de dos pastores, Salicio juntamente y Nemoroso, he de cantar, sus quejas imitando; cuyas ovejas...».

–Garcilaso –la interrumpió, y fijó sus ojos en la muchacha.

–Sí, es Garcilaso, qué gran poeta, ¿verdad? Espere –dijo ella–, deje que..., a ver si me acuerdo..., «cuyas ovejas al cantar sabroso estaban muy atentas, los amores,

de pacer olvidadas, escuchando...».

Dimas le prestaba atención.

–Vaya, muy bien, me gusta mucho Garcilaso..., y Boscán. Le dejaré algunos de mis poemas, si quiere.

–Claro, claro que sí. Los leeré con mucho gusto.

–¿No le gusta el champán?

–Sí, sí... Es que...

–Se le está calentando. Sírvase otra copa, por favor.

–No puedo beber más, lo siento. Es muy tarde para mí. Mañana tengo que trabajar. Le doy las gracias por sus atenciones, señor Prado.

Ana, en pie, se abrochó el abrigo y tomó su bolso. Dimas la observaba.

–Espere un momento, la llevaré en coche.

–No hace falta, en serio, tengo tiempo de coger el autobús, todavía no han dado el toque de queda. Muchas gracias de todas maneras.

Dimas se puso en pie.

–La llevaré en coche. Me cambio de ropa enseguida.

Ana se acomodó en el asiento al lado del conductor y aguardó a que Dimas entrara. Pero a él le había llamado la atención un hombre que había aparecido en la esquina de la calle con un abrigo de cuero negro hasta los pies, uno de esos que solían vestir los alemanes cuando iban de paisano. Daba la impresión de que no se atrevía a

acercarse. Dimas lo miraba atentamente.

–Espere un momento –le dijo al fin.

Ana lo vio caminar, cojeando, hasta que se puso a hablar con el hombre del abrigo. Se dio cuenta de que el del abrigo negro era calmoso y frío, de gestos medidos.

Aquella velada había sido bastante extraña, pero no lo suficiente como para alarmarla. El chico, ese alférez, era educado a su manera, uno de esos señoritos falangistas. No estaba mal. De todas maneras no había intentado besarla ni toquetearla. Aunque ella le había avisado de que no era de esas.

Antes, mientras la traía en coche desde el Hotel María Isabel, le había preguntado si tenía novio. Ella le contestó que no.

–¿Y Garcés?

–¿Sigue insistiendo, Dimas? Le he dicho que Garcés es solo mi jefe. Por dios, está casado y parece un sapo. ¿No cree?

Dimas no tuvo más remedio que sonreír.

–Sí, es verdad. Lo siento.

Entonces ella le había contado una parte de su vida, la relacionada con Garcés.

–Garcés me tiene de mecanógrafa, soy su secretaria. Solo eso.

–¿Ni siquiera es usted su amante? –le había preguntado

de sopetón.

–No, ni siquiera eso –le contestó ella–. ¿Qué le hace pensar que lo soy?

Él se encogió de hombros mientras conducía, atento a la oscuridad de la calle.

–Nada, me lo figuro. Seguro que se lo ha propuesto.

–Pues está equivocado. Me tiene como adorno, ¿comprende? Para presumir con sus clientes, un florero, vamos.

Ante el silencio de Dimas, ella continuó:

–Yo vivo en casa de doña Maruja, una señora que me alquila una habitación en la barriada de los militares, al final de la calle Vitoria. Tiene un taller de confección, cosen uniformes y arreglan ropa para el frente. La ayudo los domingos y me lo descuenta del alquiler. Me lo paso muy bien con sus chicas, son muy simpáticas, nos hemos hecho muy amigas. Están todo el día dale que te dale a las máquinas de coser.

Le sonrió pero él no le devolvió la sonrisa.

–Disculpe si la he ofendido.

–No me ha ofendido, Dimas.

–Bien, es que me gusta aclarar las cosas. Solo eso.

–Hoy he estado trabajando hasta muy tarde con Garcés. Me estuvo dictando cartas. Cuando terminamos, me dijo: «Ana, le he dicho a un amigo que la atienda, así conocerá el Burgos *la nuit*, el Café Berlín. Mi amigo se llama Dimas, Dimas Prado». Y yo le contesté que bueno, de acuerdo. La verdad es que estaba deseando conocer el

Café Berlín. Ya ve.

Dimas acudió al coche acompañado del hombre del abrigo. Parecía joven, un poco más bajo que Dimas, muy delgado. Ana pensó en un guardaespaldas o un pistolero, alguien frío y mortífero semejante a la mordedura de una serpiente. Lo imaginó como una alimaña del campo, siempre alerta. Dimas abrió la portezuela del coche y se asomó.

—Lo siento, Ana, no voy a poder llevarla a su casa. Tengo trabajo. Ha ocurrido algo inesperado.

—¿Qué?

—Tengo que ver a una persona. Ha ocurrido..., bueno, algo grave.

Ana descendió del coche y se arrebujó en el abrigo.

—Pero ahora no me da tiempo a coger el autobús. Vivo en casa de doña Maruja, ya se lo he dicho, por la calle Vitoria.

Dimas le tendió un billete de veinticinco pesetas.

—Por favor, acéptelo, vaya a la Plaza Mayor y coja un taxi.

La muchacha tomó el billete, arrugándolo.

—Un taxi no cuesta tanto.

—No importa, quédese la vuelta, por favor.

Dimas entró en el coche. Ana se quedó con el billete en la mano, observando al hombre del abrigo de cuero, que

había ocupado el asiento del conductor. El coche arrancó y se perdió calle San Gil arriba.

Caminó hacia la Plaza Mayor arrebujada en el abrigo, mojándose los zapatos al pisar la nieve, que se extendía por las aceras. En Burgos siempre había gente en las calles, patrullas de vigilancia de la Policía Militar y grupos de militares de permiso, que entraban y salían de los bares con licencia para no cerrar y que podían molestar a una mujer sola.

Escuchó las campanadas de las once en la catedral, el toque de queda.

9

PENAL DEL PUERTO, FINALES DE FEBRERO DE 1946

A las nueve de la noche de ayer un funcionario me sacó de celdas, me cacheó y me condujo a la sala de funcionarios. Me dijo que una autoridad quería hablar conmigo. Entré en la sala. Me aguardaba Dimas Prado, sentado en un sofá marrón con las piernas cruzadas. Fumaba con boquilla y llevaba el mismo traje claro que le había visto antes de ayer y que parecía hecho a medida, camisa azul falange y corbata. En la solapa, la insignia de jefe de centuria. El bastón descansaba en otro sillón, a su lado, junto a la gabardina, que apenas tapaba un paquete. Delante había una mesa con un juego de café de color blanco, un plato de pastas de té y un paquete de cigarrillos americanos Pall Mall. Frente a él, dos sillones del mismo color que el sofá. La habitación era fría y desangelada, triste y sórdida.

Me hizo un gesto con la mano, cerré la puerta y avancé unos pasos. En el centro, una alfombra descolorida, cuadros ridículos en las paredes y un aparador cerrado con llave.

DP, pálido, gordezuelo y con profundas ojeras bajo los párpados, tenía el aspecto de una caricatura de petimetre. Su boca, con el bigotito trazado con tiralíneas, me recuerda el hocico de uno de esos perros devoradores de cadáveres que vi durante la defensa de Madrid.

–Señor Delforo, siéntese ahí enfrente, por favor.

–¿Qué quiere de mí?

–Nada, charlar. Pero siéntese, no tiene por qué tener miedo.

–No le tengo miedo.

–Bien, entonces siéntese. ¿Un café? Le advierto que es café café. Y hay leche. ¿Lo quiere con leche?

–Sí, con leche. Y le adelanto que no conseguirá nada con estos métodos.

–Por supuesto, lo conozco muy bien.

–¿Qué quiere decir?

–No sea susceptible, Delforo. Le he dicho que lo conozco muy bien. Solo eso. Y siéntese, tengamos la fiesta en paz. Quiero hablar con usted.

Me senté en uno de los sillones. DP me sirvió una taza de café con leche. Él se sirvió otra. Prendió otro cigarrillo en la boquilla y lo encendió.

–¿De qué quiere hablar?

–Antes tome el café tranquilo y coma unas pastas. Y si

quiere fumar, sírvase.

–Vaya, debe de ser importante lo que quiere pedirme...
Café con leche, cigarrillos americanos, pastas... ¿Puedo?

–Coma las que quiera.

–Están muy buenas, sí; pastas de té, vaya, ¿quién lo habría dicho? Ustedes los falangistas no viven mal del todo en la Nueva España, ¿verdad?

–No se ponga irónico conmigo, Delforo. Piense un momento en lo que habría pasado si la República hubiese ganado la guerra.

–No compare la Nueva España con la República, no estoy para bromas. Hace tiempo que he perdido el sentido del humor. ¿Me ha llamado para charlar de política?

–No, quiero proponerle algo, un trueque. Pero termine el café y fume un cigarrillo. Vea, son Pall Mall, americanos... Quédese con el paquete.

Lo guardé en el bolsillo. DP me dio fuego.

–¿Un trueque? ¿Qué clase de trueque?

–Necesito una información. A cambio le entregaré el paquete de su prometida, la carta y el dinero. Le garantizo poder cartearse con ella de ahora en adelante.

–Entonces es falso eso que ha dicho de que me conoce. ¿Pretende que me convierta en chivato a cambio de recibir aquello a lo que tengo derecho? Es usted ridículo.

–No, puede estar seguro, no se trata de eso..., y sírvase más café si lo desea.

–Gracias, pero terminemos de una vez. ¿Qué quiere de mí? He sido juzgado y condenado por delitos de guerra.

¿Ha oído hablar de la Convención de Ginebra? Tengo derecho a cartearme con mi prometida sin ningún trueque.

—Algunas autoridades son..., digamos que anticuadas, y no se lo reprocho. Creen que su prometida es una hábil criptógrafa. Yo diría que lo mejor que han tenido ustedes en los Servicios de Inteligencia. Sé que hay órdenes para evitar que ustedes se carteen. Yo puedo revocar esa orden.

Me quedé callado.

—¿No me cree? —añadió DP.

—¿Carmen una hábil criptógrafa? Es usted patético.

—Sí, Carmen Muñoz, de treinta años, licenciada en Ciencias Físico-Matemáticas en Madrid en junio de 1936, premio final de carrera. Cuatro meses en la Unión Soviética entre noviembre de 1936 a febrero de 1937, preparándose en técnica de espionaje y contrainformación. Estuvo infiltrada en nuestras líneas. Una espía muy hábil, tengo que reconocerlo.

—Vaya, saben ustedes más que yo. Admirables Servicios de Inteligencia los suyos. ¿Y ahora? ¿Sigue siendo espía mi Carmen?

—No creo que ahora sea una espía. En todo caso, una «durmiente». Y no me diga que no sabe lo que es un «durmiente». Usted ha sido oficial de Inteligencia del SIM.

—¿Me está volviendo a interrogar? Mi grado en el Ejército de la República era de teniente coronel de milicias, es todo lo que va a sacar de mí. Pero usted ya lo sabe, está en mi expediente. ¿Por qué sonrío?

–Porque no he venido a hablar con usted de eso. Quiero pedirle que me haga un favor a cambio de lo que le he prometido. Usted y esa mujer van a estar separados mucho tiempo, necesitarán cartearse.

–¿A pesar de que puede transmitirme peligrosos mensajes?

–Sí, a pesar de eso.

–Vaya, pensaba que era usted un sencillo policía torturador de la Brigada Político-Social y resulta que es también un agente de Inteligencia. Qué sorpresa.

–Ninguno de nosotros es lo que parece, Delforo.

–En realidad nadie es lo que parece.

–Cierto. ¿Más café?

–Sí, tomaré más café y me terminaré las pastas. Me estoy divirtiendo mucho con usted, señor Prado. La vida aquí es bastante monótona. Y la dieta alimenticia, un tanto pobre, diría yo. Pero veamos, aún no me ha dicho qué me va a pedir a cambio. Debe de ser muy importante para usted. ¿Qué será? Espere un momento..., es posible que sea..., no sé... ¿Se va acabar el régimen? ¿Las potencias aliadas han decretado el final del Glorioso Movimiento Nacional?

–No, y por el contrario lo van a proteger. Este régimen durará mucho tiempo. Ya está todo decidido. Su sacrificio por la República ha sido inútil.

–¿Ah, sí? ¿Las potencias ganadoras van a proteger al régimen? Vaya, vaya..., una buena información. Pero lo creía un poco más inteligente.

–¿En serio? Le diré algo más. Exactamente no van a proteger al Movimiento, sino a Franco. El Movimiento se irá apagando poco a poco.

–¿Franco será presidente de la República o coronado rey?

–A mí tampoco me gustan las bromas, Delforo. Y lo que le acabo de mencionar se producirá. Es una propuesta de Estados Unidos que han refrendado Inglaterra y Francia. Por supuesto no es pública, pero ya ha sido cursada, concretamente hace dos años, en 1944.

–¿Se ha excluido a Casado?

–Claro, por supuesto. No daba el perfil. Aunque él sigue insistiendo.

–¿Y en qué consiste la propuesta, según usted?

–Se lo diré, Delforo. Se instaurará la monarquía en la figura del pretendiente a la Corona, don Juan, en un plazo aún no previsto. La operación la avala el Partido Socialista en el exilio y la CEDA. En concreto la firman Indalecio Prieto, Gil Robles y don Juan de Borbón. ¿Por qué me mira así? ¿No se lo cree? El régimen se irá desmoronando poco a poco, pero Franco no será apartado del poder. Habrá Franco para rato. Los Estados Unidos lo necesitan, será un baluarte contra el comunismo en el sur de Europa.

–Suponiendo que sea verdad, eso no debe de gustarles a ustedes los falangistas, ¿verdad?

–Ha acertado. No nos gusta.

–Provocará una terrible lucha interna. Quizás hasta otra

guerra civil.

–No lo creo. Franco es muy astuto y le gusta el poder. Si tiene el apoyo de las potencias occidentales, hará la transformación del régimen a su modo, lentamente, comprando conciencias y voluntades.

–Dígame de una vez qué quiere de mí.

–Usted estuvo en la batalla de Teruel, mandaba el primer batallón de la 74.^a Brigada Mixta, adscrita a la 46.^a División del Campesino. El 18 de enero de 1938 hubo un intento de golpe de mano en su sector. Lo dio un grupo de soldados rifeños que se infiltraron en sus líneas con la intención de volar los depósitos de municiones. Quiero saber si hubo prisioneros.

–¿Cómo sabe eso?

–Lo sé y ya está. Conteste a mi pregunta, por favor.

–Usted me asombra. ¿Sabe también que permanecimos en Teruel hasta el 24 de febrero, incluso durante la ocupación por las tropas de Varela?

–Sí, lo sé. Y que usted fue habilitado a comandante de la 74.^a Brigada. Fueron los últimos en salir... Bueno, los restos de su brigada. Le condecoraron, su unidad tuvo una mención de honor. Después lo ascendieron a teniente coronel y en el verano de 1938 estuvo al mando de una división en el Ebro.

–Siempre he estado convencido de la eficacia de su quinta columna. Las unidades de combate estaban trufadas de informadores, saboteadores y espías. Aquí tengo una prueba más.

–Dígame si hubo prisioneros y quiénes eran. Si no los fusilaron, usted debió de interrogarlos.

–Nosotros no fusilábamos a los prisioneros. Eso se lo dejábamos a ustedes.

–¿Se acuerda de esos prisioneros, Delforo?

–Sí, me acuerdo. Se hicieron pasar por brigadistas internacionales perdidos. Hablaban en francés y cantaban *La Marsellesa*. Estuvieron a punto de volar los depósitos de municiones de la división, tenían información exacta de donde estaban. Y hubo un superviviente, mi gente mató a los demás a bayonetazos antes de que yo pudiera impedirlo.

–¿Quién era ese superviviente?

–Era muy curioso. Me contó una historia muy interesante. Lo interrogué y después lo envié al Servicio de Información, a Madrid.

–Describalo, por favor.

–Medio marroquí, medio argelino, alto, buen mozo, ojos negros profundos. Nacido en la incierta frontera con Argelia. Hablaba francés y un español perfecto. Había pertenecido a la casa civil de Franco.

–¿Algo más?

–¿He conseguido ya el derecho a la correspondencia de Carmen?

DP se levantó la gabardina y me entregó un pequeño paquete reglamentario y una carta. Tuve que hacer esfuerzos para no mostrar mi estado de ansiedad. Dentro del sobre, abierto como es preceptivo, había diez billetes

de cincuenta pesetas y una cuartilla escrita con la letra menuda y pareja de Carmen. Guardé la carta con el dinero en el bolsillo del pantalón y apreté el paquete contra mi pecho.

—Consígame un encuentro con Carmen de... tres horas fuera del penal y le diré todo lo que sé sobre ese marroquí. Su nuevo nombre, la historia que me contó. — DP me observaba en silencio—. Avíseme cuando lo tenga todo arreglado.

—No me pida eso, no puedo concedérselo, es imposible. Comencé a caminar hacia la puerta.

—Espere, espere un momento, déjeme pensar..., déjeme que piense... Pongamos que le concedo esa petición. Tres horas a solas con su prometida...

—Fuera de la cárcel.

—De acuerdo, entonces necesito que a cambio me diga su nombre actual, la historia que le contó al SIM y dónde está. ¿Puede darme esa información? ¿Me da su palabra?

—Sí, tiene usted mi palabra.

No pude dormir el resto de la noche en mi infecta celda. Deshice el paquete procurando no hacer ruido, y al tacto descubrí mis nuevas gafas en una funda, un bulto como de medio kilo de un polvo granuloso que al amanecer descubrí que era ácido ascórbico, es decir, vitamina C, una pluma fuente Waterman, un frasco grande que más

tarde supe que era tinta Pelikan, un reloj Festina y dos gruesos cuadernos, comprados en la papelería alemana de la Plaza Uncibay de Málaga.

Nunca he sido tan feliz en mi vida como en aquel momento.

Recuerdo que la ofensiva republicana sobre Teruel comenzó al amanecer del 15 de diciembre con un avance inesperado de la 11.^a División de Líster, en la que combatía el miliciano Miguel Hernández, que sin apoyo artillero destrozó el cordón exterior de la ciudad, protegida por lomas y cerros fortificados con guarniciones militares, y se apoderó de la localidad de Con cud. A la vez, la 25.^a División, al mando del coronel García Vivancos, tomó San Blas, junto al Turia. Fue una tenaza. Los franquistas no se lo esperaban.

La República movilizó cuarenta mil hombres encuadrados en diez divisiones, ciento cuarenta piezas de artillería, cien aviones, blindados y carros de combate T-26 soviéticos, además de varias divisiones en la reserva. Teruel era una ciudad de casi catorce mil habitantes.

Mi batallón, incluido en la 74.^a Brigada Mixta, formaba parte de la 46.^a División del Campesino. Entramos en combate el 18 de diciembre, ocupando el puerto del Escandón en dura lucha. Al día siguiente penetramos en Teruel.

La lucha en las calles era feroz y encarnizada, aumentada por las bajas temperaturas, que llegaban a alcanzar los veinte grados bajo cero, la niebla y la ventisca. La ciudad la defendía parte de la 52.^a División al mando del coronel faccioso Domingo Rey D'Harcourt y el coronel Barba, gobernador militar de la provincia, con un total de unos cinco mil hombres que se habían parapetado en los edificios del centro: seminario, convento de Santa Clara, Banco de España y otros.

El tiempo era siberiano, la gasolina de los aviones se helaba y los tanques y cualquier tipo de vehículo se convertían en estatuas glaciales. El centinela que se dormía en la guardia despertaba congelado. Nuestra infantería tenía que avanzar casa por casa en una lucha feroz y despiadada. El 22 de diciembre se recibieron en el Alto Mando informes confidenciales que al parecer provenían de nuestro servicio de espionaje en territorio enemigo. Nos contaban que Franco preparaba un contraataque por el río Alfambra para recuperar Teruel. Había movilizado toda su artillería, y su aviación. Unos quinientos cañones, seiscientos aviones de la Legión Cóndor y del CTV italiano y más de cien mil hombres, encuadrados en diez divisiones de élite que formaban tres cuerpos de ejército. Inexplicablemente el Alto Mando no creyó en los informes recibidos.

El 7 de enero de 1938, el coronel Domingo Rey D'Harcourt y el coronel Barba se rindieron. El sector a cargo de mi batallón estaba en una ladera a espaldas del

matadero municipal. El 9 de enero quedé al mando de la brigada; el teniente coronel López Corella, comandante de nuestra unidad, había sido alcanzado por una bomba de los antiaéreos alemanes Krupp de 80 mm, de una enorme precisión, que nos cañoneaban con toda libertad a menos de diez kilómetros de nuestras posiciones. La temperatura se mantenía a veinte grados bajo cero, pero se habían acabado la tormenta y la niebla. Los artilleros de ambos bandos arrojaban agua hirviendo a sus piezas de artillería para que funcionaran.

Rompimos las defensas de Teruel, pero las reconstruimos con la ayuda de los batallones de zapadores, que estaban por todas partes. De sitiadores pasamos a sitiados. Los restos de mi brigada se desplegaron en el centro de la ciudad, junto a las moles grises de los edificios destrizados por nuestra artillería. La orden del Alto Mando que recibí del Campesino, comandante de la división, era sacar a la población civil que quedaba y llevarla en camiones fuera de la ciudad hasta el puerto del Escandón, donde aguardaban una brigada médica y transporte.

Delante de los oficiales de su división, lo que quedaba de cuatro brigadas mixtas, con una media del sesenta por ciento de bajas, el Campesino cuestionó las órdenes del Alto Mando y masculló que eso era «una gilipollez y una pérdida de tiempo». Sin embargo, el Alto Mando había ordenado taxativamente salvar a la población civil.

Mi brigada, de la que apenas quedaban novecientos

hombres, hambrientos, ateridos de frío, agotados por la lucha y las inclemencias del tiempo, se encontraba al borde del desplome total. Sobrevivíamos a base de coñac y café. Di medio día de descanso a los que lo pidieron y me quedé con cuatrocientos veteranos, bien armados y dispuestos a todo. Íbamos casa por casa y con altavoces pedíamos a la población civil que saliera, iba a ser trasladada a la retaguardia para ser atendida. Lo repetíamos tres veces y después arrojábamos granadas en el interior de cada casa.

No era habitual que no respondieran. Los restos de la población que aún se refugiaban en sus casas salían temblorosos, hambrientos y enfermos. Solían ser mujeres, niños, ancianos y heridos. Todos eran conducidos a los camiones y enviados a la retaguardia. A veces había soldados camuflados junto a la población civil, y otras veces, grupos de soldados enemigos, que se entregaban sin armas. Sin embargo, no pocas veces nos hacían frente desde el interior de las viviendas semidestruidas, o empleaban añagazas suicidas. En cierta ocasión asomaron por una ventana a un bebé que lloraba cubierto por trapos. Los primeros hombres que entraron en la casa fueron abatidos con ráfagas de ametralladoras. Tuvimos que destruir la casa con bombas de mano.

De todas maneras, el proceso era lento. Los facciosos no consideraban neutral a la población civil, de modo que en las ciudades y pueblos que conquistaban fusilaban sin más a los supervivientes, se rindieran o no. Las

ocupaciones las llevaban a cabo mucho más rápidamente que nosotros.

Ordené redoblar las guardias: el enemigo había intentado infiltrarse en nuestras posiciones varias veces en audaces golpes de mano. Nuestra brigada había sufrido ya esa experiencia. Durante la madrugada anterior, en el sector este, al mando del capitán Díaz Echagüe, comandante del Batallón de Ametralladoras, un grupo de infiltrados burló a los centinelas, mató a seis soldados e inutilizó dieciséis ametralladoras antes de que pudieran reducirlos y fusilarlos. En otra ocasión eligieron mi sector, el K, donde se encontraban el depósito de armamento y las reservas de la división. Estuvieron a punto de volarlo.

Un grupo de seis marroquíes, con uniformes e insignias de brigadistas internacionales, cantando en francés *La Marselesa*, llegaron hasta nuestras líneas fingiendo estar perdidos. Degollaron a los centinelas del búnker que almacenaba la dinamita y gran parte de las municiones, pero fueron sorprendidos y mis hombres los mataron allí mismo, excepto a uno de ellos, un muchacho alto y fuerte que hablaba español y francés casi sin acento. Al ser interrogado, confesó que había pertenecido al servicio personal de Franco y que traía información muy valiosa. Según me confesó, en su compañía había un asesino que quería matarlo. Se había convertido en alguien incómodo para los franquistas.

Lo llevamos a Madrid para que lo interrogara el

Servicio de Información Militar. El nombre de ese soldado era lo que quería saber DP.

Recuerdo aquel febrero de 1938. A comienzos del mes hubo un claro en la tempestad y la aviación del enemigo al completo arrojó sobre Teruel más de cien toneladas de bombas en dos horas de continuas oleadas. Nuestras posiciones sufrieron un grave castigo. Sin embargo, resistimos. El ejército que había enviado Franco apenas se había movido trescientos o cuatrocientos metros. Sus fuerzas habían partido desde el flanco del río Alfambra. Para mi espanto, eso corroboraba los informes de Inteligencia que habíamos recibimos el 22 de diciembre. Pero ya no había nada que hacer.

Las tropas facciosas habían tomado El Muletón. Las artillerías italiana y alemana, acompañadas de la Legión Cóndor y la aviación del Duce, sincronizadas, nos machacaron. Cortaron la carretera Teruel-Valencia. La 46.^a División del Campesino quedó aislada por un doble anillo de tropas enemigas. El 25, Modesto logró abrir un pasillo por el que escapamos. En el último momento me hirió una esquirla de mortero en el hombro. No fue nada serio, pero sí aparatoso. Perdí el conocimiento, aunque lo recuperé enseguida. Los últimos kilómetros de huida los hice en unas improvisadas parihuelas que llevaban mis compañeros.

Me cuesta olvidar el horror de Teruel. La enorme pérdida de vidas humanas y de material de guerra, el frío, la niebla, los actos de heroísmo. ¿Le contaría todo lo que sé de ese marroquí a DP? ¿Para qué quiere saber la nueva identidad de aquel soldado? La guerra terminó hace siete años. Estamos en 1946. ¿Se trata de una antigua venganza? No me gustaría cometer una traición.

10

BURGOS, COMIENZOS DE ENERO DE 1938

Dimas Prado no supo de la existencia de Guillermo Borsa hasta el verano de 1925, cuando apareció en la cocina de su casa durante sus vacaciones escolares, empujado del hombro por el asistente personal de su padre, el cabo Dueñas, ese viejo que le dejaba tocar su pistola cuando su padre no lo veía. Borsa vestía harapos que despedían un olor tan nauseabundo que las criadas se echaron atrás y se taparon la nariz, horrorizadas.

Dimas no recordaba qué hacía en la cocina, quizás merendar. El cabo Dueñas dijo que habían pillado a Borsa en el regimiento, escondido en las cuadras, entre los caballos. Al parecer, llevaba viviendo allí bastante tiempo. El comandante había ordenado que lo llevaran a su casa, se bañara, comiera y le dieran ropa.

Era un muchacho de su edad, quizás un poco más bajo

que él, delgado y negro como un agareno, y que miraba todo con ojos fijos. No contestó a las preguntas que le hicieron las criadas. El cabo Dueñas afirmó que nadie le había sacado una sola palabra, ni siquiera el comandante. Ninguna de las criadas quiso tocarlo, de manera que Dimas acompañó al cabo Dueñas al baño del servicio y contempló cómo el cabo lo bañaba y lo vestía con sus ropas.

De todas maneras, se sabía poco de él. Había nacido en fecha incierta, en Pancorbo, hijo de madre soltera, que lo vendió por seis mil pesetas a un viejo carbonero del lugar. El padre de Dimas creyó que podía tener diecisiete o dieciocho años y ordenó que le hicieran los papeles para que fuera voluntario a su batallón.

No volvió a ver a Borsa hasta el triunfo del Frente Popular, un poco antes de que un grupo de camaradas fueran encarcelados en la penitenciaría de Burgos, entre ellos José M.^a Andino, jefe provincial de Falange, encerrados solo por ser falangistas. Borsa encabezó el asalto a la prisión el 17 de julio y entonces Dimas lo recordó de su casa en 1925. En ese momento, supo su nombre completo y la fama que lo precedía. Era duro, frío como el pedernal y muy bueno con las armas. No pedía explicaciones ni se hacía de rogar. Al parecer, era su hermano mayor, hijo natural de su padre. Dimas le propuso que formara parte de su centuria y él aceptó. Desde entonces no se habían separado.

De alguna manera formaba parte, también él, de la

herencia de su padre.

Guillermo Borsa conducía en silencio. Dimas Prado le preguntó:

—¿Estás seguro de que Vinuesa te dijo que fuera al convento de las Salesas? Eso es..., bueno, eso es «Terminus», ¿no? Ahí está la Gestapo, los Servicios de Información, el nuevo Ministerio de Seguridad Interior. ¿Te dijo que preguntara por alguien?

Salamanca y, sobre todo, Burgos habían acaparado gran parte del aparato administrativo y militar de la Nueva España, no había edificio público o religioso que no contara con varios ministerios a la vez.

Como siempre, Borsa tardó en contestar. Después de unos instantes, respondió:

—No, solo que fueras a las Salesas. Te llamaron al despacho sobre las nueve y media de la noche y se puso Vinuesa. Yo andaba por allí y me lo dijo. Me figuré que estabas en el Café Berlín y allí me encontré a Sancho Recalde. Me dijo que te habías ido a tu casa con una fulana. Me fui para allá y te he estado esperando.

—¿Qué querrán? —Dimas miró su reloj—. Es muy tarde.

—Debe de ser importante, ¿no?

—Sí..., bueno, eso creo. En fin, enseguida lo sabremos. De todas maneras, con esa gente de Inteligencia cualquier cosa puede pasar.

Le cruzó por la cabeza el asunto de Montoro, pero era imposible. No podía estar relacionado con eso.

–Gracias por las latas de comida –le dijo Borsa.

–¿Le has llevado el resto a mi madre?

–Sí, y te he dejado en el despacho el coñac y los cigarros. En un cajón.

El convento de las Salesas se encontraba en la calle Barrantes, en el número 4. Un enorme edificio de imitación gótica que había sido instituto y cenobio de religiosas. Ocupaba una manzana entera de muros macizos que se elevaban en airosos y austeros picachos, flanqueados por ventanales ojivales. En la puerta había un retén de la Policía Militar.

Ese era el lugar donde reinaba el coronel José Ungría, jefe de los Servicios de Información y Policía Militar (SIPM), responsable de «Terminus», el hombre que manejaba desde las sombras el espionaje y el contraespionaje de la España Nacional, los agentes infiltrados en la España republicana y, sobre todo, la sección especial de la quinta columna en Madrid, la organización «Linterna Verde», que, según se decía, estaba preparando la victoria de la España Nacional desde las mismas tripas del régimen marxista y antiespañol. Ese oscuro ejército compuesto por más de treinta mil hombres y mujeres que el coronel Ungría orquestaba.

El 18 de julio Ungría se encontraba destinado, como capitán de Estado Mayor, en la 2.^a Sección de la I División Orgánica de Madrid, encargada de la

información. Ya había sido rebajado dos grados por la Ley Azaña. De teniente coronel pasó a capitán. Sabedor de la sublevación desde los primeros momentos, se mantuvo al margen mientras iba tejiendo una tupida red de oficiales encargados de sabotear y de enviar y recoger información militar a la España nacional, desde la localidad de La Torre de Esteban Hambrán, próxima a Madrid.

Cuando la República creó el Servicio de Información Militar, el SIM, en febrero de 1937, Ungría se refugió en la embajada francesa en Madrid, más tarde huyó a Francia y de allí terminó en Burgos con el grado de coronel.

Dimas recordaba a Ungría de aquella cena en la Tour D'Argent, en 1933, cuando él mismo formaba parte del séquito del coronel Beigbeder durante una visita de cortesía a París de camino a España. El entonces teniente coronel Ungría era agregado militar en la embajada española ante el Quai d'Orsay.

Beigbeder y Ungría habían sido compañeros de promoción en los cursos de Estado Mayor, años atrás. Ungría era un hombre alto y delgado, muy simpático, con ojos sagaces que parecían fijarse en todo. En 1924, siendo capitán, había sido enlace entre las tropas francesas, que comandaba el mariscal Pétain, y las españolas, al mando de Primo de Rivera, durante la campaña conjunta hispano-francesa que acabó con la sublevación marroquí en 1925.

Beigbeder y Ungría fueron a cenar juntos y él los

acompañó con el ayudante de Ungría, el capitán Montalvo. Fue entonces cuando Ungría contó una anécdota del Caudillo, que cursaba un seminario de tres meses en la Escuela de Guerra de Saint-Cyr obligatorio para los generales de brigada ascendidos al mando de una división. Ungría le propuso mostrarle el París picante y Franco le contestó que «no había ido a París a perder el tiempo». Dimas recordaba que Beigbeder y Ungría estuvieron riéndose un buen rato.

El coche estacionó en la puerta del convento. Un policía militar se aproximó.

–Documentación, por favor. –Dimas Prado le mostró el carné de Falange y el documento que lo acreditaba como miembro del Servicio de Investigaciones—. ¿Tiene cita, mi alférez? Aquí hay varios departamentos.

–Sí, pero no sé con quién.

–Espere un momento.

El policía militar se llevó la documentación. Dimas lo observó traspasar la gran puerta. Se dirigió a Borsa.

–¿Estás seguro de que no te han dicho de parte de quién?

–Ya te lo he dicho, es lo que me ha dicho Vinuesa. –Se encogió de hombros.

Dimas salió del coche, se apoyó en la puerta y encendió un cigarrillo. El viento frío le azotó el rostro y se apretujó

la gabardina. El frío continuaba arreciando. Vio que el policía militar se acercaba.

–Pase, por favor. Le aguardan en la segunda planta, comisario don Celso Aguado, de Orden Público.

–Espera por aquí –le dijo a Borsa.

Acompañó al policía militar hasta el interior del edificio, una enorme bóveda que debía de ser la capilla de la iglesia. Contempló a hombres que entraban y salían de puertas con papeles en las manos. Se escuchaba el constante tecleo de máquinas de escribir y de teletipos, aumentado por el eco. El policía militar le entregó su documentación y le señaló unas escaleras.

–Segundo piso, primer despacho a la izquierda. El señor Aguado, don Celso, le aguarda.

–Gracias –contestó Dimas, y el policía militar se cuadró.

Celso Aguado era subsecretario del Ministerio de Gobernación, a cargo de Serrano Suñer. Se hablaba de que iba a crearse, a finales de enero, un nuevo ministerio, el de Orden Público, que llevaría Celso Aguado.

En Burgos se hablaba de Celso en voz baja con unción casi religiosa. Había estado con Mola en Madrid, con categoría de comisario, cuando el general fue nombrado director general de Seguridad durante el gabinete Aznar en 1930. Desde entonces, Celso le había ayudado a reestructurar el servicio, fue su hombre clave, implicado en importantes labores.

Dimas consultó la hora. Las once y media de la noche y

el edificio se mantenía en plena actividad. Encontró la puerta y llamó con golpes suaves.

–Adelante.

Dimas Prado se asomó.

–¿Das tu permiso, camarada?

–Sí, entra.

Pasó al despacho, se plantó frente a la mesa y saludó brazo en alto, juntando los talones.

–¡Arriba España!

El comisario apenas si levantó la mano.

–Arriba.

Su rostro liso y pálido, de mejillas colgantes, carecía de expresión. Llevaba gafas redondas que le hacían los ojos más glaucos y saltones. Continuó hojeando papeles de una carpeta marrón. Dimas lo había visto dos veces, una en un acto de exaltación patriótica y la otra en el Gobierno Civil durante una reunión del Servicio de Investigaciones de Falange. Entonces le pidió que lo integrara en la policía como interino o en funciones. Le confesó que le aburrían las labores de Falange, todo eso de perseguir estraperlistas y revisar archivos buscando rojos. Sabía que en la policía no tenían gente preparada. Dimas hablaba alemán y francés y se defendía muy bien en inglés. Le faltaban unas cuantas asignaturas para terminar Derecho y tenía experiencia en investigaciones.

Celso le respondió: «Todos somos importantes en la Nueva España, pero, de todas formas, espera». Había conocido a su padre y tomaría su petición en serio. Eso

había sido tres meses antes.

–Bueno, Prado, siéntate. ¿Conoces a una tal Águeda Lucena? –le preguntó el comisario sin levantar los ojos de la carpeta marrón.

Dimas se sentó y colocó el bastón sobre las piernas.

–¿Águeda Lucena? ¿Qué pasa con ella?

–Es amiga de tu familia, bueno, de tu madre, y además fuisteis vecinos cuando vivíais en la calle de la Paloma. Doña Águeda es la dueña de la tienda de tejidos La Señorita de París, que ahora se llama La Moda Española. ¿Sabes quién te digo?

–Claro, La Señorita de París, ya lo creo, entonces era la vecina de al lado. Pero en casa la llamamos «Pitita». Hace mucho que no la veo. De niño jugaba con su hijo Luis Alberto, pero no lo veo desde que se fue a vivir a San Sebastián cuando la liberaron. Creo que ahora se dedica a la importación. Mi familia vivía en el 8, en el principal, al lado de la catedral, y «Pitita», digo doña Águeda, en el 10...

–Alguien ha ido a la casa de doña Águeda, la de la calle Hortelanos, y la ha asesinado.

–¿Que la han asesinado?

Dimas se adelantó en la silla.

–A ella y a una fulana a la que todavía no hemos identificado. ¿Sabes si alguien podía tener la llave de la casa?

Dimas negó con repetidos movimientos de cabeza.

–Esa casa solían utilizarla en verano. Tienen bastantes

tierras, pero se las arriendan a campesinos. Yo fui muchas veces allí de niño con Luis Alberto. Tenían una alberca. ¿Qué ha sido? ¿Un robo?

—No, no parece ese el motivo. El asesino debía de conocer a doña Águeda: tenía la llave, no ha forzado la puerta. Un testigo vio entrar un coche en el patio esta misma noche, hacia las seis. Estaba oscuro y no distinguió la marca. Un coche negro.

—Espera un momento, Celso. ¿Un testigo? ¿Quién es ese testigo?

—El sereno de la zona entró en la casa a eso de las ocho y media de la noche, al parecer para pinchar a doña Águeda, y descubrió los cadáveres. Por lo visto el sereno es practicante.

—¿Ese es el testigo que vio el coche?

—Sí, el sereno.

—¿Un coche oficial?

—No sabe, dijo «un coche negro», nada más.

—Para eso está la policía, Celso. ¿Por qué va a meterse Seguridad en ese tinglado?

—No es un crimen normal, Prado. A la fulana la han desfigurado, un crimen sádico. Azcárate, ya sabes, el jefe de policía, ha llamado al gobernador, y Tejada me ha levantado de la cama. Quiere que Seguridad controle este asunto... ¡Como si no tuviéramos otra cosa que hacer! Y me ha pedido la máxima discreción, esto se puede convertir en un escándalo, una mierda que nos puede salpicar a todos. En la capital de la España cristiana no

puede andar suelto un asesino de esa categoría, ¿lo captas, Prado? Los rojos montarían un escándalo que multiplicarían por mil; incluso saldría en la prensa internacional. El ministro quiere silencio absoluto sobre este caso. La prensa roja no debe saberlo. Acuérdate del caso de ese secretario del juzgado, ese Antonio Ruiz Vilaplana, y su librito sobre los fusilamientos en el 36.

—Sí, conozco el asunto.

—El libro se llama *Doy fe* y nos ha hecho mucho daño. Los rojos lo han editado en cuatro idiomas y en más de veinte países. No podemos volver a eso. ¿Sabes si doña Águeda alquilaba habitaciones bajo cuerda?

—Hace mucho tiempo que dejé de ir a esa casa; de todas maneras, no me pega, Celso. Es una familia que tiene bastante dinero. Y doña Águeda es profundamente cristiana, de misa diaria.

Celso levantó la cabeza de golpe y observó a Dimas. Volvió a consultar los papeles.

—¿Sabes si ha venido a verla alguien de fuera? Algún amigo de su marido, por ejemplo.

—No, pero... —titubeó— no alquilaría habitaciones a extraños si no fuera gente muy importante, en caso de que lo hubiera hecho.

—Está bien, gracias, alférez Prado. Puedes retirarte.

Dimas no se movió del sitio. Celso levantó la mirada de los papeles.

—Te he dicho que puedes marcharte.

Dimas se aclaró la garganta.

–Deja que investigue este caso, camarada. No interferiré con vuestra gente. En Investigaciones no tengo nada que hacer, me aburro.

–No estás preparado, Prado. Y la chulería de la Falange nos está jodiendo demasiado. No quiero nada con Falange.

–Deja a la Falange, no te hablo de Falange, soy yo el que quiere encargarse del caso.

–Sigues queriendo ser policía, ¿verdad?

–Sí, ya lo sabes. Dame esta oportunidad, extraoficialmente, claro. Conozco a la familia de doña Águeda, a sus amistades. Déjame demostrarte que valgo para policía.

Celso lo miró fijamente durante unos instantes.

–Está bien. Acércate a la casa y que Azcárate te dé detalles. ¡Ah!, y quiero un informe diario que me pasarás a mí y a nadie más.

Dimas se puso en pie y se cuadró.

–A tus órdenes, Celso.

–Si esto sale bien, te integrarás en mi brigada, Prado. ¿No es lo que querías?

–Gracias, Celso. No te arrepentirás.

Se dirigió a la puerta. Celso se quedó mirándolo.

–Un momento, Prado, no vayas tan deprisa. –Se detuvo–. Si quieres trabajar conmigo, te quedan muchas cosas por aprender. Aún no he terminado.

Dimas volvió a sentarse y prestó atención.

–Escúchame, ¿cuentas con gente de confianza que no

tenga nada que ver con Falange?

–Creo que sí.

–¿Lo crees o estás seguro?

–Estoy seguro del todo –afirmó Dimas–. Estuvieron conmigo en los grupos de limpieza en el 36 y el 37.

11

PENAL DEL PUERTO, COMIENZOS DE MARZO DE 1946

El «Córdoba» me ha ayudado mucho, nunca podré olvidarlo. Le entregué el dinero que me había enviado Carmen y le dije que me trajera del mercado negro toda la penicilina que pudiera, la que alcanzara con quinientas pesetas. Esa misma tarde me entregó once dosis de seiscientos miligramos. Me dijo que de momento no había más, se había acabado la partida.

Me devolvió cien pesetas. Le dije que se quedara con el dinero, pero no quiso aceptarlo. Se empeñó.

—Me han dicho que la semana que viene tendrán más, ¿sabe usted? Parece que la traen de Tánger. Cuando me digan que ya la tienen, me voy para usted y le pido más dinero. Guarde usted esos billetes que han sobrado, don Juan.

Aquella noche Berasategui me puso la primera

inyección. Las restantes me las inyectó en días sucesivos. Gasté casi todo el dinero de Carmen en penicilina. Salvé el dedo de la gangrena y conseguí el traslado a enfermería. Duermo en la sala de consultas, en un despachito con Mariano Moreno. Al poco tiempo comencé las guardias en la galería de tuberculosos, destino que nadie quería. Pero un runrún continuo me atormentaba. ¿Había aceptado DP mis pretensiones de ver a Carmen? Todavía no me ha respondido.

Recuerdo que en enero del 37, preparando la ofensiva del Jarama, recibí por mediación del Socorro Rojo Internacional una breve carta de Carmen, fechada en México el 2 de diciembre de 1936, al comienzo de aquellos feroces combates de la llamada «batalla de Madrid». Me decía que había conseguido leer algunas de mis cartas anteriores y que estaba bien y muy animada. Me amaba y me echaba de menos. Me pedía que luchara más y más por la libertad y por la República y que, por dios, me cuidara.

¿Por cuántas manos habría pasado esa carta? ¿Cuántos la habrían leído y releído? Pero reconocí su letra de niña de colegio de monjas, esa niña convertida en muchacha y después en una joven mujer, mucho más madura y firme que yo.

Es curioso, lo que mejor recuerdo de aquel tiempo son

los perros.

«Los perros aparecen otra vez». Recuerdo esa frase en los partes diarios que enviaba en diciembre del 36 al cuartel general de la brigada. Los perros vagabundos y hambrientos que estaban por todas partes, en el frente y en Madrid. Hurgaban entre los escombros y se disputaban los pocos desperdicios que aún eran capaces de tirar los madrileños. Una leyenda añadía que también se alimentaban de los cadáveres sin recoger que quedaban después de los bombardeos. Los milicianos de mi batallón me habían comentado que habían visto perros vagar por la zona de nadie entre nuestras fortificaciones y las del enemigo.

Aquel día habíamos tenido un conato de feroz ataque en mi sector, Moncloa-Ciudad Universitaria, una parte de la línea continua de trincheras, casamatas y búnkeres que rodeaba Madrid. Ese día, una de nuestras patrullas de reconocimiento fue sorprendida por el enemigo y tiroteada a mansalva. Fueron rematados allí mismo. Pedí tregua con bandera blanca para recoger los cadáveres y me contestaron con un mortero. Eran buenos cristianos. Los cuerpos de nuestros compañeros quedaron tendidos a menos de doscientos metros de nosotros. Al anochecer los recogimos, arrastrándonos entre las alambradas.

El 29 de noviembre Varela lanzó un ataque inesperado sobre la carretera de La Coruña, al noroeste de Madrid, con la intención de abrir un paso a la sierra y acabar con los embalses y las centrales eléctricas que abastecían la

ciudad. El ataque se centró en Pozuelo con más de tres mil hombres con blindados, artillería pesada y bombarderos Junker 52. La brigada republicana que defendía la zona fue desbordada, pero la línea fue restablecida rápidamente por un contraataque apoyado por los tanques rusos T-26. Varela retiró sus tropas para reforzar la zona oeste de Madrid.

Mi batallón estaba listo y preparado para acudir en ayuda del contraataque, pero no hizo falta. Franco apartó a Mola y nombró al general Orgaz, que se hizo cargo del frente central. El 16 de diciembre hubo otra ofensiva facciosa sobre Boadilla del Monte, a unos quince kilómetros al oeste de Madrid. El Alto Mando republicano se dio cuenta a tiempo de que no se trataba de un ataque de distracción, sino de una ofensiva en toda regla, apoyada por cañones del 105 y antiaéreos alemanes del 80, muy eficaces, y un gran despliegue de bombarderos Savoia y Junkers. Nuestro batallón recibió la orden de prepararse para una inmediata ofensiva de apoyo. La República envió dos brigadas internacionales, la XI.^a y la XII.^a, que frenaron el ataque con un gran desgaste de hombres y material militar. El 19 de diciembre Orgaz se retiró y no hizo falta que interviniera mi batallón.

Al oscurecer de un día de diciembre, mi comisario político, el teniente Pardiñas, y yo recorriamos las trincheras bañadas por la luz blanca de la luna. Uno de los milicianos de guardia en los parapetos, me dijo:

–Alguien se mueve por ahí, mi comandante, en las alambradas. –Señaló con el dedo–. Parece que..., bueno, yo creo que parecen moros.

Pardiñas se lo quedó mirando.

–¿Has avisado al sargento de guardia?

–No, los acabo de ver.

El miliciano era muy moreno, con profundas arrugas de campesino en el rostro, casi cubierto por una barba negra y cerrada. Llevaba una manta sobre los hombros a la que había hecho un agujero. Se había calado un chato casco francés de la Gran Guerra.

–Nombre, camarada –le ordenó Pardiñas.

–Venancio Corrales, comisario, de la 2.^a Compañía.

–Llama al jefe de guardia, Corrales. Cuando se ve algo raro, hay que llamar al jefe de guardia. ¿Por qué no se os mete eso en la cabeza, joder?

–¡Sargento de guardia, sargento! –llamó el soldado.

Pardiñas y yo tomamos nuestros gemelos y asomamos la cabeza por las troneras de las casamatas. La noche era clara y recorrimos la ladera que se deslizaba hacia el Manzanares. Enfrente se distinguían las oscuras líneas de fortificaciones del enemigo. Y los vi. Estaban en tierra de nadie, entre las alambradas, pero pasaban de una zona a otra. Sabíamos que las cercas estaban destrozadas en su mayor parte. Se lo dije a Pardiñas.

–Ahí a la izquierda, pegados a las alambradas, fíjate.

Eran sombras grises a menos de cien metros de los sacos terreros. Entraban y salían de las alambradas,

arrastrándose.

–Sí..., ahora los veo. Parecen... ¿Qué son?

–Fíjate bien.

Eran perros hambrientos, flacos, que aguardaban la noche para alimentarse. Arrancaban carne de los cadáveres sin recoger, hozando como los jabalíes. Se adivinaba el seco crujido de los huesos y el ruido de la masticación. Se deslizaban en silencio entre los muertos.

–¿Qué tal andas de la vista, Pardiñas?

–¿Yo, mi comandante?

–Sí, tú.

–Pues..., no sé. Normal, mi comandante.

–Son perros, Pardiñas.

–¡Joder, joder –exclamó–, otra vez los perros!

Sacó la pistola.

–¿Qué haces, te has vuelto loco? ¿Quieres que se organice un tiroteo?

–¡Voy a cargarme a esos perros de Satanás, por la gloria de mi madre!

Le ordené que guardara el arma. Se volvió y me miró con ojos de loco. Creí que iba a explotar. En ese momento se presentó el sargento de guardia y se cuadró ante nosotros.

–¡A sus órdenes! ¿Qué pasa aquí?

Era Iturbe, un veterano. Tenía unos cuarenta años y era miembro del sindicato de actores de la UGT.

–Los perros, mi sargento –contestó el miliciano–. Los he visto, pero me parecían moros arrastrándose.

–¿Han vuelto, mi comandante? –Iturbe se aproximó. Le dejé mis gemelos de campaña Zenit y los señalé con el dedo.

–Ahí están, sargento, a la izquierda, entre las alambradas. Se están dando un banquete.

Iturbe se encaramó a una caja de municiones y enfocó los gemelos por la amplia ranura de la casamata.

–¡Madre bendita! –exclamó—. Es verdad, están ahí otra vez. ¿Qué hacemos?

–Acabar así, comido por los perros. No hay derecho, Juan, coño, no hay derecho –añadió Pardiñas, que pateó el suelo.

Hizo mucho frío en Madrid aquel diciembre del 36, un frío glacial que endurecía el barro hasta convertirlo en piedra y que helaba el aliento. Ya habíamos tenido varios casos de pulmonía, de congelación de manos y de pies gangrenados, a causa de pequeñas heridas o rozaduras, que se infectaban enseguida. No teníamos guantes, ni ropas de abrigo suficientes.

Me llamaron del cuartel general preguntándome las novedades. Les contesté que todo estaba tranquilo, el batallón dispuesto. Me informaron de que habíamos rechazado al enemigo en todo el sector y me dijeron que pusiera en descanso al batallón. Les pedí café, periódicos y un camarero, es decir, la broma de siempre. Teníamos

que repostar municiones; cinco de las nueve ametralladoras, seis Máxim y tres Balibar, de mi sector se habían estropeado y para el resto disponíamos de pocas cintas. No aguantaríamos un ataque, y eso escatimando munición. Me prometieron que enviarían al camarero y al repartidor de periódicos (los técnicos y los servidores de municiones) y un cargamento de «bollería surtida», es decir, municiones.

Me acuerdo mucho del teniente Pardiñas, Pepillo Pardiñas. Era flaco y la chaqueta de cuero rusa le quedaba grande. Quería convertirse en físico, había sido estudiante del último curso de la Facultad de Ciencias al comienzo de la guerra. Le gustaba bromear con los milicianos, era muy simpático y divertido. Su padre, un notario de provincias de derechas, lo había desheredado. Pepillo murió poco después al mando de una columna, durante la ofensiva en la carretera de La Coruña. Una bala de mortero lo reventó en algún lugar indeterminado del camino.

Prohibí encender cigarrillos o cualquier clase de fuego: las avanzadillas del enemigo se encontraban a menos de doscientos metros, atrincheradas al otro lado del Parque del Oeste, en la Casa de Campo. Los francotiradores rifeños se distraían disparando dentro de las casamatas desde los árboles, aprovechando los puntos de luz de los cigarrillos. Eran endiabladamente buenos tiradores. Oíamos sus gritos de júbilo cuando alcanzaban a alguno de los nuestros y se nos helaba aún más la sangre en las

venas. Recuerdo que en aquel tiempo siempre tenía ganas de fumar.

En noviembre estuve griposo durante los encarnizados combates diarios que se producían en Madrid y en sus alrededores. A partir del día 6 y hasta finales del mes combatimos todos los días. Aguantaba con aspirinas y coñac. Permanecíamos clavados en las trincheras, que había ordenado construir el general Masquelet en torno a Madrid en un tiempo récord. Las formaban cuatro cinturones defensivos, que a mediados de noviembre de 1936 eran solo uno. Detrás de nosotros no había más defensas que el pueblo de Madrid. El Estado Mayor había creado nueve sectores alrededor de Madrid. Mi sector estaba a cargo del teniente coronel Galán. Más de veinte mil hombres defendían Madrid.

Sobre todo, entre el 6 y el 23 de noviembre los combates fueron diarios. El subsector a mi cargo amanecía cañoneado todos los días, pero el grueso de la artillería enemiga se centraba siempre sobre el subsector de mi vecino, el comandante Romero, de la Guardia de Asalto, que defendía el Puente de los Franceses con dos batallones de ametralladoras. Recuerdo que a mitad de la mañana del 8 de noviembre el enemigo abrió una brecha en su zona. Se combatía cuerpo a cuerpo. Recibimos órdenes de reforzar a Romero y envié a dos compañías al

mando de Pardiñas, que insistió en ir en su ayuda.

Los combates se intensificaron durante todo el día, pero aguantamos. Romero y los refuerzos lograron repeler los ataques frontales y volar el puente. Los facciosos no pudieron pasar. La táctica de Varela era suicida: enviaba una y otra vez a las tropas rifeñas, y a los requetés, en oleadas sucesivas, sin que le importara el terrible coste en vidas humanas. A las seis de la tarde, cuando anochecía, cesaban los combates.

Sufrimos enormes bajas. El enemigo casi las duplicó. La táctica de Franco y sus asesores alemanes e italianos continuaba centrada en una guerra de desgaste. Confiaban en que sus reservas de hombres y material bélico inclinarían la guerra a su favor.

Llamé al puesto de mando de Galán y me comunicaron que Romero controlaba la posición. Había habido cambios, mi sector se había reforzado con tropas de retaguardia y se había dividido en dos. El coronel Prats, un catalán herido en un brazo de un bayonetazo, había perdido la mayoría de su tropa, reunificada en dos batallones. Galán seguía en su puesto al mando de la brigada, a la que había añadido los restos de la de Prats. Mi batallón se encontraba bajo su mando directo.

Llegó al fin una partida de guantes y camisetas de manga larga. Pardiñas, que había sobrevivido, los repartió entre la tropa.

Los bombardeos con proyectiles incendiarios continuaban asolando Madrid. Pero la horrible mortandad

no amilanaba a los madrileños, al contrario, los enardecía aún más. Madrid era un grito: «¡¡No pasarán!!».

Semanas después, una tarde de diciembre, los centinelas me trajeron a un muchacho que había atravesado las líneas enemigas. Tenía dieciséis años y era muy pequeño para su edad, con un extraño rostro de persona mayor. Me contó que vivía en Cuatro Vientos y que habían fusilado a su familia mientras él cuidaba las cabras. Llevaba cuatro días con sus noches huyendo de las patrullas facciosas, durmiendo en los árboles y escondiéndose en los barrancos, rumbo a Madrid. Me contó que había permanecido en la Casa de Campo sin que lo vieran, escondido en un colector inservible del lago durante dos días. Contó que había visto tanques y cañones «muy grandes» en la zona de Garabitas, detrás del cerro. No sabía cuántos, aunque dijo que «muchos». Llamé al cuartel general de mi brigada. Pedí que se pusiera Luque, el jefe del Estado Mayor. Le di las novedades.

Antes de que empezara a preguntar, le conté lo del colector que acababa de decirme el muchacho y la posibilidad de dar un golpe de mano y destruir unos cuantos carros de combate y cañones. Su voz sonaba hueca por el teléfono de campaña:

–¿Te fías de ese chaval, Delforo?

–Sí, me fío, parece muy espabilado.

–¿Has notado refuerzos en el enemigo?

–No, creo que tienen las tropas de siempre, dos tabores de regulares con varias secciones de ametralladoras y morteros. Pero disponen de tropas de refresco de sobra. El chaval me ha dicho que vio tanques y cañones al lado mismo del colector. Te propongo que tomemos la iniciativa. ¿Tienes el mapa de la Casa de Campo delante?

–Lo tengo.

–Bien, ¿ves el lago?

–Lo veo.

–Según me ha dicho el muchacho, el colector está un poco más arriba, en la cota 12/5, quizás no sea propiamente del lago, sino del Manzanares. El chaval insiste en que se ve el lago, es cabrero y sabe orientarse.

–No me jodas, Delforo. ¿Tú estás bien de la cabeza?

–Hay que destruir esos tanques y la artillería, Luque. Mandaré a un grupo para que utilicen el colector, se infiltren en sus líneas y acaben con ellos. Concentraremos fuego de distracción para despistarlos. ¿Qué te parece?

–¿Un contraataque?

–Un golpe de mano. Con esos blindados y la artillería arriba de la loma estamos jodidos.

–Hay que tener cuidado. Orgaz no va a dejar de atacar Pozuelo, parece que está reuniendo más tropas. Debes tener a tu batallón listo. Eso es lo más urgente, ¿me has entendido?

–No se esperan lo del colector, Luque. El ataque de Orgaz no será mañana, ¿no es así? El chaval dice que

estaban cubriendo los tanques con ramas de árboles y que no vio muchos soldados.

–Haz lo que quieras, Delforo, lo vas a hacer de todas maneras. Pero bajo tu responsabilidad. ¿Algo más?

–Nada más.

–Que tengas suerte, viva la República.

–Viva. –Y colgué.

Dejé que terminaran el rancho nocturno y organicé un grupo de cinco veteranos con ametralladoras ligeras y seis bombas de mano cada uno. Nos llevamos un mortero y cinco cargas. Venía con nosotros el chaval, al que cuidaría el Chapiri, un chico extremeño que había sido cazador furtivo, el mejor tirador del batallón. No recuerdo ahora mismo su nombre de pila, uno de esos nombres de campesino, quizás Fructuoso o algo parecido. Sin embargo, recuerdo perfectamente su rostro afilado como el de un ave de presa y sus ojos siempre moviéndose de un lado a otro, alertas. Él fue el encargado de los morterazos. Recuerdo que me dijo:

–Eso está chupado, mi comandante.

Teníamos que alcanzar los tanques con los primeros disparos de mortero. Si fallábamos, contaríamos con la dinamita; llevábamos cinco kilos en cartuchos, atados entre sí. Intentaríamos atacarlos por detrás. En cuanto se escuchase el primer morterazo, Pardiñas y Antón concentrarían fuego de ametralladoras sobre ellos desde nuestras posiciones, fingiendo un contraataque. Lo discutimos todo después del rancho. En el último

momento decidimos que varios de los nuestros irían disfrazados de rifeños: chilabas blancas, correaes sobre el pecho y turbantes. Fingirían que nos habían hecho prisioneros.

A las 21:55 nos deslizamos fuera de los parapetos y nos arrastramos lentamente hacia un pequeño desmonte en el flanco izquierdo. Vimos a los perros otra vez. Eran una manada y recorrían la tierra de nadie hozando entre los cadáveres. Despacio, sin hacer ruido, pegados al suelo, nos metimos en la manada.

Veíamos sobre nosotros sus ojos brillantes como ascuas, las manchas oscuras de la sangre en los sucios hocicos. Recuerdo que pasamos muy cerca de ellos, disputándoles el terreno. Aún hoy no puedo evitar un estremecimiento de asco. Desde entonces no me gustan los perros, ninguno.

El golpe de mano fue un éxito. Encontramos el colector y nos arrastramos por él. Dejamos dentro al Chapiri y al chaval, que nos cubrirían si algo ocurría. A la salida vimos una patrulla de vigilancia que vivaqueaba al pie de la loma. Eran cuatro: un cabo, un soldado y dos rifeños. Acabamos con ellos a cuchillo. Las moles de los tanques alemanes y una batería de cañones del 105 estaban a la vista, cubiertos con redes de camuflaje y ramas de árboles. Desde el cielo eran invisibles. Varios hombres

paseaban alrededor de ellos. No había luces.

No sufrimos ninguna baja. Los tanques y los cañones volaron por los aires, al tiempo que se desencadenaba en el sector un amago de contraofensiva. Pudimos escapar durante la confusión y volvimos a introducirnos en el colector. Los hombres del batallón nos acogieron con vítores y gritos de alegría. Dispuse permisos y cien pesetas extra al mes para cada uno de los que participaron en aquella aventura y los reseñé en el parte del día.

Al muchacho lo enrolé en la sección de enlaces del batallón. Se llamaba Lucio.

A la mañana siguiente el teniente coronel Galán ordenó que acudiera al cuartel general de la brigada. Me reuní con él y con Luque en su búnker. Nada más verme, empezó a gritarme: si yo creía que estaba en el ejército de Pancho Villa, que dónde estaban las órdenes, que se organizó un rifirrafe de tres pares de narices en todo el frente, que me iba a hacer un juicio sumarísimo, degradar a teniente, y que los comandantes de unidad no podían exponerse a los combates abiertos, ¿dónde había visto eso? Que era un chulo...

Pero antes de acabar, dio la vuelta a la mesa y me estrechó entre sus brazos.

—¡Dame un abrazo, Delforo, coño!

Al día siguiente salió en toda la prensa: «Comandante

de milicias da un golpe de mano», «Tanques y cañones destruidos en las puertas de Madrid», «La furia española», «La República necesita atacar», «Necesitamos hombres así».

Todo el mundo en Madrid supo que una sección del 7.º Batallón de Infantería, de la brigada de Galán, había salido de sus líneas de trincheras al mando de su comandante y había realizado un golpe de mano victorioso.

Más tarde, el general Miaja me recibió en su despacho y me regaló un puro.

—¿Qué hago contigo, Delforo? ¿Te fusilo o te asciendo?

Miaja me propuso hacer un curso de tres meses de Estado Mayor y darme el mando de una brigada. No me dio fecha fija y continué de comandante de batallón. De todas maneras, las órdenes de ascenso de Miaja tenían que ser sancionadas por el Ministerio de la Guerra, en Valencia.

Hasta mediados de la primavera de 1938, después de la batalla de Teruel, no me confirmaron el grado de teniente coronel y el mando de una brigada mixta. Miaja me mandó llamar. «La República va a crear doce divisiones más». Y añadió con su rostro astuto de tendero: «Quedan plazas para los comandantes de milicias. Se darán en Albacete, ya sabes».

Me dio pavor mandar una división. No me sentía con fuerzas.

12

BURGOS, COMIENZOS DE ENERO DE 1938

A la una de la madrugada Dimas aparcó el coche frente al portón de entrada de la casa de doña Águeda, que permanecía abierto. Cruzó el patio y subió las escaleras hasta el primer piso. La puerta de acceso estaba entornada y se escuchaban voces dentro. Pasó a un salón alfombrado adornado con cuadros oscuros con escenas de caza, un reloj de pared y un enorme perchero. Estaba igual que lo recordaba, como si regresara a su niñez, a un tiempo inmóvil, jugando con Luis Alberto a intercambiar cromos de Chocolates Nestlé y luego bañarse en la alberca.

La puerta del dormitorio principal se abrió y apareció Vicente Azcárate, el jefe superior de Policía de Burgos, con un cigarrillo prendido del labio. Era delgado y blancuzco, como si nunca le hubiera dado el sol, de unos cincuenta años. Llevaba gabardina y bajo ella una

chaqueta y un jersey puesto al revés. Dio unos pasos dentro del salón y dijo:

—Le dije a Celso que me trajera una orden por escrito. ¿La tienes?

—Nada de órdenes escritas, Azcárate. Si tienes dudas, puedes llamarlo ahora mismo por teléfono. Me ha dicho que espera tu llamada.

—Lo haré, no te preocupes. Pero le dije al gobernador que esto no me parecía un asunto vuestro. Se trata de dos crímenes sin implicaciones políticas. ¿Creéis que el asesino es un rojo?

—Déjate de coñas, anda. Esto no puede trascender a la opinión pública. Los rojos lo pueden utilizar como propaganda en contra nuestra.

—Me lo figuraba, Pradito, me lo figuraba. Dile a Celso que no se preocupe, no habrá filtraciones. —Se lo quedó mirando—. ¿Eres la nueva adquisición de Celso? —Dimas no contestó y el comisario añadió—: ¿Has cenado hace mucho? Te lo pregunto por si vomitas.

—¿Qué es lo que ha pasado aquí, Vicente?

—Míralo tú mismo.

Dimas traspasó la puerta seguido por el comisario y dio unos pasos dentro del dormitorio. Le invadió un olor dulzón e intenso. Era de la colonia que utilizaba el padre de Luis Alberto, don Luis, cuando aún vivía. Se acordó del entierro, el año anterior. Luisito no soltó una sola lágrima.

Un hombre con un abrigo hasta los tobillos se inclinaba

sobre la enorme cama de matrimonio de madera oscura. Tenía un maletín a los pies. Se volvió.

—Doctor, ha venido Investigaciones. Este es el alférez Prado.

—Arriba España —saludó Dimas.

El forense lo miró fijamente y el comisario Azcárate añadió:

—Órdenes de arriba, del ministro. —Se volvió a Dimas—. ¿No es así?

—Sí, eso es, del ministro en persona.

El forense era un hombre de rostro sanguíneo, grande y gordo, con una gran papada que apenas si le cubría una gruesa bufanda azul.

—¿Ah, sí? —Levantó el brazo izquierdo y dijo—: Entonces arriba España.

—¿Usted es...?

—Doctor Lachica, Fernando Lachica, del juzgado, soy el forense.

Su enorme corpachón tapaba lo que hubiese en la cama, pero se apartó y encendió un cigarrillo. La cama estaba cubierta de sangre seca, bajo el cuerpo desnudo de una niña espatarrada. Tenía la boca abierta en una mueca distorsionada, como si aún gritara, y los brazos a la altura de los hombros con los dedos engarfiados. El color de su piel era ceniciento, de rasgos agitanados. Tenía un agujero negruzco en la frente, el orificio de entrada de una bala que le había destrozado la parte inferior de la cabeza. La blancuzca masa encefálica se encontraba diseminada

alrededor, mezclada con sangre. A juzgar por la configuración de su cuerpo, de su pecho liso, carente de cualquier turgencia, y de la falta de vello púbico, se trataba de una púber. La entrepierna era una herida abierta, blanca y morado oscuro, con trozos de carne colgante, que le había dejado al descubierto el hueso pélvico.

Dimas sintió el vómito que le subía hasta la boca. Se apoyó en el bastón y lo tragó. Hizo lo mismo con una segunda oleada. Se pasó la mano por la boca. Los dos hombres le observaban.

—Vaya —dijo el comisario—, eres más frío de lo que pensaba, Pradito.

—He estado en el frente —contestó—. ¿Cómo han podido hacerle eso?

—A mordiscos —contestó el forense—. Y lo hicieron después de matarla del disparo. —Le señaló el orificio de la frente—. La explosión sónica de la bala le reventó la bóveda craneana con salida de masa encefálica.

—Hemos encontrado la bala. —El comisario extrajo del bolsillo de la gabardina un sobre blanco que agitó en el aire—. Chocó contra la pared y rebotó. La encontramos debajo de la cama. Es del calibre 7,62, como esta. —Se llevó la otra mano a la sobaquera y extrajo una pistola—. ¿La ves? Una Luger alemana. —Se la mostró, blandiéndola.

—¿Quiere decir que pudo haber sido un alemán?

El comisario se encogió de hombros.

–Eso parece, aunque hay bastantes de estas pistolas por aquí. Yo me crie en el campo, en el valle de Pancorbo, y he visto lo que hacen los lobos con las ovejas. Eso me parece la obra de un lobo o un perro hambriento. Pero llévate el sobre, supongo que no servirá para nada, ¿verdad?

–Eso es, ya no sirve –manifestó Dimas tomando el sobre. Se dirigió al forense–: ¿Cuándo ocurrió?

–Aún no sabría precisar la hora con exactitud, pero por el *rigor mortis* yo calcularía que lleva muerta cuatro o cinco horas. Debieron de matarla entre las ocho y las ocho y media de esta noche, pero tendríamos que esperar a la autopsia.

–No habrá autopsia –manifestó Dimas–. Todo esto va a desaparecer, el cadáver y la sangre. La habitación quedará como siempre.

El forense le estaba mirando.

–¿No habrá investigación?

–Usted lo ha dicho. No habrá investigación, no habrá nada. Esto no ha existido nunca. Se lo acabo de decir al comisario: órdenes del ministro. Y no deberá comentárselo a nadie, doctor, ni a sus colaboradores ni a su familia. En caso contrario, será considerado un propalador de bulos, penado por la ley.

–Entonces busquen a otro que firme el atestado, yo no lo haré.

Cogió el maletín y añadió:

–Buenas noches.

Cuando iba a abandonar el dormitorio, Dimas le dijo:

–Espere doctor.

Se volvió.

–Recuerde lo que le he dicho.

El doctor Lachica se le quedó mirando durante unos instantes. Luego Dimas lo contempló caminar rumbo a la salida bamboleando su enorme corpachón. Se volvió al comisario.

–¿Dónde está el otro cadáver? Me refiero al de doña Águeda.

–¿Quieres verla también, Pradito?

–Te agradecería que no me llamas Pradito, Vicente, ¿vale?

–Como quieras, chaval, como quieras. Bueno, tú dirás... ¿Tienes para mucho? Llevo casi dos horas esperándote. Me han levantado de la cama a las once de la noche. Terminemos de una vez y no me jodas más.

–¿Dónde está el otro cadáver?

–En el dormitorio de la señora, por esa puerta. –La señaló con un gesto de la cabeza–. Se comunican.

El dormitorio era un poco más pequeño que el anterior y tenía la luz del techo prendida. Lo primero que sintió fue un penetrante olor a alcohol de romero, el mismo con que se frotaba la pierna herida y al que añadía una solución de bicloruro. Luego vio un pequeño altar presidido por un cuadro de la Virgen de la Fuencisla y un reclinatorio tapizado de rojo. Doña Águeda descansaba sobre la cama, vestida con una bata de seda oscura, el

rostro gordezuelo muy pálido. Llevaba las zapatillas puestas y tenía los brazos cruzados sobre el pecho. Hacía por lo menos tres meses que Dimas no la veía. La recordó cuchicheando con su madre con las cabezas muy juntas.

Recorrió el cuarto con la mirada hasta que descubrió los frascos de alcohol sobre el tocador, encima de un pañito bordado. El romero triturado descansaba en el fondo. Probablemente lo compraba en la farmacia El Nuevo Siglo, lo mismo que hacía él.

—A esta la estrangularon —manifestó el comisario, y le señaló el cuello, en el que se notaban dos manchas rojizas—. Le rompieron la tráquea con dos dedos, como el que chasca un palillo. Debió de ser un hombre muy fuerte.

—Vaya, apenas se nota —añadió Dimas.

—Si alguien pregunta, puedes decirle que ella misma se apretó el cuello cuando le faltaba el aire. —Dimas se volvió al comisario. Pero no era una broma, al menos Vicente Azcárate no se reía—. Debió de estar escuchando lo que ocurría en la otra habitación, o quizás se sobresaltó al oír el disparo. El asesino o los asesinos la estrangularon y la volvieron a llevar a la cama. Fue cuestión de un minuto.

—¿Por qué dices eso?

—No está cianótica. —Le señaló el rostro—. Se le paró el corazón enseguida, probablemente murió más por miedo que por asfixia. El asesino fue muy considerado, le cruzó los brazos sobre el pecho. ¿Te has fijado? Ah, y otra cosa, no lleva ropa interior.

–¿Y eso?

El comisario se encogió de hombros.

–Ya no importa, ¿verdad?

Los dos volvieron a entrar en el otro dormitorio.

–¿Quién es la niña? ¿Una fulana? –preguntó Dimas.

–Eso parece. Una fulana muy precoz. Para mí que es gitana, ¿no crees? Fíjate en su cara.

Dimas miró otra vez a la niña. El comisario señaló un bulto de ropa en el suelo, bajo la ventana cerrada. Dimas Prado no lo había visto. La levantó con el bastón.

–Juzga por ti mismo. Esa ropa no es de aquí, es extranjera.

Era un chal de lana negro, muy amplio, una falda larga de colores chillones, un abrigo de color morado, camisa y ropa interior. Los zapatos, sin tacón, se encontraban bajo la ropa.

Dimas evitó dirigir la mirada a la entrepierna de la niña y se fijó en el rostro.

–¿Qué años puede tener?

–Once o doce, trece como mucho. Una jovencita extranjera, sin rasgos de mujer. Zíngara, probablemente, pero eso ¿qué más da? Le vais a dar carpetazo, ¿verdad?

–Me extraña que doña Águeda alquilase habitaciones a zorras, era muy religiosa y no necesitaba dinero. ¿Qué pasa con el testigo que os avisó, Vicente?

–Es el sereno, pero es vuestro. A mí me dejáis en paz. Me voy para mi casa, a ver si puedo dormir algo.

–Vio a un coche entrar al patio, ¿no?

–Sí, alrededor de las seis de la tarde. Al menos eso dijo. Bueno, Pradi..., digo, alférez Prado, buenas noches o buenos días.

Dimas lo siguió con la mirada mientras atravesaba el salón. Luego escuchó sus pasos escaleras abajo. Prendió las luces, sacó del bolsillo de la chaqueta una Leica alemana, ajustó el obturador y fotografió a la niña; luego, un primer plano de su rostro y otro de su vulva destrozada. Terminó con un plano general de la habitación. Después fue al otro dormitorio.

Poco después, Borsa y dos hombres, a los que no conocía, entraron en el salón. Dimas fumaba sentado en uno de los sillones.

–¿Cuándo empezamos? –preguntó Borsa.

Dimas se fijó: los hombres tenían la vista baja. Eran corpulentos, de rostros vulgares. Pensó en dos animales de tiro. Recordaba haberlos visto antes: la patrulla de limpieza de Borsa que actuó durante 1936 y 1937.

–Ahora mismo. ¿Lo tenéis todo listo?

–Sí, mi alférez –contestó uno de ellos–, nos llevaremos lo que usted nos diga en la camioneta, esperamos sus órdenes.

Borsa les hizo una seña y pasaron al dormitorio. Dimas contempló a los hombres envolver el cadáver de la niña en la sábana y atarlo con cuerdas, abultaba poco. Borsa

enrolló el colchón y también lo ató. Sacaron ambos bultos de la casa.

Dimas recorrió la habitación con la mirada. Todo parecía en su sitio, sin huellas del crimen. Recogió las ropas de la niña y los zapatos. Pasó a la habitación de doña Águeda. También estaba en orden. Se situó frente a la cama y lentamente comenzó a subirle la bata al cadáver. Sus muslos eran gruesos y llenos de venitas azules. El corazón le golpeaba el pecho y se detuvo durante unos instantes. Pero continuó. El vello púbico era muy negro, y raleaba bajo los pliegues de la barriga. Dejó caer la bata e intentó acompasar la respiración.

—¡Mierda, joder! —exclamó.

Apagó la luz y se sentó en el salón.

Poco después regresaron Borsa y los otros dos hombres transportando otro colchón. Lo colocaron sobre el somier y lo alisaron con cuidado. Dimas se había acercado.

—¿Le ponemos sábanas? —le preguntó.

—Sí, debe de haber en el armario. —Le mostró las ropas de la niña—. Esto me lo quedo de recuerdo.

Poco después Dimas apagó las luces, cerró la casa y se encaminó a la camioneta de mudanzas que esperaba en la

calle. El frío de la madrugada le cortó el aliento. Borsa estaba fuera. Dimas le hizo señas para que se acercara. Le susurró.

–No debe haber testigos, Guillermo. Eso lo sabes, ¿verdad?

Asintió con un movimiento de cabeza.

–Entonces ya sabes lo que hay que hacer.

La camioneta partió y Dimas se marchó a su casa en el coche. En la lejanía escuchó el ladrido de perros que se peleaban y se estremeció.

Llevaron los bultos a un bosque de pinos y matorrales, a unos kilómetros del monasterio de las Huelgas, por un camino casi invisible. Dejaron la camioneta entre los árboles y uno de los hombres se llevó el bulto del cadáver de la niña al hombro y el otro el colchón. Borsa iba el primero marcando el camino; transportaba un pico, una pala y un pequeño bidón de gasolina. Se alumbraba con una linterna. Un viento helado agitaba las copas de los árboles y en las zonas umbrías había neveros.

–Aquí está bien –ordenó Borsa.

Era un claro entre pinos, un terraplén que descendía a un incierto arroyo oscuro. Escucharon el ulular de un búho y la inmediata respuesta de otro.

–Vamos, deprisa, joder. Quiero estar en Burgos antes de que amanezca –dijo uno de los hombres.

Cavaron una fosa en silencio turnándose con el pico y la pala mientras Borsa los alumbraba con la linterna. El hoyo tenía que ser bastante profundo para que las alimañas no lo desenterraran. Al rato, los hombres dejaron de cavar y se secaron el sudor, la tierra era dura, helada.

—¿Quieres llegar al centro de la tierra, Borsa? —dijo uno—. Me parece que ya está bien.

Ambos encendieron cigarrillos y se pusieron a fumar.

—¿Has traído el dinero? —preguntó el otro—. Me gustaría comprobarlo, ya ves.

Borsa se llevó la mano a la sobaquera y mostró dos sobres abultados.

—He conseguido quinientas más para cada uno.

—¡No jodas! ¿En serio?

—Sí, mil por barba. Aquí están. —Agitó los sobres y volvió a guardarlos.

—A ver si nos llamas más, Borsa, hermano. Antes había más trabajo.

—Ya no quedan rojos en Burgos —contestó Borsa.

—Eso lo dirás tú.

—Cuando haya más trabajo, os avisaré. Terminad rápido, venga, un par de paladas y fuera.

El boquete en el suelo les llegaba a la cintura. Los hombres siguieron cavando y echando paladas fuera. Borsa se asomó y los apuntó con la linterna. Se llevó la mano al costado y extrajo una pistola automática, probablemente una Webley inglesa con munición del nueve largo parabellum. Disparó desde arriba a la cabeza

al que tenía más cerca. El otro intentó saltar fuera y le alcanzó en el cuello. Se deslizó dentro del boquete.

Los observó sin prisas. Ninguno se movía. Volvió a dispararles para estar seguro. Luego arrojó dentro el bulto de la niña y el colchón, vertió gasolina y los prendió fuego.

SEGUNDA PARTE

1

MADRID, OTOÑO DE 1939

Antonio descendió del tren en la estación de Atocha y contempló Madrid por primera vez. Atravesó la plaza, aún con señales de los bombardeos en los edificios circundantes. Un enjambre de presos y albañiles tapaban los agujeros de las bombas y acarreaban restos de mampostería y de adoquines del suelo, que clasificaban por tamaños y transportaban a camiones y carros de mulas. La plaza era un hervidero de gente y de vendedores ambulantes que pregonaban sus mercancías. Había algunas tiendas de campaña de soldados que vigilaban a los presos. Muchos de los huecos que veía en los esqueletos agujereados de las casas y los comercios se habían cubierto con grandes cartelones con la cabeza de Franco.

Había viajado dos días con sus noches en vagones de tercera clase, que se iban vaciando y llenando de

campesinos con sus mujeres e hijos y multitud de paquetes y cestas. Llevaba un traje barato que parecía robado y la cabeza dolorosamente rapada al cero. Apoyado en las ventanillas del tren, había visto desfilar ruinas y paisajes devastados en los que en realidad no se fijaba, insensible también a las conversaciones de los viajeros que a veces le ofrecían comida y cigarrillos. Pensaba que el pelo le crecería dentro de un mes o dos, como mucho. Eso era lo primero. Después compraría ropa, un buen traje cruzado, zapatos italianos, camisa blanca y corbata de lunares. Unas ciento diez o ciento veinte pesetas, aunque antes tendría que buscarse ocupación, una cualquiera. Luego haría lo que tenía que hacer.

Con la maleta de cartón golpeándole la pierna, estuvo dos horas caminando por un Madrid ruinoso, lleno de cráteres y raíles de tranvías retorcidos. Por la tarde se detuvo en la Plaza de España, atestada de familias y gente sola que pernoctaban en improvisadas tiendas de campaña al aire libre, cubierta con mantas y harapos. La calle Princesa se veía colmada de coches y vehículos militares destrozados y quemados que aún no habían sido retirados. No se podía pasar, según un cartelón, había peligro de minas y bombas sin explotar. Allí descubrió que no había luces en Madrid: era una ciudad oscura y tenebrosa y machacada, un paisaje de esqueletos infames de edificios y de casas a duras penas en pie.

Abrió la maleta y sacó unos zapatos viejos, que se

puso, guardando las alpargatas. Luego extrajo un bocadillo de tortilla envuelto en papel de periódico, se sentó en el polvo de la plaza y lo devoró. Más tarde se echó a dormir abrazado a la maleta. Cuando se despertó, ya era noche cerrada. Asió otra vez su equipaje y trató de orientarse entre el tráfico de las escasas motocicletas y carros hasta llegar a la calle San Bernardo.

Quería creer que pronto no quedaría nada de su otro ser al que deseaba olvidar. El actual había exigido nueva documentación y la propuesta de una vida diferente, que apenas preveía un futuro incierto. Sin embargo, no por eso podía olvidar su infancia en aquella aldea de chozas sucias y chatas pegadas a las montañas. Evocó las tierras pardas del desierto donde había quedado su memoria y todos aquellos recuerdos que le espoleaban a marchar más rápido, desafiando un vago temor que no era exactamente miedo.

Se aventuró por callejuelas sinuosas, siempre marcadas por los picotazos de las balas en las fachadas y los agujeros de las bombas en los tejados o en los balcones, hasta que el instinto le hizo detenerse en la calle de la Palma, donde dos hombres con gabardinas le dieron el alto. Uno de ellos, el del sombrero, se acercó y el otro se mantuvo apartado con las manos en los bolsillos. Parecían hombres corrientes, con el falso aplomo que da el oficio.

—A ver, tú, papeles, venga —le pidió el del sombrero.

Antonio dejó la maleta en el suelo y se los mostró. El policía prácticamente se los arrancó de las manos y se

puso a leerlos.

–Un momento. –Se dirigió al otro–. Tú, este tío es un excautivo. Estuvo desde el 38 en Albaterra.

El otro policía se acercó despacio, leyó el documento, levantó la vista y observó a Antonio.

–¿Qué haces por aquí?

–Estoy buscando a mi hermana.

–¿Qué llevas en la maleta? –preguntó el del sombrero.

–Nada, mis cosas..., un poco de ropa.

–Vamos a verla, anda.

La abrió y mostró dos camisas arrugadas, una muda de calzoncillos, el par de alpargatas y útiles de afeitar. El del sombrero apartó la ropa y le sonrió.

–¿Qué tal se han portado los rojos? ¿Te han jodido mucho?

–Bastante –le contestó Antonio.

–Bueno, vete, y que tengas suerte.

A mitad de la calle, brillaba la luz mortecina de los quinqués de carburo de un bar. La mayor parte de los edificios próximos estaba salpicada por las huellas de tiroteos o derruida en parte, o totalmente, por las bombas. Eligió la izquierda, la Palma Baja, hasta que se detuvo frente a la taberna apenas iluminada, cuyo rótulo sucio anunciaba Bodegas Rivas. Enfrente había un café cerrado. Su nombre era Café de la Palma. Parecía un buen lugar.

A través de la borrosa cristalera de Bodegas Rivas, que anunciaba sidra y bocadillos de calamares con letras blancas y desvaídas, probablemente de antes de la guerra,

distinguió a dos hombres acodados en el mostrador de cinc, cuyas figuras resaltaban las luces de los quinqués.

Se volvieron y observaron a Antonio entrar y depositar la maleta en el suelo. Permaneció inmóvil hasta que uno de los hombres le preguntó:

—¿De dónde vienes, guaje?

—De por ahí —contestó Antonio—. Busco trabajo.

El tabernero, un hombre pálido y demacrado con profundas arrugas en el rostro, lo observó unos instantes y continuó lavando vasos, que al chocar unos contra otros en el fregadero producían el sonido de pistoletazos.

—¿Quieres tomar algo? ¿Va una sidrina? —le preguntó el otro hombre.

Antonio negó con la cabeza. Sacó un paquete de picadura medio vacío y ofreció. Los hombres murmuraron negativas, el tabernero no se movió. Volvió a guardar el paquete en el bolsillo.

—Tengo veintitrés años, los papeles en regla y el servicio militar cumplido. Sé trabajar. ¿Tendría usted algo para mí?

Uno de los hombres carraspeó y se le escuchó tragar la sidra.

—No hay que dejar la tierra de uno, eso no es bueno. ¿Por qué no te vuelves para tu casa, guaje? Madrid es muy malo, están muy mal las cosas.

—Yo llevo aquí para veinte años y todavía no me he acostumbrado —dijo el otro—. Por lo menos allí tienes a la familia, ¿no?

–No tengo familia –contestó Antonio.

–Bueno, tómate algo, *nenó*. No te quedes así, hombre – insistió.

–No, muchas gracias –contestó Antonio, y continuó inmóvil, aguardando.

–Oye, Rufino –habló el otro–. ¿No ves que te está pidiendo trabajo? ¿No dices nada?

–¿Trabajo? No necesito a nadie –contestó el tabernero–. Esto está jodido y no quiero comprometerme.

–No hace falta que me pague. Haré cualquier cosa a cambio de comida y techo. Y tengo papeles.

–¿Todos los papeles?

–Todos.

–¿Y no quieres cobrar? –dijo uno de los hombres–. Esta sí que es buena, Rufino. ¿Has oído eso?

–Solo cama y comida –insistió Antonio–. Y haré cualquier cosa.

La cortina de chapas aplastadas que separaba el local del interior se descorrió. Una mujer vestida con una bata azul rodeó el mostrador y se dirigió cojeando a la puerta. Era pequeña, casi enana, con una pierna seca que arrastraba sin necesidad de muletas y un cuerpo que se adivinaba duro y decidido, aunque aparentase gordura. Enganchó un palo largo con una especie de garfio al cierre metálico y de un tirón lo bajó hasta media puerta.

–Venga, es hora de marcharse, hay que cerrar –dijo con voz ronca.

Uno de los hombres habló:

–No te pongas así, Lola, enseguida nos vamos.

–Cóbrate, Rufino –dijo el otro, arrojando unas monedas de peseta contra la chapa del mostrador–. Vámonos, se acabó el día.

Los dos hombres abandonaron la taberna. La mujer se instaló en el mostrador, sacó una caja verde de debajo y comenzó a contar dinero con parsimonia, moviendo los labios.

–Hay que traer más sidra –dijo–. Bueno, si es que hay.

Rufino asintió sin levantar los ojos de los vasos y la mujer terminó de contar el dinero, apuntó algo en un papel y guardó los billetes y las monedas en una bolsa de tela. Pasó al interior. Se escuchó la música de una radio. Antonio no se había movido del sitio. La mujer asomó la cabeza entre la cortina de chapas.

–Rufino, ven un momento.

Antonio los escuchó hablar, pero el ruido de la radio le impedía oír lo que estaban diciendo, aunque no era difícil imaginarlo. A veces la voz de Rufino se elevaba sobre la radio, pero eran palabras sueltas.

La mujer se asomó otra vez entre las chapas.

–Tú, echa el cierre y ven para acá.

Cerró con fuerza. La taberna se volvió mucho más vacía y oscura que antes. Antonio traspasó la cortina de chapas y entró en la cocina. Rufino no estaba. La mujer se había sentado ante una mesa camilla.

–Rufino me ha dicho que buscas trabajo a cambio de cama y comida. ¿Es verdad?

–Es verdad –contestó Antonio.

–Ayudarás en el mostrador y limpiarás y recogerás. Aquí hace falta alguien que trabaje, Rufino está mal de los nervios y ya no sirve para nada.

–Haré lo que haga falta, señora.

–No te podemos dar nada, ¿entiendes? Pero las propinas serán tuyas. –La mujer se le quedó mirando. Antonio no bajó la mirada–. ¿De dónde eres?

–De una aldea cercana a Don Benito, se llama Cabañas del Monte, en Badajoz.

–Ya..., no importa. ¿Tienes papeles?

Antonio rebuscó en la chaqueta y le entregó la cartilla militar, el salvoconducto, el documento de excautivo y la identificación que le habían preparado. La mujer los miró durante un rato y se los devolvió.

–¿Quieres cenar algo? Ha sobrado un poco de pimientos.

–No, señora. No tengo ganas.

–Lámame Lola, no aguanto eso de señora, ¿vale? –Se puso en pie y le señaló una escalera–. Arriba está el desván, es una puerta verde a la derecha, la de la izquierda es el retrete. Hay mantas, dormirás ahí.

–Trabajaré, no tendrá queja, me ganaré la comida.

–Sube ya, anda –le indicó la mujer–. Abrimos a las seis. ¡Ah!, otra cosa, llévate una lámpara de estas y no la gastes mucho.

2

PENAL DEL PUERTO, MARZO DE 1946

Son las diez de la noche. Me encuentro en la guardia de enfermería en la galería de tuberculosos, mi nuevo destino en el penal. Y más concretamente en la mesa que domina la enorme y desangelada sala donde se alinean ciento treinta hombres aquejados de tuberculosis en mayor o menor grado. Llevo puestas mis gafas nuevas y en mi muñeca destaca el reloj. Ahora escribo este diario con mi estilográfica Waterman.

La primera pluma que tuve, una Parker norteamericana, me la regaló mi padre cuando terminé la carrera en 1932 y estaba preparando las oposiciones a cátedra. Todos los días, antes de ponerme a escribir este diario, releo la carta de Carmen. Se ha convertido en un rito.

Una monja se acerca. No la he visto llegar.

—¿Malas noticias, hijo? Ten resignación —me dice y apoya la mano en mi hombro—. Ten resignación y

paciencia. ¿Quieres que recemos juntos? La oración reconforta.

Aplasto la carta contra mi pecho.

–No son malas noticias, hermana, son buenas.

–Entonces dale gracias a dios, hijo..., agradécele su misericordia contigo.

–Sí, sí, eso haré, hermana.

Me sonrío y yo le contesto con otra sonrisa. Está muy ajada, posiblemente sea joven, pero su edad es indefinida. Tiene los párpados violáceos.

Los enfermos carraspean y tosen y algunos hablan en voz baja. La monja se vuelve hacia ellos y les grita:

–¡A callar! ¡Vamos a ver si dejamos dormir a los demás! –Se hace un inmediato silencio. Se vuelve a mí–. Tienes que imponerte, hijo. Si no, te van a tomar por el pito del sereno.

Termino de escribir a Carmen en una hoja del cuaderno escolar. Por orden de la dirección las cartas que se mandan, o se reciben, no deben tener más de una hoja y tienen que enviarse abiertas. Se escuchan algunas toses perrunas y todo tipo de ronquidos. A las dos de la madrugada me sustituirá un enfermero, que realiza la siguiente guardia, hasta las seis de la mañana. Creo que se llama Gómez. Parece que fue mancebo de botica en Lucena, me han dicho que envenenó a su mujer con

raticida a pequeñas dosis antes de la guerra. Tiene la perpetua.

Me acuerdo del 18 de julio, era sábado. La noche anterior la habíamos pasado en vela Carmen y yo escuchando Radio Madrid en su casa familiar, el chalet de la Guindalera, que en verano permanecía vacío. Su familia veraneaba en Biarritz. Según escuchamos, el 17 de julio se había producido en el Protectorado de Marruecos un levantamiento militar promonárquico, encabezado por el general Franco y otros oficiales. Las comunicaciones telefónicas se cortaron el mismo 17 a las cuatro de la tarde. El gobierno afirmaba que el golpe era «obra de unos insensatos y está controlado, no hay nada que temer», y al mismo tiempo ordenaba una censura total de los periódicos, lo que aumentaba la incertidumbre del pueblo.

Largo Caballero, que se encontraba en París en un congreso obrero europeo, había regresado a Madrid unos días antes, el 12 de julio. Junto a otros líderes sindicales y de las izquierdas, pedía insistentemente armas para el pueblo.

Aquella mañana tenía previsto ir al Instituto-Escuela, en los Altos del Hipódromo, a recoger mi documentación. La Institución Libre de Enseñanza me había concedido una beca para realizar el doctorado en París: sería alumno

del gran Marc Bloch, padre de la llamada «Escuela de los Annales» o de la «historiografía total». Había conseguido cartearme con el sabio francés gracias a Álvaro de Albornoz. Iba a estudiar los movimientos sociales en Andalucía en la Edad Moderna desde el punto de vista geográfico, geológico, climático, humano, político y económico..., una obra que yo soñaba magna, completa, como la que estaba realizando Bloch sobre la Francia feudal. Ya había aprobado los cursos de doctorado mientras impartía clases de Geografía e Historia en el instituto Lope de Vega, en la calle Manuel Silvela. Había pasado con nota el examen de francés. Lo que quedaba era puro trámite.

En septiembre iría a París. Llevaba meses y meses fantaseando con esa gran urbe. Me había comprado una guía de la ciudad y subrayado los lugares que tenía que visitar. Carmen me había prometido que iría a verme y que pasaría largo tiempo conmigo. Ella acababa de licenciarse en Ciencias Físico-Matemáticas, con premio final de carrera. Pensaba hacer los cursos de doctorado en Matemáticas ese año, y en el futuro doctorarse en Oxford en la misma materia con Paul Muriel.

Desde la victoria del Frente Popular, en febrero, corrían toda clase de rumores sobre las intenciones, no disimuladas, de los partidos de derechas de instaurar una

«república fuerte» al estilo italiano o alemán. Los pistoleros falangistas, fuera de la ley desde mayo, seguían sembrando el terror mediante golpes de mano y atentados en connivencia con los partidos de la derecha, según una estrategia que consistía en denunciar la violencia que ellos mismos provocaban. Los asesinatos del teniente de asalto Castillo y de Calvo Sotelo, muy recientes, habían exacerbado los ánimos. Si a eso añadíamos las legítimas aspiraciones de los obreros y campesinos a mejorar sus salarios y condiciones de vida, en medio de una crisis internacional pavorosa, se entiende la situación política y social imperante en 1936, no muy diferente de la de otros países de nuestro entorno.

Desde comienzos de junio, una huelga general de la construcción, organizada por la CNT y UGT, mantenía las calles de Madrid llenas de albañiles que realizaban colectas y mítines. Pedían al Frente Popular que se derogaran las leyes del «bienio negro» y se aceleraran las reformas planteadas durante el primer gabinete republicano. Exigían sobre todo aumento de salario a quince pesetas diarias, jurados mixtos y una serie de derechos laborales propios de los países más adelantados de Europa, como la jornada de treinta y cinco horas o «semana de dos domingos».

Conseguí mi documentación y fui en tranvía a la Puerta

del Sol, decidido a no perder las clases de inglés avanzado en la Berlitz, que había pagado por adelantado. Pero a eso de la una de la tarde escuchamos un gran alboroto en la calle: se oían himnos y gritos revolucionarios pidiendo armas. Salimos de clase y nos encontramos con corros de gente frente al caserón del Ministerio de Gobernación. Algunos pretendían entrar a la fuerza, pero eran rechazados por los guardias de las puertas. Ondeaban banderas revolucionarias y pedían armas insistentemente. Había un gran alboroto; unos afirmaban que los cuarteles de Madrid se habían sublevado y otros, que había noticias de sublevaciones en Melilla y ciudades del Protectorado, Sevilla y en otros lugares. Pero yo no había escuchado la radio esa mañana.

Decidí acudir a mi Círculo Socialista, en el Puente de Segovia. Tomé un tranvía. Por el camino me encontré con compañeros muy excitados. No había armas en Madrid. Debíamos arrebatárselas a los militares para armar al pueblo y acabar con la sublevación militar. El gobierno de Casares Quiroga se negaba a entregar armas. Los comités ejecutivos de todos los partidos políticos y sindicatos estaban en sesión permanente.

Antes de llegar a mi destino, decidí regresar a mi casa, en la calle del Tesoro, para ponerme mi uniforme de brigada de complemento. Le dije a mi madre que marchaba a defender la República. Estaba muy asustada, había suspendido las clases en el colegio donde era maestra. Desde un teléfono público llamé a Carmen a su

casa, pero no me contestó nadie. Tomé de nuevo el tranvía para dirigirme a mi Círculo Socialista. Carmen y yo habíamos planeado pasar el mes de agosto recorriendo los Pirineos con un grupo de amigos. Quizás tendríamos que aplazarlo.

Carmen y yo nos hicimos novios en 1933. Aquel año me presenté a las oposiciones de catedrático de instituto, que gané con la máxima calificación. Para evitar el servicio militar, decidí hacer las milicias universitarias. Los amigos me llamaban en broma el «general ilustrado» por mi afición a los temas militares. Las milicias universitarias las hice en el Cuartel de la Montaña, en el Regimiento de Zapadores n.º 16, bajo el mando del teniente coronel Pintos Levy.

Entré en la escuela de oficiales del regimiento como alumno. Aquel verano hicimos marchas nocturnas, ejercicios de tiro, voladuras de fortificaciones y desplazamientos de tropas. Me nombraron cabo. Era responsable de una escuadra de cinco hombres.

Fue mi primera experiencia con los militares. Me di cuenta de que muchos de ellos eran honestos, se preocupaban por la tropa y eran rigurosos con los estudios y cumplidores; otros no acudían nunca al cuartel. El responsable de la escuela de oficiales de complemento del regimiento era el capitán Vallejo, de Estado Mayor, un

hombre serio y estudioso, muy atento a nuestra formación militar. Le tomé simpatía y me permitió estudiar en la biblioteca del regimiento. Eran textos en francés editados por la Escuela de Guerra de Saint-Cyr, en París.

Gracias a mis conocimientos de la lengua, no tenía mayor problema en entenderlos. Eran textos recientes que seguían la experiencia de la Gran Guerra. El capitán Vallejo pasaba mucho tiempo conmigo aleccionándome para que abrazara la carrera militar. Le decía que mis objetivos eran otros. Insistía en que el ejército español necesitaba oficiales cultos. Se mostraba muy crítico con el desarrollo y planteamientos de la guerra de Marruecos, en la que había participado. Supe que Vallejo se sumó a la rebelión y fue fusilado en el patio del Cuartel de la Montaña el 20 de julio. Sentí enormemente su muerte.

Entre mis compañeros se encontraba Manuel Tagüeña, estudiante de Física y compañero de Carmen durante el primer curso de Ciencias, el más brillante de nuestra promoción. Acabaría mandando un cuerpo de ejército durante la ofensiva del Ebro. En octubre terminé el curso y me reintegré a la vida civil y a mis clases de Historia y Geografía en el instituto.

Al verano siguiente, en junio de 1934 volví al cuartel ya de sargento, al mando de una sección de treinta hombres. Por la mañana, instrucción militar con la tropa, y por la tarde, estudio y formación. Preparé un proyecto de un supuesto táctico: asalto a unas fortificaciones, y lo llevé a cabo con mi pelotón. El capitán Vallejo me felicitó

en el orden del día.

Las luchas sociales de ese año politizaron el cuartel; temí que se conociera mi militancia socialista y que eso afectara a mi pretensión de terminar las milicias universitarias. Si me expulsaban, tendría que hacer dos años de servicio militar y renunciar a mi doctorado en Francia y a mi sueño de ser profesor de universidad. Se lo comuniqué a Vallejo y gracias a él no ocurrió nada, los cuatro meses de vida militar transcurrieron sin novedad.

En ese curso mi proyecto final fue la construcción de trincheras y fortificaciones y el levantamiento en un punto dominante de un observatorio blindado para la artillería. Me ascendieron a brigada. Ya era suboficial, al mando de una sección.

En el verano de 1935 hice prácticas de infantería, que consistían en desplazamiento de tropas, asalto, repliegues escalonados y formación de campamentos. Me familiaricé con los emplazamientos de artillería y ametralladoras. Realizamos el examen final para conseguir la estrella de alférez de complemento. El supuesto táctico que nos pidieron fue la organización y desplazamiento de una compañía con una sección de morteros y otra de artillería ligera y ametralladoras para la defensa de una posición sitiada. Fui el número dos de la promoción, el primero fue Tagüeña.

Aun así, no conseguí la estrella de alférez, tampoco Tagüeña, a pesar de las presiones de Vallejo, que veía en mí a un militar nato. Nuestro expediente político terminó

por aparecer y los dos acabamos de brigadas. Ya se estaba preparando la sublevación facciosa. En realidad, entonces no lo sabíamos, el levantamiento militar llevaba urdiéndose desde la proclamación de la República en 1931.

Cuando llegué al Círculo Socialista del Puente de Segovia en un tranvía atestado de hombres y mujeres que gritaba consignas revolucionarias y ondeaban banderas rojas, me encontré con un camión que repartía unos cuantos fusiles máuser, que incluían un peine de cinco balas. Nadie sabía de dónde habían salido, porque no había armas en Madrid. Logré hacerme con uno gracias a mi uniforme, aunque llevaba correa y funda reglamentaria para mi pistola..., solo que la funda estaba vacía. No se entregaban armas después de haber terminado las milicias universitarias. La confusión era enorme, todo el mundo dictaba órdenes y contraórdenes y propalaba rumores. Al parecer ya es un hecho el levantamiento en armas en todo el Marruecos español desde el 17 de julio. Me confirmaron que la sublevación se había propagado a la Península. Franco, comandante militar de Canarias, había proclamado el estado de guerra y había desembarcado en Marruecos para dirigir el Ejército de África compuesto por cuarenta y cinco mil hombres perfectamente dotados de armamento moderno, las únicas fuerzas militares

aguerridas y con experiencia en combate en el ejército español. Había noticias confusas de que se luchaba en Barcelona, Sevilla y Valencia. Según parecía Burgos había caído, al igual que Pamplona, Valladolid y Zaragoza. Desde Sevilla, Queipo de Llano emitió un comunicado de guerra ambiguo: afirmaba que estaba con la República «decente».

Me dijeron que los cuarteles y los aeródromos de Madrid permanecían tranquilos, con las tropas acuarteladas. Miembros de las milicias de los partidos de izquierda y civiles vigilaban los acuartelamientos militares armados de pistolas y de rifles que habían empezado a requisar de las armerías de Madrid.

En el Círculo, una radio emitía continuamente arengas de dirigentes sindicales y políticos de la izquierda. Recuerdo a la Pasionaria, Margarita Nelken, Largo Caballero y los máximos líderes anarquistas. Todos pedían armas. Pero ¿qué sucedía con las armas? ¿Dónde estaban?

En Madrid había entre cincuenta y sesenta mil fusiles almacenados en el Parque de Artillería..., pero no tenían cerrojos. Los cerrojos se almacenaban en el Cuartel de la Montaña desde 1934 por orden del entonces ministro de la Guerra del «bienio negro», Diego Hidalgo, y del jefe del Estado Mayor Central, el general Franco. Lo hicieron así, precisamente, para que no cayeran en manos del pueblo. Sin cerrojos, no había fusiles.

Las únicas armas válidas el 18 de julio son unos cinco

mil fusiles reserva de los regimientos acantonados en Madrid que se encuentran almacenados en el cuartel del Regimiento de Artillería de Retamares al mando del teniente coronel Rodrigo Gil, un militar leal a la República.

Un dirigente nos confirmó que un grupo de militares de la UMRA, Unión Militar Republicana Antifascista, ante la pasividad del gobierno, se había reunido en las dependencias del Ministerio de la Guerra en comité permanente y estaban empezando a planificar la defensa republicana. Al mando estaba el teniente coronel de artillería Juan Hernández Saravia, antiguo ayudante de Azaña. Junto a él había un grupo de oficiales y jefes de gran prestigio entre los que destacaba el capitán de infantería Eleuterio Díaz Tendero, uno de los creadores de la UMRA.

El comité tomó las primeras medidas. Se reforzaron las defensas del Palacio de Oriente, sede de la presidencia de la República, donde residía Azaña, y se protegieron los edificios significativos de la ciudad, como las emisoras de radio, el Banco de España, el Ministerio de la Gobernación, etcétera. En segundo lugar se dio la orden de aumentar las dotaciones de guardias de asalto, carabineros y guardias civiles; y en tercer lugar se envió a un comisionado, con orden escrita del Ministerio de la Guerra, al Cuartel de la Montaña para que entregara los cerrojos. El coronel Serra, al mando del cuartel, se negó. Era la prueba de que estaban amotinados. Sin embargo, la

República siguió sin actuar sobre los cuarteles.

En nuestro Círculo Socialista se hizo el silencio más absoluto cuando se oyó la voz del locutor de Radio Madrid. De esa forma, al atardecer del 18 de julio nos enteramos de que ha caído el gabinete Casares Quiroga y que Martínez Barrio asumía la jefatura del gobierno. Busqué a Fernando de Rosa, uno de los jefes de nuestras milicias socialistas, al que conocía personalmente, aunque no fuera miembro de ellas.

Durante la tarde y la noche del 18 de julio Madrid se llenó de hombres armados con escopetas y pistolas y guardias de asalto. Distinguí a algunos oficiales y suboficiales uniformados y a patrullas de los sindicatos que pedían la documentación a los transeúntes. Mi carnet de las Juventudes Socialistas me permitía el paso franco.

Al fin encontré a Fernando de Rosa en la Casa del Pueblo hablando en italiano con un hombre alto con uniforme de capitán. Me lo presentaba; se llamaba Giovanni Testa y me saludó militarmente. Fernando de Rosa, que había sido subteniente del ejército italiano, exiliado en España tras el golpe de Mussolini, se asombró de mi uniforme de brigada de complemento y me pidió que formara parte de las milicias, lo que acepté inmediatamente. Me comunicó que hasta ese momento había tranquilidad en los cuarteles, pero que no debíamos fiarnos. Los aeródromos de Getafe y Cuatro Vientos y el aeropuerto civil de Barajas estaban en manos gubernamentales. Me puso al corriente de la confusa

situación que había originado la sublevación militar en Marruecos.

Me contó que Margarita Nelken había sido enviada por la Casa del Pueblo para exigir armas al gobierno. Se estaban creando cinco batallones para proteger Madrid y evitar una posible rebelión de los cuarteles.

Al día siguiente, domingo 19 de julio, llegó la orden oficial del comité del Ministerio de la Guerra para proteger Madrid. Repartieron los fusiles de mil en mil, con su correspondiente munición, a las primeras columnas. La capital se dividió en cinco distritos y a cada uno de ellos se le asignó un batallón. Tres tenientes coroneles, Mangada, Marina y Lacalle, y dos comandantes, Sánchez Aparicio y Fernández Navarro, fueron nombrados para encabezar las primeras columnas de voluntarios. Pero faltaban morteros, artillería, ametralladoras, transmisiones y, sobre todo, municiones. El batallón de Fernández Navarro, al que se le asignó la zona de Cuatro Caminos, fue el germen del «Quinto Regimiento».

De Rosa me entregó la lista de milicianos socialistas y me pidió que recogiera a los que pudiera de los círculos. La mayor parte de nuestra milicia, dispersa, había acudido ya a la Casa de Campo, donde el teniente coronel Julio Mangada estaba reuniendo una columna. Me encaramé a un camión requisado y partí a cumplir la orden. Logré reunir a unos cincuenta rezagados.

Las milicias socialistas eran apenas tres compañías,

unos cuatrocientos compañeros que se instruían militarmente los fines de semana con armas cortas. Habían sido fundadas en 1934. El Partido Comunista tenía también las suyas, las MAOC, igualmente sin armas largas.

Durante parte de la noche hice viajes en el camión llevando a milicianos a la Casa de Campo y dejando aviso en los Círculos Socialistas. En uno de mis viajes, distinguí a Carmen, que vivaqueaba en la Casa de Campo con un grupo de compañeros de la FUE. Les pedí que me esperaran. Pasada la medianoche terminé de cumplir mi primera tarea militar y me reuní con ellos.

Afortunadamente, los amigos de la FUE habían llevado comida y cenamos en la hierba bajo los árboles. Todos nos sentíamos exultantes y cantamos y reímos, tan excitados que no podíamos dormir. Estábamos seguros de que la sublevación tenía los días contados.

Ninguno de nosotros podía figurarse entonces que la Casa de Campo sería, cuatro meses después, el terrible escenario de un sangriento campo de batalla.

Tengo la luz encendida ya son casi las dos de la madrugada. Temo que la luz pueda verse bajo la puerta. Mariano Moreno duerme cara a la pared, separado por un biombo. Me ha dicho que no le importan las luces. A las seis tocan diana y yo estoy demasiado cansado para

dormir. Doy por cerrada la jornada. Me acuesto en mi jergón plegable.

3

BURGOS, COMIENZOS DE ENERO DE 1938

Por la mañana, muy temprano, desde su despacho de Investigaciones, Dimas Prado llamó por teléfono a San Sebastián a la casa de Luis Alberto. Cuando finalmente se puso, le comunicó que el día anterior había muerto su madre de un paro cardíaco mientras dormía. La pobre no había sufrido. La había descubierto el sereno.

—Sí, Luis, sí..., ya se encuentra en la paz del señor. Se ha ido sin sentirlo, sin sufrir. Ha muerto como un ángel.

Hubo unos instantes de silencio al otro lado de la línea.

—¿Habéis avisado al tío Paco? Vive en Valladolid. Es el hermano pequeño de mi madre.

—Eso es mejor que lo hagas tú, Luis, ¿comprendes? Hasta ahora me he ocupado yo de todo por la amistad que nos une, para que no haya manos extrañas en casa. Pero esas cosas es mejor que las haga un familiar.

–Sí, claro, lo entiendo. Vaya, ¿y qué dices que ha sido?

–Se le ha parado el corazón, un infarto. Eso creen los médicos.

–Andaba pachucha, sobre todo desde que murió mi padre. En fin... Y tu madre ¿cómo está?

–Qué quieres que te diga, no para de llorar. Le ha afectado mucho, eran muy amigas. Oye, tienes que venir para acá, hay que tomar decisiones, ya sabes, murió en la cama. Ya están con ella los de la funeraria. Vamos a esperar a que vengas para enterrarla.

–Claro, claro... Y Olegaria ¿no está con ella?

–¿Olegaria? ¿Qué Olegaria? ¡Ah! ¿Te refieres a la criada?

–Sí, Olegaria, la que nos preparaba el chocolate tan bien, ¿te acuerdas?

–Sí, claro que me acuerdo. Pero Olegaria murió en diciembre. Creo que fue de viruela o de tuberculosis, la sacaste antes de casa para que no contagiara a tu madre.

–Sí, joder, qué cabeza tengo. Entonces, ¿estaba sola?

–No lo sé, Luis, mi madre me ha dicho que iba diariamente una chica marroquí a limpiar y a hacerle la comida, pero no dormía en la casa. Parece que tu madre no se fiaba de ella. Sabes..., falleció en vuestra casona de la calle Hortelanos, iba allí de vez en cuando. Bueno, Luis, te dejo, que tengo trabajo.

–Oye, ¿puedes encargarte de la esquila en el *Diario de Burgos*? Ya sabes, su hijo, nuera, nietos, hermano Paco, amigos y demás familiares. Te lo agradecería mucho,

Dimas. ¿Qué funeraria se ocupa del entierro?

–Santa Lucía, la misma de mi madre; las dos pagaban su entierro desde hace mucho. Mi madre lo sigue haciendo, ya ves. He encontrado los recibos.

–Sí, creo que era Santa Lucía. Los recibos deben de estar por casa.

–De todas maneras iré a la tienda para avisar a los empleados. No hace falta que tú los llames.

–Te lo agradezco mucho, Dimas, en serio. Yo saldré esta misma tarde en el tren. Si puedo, tengo un montón de cosas que... Si no, cojo el coche y me planto allí enseguida. Creo que es mejor que coja el coche.

–Y Marisabel ¿cómo está?

–Bueno, ya sabes, con sus cosas, como siempre. Hemos tenido otro niño, Luisito, pero lo llamamos Luli. Su hermanita está como loca. Y tú, ¿para cuándo te casas, Dimas?

–Todavía no he podido elegir, Luis. Burgos está lleno de solteras.

Escuchó la risa de su amigo.

–Bueno, ya me contarás. Y gracias, Dimas, eres un amigo de verdad.

Colgó y se quedó pensativo un buen rato. Se sintió exultante, feliz, a punto de gritar de alegría. Ya estaba donde siempre había querido estar. La meta de sus sueños.

Sería policía.

Antes, muy temprano, sin apenas haber dormido, se dirigió a su despacho en el edificio de Falange. Teo, el ujier, un mutilado con la pierna de palo, le acompañó mientras le iba contando las últimas noticias del conflicto entre el régimen y la Falange. La «casa» estaba conmocionada por la detención del camarada Narciso Iruña en Valladolid. Esperaban recibir órdenes de Hedilla desde la cárcel de Salamanca, para una reunión urgente de la Junta Nacional. Los camaradas habían ordenado mucha calma y que no se hiciera nada sin el permiso de la Junta. Al camarada Iruña podían fusilarle, pero había que esperar las órdenes de Hedilla y cumplirlas con prontitud y a rajatabla. La Junta Nacional era el cerebro de la Gloriosa España Falangista, ¿comprendía?

–Franco quiere acabar con nosotros, mi alférez.

–No te preocupes, a Franco lo único que le quita el sueño es que alguien le haga sombra. Iruña ya fue sancionado por el asunto del fusilamiento de ese maricón de Lorca. Además, a Iruña le protege Raimundo Fernández-Cuesta. Dime, ¿dónde está el camarada Sancho, Teo? Yo estoy en comisión de servicio.

–El camarada Sancho todavía no ha venido, nunca viene tan de mañana. No hemos podido comunicarnos con él, mi alférez. En su casa me han dicho que salió muy temprano. De todas maneras, la Junta Nacional se ha convocado para la semana que viene en Salamanca.

–¿Y Vinuesa, Teo? ¿Dónde está?

–Todavía no ha venido, mi alférez.

–Pues en cuanto sepas algo de él, le dices que me llame o que venga a verme al despacho.

Teo era un hombre grueso y fornido y, según parecía, había sido del somatén. Ahora estaba jubilado.

Desde que traspasó la entrada, Dimas sintió el sonido sordo de las máquinas de escribir y el tintineo de los teletipos y el rumor de voces. La sección de Investigaciones la compartían con Propaganda, que se encontraba en el piso superior, con turno de noche, y con la Jefatura Provincial. Se cruzó con varios camaradas que apenas si le lanzaron una mirada distraída.

Teo le abrió la puerta del despacho, al final del pasillo, y se apartó para que Dimas Prado pasara. La puerta chirriaba y el cuarto estaba sin barrer, pero ese cubículo era suyo, le pertenecía.

–¿Le traigo un café, mi alférez?

–Gracias, Teo, ya he tomado.

–Ya sabe usted, a mandar. Estaré abajo en conserjería.
¿Necesita algo?

–No, gracias, Teo. Bueno, avisa a Vinuesa en cuanto llegue. Que no se te olvide.

Era una habitación pequeña ocupada por un escritorio, quizás confiscado de una notaría, un armario archivador, un sillón, un perchero y dos sillas. Solo eso, pero tenía teléfono con línea y calefacción, un lujo en Burgos en aquella época.

El ujier se marchó y Dimas se sentó en el sillón y se quedó pensativo durante un buen rato, jugueteando con la

empuñadura del bastón. Antes de llamar a Luis Alberto, habló con su madre y le pidió que se encargara de la funeraria. Tuvo que escuchar de nuevo, durante unos instantes, los lloros y exclamaciones de pena y las advocaciones a la Virgen. De todas maneras, se había enterado de que doña Águeda tenía a su servicio a una marroquí, una tal Fátima, que al parecer trabajaba en la tienda de recadera o algo así. Tenía que encontrarla.

—Una morita muy hacendosa, muy buena chica. Pitita la apreciaba mucho —le había dicho.

Más tarde escuchó los pasos de Guillermo Borsa, que empujó la puerta del despacho y se quedó en el umbral en silencio, como siempre.

Borsa contempló a Dimas Prado cabizbajo, acariciando la empuñadura del bastón que tenía sobre la mesa. Esperó a que levantara la cabeza y lo mirara.

—Ya está todo listo.

—Cuéntame lo que has hecho. ¿Ha salido todo bien?

Afirmó con un movimiento de cabeza.

—¿Y la putita?

—La hemos quemado en los descampados de la Calera, camino del monasterio. Hemos enterrado los huesos. No queda rastro de ella.

Dimas observó a Borsa con atención. Tenía aspecto de cansado.

–De los otros tampoco.

–¿Cómo lo has hecho?

–Nada, con pistola. –Se encogió de hombros–. Los metí en la misma fosa.

–Bien... Tráeme al sereno del barrio, un tal Gomis, Lorenzo Gomis, y a la criada de doña Águeda, una mora. Se llama Fátima. –Borsa permaneció inmóvil, ocupando todo el espacio de la puerta–. Parece que trabaja de mandadera en la tienda de doña Águeda, La Moda Española. Allí te darán su dirección.

–¿Qué hago con ellos? –preguntó.

–Que la mora pase la noche en los calabozos, que se asuste. Y me la subes al despacho mañana por la mañana. Al sereno me lo traes hoy mismo.

Borsa se quedó en silencio. Preguntó:

–¿Te has enterado?

–¿Te refieres a lo de Iruña? –respondió Dimas.

–Sí..., parece que ha sido por un mitin que dio en el frente. Algo que dijo sobre el papel de la Falange en la guerra contra los sin patria.

Dimas negó con la cabeza varias veces y suspiró.

–No sé hasta dónde quieren llegar. Vaya mierda de militarotes.

Borsa permaneció pensativo y cabizbajo durante unos instantes. Cuando se hubo marchado, Dimas llamó por teléfono al despacho del jefe provincial, Sancho Recalde, su antiguo compañero de facultad en Salamanca.

–¿Hola? Soy Dimas Prado, ¿está Sancho?

–Dimas, soy Sampedro, ¿cómo te va en tu nuevo cargo?

Sampedro era poeta; acababa de ganar una Flor Natural con una composición sobre la Virgen en un certamen organizado por la congregación de los hermanos maristas.

–Bien, muy bien –contestó Dimas–. Las noticias vuelan. ¿Te has enterado?

–Aquí ya lo sabe todo el mundo, Dimas. ¿Ya tienes despacho con Celso?

–Todavía no, oye, me gustaría hablar con Sancho. ¿Se puede poner?

–Está en un servicio por Briviesca. Salió hoy, muy temprano. Creo que volverá mañana. ¿Te puedo servir yo de algo?

–Bueno, verás, necesitaría la relación de extranjeros de Burgos, también los gitanos, y las fichas de Ana Marchena, es secretaria de Lucio Garcés, ya sabes, el transportista; y un tal Lorenzo Gomis, sereno de la zona de Hortelanos y Plaza de San Juan.

–¿No te lo puede dar Celso, Dimas? Lo tiene todo a mano.

–Prefiero que me lo deis vosotros, mis camaradas, ya ves. ¿Sabes quiénes te digo? La secretaria de Lucio Garcés y la del sereno.

–Oye, con lo de esa Ana y lo del sereno no hay problema, te puedo hacer llegar las carpetas dentro de un rato, pero con devolución, ¿eh?

–No te preocupes. ¿Y lo de extranjería?

–Ya conoces a Sancho, es muy celoso, ha dado orden de que nadie toque lo suyo. Vas a tener que esperarlo, ya te digo. Oye, ¿sabes que la diputación va a editar una revista poética? Creo que la van a llamar *Almenas*. Y pagan las colaboraciones. ¿Te animas?

–Sí, claro que sí, mandaré algo que tenga escrito.

–Dimas, me muero de envidia. ¿Cómo lo has conseguido?

–No lo sé..., ha sucedido y ya está.

–Tu padre, que te ayuda desde el otro mundo, ¿no? Qué suerte tienes. Oye, no te olvides de los amigos, ¿eh? ¿Te has enterado de lo de Iruña?

–Sí, me lo acaban de decir.

–La sangre no llegará al río, ya verás. El camarada Iruña ha debido de pasarse y uno de esos militarotes se ha cabreado.

Poco después, Dimas tenía sobre la mesa dos expedientes, el de Ana Marchena Muñoz y el de Lorenzo Gomis, el sereno. El de ella era increíblemente fiel a lo que le había contado. Le extrañó su edad, había nacido el 8 de abril de 1916. Es decir, tenía 21 años... más joven de lo que se figuraba. Parecía mayor. Había presentado hasta el certificado de bautismo, la libreta de calificaciones de la Academia Davó, en Málaga, que señalaba que había cursado «taquimecanografía mercantil y francés comercial

con aprovechamiento, sin haber realizado el examen final», y un aval del cura de su parroquia, expedido en marzo de 1936, en el que señalaba que había realizado un cursillo prematrimonial y que era «buena cristiana y devota de la Virgen del Carmen».

El problema era que el cura «había sido asesinado por las hordas rojas en agosto de 1936» y no podía dar fe del aval, según atestiguaba la oficina de depuraciones de la Falange de Málaga.

Eso le llamó la atención. ¿Por qué había pedido un aval al párroco antes del Glorioso Movimiento Nacional? ¿En pleno Frente Popular le pide al cura un aval religioso? ¿En Málaga la roja?

Lorenzo Gomis, el sereno, tenía treinta y siete años, casado y con tres hijos; aparecía como adepto al Glorioso Movimiento Nacional con certificado de buena conducta social y moral, expedido por el cura párroco de su barrio, la Junta de Falange y la comisaría de policía. El padre, fallecido en 1934, había sido practicante titulado del Hospital de Nuestra Señora del Socorro, regentado por la orden carmelita. Lorenzo Gomis, nacido en Burgos capital en 1901, ponía como profesión «mozo de almacén». El certificado del cura lo calificaba de «persona de profundas convicciones cristianas y de excelente conducta». No había sido movilizado por tuberculoso. Había presentado

dos certificados médicos diferentes.

4

MADRID, OTOÑO DE 1939-COMIENZOS DE 1942

Alguna vez Antonio debió de recordar la noche aquella en la que consiguió su primer trabajo en Madrid, en la taberna Bodegas Rivas, en la calle de la Palma Baja, n.º 61. Debió de recordar el preciso momento en que, con su maleta de cartón, ascendió la escalera desconchada y rota hasta el retrete, donde orinó y observó los útiles de afeitar de Rufino y los escasos tarros de perfume barato de Lola.

La entrada al desván estaba enfrente, una puerta baja que crujió al empujarla. Dentro estaba oscuro. Atravesó casi a gatas un trecho y aguardó a que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad. Avanzó agachado hasta el hato de mantas, que olían a caballo, aceite y suciedad. Se sentó sobre ellas y encendió una cerilla. El desván era bajo, hasta el punto de no poder incorporarse, y estaba abarrotado de muebles viejos y sombras inconcretas.

Con dos de las mantas preparó el colchón, colocó la maleta como almohada, los zapatos al lado y reservó la tercera manta para cubrirse. El silencio del desván era casi absoluto; de vez en cuando crujía la madera y una sombra pasaba y se detenía ante él. Podía percibir diminutos ojos fosforescentes como rescoldos de cerillas y el sordo rumor de pasos que salpicaban el suelo.

Esa noche, cuando estaba a punto de dormirse, escuchó pisadas vacilantes en la escalera y se levantó con sigilo hasta la puerta entreabierta. Recortada en la oscuridad distinguió la figura renqueante de Lola arrastrando la pierna seca escaleras arriba. Entró en el retrete, encendió la luz y dejó la puerta abierta. Con el rostro pegado al suelo, Antonio observó sus movimientos dilatorios al abrirse la bata hasta mostrar los pechos grandes, de pezones abultados, y los muslos –uno gordo y blanco y el otro como un trozo de mojama inerte–, para luego sentarse en el retrete, abrir las piernas y exponer el bulto oscuro y espeso del sexo, abierto como si hubiera sido cortado en una cuchillada de carne rosa. Luego la mujer orinó, apagó la luz y desapareció escaleras abajo, sin lanzar una sola mirada a la puerta de enfrente.

En ese momento Antonio constató el pago de su estancia en la casa: todas las noches siguientes, cuando escuchaba a la misma hora los pasos en la escalera, pegaba la cabeza a la rendija y contemplaba el rito de la mujer. De ese modo, durante los cuatro meses que estuvo en la taberna, aguardó antes de tumbarse en el lecho de

mantas a que ella subiese y le mostrara sus carnes, aceptando también su propio rito.

No dejaba de pensar en todo lo que le faltaba por recorrer, en las etapas que seguirían. Lo pensó con precisión, tal como lo había hecho durante los días y las noches en el campo de concentración y mucho antes, cuando de niño se dedicaba a observar a los militares españoles pasar rumbo al sur por el camino que bordeaba la aldea. Entonces se tumbaba en el terraplén, lo mismo que hacía ahora en el suelo del desván, y pensaba en aquella gente y en su poderío, en lo que hacían y en su manera de hablar tan sonora y altiva.

Aprendió a barrer, limpiar y a escanciar sidra, y a lavar y a servir vasos de vino, achicoria y copas de aguardiente a los clientes, sobre todo cargadores del cercano mercado, y a intercambiar saludos con los habituales, que se acostumbraron a verlo en el mostrador junto a Rufino. Al amanecer abría el establecimiento, barría, hacía recados y preparaba los vasos mientras los dueños dormían. Luego encendía el fuego y ponía la cafetera para la achicoria o lo que fuera. Al poco tiempo, Antonio consiguió que le permitieran tomar ese brebaje al que llamaban «café» y

una copa de anís y, más adelante, fumar un cigarrillo de los que vendía la Negra de Almagro, que pasaba todos los días a las seis y media de la mañana rumbo al mercado con su caja de cartón con tabaco, cerillas y piedras de mechero. Eran momentos de libertad hasta que se levantaban los amos.

Le gustaba quedarse en la puerta a contemplar los primeros rayos del día, a los madrugadores y a las prostitutas que regresaban a dormir a sus tugurios, soñolientas y borrachas de los bares y hospedajes de Ballesta y alrededores. Durante los meses que duró su estancia en la taberna nunca fue a ninguna otra parte que no fueran los puntuales recados a por gaseosas y aguardiente, y a las tiendas de ultramarinos cercanas para comprar los avíos con los que luego la dueña preparaba los platos de comida que vendía. Tampoco supo cómo era el interior de las habitaciones donde vivían los amos.

Como si fueran cronómetros, a las siete de la tarde ponían los dos quinqués de carburo y aguardaban a que fueran las diez de la noche para abandonar la taberna y pasar al interior. A veces Antonio escuchaba una radio de pilas, que apenas sonaba, y se enteraba del parte, mientras los amos jugaban interminables partidas de cartas. Sin ninguna necesidad de que se lo dijeran, Antonio se quedaba en el mostrador para atender a los últimos clientes y luego cerrar.

Eso era también un tiempo de libertad y ganancias. La Negra de Almagro y algunas compañeras de la pensión

donde pernoctaba lo sabían y se pasaban por la taberna al finalizar el día para tomarse unos cafelitos y charlar antes de empezar el trabajo nocturno en los clubes y los bares de las cercanías. Otro de los clientes habituales, un joven policía llamado Draper, que vivía en la calle de Fuencarral y trabajaba en la comisaría de centro, en la calle de la Luna, intercambiaba charlas distraídas con él y con las chicas que hubiera.

Después de las Navidades, en febrero de 1940, Antonio había conseguido más de trescientas pesetas entre propinas y algunas cuidadosas sisas en las consumiciones nocturnas. Decidió que ya era el momento de abandonar la taberna. Un poco antes de que la mujer ocupara el estrecho cuarto de baño, Antonio se metió. Cuando Lola abrió la puerta y encendió la luz, no se asombró de verlo allí. Llevaba abierta la bata azul de todas las noches.

—Has tardado mucho —le dijo la mujer en un susurro.

—Me marchó —le contestó Antonio.

—¿Mañana?

—No, ahora.

La mujer le mostró un billete de cinco pesetas que tenía en el bolsillo.

—Mira lo que te has perdido, todas las noches traía uno para ti. —Antonio se lo arrebató de la mano y ella añadió—: Quizás haya sido culpa mía por no decírtelo antes.

La noche en que se marchó era fría. Nadie paseaba por las calles oscuras de ese barrio. Él iba de nuevo con su maleta de cartón y su viejo traje. Le gustaron los escasos rótulos de luz de las tiendas finas, de algunos escaparates, y la presencia de mujeres en la Gran Vía. Caminó sin ton ni son, al azar, y se bebió la primera cerveza en Madrid pagada con su dinero. Le costó cuarenta céntimos. Luego se dirigió a la calle de San Marcos y se alojó en el Hostal Duque, donde la Negra le había dicho que lo esperaba. El Hostal Duque resultó un lugar limpio y barato. Pagó una semana por adelantado, con comida y cena. La dueña lo aceptó inmediatamente porque venía de parte de la Negra de Almagro.

Antonio comenzó a buscar a su hermana. Tenía vagas referencias de que trabajaba al descorche en un cabaré del centro de Madrid. Por aquel entonces, Madrid se había llenado de cabarés y de mujeres solas que tenían a sus maridos en las cárceles o en los campos de concentración o habían sido fusilados. No tenían otra forma de ganarse la vida que prostituirse. Había centenares, quizás miles de aquellas mujeres que esperaban a cualquier hombre que pudiera gastar con ellas cinco pesetas, o aún menos. Las había en portales sucios, en los descampados y en las ruinas de edificios o paseando por las calles, algunas con sus hijos pequeños en brazos.

Había mujeres para los ricos de siempre, para los nuevos ricos, que empezaban a amasar dinero a base de la corrupción en los repartos de alimentos, las cuotas del trigo, la especulación y el acopio. El nuevo funcionariado que se estaba creando traficaba con pólizas compulsadas, firmas de documentos, expedientes y permisos municipales y estatales que surgían por doquier. Los empleados de sindicatos solían gastar a manos llenas, como si el dinero conseguido les quemara las manos.

El caso era que a comienzos de 1940 Madrid se había llenado de lugares donde se ejercía la prostitución, que por otra parte había sido prohibida por el nuevo régimen. Antonio supo que la tarea de buscar a su hermana no iba a ser fácil y que le llevaría mucho tiempo. La vista de tantas mujeres deambulando le hizo pensar que podría dedicarse a la trata de mujeres, pero a lo grande. En realidad, el sueño de Antonio era convertirse en empresario, un «mánager», como se empezaba a decir.

Comenzó a darle vueltas a la posibilidad de tener en el futuro un localito con rótulo en la puerta, despacho y sala de espera. Un negocio de artistas con un mínimo de veinticinco mujeres a las que haría rotar por los cabarés como «grupos de baile»; en realidad mujeres al descorche y a la trata, que era la fórmula entonces de burlar la ley contra la prostitución.

Pero necesitaba dinero, inversión, como había oído decir. De modo que empezó a robar durante la noche para poder subsistir. Tardó en aprender el oficio, pero cuando

tuvo práctica, parecía que lo llevaba haciendo toda la vida. Los primeros tiempos fueron los más duros. Se levantaba tarde y decía en la pensión que trabajaba de noche de camarero, aunque en realidad se marchaba a merodear por las salidas de las salas de fiesta de los barrios ricos hasta que encontraba lo que buscaba: un coche caro o un borracho elegante al que desplumar.

Antonio actuaba siempre sobre seguro, sin precipitarse, midiendo sus pasos y sus actos, aprendiendo en cada momento y despreciando la amistad de posibles compañeros de oficio, a los que empezó a distinguir entre la fauna nocturna de Madrid.

En el Hostal Duque nadie sospechaba de su actividad. Su seriedad y formalidad en el pago lo convirtieron en un buen cliente. No tenía muchos gastos, lo ahorraba casi todo para un traje cruzado, camisa de seda y zapatos italianos, que no podían ser corrientes, sino de la mejor calidad y precio, mientras su viejo traje azul se mostraba casi nuevo gracias a los cuidadosos lavados y zurcidos de la Negra de Almagro.

Aunque podía parecer lo contrario, Antonio tenía prisa, mucha prisa por conseguir lo que soñaba. Lo pensaba minuciosamente durante los insomnios al amanecer y en los largos paseos por calles rodeadas de lujo y despilfarro.

Así fueron sus «primeros tiempos», cuando aún no había calibrado bien lo que podían significar para su futuro las miradas que cualquier mujer, grande o pequeña, casada o soltera, joven o vieja, le dirigía a su persona.

Ningún hombre, a no ser que fuera un loco, podía ignorar eso, y Antonio no era una excepción.

Pero la forma de ganar dinero que había elegido exigía mucho tiempo, de modo que comenzó, siempre solo y con una navaja de cachas negras, a trabajar metódicamente y sobre seguro en dos o tres pequeños estancos, un kiosco de lotería y en un asalto callejero a un borracho bien trajeado al que tuvo que golpear con fuerza para poder robarle la cartera y el reloj. Operaba fuera del barrio y siempre bien vestido, sin despertar sospechas y nunca más de lo debido. Los objetos que conseguía se los daba a la Negra de Almagro para que los intentara vender. Solo la Negra, y el que iba a ser su mejor y único amigo, un tipo llamado Julio Salvador, el Gardel, que cantaba tangos en el Can-Can, en la calle de San Bartolomé, y se alojaba en el hostel, sabían a qué se dedicaba Antonio.

Nunca trabajó en Chueca ni en Malasaña. Allí se estaba bien y la gente empezó a conocerlo como un muchacho serio, educado y tranquilo, que no se emborrachaba ni se peleaba con nadie. Tampoco se le conocían enemigos, ni amigos, excepto su vecino de cuarto, el Gardel, con el que algunas veces cenaba fuera, en un restaurante cercano llamado Carmencita, en la calle Libertad, que era bueno y barato, y cuyo dueño, Pepe, tenía un hijo llamado Rafa, que era casi perito industrial y al que le gustaban mucho

los tangos.

Antonio no hablaba mucho. Le llamaban por el barrio el Sidra, porque siempre bebía eso cuando no había más remedio que beber alguna cosa. A él le gustaba Julio Salvador porque tenía cierta prestancia de hombre de mundo, era hablador y tenía mucha maña con las mujeres.

Poco a poco consiguió ahorrar para comprarse la ropa que siempre había deseado. El traje le costó ciento diez pesetas y los zapatos italianos, cuarenta y cinco. Cuando lo tuvo todo, decidió celebrarlo. Fue al Can-Can. Julio Salvador tardó en reconocerlo y Antonio lo invitó a cenar. Nadie supo que Antonio había dado por finalizada una etapa de su vida.

En el Carmencita, Antonio le explicó su plan al Gardel.

—Coño, chaval, tiene sentido, sí, señor —le dijo el Gardel—. Una empresa que vaya por lo legal. Mujeres garantizadas para los clubes. Primero iremos a los clubes que conocemos: el Can-Can, Yulia, Jay, Montmartre..., y después a los finos, Casablanca, Pasapoga, Chicote, El Caballo Blanco... Y más adelante nos expansionamos con artistas y orquestas, Moncho, el Gitano de los Boleros, Celeste Mendoza, Orquesta los Embajadores, yo mismo...

—Necesito un poco de dinero para empezar. Lo primero es el local, tiene que ser todo legal.

—¿En cuánto dinero piensas? —le preguntó el Gardel.

—Lo voy a montar solo, Gardel, sin socios.

Antonio despidió a la Negra de Almagro en el momento en que dejó de entrar en su dormitorio. Ella lo

comprendió y se conformó, pero siguió atendiéndole, intentando vender a comisión los objetos que robaba. La Negra de Almagro era una mujer grande y de carnes aún duras, y había sido guapa de joven, aunque de eso habían pasado bastantes años.

Aún sin dejar de robar, algunas noches Antonio acudía al Can-Can, a ver a su amigo actuar. El Can-Can se llenaba de putas, representantes de comercio, abastecedores y dependientes del cercano mercado. Cinco noches actuaba allí el Gardel. Se anunciaba como el «Nuevo Gardel» en un cartel donde se le veía disfrazado de gaucho argentino. Solía estar con Antonio un rato antes de actuar, cuando se tomaban las primeras copas, apoyados en el mostrador. Antonio ya con su traje cruzado.

—Deja de robar —le solía decir su amigo—. Es muy arriesgado y no vas a conseguir nada. Todo eso es cosa de raterillos. Busca algo grande y si no, déjalo. Como te fiche la policía, estás jodido.

Antonio asentía en silencio, se despedía y salía a trabajar. Regresaba cuando aún no había terminado la función en el Can-Can. Algunas noches, después de conseguir suficiente dinero, comenzó a sentarse cerca del servicio de damas del Can-Can, con su conocido traje ajustado y oscuro, siempre con el cigarrillo en los labios. Se recostaba en la mesa con aire distraído y estudiaba las mudas propuestas de las mujeres que iban pasando al servicio a lo largo de la noche. Sopesaba los pros y los

contras, moviendo el falso encendedor de oro sobre la mesa, ajustando su mirada a los cuerpos y a las caras que veía: unas sin esperanza, otras rapaces y otras cargadas de falso orgullo y desprecio, adquiridos en habitaciones oscuras y patinillos sórdidos, y ya imposibles de disimular.

Julio Salvador le preguntaba: «¿Qué tal la noche, chaval?», y Antonio se encogía de hombros y bebía con él antes de retirarse a la pensión a dormir, cuando los primeros madrugadores salían de sus casas. Iba a empezar su carrera con cuatro mujeres que merecieran la pena.

Hacia 1942, una noche que paseaba por la Plaza de Tirso de Molina, entró en El Califa y reconoció a su hermana por casualidad. Estaba sentada a una de las mesas con varias mujeres, frente a la pista de baile, y parecía difícil de reconocer. En poco más de cuatro años se había convertido en una mujer grande y un poco entrada en carnes y aparentaba más edad, aunque en realidad no había cumplido aún los veintiún años. Le dio un cierto cosquilleo de alegría. Mucho tiempo sin verla.

Se acercó y le dijo:

–Fátima. –Ella se volvió y lo observó sin asombro. Luego se le iluminó el rostro, se aproximó y lo besó en los labios—. Ahora me llamo Antonio –le susurró él.

Y horas después, bebiendo cafés con leche en otra

mesa, ella le confesó:

—Me he bautizado, ¿sabes?, pero todos me llaman Fátima. Y estoy liada con el jefe, le llaman «el Piloto», fue aviador durante la guerra.

Luego le contó rápidamente lo que había sido de la familia. Su padre también había sido enviado al frente y había muerto en combate en el otoño de 1938, en el Ebro. Su madre recibía la paga de viuda de guerra y se había quedado en Burgos. Ella se había hecho cristiana y conseguido papeles a nombre de María Fátima, falseando su fecha de nacimiento.

Esa misma noche, después de cenar, le presentó a su querido, el dueño de El Califa, un hombre gordo y grande. Le dijo que Antonio era su hermano y buscaba trabajo.

—Así que eres el hermano de Fátima.

—Sí, eso es. Hermano de padre.

—¿Estuviste con España durante la guerra?

—Sí, soy excautivo. Más de un año en el campo de Albatera, tengo los papeles, ¿quiere verlos? Los rojos me hicieron prisionero en Teruel, en el 38.

Antonio sacó la cartera.

—No hace falta. —El hombre le sonrió y observó con detenimiento su ropa y los zapatos—. Tienes buena pinta y pareces educado. Serás camarero de mesa, sesenta duros a la semana, más propinas.

—De acuerdo, no tendrá queja.

Se dieron la mano.

—Mañana empiezas.

En El Califa comenzó a trabajar de seis de la tarde a cuatro de la madrugada todos los días, incluidos domingos y festivos, excepto los lunes. No era un trabajo demasiado difícil, pero tampoco fácil. Los jueves por la tarde, de seis a diez de la noche, las mujeres gratis, ponían discos bailables a las criadas y a los estudiantes, que a veces se quedaban al turno de noche, que era el importante.

Los días de diario se llenaba hasta la mitad de hombres solos o en grupos que sacaban a las mujeres a bailar antes de volver a casa y, si podían, se acostaban con ellas en los cuatro cuartos que disponían de cama, mesilla de noche, lavabo y palangana, que organizaba y cobraba su hermana Fátima. Solían ser gente de los sindicatos, de abastos, funcionarios, intermediarios, asentadores, acaparadores y empleados de las oficinas estatales. Tenían dinero conseguido fácilmente y lo gastaban más fácilmente aún.

Una tal Gloria, una mujer joven, morena y de caderas anchas, que solo trabajaba los viernes y sábados y conseguía los hombres que quisiera, comenzó a mirarle con atención. Antonio le preguntó a su hermana y ella le contó que esa mujer sacaba más de doscientas a la semana gracias a que tenía casa propia y clientes fijos.

–Tiene los ojos verdes, ¿no te has fijado?

Cuando no estaba el Piloto, Antonio se quedaba a dormir en la cama de su hermana y solían hablar de tiempos lejanos.

–Metías la mano debajo de mis faldas, ¿te acuerdas?

–Sí –contestaba Antonio.

–Luna me contó que le hacías lo mismo.

–A veces no os distinguía.

Fátima pegaba su cuerpo al suyo y se apretaba.

–No te vayas a ir con esa mujer, esa Gloria –
murmuraba.

–Tú estás con el Piloto.

–Es distinto, es quien nos da de comer a los dos.

5

PENAL DEL PUERTO, FINALES DE MARZO DE 1946

El domingo 19 de julio de 1936 nadie se figuraba el sesgo que iba a tomar la sublevación contra la República de gran parte del ejército, de los terratenientes, de los financieros y de la Iglesia, junto a la España más rancia y acartonada. No podíamos imaginar el odio, el desprecio y el afán de venganza y sangre que anidaba en ellos. No se nos pasaba por la cabeza.

Recuerdo aquella madrugada en la Casa de Campo, después de la larga noche del 18 de julio que pasé en vela con un grupo de amigos. A la sublevación militar le dábamos dos días de existencia, a lo sumo tres. Gracias a la radio inglesa de pilas que había traído Lesmes, un amigo de Carmen, nos enteramos avanzada la madrugada del 18 al 19 de que el gabinete pactista de Martínez Barrio había caído.

Poco después supimos que Martínez Barrio, recién nombrado jefe del gobierno, había telefoneado a Mola la misma tarde del 18 de julio proponiéndole un gobierno moderado de republicanos de derechas, «no afectos al Frente Popular». A Mola se le ofrecía el Ministerio de la Guerra con plenos poderes. Mola no aceptó. Martínez Barrio dimitió a las cinco de la madrugada. Fue nombrado presidente de las Cortes.

También nos enteramos de que el 18 de julio el Ministerio de la Guerra había decidido enviar al general Núñez de Prado a Zaragoza para intentar convencer al general Cabanellas, comandante militar de la plaza y jefe de la V División Orgánica, de que no se sublevara; y días antes se había enviado al general Batet a Burgos con la misma intención. Pasados unos días supimos que había sido inútil: ambos enviados gubernamentales fueron fusilados.

El domingo 19 de julio amaneció radiante. Los españoles nos despertamos con un nuevo gobierno bajo la jefatura del doctor José Giral, catedrático de Química en la Universidad de Madrid, nombrado por el presidente Manuel Azaña, ambos de Izquierda Republicana. Esa misma mañana Giral hizo un llamamiento en la radio prometiendo la entrega de armas a los partidos políticos y sindicatos, exhortándolos a repeler la insurrección militar. En ese gabinete, el general Miaja era ministro de la Guerra, el general de la Guardia Civil Pozas, de Gobernación, y el general Castelló, comandante militar de

Badajoz, que acaba de trasladarse a Madrid, se hizo cargo de la comandancia de la I División Orgánica. Entre los días 18 y 21 de julio hubo tres ministros de la Guerra y seis comandantes de la I División Orgánica, emplazada en Madrid. Un decreto del Gobierno disolvió el ejército regular y creó las milicias populares.

Muy temprano, en la Casa de Campo, los milicianos de Mangada hacían ejercicios gimnásticos e instrucción militar. El teniente coronel Mangada era un individuo curioso. Era vegetariano y teósofo, y había traducido varias obras clásicas al esperanto. Alto y delgado, de unos sesenta años y republicano convencido, lo distinguimos haciendo ejercicio junto a sus hombres y su Estado Mayor, todos en calzones cortos o calzoncillos.

Poco después llegaron los mineros asturianos, que habían acudido en tren a Madrid a defender la República. Eran unos dos mil y traían dinamita, unos trescientos fusiles y media docena de ametralladoras. Se integrarían en la Columna Mangada con el nombre de Batallón Asturias.

Los mineros habían salido de Oviedo en la creencia de que la situación se había estabilizado por las declaraciones del general Antonio Aranda, que se había declarado «republicano» al tiempo que preparaba la toma militar del principado.

En el verano de 1936 las fuerzas militares acantonadas en Madrid se encontraban muy diezmadas por los permisos de verano, llegaban a poco más de siete mil efectivos. Las fuerzas de orden público, carabineros, guardias civiles y guardias de asalto alcanzaban la cifra de dos mil quinientos hombres cuyos contingentes aumentaban por los refuerzos que comenzaban a llegar a Madrid desde las provincias limítrofes.

El trabajo del comité asentado en el Ministerio de la Guerra, formado por militares de la UMRA era ímprobo, aún no se sabía a ciencia cierta quién estaba con la República y quién no. Según parecía, continuamente se iban presentando en el Ministerio decenas de oficiales de todos los cuerpos, declarándose «republicanos». La República necesitaba crear un nuevo ejército, pero también armas y pertrechos: fusiles, ametralladoras, morteros, artillería, medios de transportes comunicaciones, aviones, tanques, vehículos motorizados, material sanitario..., y oficiales leales.

La necesidad primordial eran los fusiles y las municiones.

Los oficiales de la UMRA hicieron firmar al ministro de turno las primeras órdenes y disposiciones militares, con las que intentaban una mínima organización en el caos. Desde el comienzo mismo de la sublevación, este

organismo, surgido espontáneamente, fue la única autoridad militar visible. La primera orden fue la entrega de armas al pueblo.

A media mañana del 19 de julio, tuve mi primera reunión militar en unas dependencias de la Casa de Campo, en una parte de las antiguas caballerizas reales. Se había convertido en el puesto de mando de las milicias socialistas. Compartíamos espacio con las de las Juventudes Socialistas Unificadas. Distinguí a Fernando de Rosa y al capitán aviador e ingeniero aeronáutico González Gil, junto a otros oficiales leales a los que no conocía. Habían instalado teléfonos de campaña y tenían planos militares en los que habían señalado los acuartelamientos de Madrid y alrededores.

Con un lápiz, un teniente de asalto marcaba los leales en rojo; los dudosos en celeste, y los sublevados en azul. Los aeródromos de Getafe, Cuatro Vientos y el civil de Barajas eran de la República, lo mismo que el Cuartel del Conde Duque y el de Rosales, la Escuela Superior de Guerra y la Escuela de Estado Mayor. El Cuartel de María Cristina, próximo a la estación de Atocha, habían sido subrayados en celeste. Las fuerzas de asalto y la Guardia Civil eran leales, aunque la Guardia Civil era en su mayoría neutral y esperaba acontecimientos.

Empezaba a haber un cierto orden en el caos. Una sección de milicias, en siete camiones requisados, recorría los cuarteles de Madrid y las afueras. El objetivo era vigilar los acuartelamientos militares para que no salieran

las fuerzas bajo ningún pretexto. En caso de que lo hicieran y rompieran la obediencia a la República, la misión de esos milicianos era avisar al mando.

Me ordenaron acudir con otro camión al Regimiento de Zapadores, en Cuatro Vientos, a recoger un cargamento de cuatrocientos fusiles para nuestra milicia. El teniente coronel Carratalá, comandante del regimiento, estaba dispuesto a entregarlos, era un ferviente republicano. La Columna Mangada tenía poco más de mil fusiles y no estaba dispuesta a entregarnos ninguno. Según me comunicó Fernando de Rosa, en las dependencias militares de Madrid ya no había un solo fusil disponible. Los cinco mil que había en las reservas ya se habían repartido entre las primeras columnas de milicias.

Cuando llegamos al acuartelamiento, me encontré con un extraño espectáculo. Las inmediaciones se habían llenado de camiones y automóviles, probablemente requisados, y gran número de civiles entraban y salían del cuartel, cargando fusiles. Pronto descubrimos lo que había ocurrido. Los oficiales del regimiento, partidarios de la sublevación, habían asesinado a Carratalá y a sus leales, pero la tropa se había amotinado y fusilaban a los oficiales facciosos. Sus cuerpos yacían tendidos en el patio del cuartel. La sangre estaba aún fresca, no había terminado de coagularse. Fueron los primeros cadáveres que contemplé de una larga y espantosa lista futura.

Empezaba a desesperarme, estaban confiscando las armas del cuartel, fusiles, ametralladoras y morteros, pero

no había ningún mando a la vista; los civiles tomaban las armas y las municiones y se dispersaban en coches y camiones. Intenté que mi uniforme de brigada de complemento sirviera para algo y comencé a dar voces para que entregaran las armas y las cargaran en nuestro camión. Poco a poco logramos imponernos y llenamos el camión con unos cuarenta fusiles, varias cajas de municiones y dos ametralladoras de campaña.

Entré en las oficinas del regimiento, pero ya habían sido saqueadas. Con el botín regresamos a la Casa de Campo. Parte de la Columna Mangada se había marchado a Campamento a reducir los cuarteles. Se había sublevado al mando del general golpista García de la Herrán, que fue hecho prisionero.

Ayudé a descargar las armas y esperé órdenes. Mi grupo de milicianos se había dispersado, se habían marchado a sus casas a cenar y a pasar la noche. En el puesto de mando de las milicias no había nadie. Un grupo de estudiantes atendía un teléfono de campaña.

Aún no había órdenes concretas. Decidí marcharme a mi casa para tranquilizar a mi madre. Eran las diez, pero aún no era noche cerrada. Aquella noche del domingo 19 de julio, Carmen y un grupo de amigos invadieron mi casa, habían acudido en varios coches. La calle se llenó de jóvenes que improvisaron una cena con abundante vino y comida que habían llevado en cestas. Se había organizado una verbena. Mis padres participaron en la fiesta junto a los vecinos de la calle. Todos querían formar parte de las

milicias populares de la República. Bailamos y reímos hasta altas horas de la madrugada.

La calle era un hervidero de gente que discutía y cantaba himnos y canciones revolucionarias. Los bares permanecían abiertos y la gente del barrio discutía los últimos acontecimientos y seguía bailando y cantando. Había informaciones para todos los gustos. Se decía que las milicias sindicales habían encontrado depósitos de armas en varias iglesias y casas parroquiales. Avanzada la madrugada me despertaron varios disparos de pistola. Agucé el oído, pero no volví a escucharlos. Quizás fue un sueño. Carmen dormía a mi lado a pierna suelta, esa es una de sus características principales. Nada parece aturdirla, siempre está serena y tranquila.

Desde mi cuarto escuchaba los tenues sollozos de mi madre y la voz ronca de mi padre, que trataba de calmarla. «¿Por qué se han sublevado, Joselito? ¿Por qué lo han hecho? ¡Ay, Dios mío, qué angustia!».

El lunes 20 de julio parecía un día festivo. Nadie iba a trabajar. Todo el mundo estaba en la calle formando corros y escuchando la radio. La vigilancia espontánea de patrullas y comités que pedían la documentación a todo el mundo era muy frecuente. Carmen se fue a su casa a cambiarse de ropa. Luego iría a su Círculo. Quedamos en vernos otra vez en la Casa de Campo.

Tomé un tranvía atestado y constaté que Madrid era un hervidero de piquetes de los sindicatos que pedían la documentación a los transeúntes y se arrogaban funciones de policía. A veces iban con ellos Guardias de Asalto y otras veces Guardias Civiles, pero abundaban los piquetes de civiles.

Una masa de gente impedía que el tranvía avanzara por la calle de Vicente Blasco Ibáñez, hoy calle Princesa. El tranvía se detuvo y los pasajeros nos bajamos. No puede llegar a las proximidades de la Casa de Campo. Una muchedumbre se apiñaba en la Plaza de España.

Alguien me dijo que se estaba atacando el Cuartel de la Montaña, donde se acuartelaban más de mil hombres entre soldados de su dotación, de los regimientos de Iluminación y alumbrado, Zapadores y voluntarios falangistas. El general Fanjul y su hijo, cadete, se habían unido a los sediciosos del coronel Serra, comandante del acuartelamiento.

A media mañana, las fuerzas republicanas emplazaron un par de cañones, uno del 75 y otro del 155, cerca del grupo escultórico de Don Quijote y Sancho frente al Cuartel de la Montaña. Una compañía de guardias civiles y otra de asalto estaban listas para el ataque final con varios vehículos blindados. El capitán de artillería Urbano Orad de la Torre, al mando de los cañones, bombardeaba el cuartel. Sus disparos eran certeros, el cañoneo destrozaba las fortificaciones. El público aplaudía y vitoreaba a la República. Orad de la Torre ordenaba tiros

rápidos y movía los cañones para hacer creer a los sitiados que tenía varias baterías. En los balcones de los edificios próximos, las fuerzas de asalto habían emplazado algunas ametralladoras con las que barrían las ventanas y los patios del cuartel. De vez en cuando entre el público que se apelotonaba en la Plaza de España sonaban tiros de armas cortas y de escopetas de caza, pero la gente los mandaba callar como si estuviésemos en una función teatral.

Un altavoz conminaba a los sitiados a deponer las armas y evitar muertes inútiles. De la base de Getafe despegaban dos aviones que planeaban sobre el cuartel lanzando panfletos, el público rompió a aplaudir. A la segunda pasada lanzaron bombas.

Encontré a mi amigo el periodista Jesús Izcaray armado con un revólver, y me informó de que entre los sitiados había muchos republicanos y gente de izquierdas contrarios a la sublevación. Antes de que yo llegara había habido varios ataques incontrolados de paisanos que habían sido barridos por los disparos de fusilería y ametralladora de los facciosos.

Me contó que hacía poco aparecía una bandera blanca desde unas de las ventanas y que los sitiadores se habían abalanzado hacia las puertas del cuartel y habían sido abatidos a tiros, causando una gran mortandad. Izcaray temía que ese descontrol causará la ira del pueblo y temía por la vida de los sitiados.

No encontré a ningún conocido, de manera que decidí

continuar mi camino a la Casa de Campo. Una mujer enlutada y vieja lloraba de emoción al verme con el uniforme y el fusil. La consolé, le dije que no se preocupara, que la sublevación acabaría enseguida. La República ganaría. La vieja me abrazó y me besó en la frente.

Entonces todavía creía firmemente que aquel verano estaría en París.

Más tarde supe por los periódicos que las compañías de asalto y de guardias civiles lograron entrar al cuartel y rendir la plaza. El pueblo entró después y se tomó la justicia por su mano. Fueron fusilados todos los que no pudieron huir disfrazados de paisano o de simples soldados.

El 21 de julio, martes, me llamó mi madre al chalet de Carmen desde la tienda de ultramarinos de la esquina. Nos despertó de un sueño profundo, llevábamos dos días sin apenas dormir. Mi madre estaba muy preocupada. Me dijo que toda la noche había oído disparos y que el centro de Madrid se encontraba muy agitado. La había llamado muy temprano Fernando de Rosa para que me incorporara a la milicia del partido. Me convocó en la Casa de

Campo.

Me puse un mono de trabajo, sin estrenar, del jardinero de la casa y me calcé unas botas de campo cómodas. Decidí dejarme la gorra de brigada de complemento y me llevé el fusil y el cargador de cinco balas que había conseguido el 18 de julio. Carmen me llevó en su coche hasta Moncloa, donde ella había quedado citada con compañeras de la Agrupación de Mujeres Socialistas.

Madrid continuaba con patrullas de paisanos armados que detenían a los transeúntes y les pedían la documentación. La noche anterior tuvimos que enfrentarnos a una patrulla que pretendía registrar la casa de Carmen. Se lo impedimos, pero tuvimos que ponernos firmes y enérgicos. La colonia de la Guindalera era un barrio de ricos. Desde el jardín, contemplamos una patrulla en uno de los chalets vecinos. No vi detenciones, pero Carmen me contó que había visto ya a gente detenida y conducida a alguna parte.

En Moncloa me despedí de ella y subí a un tranvía que se dirigía al Puente del Rey y a la entrada de la Casa de Campo. El tranvía iba lleno. Había algunos que portaban armas y llevaban monos de trabajo como el mío. Hacía un calor espantoso. El cobrador no quiso cobrarnos y confraternizó con nosotros. La guerra civil ya era un hecho. Todo el mundo tenía noticias de última hora. Habían caído Sevilla, Pamplona, Zaragoza, Granada, Huelva, Burgos, Valladolid, Cádiz y toda Galicia, y se luchaba en Asturias y en otros lugares.

Meses después supe que desde los comienzos de julio un ejército compuesto por columnas móviles de regulares, tropas marroquíes y falangistas y grandes cantidades de pertrechos de guerra estaban reuniéndose en Sevilla con el objetivo de conquistar Madrid, gracias a un puente aéreo con aviones alemanes que partían de Tetuán y Ceuta.

Entonces solo sabíamos vaguedades. Recuerdo que uno de los viajeros del tranvía, que tenía familia en Sevilla, me habló por primera vez de lo que estaba pasando allí tras el golpe. La organización y la terrible represión habían sido orquestadas por el comandante de Estado Mayor José Cuesta Monereo desde 1931, con el resultado del golpe fallido de Sanjurjo en 1932.

Le dije que hablara con cualquier oficial de alto rango, aquello parecía muy importante.

Nunca supe si lo transmitió a alguien o no. El caso es que Franco dio la orden de avance el 2 de agosto sin que hubieran cesado los transportes aéreos. El 15 de agosto Yagüe tomó Badajoz, causando una gran mortandad, inusitada en los anales de las guerras civiles europeas. Los sublevados fusilaban sin preguntar, y los muertos se amontonaban en todos los barrios de la ciudad.

Otro me dijo que el gobierno en Madrid había radiado un comunicado que prohibía los registros y la requisita de alimentos en nombre de las milicias. Se sospechaba que buena parte de los que requisaban, utilizando simples vales, era meros saqueadores.

Tres de los viajeros me confirmaron que también

habían sido convocados por las milicias socialistas y que tenían mismo destino que yo. Una patrulla detuvo el tranvía y pretendía pedirnos la documentación. Discutimos a voces con ellos. Los ánimos se encendieron y salieron a relucir las armas. Descubro que mi gorra de brigada infunde cierto respeto y finalmente ordené que el tranvía siguiera su marcha. Íbamos al frente y no era posible ninguna dilación. Pude ver los primeros saludos con el puño en alto. Los que pretendían el registro eran de la CNT, del sindicato de tranviarios.

Mis tres compañeros eran muy jóvenes, de la agrupación socialista de panaderos, llamados «los blancos». Ninguno había hecho la mili. Debían de tener entre dieciocho y veinte años. No conocían lo más rudimentario de la vida militar. Ni siquiera sabían manejar los fusiles que portábamos.

La Casa de Campo bullía de milicianos, camiones requisados y gente vivaqueando. Vi a algunos oficiales del ejército y de la guardia de asalto dando órdenes. Me inscribí como voluntario en las oficinas de la milicia. Desde ese momento, 21 de julio de 1936, soy oficialmente miliciano de la República. Pertenecía a la Columna Burillo, que había partido al amanecer sin mí. Estaría en el frente de la sierra por la tarde. Allí tendría mi bautismo de fuego.

Las columnas que iban a la sierra se constituyeron el 20 por la tarde. Se les asignaron tropas, jefes, material de guerra y objetivos. Los cerrojos del Cuartel de la Montaña

proporcionaron a la República entre cincuenta y sesenta mil fusiles.

La Dirección General de Milicias se había constituido en las mismas dependencias del Ministerio de la Guerra que ocupaba la UMRA. La Dirección de Milicias estaba a cargo del coronel Barceló y otros oficiales adeptos a la República. Tenía la entrada por la calle Barquillo. El general José Riquelme era el nuevo comandante de la I División, jefe del Ejército del Centro. El general Castelló, el antiguo jefe de la división, había huido a Francia.

En horas, el Estado Mayor de la División y la Dirección General de Milicias crearon cuatro columnas formadas por soldados regulares, miembros de los cuerpos de seguridad y milicianos. Tres columnas de facciosos, al mando del general Mola, se aproximaban a la capital de España desde Valladolid, Burgos y Pamplona. Una era la del comandante Serrador, la otra estaba al mando del coronel Escámez y una tercera, que había partido de Burgos, la manda el coronel Gistau. Se lanzó el primer objetivo: «¡A la sierra!».

La primera columna republicana estaba a las órdenes del coronel Castillo, apoyado por el teniente coronel Moriones, que manda un regimiento de ferrocarriles, varias compañías de milicias y de guardias de asalto y la artillería. Su misión, ocupar Guadarrama. La segunda columna, a las órdenes del coronel Puigdengolas, debía rescatar Alcalá y su zona, cuyas guarniciones se habían sublevado. La tercera la mandaba el comandante de

artillería Ricardo Burillo y estaba compuesta por guardias civiles, guardias de asalto y dos batallones de milicianos: el nuestro, Octubre, y otro a las órdenes del capitán de la Guardia Civil Francisco Galán, instructor de las MAOC, las milicias comunistas. Venían con nosotros también una compañía de soldados de aviación y otras dos compañías del V Regimiento, una al mando de Modesto, y la otra, del Campesino. El objetivo era Somosierra y el Alto del León. La cuarta columna era la del teniente coronel Mangada, que contaba con más fuerzas, unos seis mil hombres, y estaba compuesta por milicianos, la Columna Asturias, de mineros asturianos, soldados regulares, guardias civiles y de asalto y abundante artillería. Se dirigía por Gredos y Arenas de San Pedro hacia los objetivos de Ávila y Segovia.

Nuestro batallón, el Octubre, de milicias socialistas, estaba formado por unos cuatrocientos hombres repartidos en tres compañías o subcolumnas, al mando de oficiales recién nombrados, y estaba a las órdenes del capitán de aviación e ingeniero Arturo González Gil, instructor de nuestras milicias. Fernando de Rosa, recién nombrado capitán de milicias, mandaba la tercera compañía. Yo estaba asignado a Fernando que me nombró teniente al mando de una sección de sesenta milicianos.

El batallón de González Gil estaba compuesto de otras tres compañías más: dos de asalto mandadas por tenientes del cuerpo, con armamento completo, y otra más de voluntarios de la maestranza de ferrocarriles a las órdenes

de otro teniente. En total, la Columna Burillo constaba de unos ochocientos a mil milicianos.

El enlace de la columna en el cuartel general, en las Caballerizas de la Casa de Campo, me ordenó partir inmediatamente. Al día siguiente, 22 de julio, Cipriano Mera, líder anarquista del sindicato de la construcción, tras ser sacado de la cárcel, tomaría Guadalajara a la guarnición.

Ya luchaban también en la sierra los primeros combatientes de las milicias locales.

El enlace me entregó el nombramiento de teniente y me dijo que tenía que montar a la tropa en cuatro camiones requisados y acudir a Villalba. Allí me pondría en contacto con el Estado Mayor de Burillo. Me darían órdenes y municiones. El enlace de nuestra columna era el alférez de complemento Bernabé López, estudiante de Arquitectura del último curso. Nunca olvidaré lo que me dijo:

–Date prisa, camarada, o no te va a dar tiempo a defender a la República. Tu gente te aguarda junto al pabellón principal. –Me abrazó y añadió–: ¡Salud y a por ellos!

Entra gente en la galería de tuberculosos y dejo de escribir. Son funcionarios y monjas y hablan todos a la vez. Esta noche ha muerto otro enfermo. Le dio un ataque

de tos y comenzó a vomitar sangre y esputos. Era un hombre de cuarenta años, Liborio Mercader, de profesión labrador, exento de la guerra por incapacidad, destinado al Servicio Nacional del Trigo en 1942, casado y con tres hijos. Condenado a perpetua por el asesinato de un guarda que lo sorprendió robando un saco de trigo.

Las monjas lo amortajan con su propia sábana. Acude sor Ana María, vieja y gorda, pero que se da maña en coser la sábana. Hay que sacarlo inmediatamente o el calor lo pudrirá enseguida. Hay que poner sábanas nuevas en esa cama. Más de treinta presos aguardan turno para ocuparla. Oigo aullar a los perros que merodean el penal. Aullidos lobunos.

6

BURGOS, COMIENZOS DE ENERO DE 1938

Poco antes del mediodía, Borsa condujo a Lorenzo Gomis ante Dimas en Investigaciones. Dimas lo observó entrar en su despacho: moreno, cetrino, alto y con aspecto saludable, se mantenía en pie un poco encorvado, con el miedo reflejado en el rostro. Un tipo que visitaba a doña Águeda de noche para ponerle inyecciones.

Parecía nervioso.

–Bueno, Lorenzo, bueno, siéntate, hombre. Y tranquilo, no pasa nada. Un poco de rutina, ¿entiendes? Curiosidad más bien.

El sereno sonrió torpemente y se acomodó en la silla.

–Te llamas Lorenzo Gomis, ¿no?

–Sí, señor.

–Anda, cuéntamelo todo. De modo que entraste a las ocho y media de la noche en casa de doña Águeda a

ponerle una inyección. ¿Cómo es eso? ¿Te esperaba en la cama?

El sereno se removió inquieto.

—¿En la cama? No, no, señor. Estaba siempre en el salón o rezando en su capilla. Yo llegaba, le ponía la inyección y me marchaba, ya está.

—Y dejabas la vigilancia del barrio, ¿verdad?

—Eran quince minutos, señor alférez, nada más que quince minutos. Yo conocí al señor marido de doña Águeda, don Luis. Yo le ponía las inyecciones cuando estuvo enfermo y de ahí surgió el que yo se las pusiera también a doña Águeda cuando cayó mala. Ella me decía..., bueno, me decía que estuviera al tanto de su casa, vamos que, como estaba alejada, pues que yo tuviera cuidado. Le gustaba que yo pasara por la calle y yo, pues le gritaba «¡serenooo!» y daba con el chuzo en el suelo. Ella me decía que se sentía más segura, ya ve usted.

—Pero ella tiene casa en la calle de la Paloma. ¿Para qué se quedaba en el caserón de Hortelanos?

—Bueno, ella me decía que para que no le confiscaran la casa, ya sabe, señor alférez, la falta de casas que hay hoy día en Burgos. A la casa de Hortelanos iba los jueves, luego volvía a su casa de la calle de la Paloma.

—Cuéntame lo de ese coche que viste entrar al patio.

—Pues nada, señor alférez, que cuando venía por la calle, vi que un coche estaba entrando por la puerta grande, la de los carros. Un coche negro.

—¿Y ya está?

–Pues sí, señor. Ya le digo. Lo vi poco..., vi que entraba por allí y me dije: «Es el hijo de doña Águeda, don Luis Alberto, ese que vive en San Sebastián».

–El coche de Luis Alberto es americano, un Studebaker, y no es negro, es azul. ¿A qué hora lo viste?

–Yo no entiendo de coches, señor alférez.

–¿A qué hora lo viste, Lorenzo?

–Serían las seis.

–¿Lo viste salir?

–No, señor alférez, no lo vi. Me fui a mi ronda.

–Está bien, sigue.

–Pues nada, sobre las ocho y media abrí el portón, subí al principal y llamé a la puerta. Esperé un poco y volví a llamar. Pensé que se había quedado dormida, pero claro, doña Águeda dormía poco, se quedaba las noches en vela, rezando, así que abrí la puerta y pasé dentro.

Dimas lo interrumpió.

–¿Notaste algo raro en la casa?

–¿Algo raro? Pues no, estaba oscuro y prendí la luz del vestíbulo y..., espere un momento, mi alférez, deje que... Sí, hacía mucho calor, y la llamé: «¡Doña Águeda, doña Águeda!», y no me contestó nadie. Eso me preocupó un poco y pasé al salón, y también encendí la luz. Pensé que podía estar de viaje o algo así, pero doña Águeda tiene que atender la tienda todos los días. Entonces... Bueno, la puerta de su dormitorio estaba cerrada, llamé y no me contestó nadie y entonces pasé dentro. Ella estaba... ¡Ay, dios mío, es que no puedo!

Dimas aguardó.

—Ella, quiero decir, doña Águeda, estaba en el cama con los brazos cruzados sobre el pecho y yo...

—¿Encendiste la luz?

—¿La luz? Sí, sí..., la encendí. Encendí la luz llamándola, y, ya le digo, estaba muerta. Le tomé el pulso y..., y eso, no respiraba. Entonces me di cuenta de que la puerta del dormitorio de su marido...

—Conoces bien la casa, ¿verdad?

—¿Yo? Pues sí, mi alférez, ya le digo, le estuve poniendo inyecciones al señor marido de doña Águeda, a don Luis, cuando cayó malo el año pasado. Bueno, le estaba diciendo que al ver abierta la puerta del dormitorio de don Luis... —Comenzó a mover la cabeza, negando—. Yo..., yo he visto lo mío, mi alférez, pero eso... Estaba comida, señor alférez, como si unos perros hambrientos se la hubieran comido por... por sus partes. Le habían mordido sus partes, todas sus partes... No puedo quitármelo de la cabeza... ¿Quién puede haber hecho eso, mi alférez?, es que yo..., a esos asesinos, vamos, es que..., no sé lo que les haría.

—¿La has reconocido?

—¿A quién?

—A la chica muerta.

—¿Yo? Pues no, no, señor. Parecía eso, una chica, pero...

—¿No la has visto nunca por la casa?

—No, nunca.

–¿Nunca has visto a nadie en casa de doña Águeda de noche? Piénsalo.

–Bueno, a veces a su señora madre, mi alférez, a doña Teresa. Pero de eso hace mucho tiempo..., bastante que no la veo. Eso era cuando le ponía las inyecciones a don Luis. Y más bien era por la tarde, aunque en invierno ya estaba oscuro. También estaba el hijo, don Luis Alberto...

–Mi madre iba a veces a tomar el té con doña Águeda, nunca se quedaba hasta las diez de la noche. ¿Por qué le ponías inyecciones a esas horas?

–Es que por las tardes no puedo, ¿sabe usted? Tengo un trabajillo en el hospital, les echo una mano a los practicantes de allí. Bueno, a ellos y a las monjitas. Puede usted preguntar. Ella me decía, quiero decir, me decía doña Águeda que solo tenía confianza conmigo, no quería ningún otro practicante, y que fuera a ponerle la inyección los jueves. Y no siempre iba a las diez; la señora me avisaba al hospital y me decía cuándo quería que le pusiera la inyección. Yo soy un mandado, mi alférez, tiene que comprender.

–Entonces ¿le ponías inyecciones todos los jueves, Lorenzo?

–Sí, señor, todos los jueves, poco más o menos. Ayer me tocaba. Me llamó antes al hospital y me dijo eso, que fuera a lo de la inyección. Estaba mal del corazón, de los nervios, muy delicada de salud. Me decía que su hijo no la llamaba ni venía a verla. Tampoco estaba con sus nietecitos, ya ve usted.

–Así que ibas un día a la semana, ¿no? ¿Es eso?

–Sí, mi alférez, un día a la semana... Bueno, algunas veces he ido dos veces, según me indicaba ella por el tratamiento, ya sabe, lo que le mandaban los médicos.

–¿Desde cuándo hacías eso, Lorenzo?

Dimas lo vio apretarse los ojos con una mano y romper a llorar.

–Per..., perdone, mi alférez, es que estoy muy nervioso, no estoy acostumbrado a... Quiero decir, siempre he cumplido la ley, soy un buen cristiano. Tengo tres hijos, mi alférez, y mi señora padece de los nervios, somos una familia cristiana, temerosa de dios. –Dimas aguardó. El hombre temblaba, encogido en la silla–. Me preguntaba usted por..., eso, desde cuándo... Deje que piense, me parece que fue nada más morir su marido, don Luis, bueno, o poco después, poco tiempo después, más o menos hace un año.

–O sea, un año entero poniéndole inyecciones por la noche, ¿no?

–Sí, eso, un año. ¡Ay, dios mío!

–Un año poniéndole inyecciones una o dos veces a la semana. Pero don Luis murió hace ocho meses. ¿En qué quedamos?

–Bueno, sí, ocho meses, casi un año..., sí, eso le dije, desde que murió don Luis, pero antes... Ella me llamaba de vez en cuando. No es cosa mía, yo cumplía. Le estaba muy agradecido a don Luis, ya se lo he dicho, le estuve tratando en toda su enfermedad. Y la familia..., o sea, don

Luis y doña Águeda nos daban ropa que le sobraba de su tienda para vestirnos, con las propinas de sereno no da, mi alférez, somos muy pobres, pasamos muchas fatigas y mi señora, la pobrecilla, no puede ayudar, está mala de los nervios, estoy solo para alimentar a mi familia.

–En resumen, lo llevas haciendo desde antes de que muriera su marido, ¿no?

El sereno asintió en silencio.

–¿Cuánto te pagaba doña Águeda?

–Un duro.

–¿Esa es la tarifa, un duro?

–La tarifa es seis pesetas. Pero ella, doña Águeda, dios la tenga en su gloria, era muy buena, una santa, y me daba..., bueno, me daba algo de comida y ropa que no le servía para mi señora y mis hijas, señor alférez. No sé lo que voy a hacer ahora. Con lo que me daba doña Águeda tenía para ir tirando.

–¿Has visto alguna vez a la morita que servía a doña Águeda?

–¿La Fátima?

–Sí, Fátima. Creo que era recadera en la tienda, La Moda Española, ¿no?

–¿Recadera? Bueno, sí..., pero yo creo más bien que lo que hacía era limpiar, barrer, creo yo. Sobre todo estaba en la casa de la calle de la Paloma. Iba poco por Hortelanos.

–Dime si la has visto en la casa de Hortelanos.

–Bueno, algunas veces, pocas. Cuando iba por las

tardes, porque también me mandaba hacer algunos recados, ¿sabe?, aparte de lo de las inyecciones, y ella, esa morita, la Fátima, estaba en la casa, me abría la puerta. Pero no dormía allí, a doña Águeda no le gustaba. Se iba después de hacerle la cena.

—¿Por qué estás tan nervioso, Lorenzo?

—Perdone, señor alférez, es que de pequeño cogí la tuberculosis. Estuve a las puertas de la muerte. Me curé cuando mi madre, dios la tenga en su seno, me puso el manto de la Virgen Blanca. Los médicos no daban crédito.

—¿Por eso no estás en el frente?

—Me dieron inútil total, señor alférez. Me apunté en la leva que estaban haciendo en el Cuartel de la Remonta el mismo 18 de julio. Yo quería alistarme, soy cristiano y temeroso de dios. Pero tengo los pulmones podridos, ya ve usted.

—A mí me pareces un hombre sano, Lorenzo, qué quieres que te diga. Pero dejemos eso. Decías que entraste a la casa de doña Águeda a ponerle una inyección.

—Sí, señor alférez, eso he dicho. Doña Águeda decía que no había otro practicante que se las pusiera mejor. Son vitaminas, hierro, esas cosas... Se las había mandado su médico, con receta. Las medicinas se las enviaba su hijo de San Sebastián, son medicinas extranjeras, de Francia, creo.

—¿Quién es su médico?

—Creo que el doctor Gálvez... Sí, el doctor Gálvez, el

que tiene la consulta en el Espolón, al lado de la farmacia.

—¿Eres practicante diplomado, Lorenzo?

—¿Yo? No, señor, no; practicante, lo que se dice practicante, no soy. Pero mi padre, que en gloria esté, sí que lo era, un practicante muy bueno, todo Burgos lo conocía. Y yo, desde niño, le ayudaba y aprendí, se me da bien.

—¿Le has hablado de esto a alguien, Lorenzo?

—¿Yo? A nadie, mi alférez. Ni a mi señora.

—Pues que no se te ocurra decir ni pío sobre este asunto, Lorenzo. A nadie, y ahora vete, anda. Igual te llamo otra vez.

—Muchas gracias, mi alférez. Muchas gracias.

Antes de cerrar la puerta el sereno se volvió y le hizo una pequeña reverencia. Dimas tomó la máquina de escribir y elaboró su primer informe con un papel de calco. Había que añadir a Lorenzo Gomis como otro implicado, otro que sabía lo que había pasado la noche anterior. Eran demasiados. Cuando terminó, se lo envió a Celso por el conducto reglamentario. Por la tarde, Celso lo llamó y le dijo que acudiera a su despacho.

Celso se retrepó en el sillón y se lo quedó mirando con ojos perdidos.

—Azcarate me ha dicho que no interrogó a ese sereno — le dijo Celso blandiendo el informe—. ¿Por qué has

hablado con él?

—Lo sabe todo, vio a la niña muerta —contestó Dimas.

Se quedó en silencio.

—Vaya.

Dimas le tendió la ficha política de Lorenzo Gomis y Celso la cogió.

—¿Es adepto al régimen?

—Parece que sí. —Lo miró fijamente. Celso no apartó sus ojos glaucos. Dimas añadió—: Pero probablemente ha falsificado los certificados médicos de tuberculoso para no ir al frente.

—Es un subhumano, una escoria. Nadie lo echará de menos. Hay que quitarlo de en medio. Y hay que hacerlo rápido.

—Yo me encargo, camarada.

—Bien, pero que sea rápido. ¿En qué te basas para afirmar que el asesino puede ser un jerarca del régimen?

—Doña Águeda no dejaría su casa a nadie a no ser que fuera alguien muy importante, alguien con mucho poder.

—O un amigo de la familia.

—Sí, pero no se arriesgaría tanto. En Burgos hay muchos burdeles, tú lo sabes, camarada. Hoteles que dejan sus habitaciones para estas cosas, casas particulares, pensiones... Hay muchos soldados de permiso, oficiales, funcionarios del gobierno, visitantes... Y si quieren pasar desapercibidos pueden ir a los pueblos cercanos, que también se han llenado de burdeles y de alojamientos clandestinos.

Otra vez lo observaba con esos ojos desvaídos.

–Escucha, camarada, tenía que ser alguien poderoso, con mucha influencia. Doña Águeda no lo permitiría en condiciones normales.

–Eso no demuestra que tenga que ser un jerarca. – Dimas se quedó atento, esperando—. Sigue investigando, Prado. Y cumple lo que me has prometido con el sereno. Y me traes noticias inmediatamente.

–A tus órdenes, camarada. Arriba España. Siento que no hayas sido nombrado ministro de Orden Público...

Celso volvió a mirarlo con atención. Dimas Prado titubeó.

–Todo el mundo..., quiero decir que lo siento...

Se marchó cerrando la puerta despacio.

La duplicidad de ministerios, el de Interior, bajo Serrano Suñer, y el de Orden Público, bajo Severiano Martínez Anido, un anciano dedicado a coleccionar abanicos, se mantuvo desde el 30 de enero del 38 hasta el final de la guerra en 1939. Después volvió a Serrano Suñer, cuñado de Franco.

Más tarde, en su despacho, sonó el teléfono. Era Guillermo Borsa. Como siempre, se demoró en hablar.

–La mora ya está en el calabozo. Te hablo desde allí – dijo.

–¿Dónde la has encontrado?

–En el barrio del Raspadillo, ahí viven todos los moros, pero..., bueno, parece que su padre es de la guardia de su excelencia el Caudillo. Tiene grado de brigada. Y su hermano mayor forma parte del personal doméstico de la casa de su excelencia.

–Vaya, ¿lo has comprobado?

–No, pero esa gente no mentiría con una cosa así.

Dimas se quedó pensativo.

–Es un inconveniente, pero de todas maneras déjala en el calabozo hasta mañana. Hasta que pase el entierro. Y que no dejen que vaya nadie a verla, ¿estamos?

–Su gente son los Ben Chukri, de la parte de la Yebala, moros amigos de España. El padre es un jerife, un jefe de cabila, tiene seis hijos de dos mujeres. En Burgos vive con una, la otra está en su tierra. Se llama Abdelkader Ben Chukri. El camarero de la casa del Caudillo es el hijo mayor, Imán Mohamed Hasán Ben Chukri. Luego está Fátima y tres hermanillos pequeños a los que no he visto. El padre no estaba en casa, pero la madre se ha enfadado mucho cuando me he llevado a su hija.

–Un jerife, ¿no?

–Sí, un moro amigo. En el barrio es muy respetado. ¿Qué hacemos? Ese moro debe de tener muchos contactos.

–Déjalo como está, mañana hablaré con la morita. Que la traten bien y la pongan en una buena celda.

Dimas esperó que Borsa siguiera hablando. Tenía la impresión de que iba a decir más cosas, como si algo se le

hubiese quedado en la punta de la lengua. Aguardó, pero ya no dijo nada más.

–Vente rápido, Guillermo, hay más trabajo para ti –
concluyó.

MADRID, VERANO DE 1944

Un poco antes de que Antonio se fuera a vivir con Gloria, Fátima se casó con un antiguo empleado del servicio de limpieza del Ayuntamiento de Burgos que había conseguido una portería de casa bien en Madrid. El Piloto apenas si se preocupaba del local y Fátima, que continuaba siendo su amante, se encargaba de llevarlo. Fue entonces cuando Antonio decidió que era el momento de independizarse y dejar de trabajar para los demás. De manera que se fue de El Califa.

Comenzó a tratar con unos cuantos serenos del centro de Madrid. Les prometía veinte pesetas por informarle de cada mujer que volviera tarde a su casa, fuera soltera, casada o viuda. Después, les proponía trabajo seguro en locales de alterne, sin riesgos de la policía.

No había ningún secreto. Para burlar las leyes antiprostitución, Antonio pensaba crear «ballets

artísticos», cada uno de seis mujeres, que ofrecería en los bares de copas y cabarés del centro. Las inscribiría en el sindicato de actividades diversas como bailarinas. De esa manera formó su primer ballet, que, según él, rotaría sin problemas por los cabarés y las salas de fiestas de las calles Ballesta y Puebla. Las llamó The Bataclan Dancers.

Antonio habló antes con su hermana por si quería entrar en el negocio. Fue a eso de las dos de la madrugada al cuarto de Fátima, uno de los reservados.

Ella le dijo que no, después de pensarlo un rato.

—No, es mejor que yo no me mezcle con tus cosas, Antonio. El Piloto no es tonto y me ha hecho prometer que no me metería en ningún otro negocio. ¿Te quedas esta noche conmigo? El Piloto no va a venir.

—No puedo, tengo trabajo —le contestó él.

Pero ningún cabaré ni ningún bar de copas a los que les propuso el plan lo aceptaron. Ese negocio estaba copado por la policía y la gente del sindicato de actividades diversas, que incluía a los artistas de cabaré. Era un coto privado. Dos de las mujeres se fueron y se quedó con cuatro: Yladis, una cubana, Mercedes y dos hermanas: Rafaela y Asunción, que llevaban trabajando juntas algunos años. Ninguna era muy guapa, pero tampoco muy sucias, y no se peleaban entre sí, ni con nadie, ni armaban escándalo. De manera que las puso «al punto».

Comenzaban la noche en la calle Montera, esquina con Aduana o Jardines, y allí se quedaban inmóviles como lagartos nocturnos, fumando y comiendo pipas, mientras Antonio vigilaba y recolectaba el dinero. Nunca era más de cinco duros, ni menos de tres, cama aparte. Él se llevaba dos duros por cada «ocupación». Antonio las recogía un poco antes de que los primeros obreros madrugadores salieran de los metros y ellas apenas podían mover las piernas. Luego se iban a cenar a cualquier sitio que estuviera abierto y se repartían el dinero.

Antonio les hablaba suavemente porque esa era la peor hora, la más triste y desangelada, cuando las mujeres pensaban en lo que habían estado haciendo, si merecía la pena, y en la posibilidad de no hacerlo más, o de hacerlo de manera diferente.

Las mujeres aquellas vivían en dos habitaciones de la Pensión Europa, en la calle Gravina, un lugar húmedo y maloliente pero —como les decía el propio Antonio— bueno para empezar. No era mucho lo que tenían que hacer, ni difícil, aunque él era consciente de que no todo el mundo servía.

De todas maneras, lo más complicado fue imponerse a Duval y a los otros para que le dejaran tener un lugar en la calle.

Al principio, mientras las mujeres se pavoneaban con los vestidos nuevos y ensayaban la vida que Antonio les había prometido, aguardó a Duval en la puerta de la Cafetería Henares, en la avenida de José Antonio, donde

solía ir. Al pasar, Duval se detuvo y le saludó.

–¿Qué tal, chaval? –le dijo.

–Bien, ¿y tú? –le contestó Antonio.

–Oye, el Gardel me ha dicho que eres un buen muchacho. El Gardel para mí es como un hermano, ¿sabes?, por eso cuando me han venido con el «cante» de que había mujeres nuevas en la calle Montera, sin permiso de nadie, he dicho: «Id a rajarlas, ¿de quién son?» «del Antonio» –me han contestado–, uno nuevo». «Entonces lo rajas a él también», dije. Pero van y me vienen con que el Antonio eres tú, el amigo del Gardel y me digo: «Es imposible, un amigo del Gardel no hace eso, os habéis equivocado, ese Antonio no debe de saber que el centro es mío, de Duval». Coge a las mujeres y vete, chaval, y no te pasará nada.

–No, Duval, mis mujeres se van a quedar ahí, donde están.

–Estás marcando muy deprisa, chaval. Solo digo las cosas una vez.

–No quiero líos, la calle es grande –le replicó Antonio.

El Duval entró en el café sonriendo, enfundado en su traje con chaleco y moviendo los brazos al caminar. Antonio aguardó la siguiente noche. No fue Duval quien fue a espantar a las mujeres, sino uno de los suyos, al que llamaban «Pantoja», un hombre delgado que había sido banderillero de Curro Molina, el matador.

–A pirarse, tías –les dijo a las mujeres–, a correr vuelo.
A najarse.

–¡Antonio! –gritó Asunción.

Antonio estaba en un portal cercano y salió con el cigarrillo colgando del labio.

–¿Qué pasa? –preguntó.

–Hay que ahuecar de aquí –le dijo el Pantoja—. Esta esquina es de Duval.

–¿Sí?

–Sí.

Antonio movió la pierna derecha rápido y, sin que el otro tuviera tiempo de moverse, le clavó la puntera del zapato en la espinilla. Sacó la navaja y cuando el Pantoja se dobló dando un grito, le rajó la chaqueta y la camisa de arriba abajo, llegando a la carne.

–La próxima vez te mato –dijo sin despegarse el cigarrillo de la boca.

El Pantoja se perdió Montera abajo, arrastrando la pierna.

–No os mováis de aquí, enseguida vuelvo –dijo Antonio encaminándose a la calle de la Luna. Atravesó el grupo de mujeres paradas delante de la Telefónica. El «Niño de la Chaqueta» y Juan «Arropía» Martínez apartaron los ojos y fingieron estar ocupados. Eran también hombres de Duval.

La noche era tranquila y serena y los ruidos de la calle tenían algo de fiesta premonitoria. En la calle de la Luna fue mirando los portales hasta que se detuvo en el número dieciocho. Subió las escaleras de madera pulida y rechinante hasta el tercer piso y pegó la oreja a la puerta.

Palpó la navaja de cachas negras, larga como un cuchillo de carnicero y afilada como para poder afeitarse. Golpeó con los nudillos.

–¡Quién! –dijo desde el fondo una voz de mujer.

–¡Abre, vengo de parte del Pantoja!

Aguardó los pasos, que adivinó desnudos, y abrió una mujer delgada y con unos pechos desproporcionados que precisamente la hacían muy popular en el bar Durán.

–¡Quién coño...! –exclamó.

Antonio la empujó y atravesó la sala mientras escuchaba la voz de Duval preguntando quién era. Entró en el dormitorio cuando Duval se incorporaba en la cama. Antonio cerró la puerta y sonriente se sentó a su lado. Duval no se movió. Encendió un cigarrillo.

–Hola, Duval –dijo.

–¿Qué quieres?

–Nada..., visitarte.

La mujer abrió la puerta.

–Vete –dijo Duval–, déjanos tranquilos.

No tenía puesta la chaqueta del pijama y su pecho flaco y huidizo se movía casi imperceptiblemente.

–No te tengo miedo, Antonio, dime lo que quieres y vete.

–Te lo voy a decir enseguida, Duval: la esquina de la calle Jardines con Montera es para mí. Va a ser mi calle.

–Se la dejo al Pantoja. Y el Pantoja trabaja para mí.

–Ya no.

–El Pantoja es mi amigo.

–He hablado con él y está de acuerdo en cederme la calle.

–Bueno. –Duval sonrió y se movió inquieto. Antonio estaba muy cerca, con la mano metida en el bolsillo de la chaqueta–. Pero me da igual, si no es el Pantoja eres tú, me da lo mismo. Yo tengo allí seis mujeres. Júntalas con las tuyas, tú las vas a cuidar mejor. El Pantoja ya está viejo.

–No has entendido, Duval. No voy a cuidar de tus *lumis*, vamos a ser socios.

–¿Tú?

–Sí, yo.

–No te pases, Antonio, todavía eres muy *chinorri*.

–¿Te parezco un *chinorri*, Duval?

–Sigue hablando –dijo este.

–Eso es todo. Yo tengo este trozo de calle con las mujeres que quiera y tú tienes el resto la calle, pero como socios. Cuando quieras que tus mujeres pasen a mi esquina, me lo dices, no hay problema. Yo haré lo mismo y cambio de esquina.

–Vas muy deprisa.

–¿Sí?

–El Pantoja y su hermano me pasaban entre los dos diez duros diarios.

–Los hermanos Pantoja ya están acabados, tú lo sabes. Dime si aceptas porque tengo prisa.

Duval lo miró, fue a mover la boca pero se contuvo. Antonio tenía el brazo tenso en el bolsillo.

–Nos conviene estar juntos, Duval, ser socios. Te conviene un socio como yo. Los Pantoja son una puta mierda.

–Está bien, está bien. Seremos socios, tú tendrás tu trozo y yo seguiré con lo mío, pero ¿quién paga a la *pestañí*?

–Que se entiendan conmigo.

Antonio tendió la mano. Duval sudaba, le corrían gruesas gotas de sudor por la cara y el cuello. Ahí en la cama, con el pecho desnudo, sin los trajes que solía llevar, no parecía gran cosa ese Duval.

Después de dejar a Duval, Antonio hizo una visita a un bar de la Cava Alta donde sabía que cenaba el Pantoja. Entró y al Pantoja se le demudó la cara. Era un hombre todavía no demasiado viejo, pero ya demasiado gastado y torpe. Estaba comiendo un plato de callos. Estuvieron juntos cuchicheando poco más de media hora. Cuando Antonio salió, quedó muy claro de quién sería la esquina.

Esa noche habló además con el Niño de la Chaqueta y su compadre el Arropía, que pagaban también al Duval por apostar a sus mujeres en la fachada de la Telefónica. Les ofreció tabaco y comentó lo caluroso de la noche y la mierda de las redadas no previstas que la policía tenía que hacer cuando alguien en los periódicos insistía demasiado en el escándalo de las mujeres en la calle. El Niño de la

Chaqueta asintió mirándole de reojo. Las noticias vuelan y las putas observaban, atentas, las posibles reacciones de sus hombres. Antonio estaba de espaldas al muro de la Telefónica con una mano en el bolsillo. Después de hablar le tendió la mano al Arropía –un gitano que bailaba con el Cara de látigo en las Cuevas del Nemesio– y luego al Niño de la Chaqueta, que había sido aprendiz de sastre. El Arropía dudó un poco pero le estrechó la mano, y el Niño de la Chaqueta incluso le palmeó la espalda. Después se dirigió a las cuatro mujeres que aguardaban muy juntas el resultado de la reunión. Para que fuera oído por todos, Antonio dijo:

–La Telefónica es vuestra, y la calle Jardines, mía. Pero podemos intercambiar los sitios cuando queráis, no hay problema. Ya he hablado con el Duval y estamos a las buenas, aquí está Antonio.

Esa noche Antonio fue al Can-Can, que se encontraba en la calle de San Bartolomé, y se dirigió al camerino donde estaba el Gardel disfrazándose de argentino.

–¿Es verdad eso, Antonio? –le dijo cuando lo tuvo enfrente.

–Ya te enterarás de más cosas. Tengo sitio fijo, ya sabes.

–Mira, Antonio, en Madrid hay que tener amigos y el menor número posible de enemigos. En un solo día tú has

conseguido tener más enemigos que un hombre cualquiera en toda su vida. –Cambió el tono y observó el efecto de su disfraz en el espejo grande, flanqueado de fotografías–. Ha estado a verme el Duval, quería rajarte. El Duval no es ningún tonto, ni un miedoso, tiene tantos cojones como tú o más. Lleva en esto desde antes de la guerra y tú en un día has conseguido lo que a él le costó mucho sudor y muchos años. La calle Montera es suya. Si se lo propone, te desangra.

–Tú le has dicho que me dejara en paz, ¿verdad, Gardel?

–Sí, y no sé por qué, Antonio. Vas demasiado deprisa.

–Voy deprisa porque puedo, Gardel. Tú eres el único amigo legal que tengo. Si no estás conmigo, dilo ahora.

Gloria no se acordaba de lo que hizo aquel día antes de reconocer a Antonio, ese chaval que había sido camarero en El Califa, que sonreía a la cámara oculta disimulada entre las cintas de la caseta de tiro al blanco, mientras cerraba un ojo y arqueaba la ceja sosteniendo la escopeta firme y segura sobre el hombro, con aquellas manos delgadas pero fuertes.

Fue en la verbena en la explanada de la Plaza de Castilla, donde el Circo Americano había extendido su gran carpa. Habían colocado tenderetes de dulces, algodón de azúcar, helados, tiro al blanco, rifas, norias y

carricoches. Los payasos regalaban globos a los niños y los altavoces pregonaban las atracciones. Un cartel enorme representaba una cuadriga tirada por cuatro caballos a pleno galope, seguida por leones en un fondo de luces restallantes. Ella había acudido a la feria con la Reme y la Pura y habían bebido unas cuantas copas de anís con los churros y el chocolate, antes de empezar en El Califa. Era sábado.

Entonces fue cuando lo distinguió con el traje negro, sin corbata y el cigarrillo en los labios, apuntando a las cintas de colores con la escopeta al hombro. Se aproximó a mirar y Antonio le dijo:

–Vas a salir en la foto, Gloria.

–Vaya, me has conocido –contestó ella.

Parada detrás, observándolo distraída y un poco borracha, lo aceptó ya, antes de que le regalara la fotografía, y lo introdujo en sus sueños.

–¿En qué foto? –contestó ella.

–El premio es una foto –añadió él.

–Si le das a la cinta –insistió ella.

Más tarde caminaron alrededor de la carpa hablando ambos de que jamás habían ido a un circo, desatendida ella de sus amigas y de la obligación de acudir al trabajo, como si el tiempo se hubiera detenido.

–Voy a ponerla en el aparador –le dijo blandiendo la foto.

Se dio cuenta de que él no buscaba lo que cualquier otro hombre. Antonio hablaba como si hubiese estado

mucho tiempo en silencio, como si no hubiera hablado nunca y ahora le alegrase hablar, un homenaje que le hacía a ella.

Fueron caminando desde Plaza de Castilla, aparentemente sin rumbo fijo, aunque lo iba conduciendo a su casa, en la calle del Ave María, donde todavía no había llevado a ningún hombre que no fuera un cliente, sin importarle que supiese que podía besarla, hacerle el amor o cualquier otra cosa sin necesidad de que le entregara nada a cambio, ya fuera afecto o dinero.

Nunca le había hablado a nadie de ese sentimiento porque no lo habrían comprendido jamás. Durante aquel año que llevaba con Antonio, ella se sentaba en el sillón frente al balcón y le escuchaba hablar de asuntos sin importancia, mientras él desgranaba planes para montar una agencia de artistas.

Gloria recordó aquella primera vez. Antonio subía las escaleras chirriantes y sucias de su casa fingiendo un exagerado sigilo, provocando su risa, y ella decidió allí mismo que Antonio era ya su hombre. Hizo el amor con él en el pasillo de la casa, después en la cama y durante largo rato, olvidada ya de que no había avisado de su ausencia a El Califa, experimentando el cuerpo de Antonio con tanta avidez y desesperación que sintió miedo, falta de fuerzas suficientes para asumir a ese hombre y esa necesidad de amor.

Después, mucho más tarde, abrieron el balcón y contemplaron desde la cama la noche y los puntos de luz

enfrente, sin importarles mucho el frío. Ella, abrazada a él, observaba el perfil de su rostro iluminado a cada viaje del cigarrillo. Luego, en el despertar de su primera noche juntos, descubrió la cama vacía, negándose a pensar que ya no lo vería más, preguntándose si aquel hombre que se había marchado de su lado era el mismo al que había amado durante toda la noche hasta quedar exhausta.

Se puso a llorar como loca. Antonio volvió al rato con pan, café, mantequilla y pasteles y no dejó que ella preparara el desayuno. Lo escuchó cantar desde la cocina unas cancioncillas que parecían árabes o moras y ella no supo qué hacer para que no se diera cuenta de que había estado llorando todo el tiempo. Le trajo el desayuno a la cama y ella lo besó y lo quiso como no había querido a nadie, como solo había soñado que se podía querer. Eso en una noche. En una noche lo quiso ya para siempre.

8

PENAL DEL PUERTO, ABRIL DE 1946

Con el nombramiento de teniente de milicias en el bolsillo me sentí pletórico, como si hubiese recibido un premio o algo parecido, mejor aún que cualquier distinción académica. Mi nombramiento lo firmaba la Dirección General de Milicias. Como aún no había suficientes insignias militares disponibles, me cosí, en la gorra de brigada, las antiguas dos estrellas de mi recién estrenado grado militar. Pasé a mandar una sección de infantería, unos sesenta y pico hombres. Pertenecía a la 3.^a Compañía del Batallón Octubre, que acababa de formarse, de prisa y corriendo, a cargo del flamante capitán Fernando de Rosa.

Me dediqué a buscar a mi tropa en la explanada del pabellón principal de la Casa de Campo, donde se encontraba el operativo militar de las milicias. Además de mi nombramiento, tenía la lista con los nombres,

apellidos, origen político y dirección de mis hombres. Todos eran miembros del sindicato de empleados de comercio de la UGT. Tenían entre diecinueve y veinticuatro años. Solo veinte de ellos habían hecho el servicio militar.

La Casa de Campo era un maremágnum de milicianos, militares uniformados, camiones y automóviles recién requisados. Muchos milicianos llevaban monos azules como el mío, otros iban con ropas corrientes, pero vi a bastantes con traje de calle y fusiles, como si acudieran a una fiesta campestre.

Por fin encontré los camiones del batallón y a mis hombres, que aguardaban en los alrededores. Habían pintado en las puertas, con letras blancas, Batallón Octubre. Los hice formar y pasé lista. Estaban todos, sesenta y cuatro, armados con fusiles. Se apiñaron en las cargas de cuatro camiones, sentados y de pie, y ordené partir al frente. No dio tiempo para una mínima instrucción militar. En aquellos momentos esa era la tónica general.

Tardamos tres horas y media en llegar a Villalba. La carretera de La Coruña iba repleta de camiones, autos y de gente que marchaba a pie a la sierra cantando. En sentido contrario pasaban ambulancias y camiones que regresaban del frente, colmados de heridos. A nuestro lado distinguimos otros camiones con milicianas, a las que saludaron ruidosamente mis hombres con el puño en alto y levantando los fusiles. Ellas respondieron con gritos de

ánimo y cuchufletas. Por todas partes se respiraba un aire de fiesta y romería, como si fuéramos a la sierra de excursión. Muy pronto comenzamos a escuchar el sonido siniestro de los disparos de artillería y el tableteo constante de ametralladoras, que se expandían por el valle, despertando ecos.

Me presenté en Villalba en el Estado Mayor de la columna. Se trataba de un chalet requisado de un huído. Me informaron de que las milicias locales combatían en toda la zona desde el 18 de julio. Nuestras tropas no habían podido acabar con las defensas enemigas en el Alto del León, Guadarrama y los puertos. Al principio, las milicias de los pueblos repelieron al centenar de falangistas que habían ocupado el túnel a medio construir del puerto, sin poder afianzar sus posiciones. Al parecer, tres columnas facciosas habían salido de Burgos, Pamplona y Valladolid y combatían ya contra nuestras tropas.

En el puesto de mando me dieron orden escrita con el plan de operaciones. Me entregaron cincuenta cartuchos por hombre, unas treinta bombas de mano Lafitte a repartir, equipo sanitario y víveres para tres comidas. Le pedí un arma al oficial de Estado Mayor, la funda de mi pistola continuaba vacía. Me entregó una Astra del nueve largo y seis cargadores, que guardé en los bolsillos del

mono.

Teníamos que salir inmediatamente en busca de nuestras tropas. Formé a los hombres y hablé con ellos de lo que íbamos a hacer en la sierra: encontrar a nuestras fuerzas y detener y expulsar al enemigo que pretendía destruir y emponzoñar las centrales eléctricas y los embalses que daban agua y electricidad a Madrid. Si lo conseguían, Madrid no tendría luz, ni agua que beber.

Nombré a dos sargentos y les ordené que se pusieran un pañuelo atado al brazo hasta que consiguiéramos galones auténticos. Dos muchachos que acababan de terminar la mili y parecían despiertos y decididos.

Les ordené que repartieran las bombas Lafitte entre los que tenían cierta experiencia militar. Uno de ellos vendría conmigo en vanguardia y el otro cubriría la retaguardia y los flancos. Marchábamos por las estribaciones montañosas que bordeaban la cara este del Alto del León, para impedir una posible maniobra envolvente del enemigo que pudiera copar a nuestra columna y atacarnos por retaguardia. Al parecer, ya lo habían intentado. El grueso de nuestra columna se encontraba ya en pleno combate desde las seis de la madrugada.

El ruido de la artillería y de los morteros y el persistente tableteo de las ametralladoras atronaban la sierra como una siniestra e inmensa tormenta.

La sección avanzaba desplegada monte arriba. Al poco tiempo fuimos sorprendidos con fuego de ametralladoras y tiros de fusilería muy densos. Ordené retroceder y

ponernos a cubierto. Algunos milicianos se dieron la vuelta y echaron a correr monte abajo, rebasando a la retaguardia. Eran unos siete, que cayeron segados por las balas, cazados como conejos. Por más que grité, no se detuvieron. Dos de ellos murieron en el acto y el resto resultó malherido.

Mandé silencio absoluto y alto el fuego. El enemigo, emboscado, cesó de disparar a los pocos minutos. Debían de estar en alguna parte encima de nosotros, a la derecha. Ordené que en silencio recogieran las armas de los muertos y heridos y que los apartaran a una zona cubierta. Aquellos milicianos llevarían una nota ignominiosa de heridos en «huida», que me prometí redactar después. Degradé al sargento que mandaba la retaguardia por no detenerlos y nombré a otro, un muchacho joven, que parecía serio. Le ordené que con quince hombres intentara rodear la posición enemiga y sorprenderla. Sin hacer ruido, nos parapetamos en un pequeño repecho en medio de la cuesta del pinar. La sección se pegó al terreno. Debían de ser las cinco y media de la tarde y el calor se hacía notar. Seguíamos escuchando en la lejanía el furioso tableteo de ametralladoras y el cañoneo continuo de morteros y artillería, que parecían estar sobre nosotros. Las balas segaban las ramas de los pinos a nuestra derecha. El grueso de nuestras tropas combatía a menos de tres kilómetros. Nos mantuvimos pegados al terreno casi media hora.

La espera se hizo incómoda. Maldije al recién

nombrado sargento. Me di cuenta de que el enemigo se encontraba a menos de treinta metros en un repecho entre un denso pinar. Nuestro silencio los había engañado. Poco después, escuchamos sus voces. Alguien dijo: «Le hemos dado para el pelo a esa canalla, ¿eh?», y otra voz contestó: «Vamos a ver lo que nos ha dejado la chusma».

Sentí que descendían del monte, abandonando su posición. Caminaban sin ningún cuidado, debían de creer que estábamos muertos o refugiados en Villalba. Aguardé a que nuestra patrulla diera señales de vida. Me temí lo peor y saqué una bomba de mano, que mostré a mis hombres. Los pasos del enemigo al bajar la trocha eran perfectamente audibles; se reían y bromeaban. Iban en formación cerrada. Me puse de rodillas, le quité el seguro a la granada, grité «¡ahora!» y la lancé al tiempo que disparaba con la pistola. Mis compañeros de vanguardia hicieron lo mismo. Las Lafittes levantaron una enorme polvareda, entre gritos de sorpresa y pavor. Los habíamos sorprendido.

Di la orden de ataque y fuimos hacia ellos sin dejar de disparar. El enemigo huyó monte arriba, alcanzado por nuestro fuego cerrado. En ese momento apareció nuestra patrulla, que les cerró el paso atacando con granadas y disparos de fusilería. Algunos facciosos lograron escapar internándose en el espeso pinar. El resto yacía muerto o malheridos alcanzados por las granadas y los disparos. Sus cuerpos jalonaron la cuesta de pinos. Ordené al otro sargento que corriera tras los huidos con su pelotón.

Ocupamos su posición, un rudimentario campamento de avanzadilla camuflado en un repecho. Nos hicimos con bastantes fusiles, una ametralladora pesada, granadas de mano, víveres, municiones y un teléfono de señales. No debían de ser más de cuarenta. Hicimos tres prisioneros: un alférez, herido en una pierna con esquirlas de granada, y dos falangistas de paisano con heridas leves. Habían dejado veintiocho bajas. Curamos a los heridos e interrogué al alférez. Pertenecían a la vanguardia de la Columna Serrador, que Mola había enviado desde Valladolid, al parecer formada por legionarios, soldados de reemplazo, requetés y varias centurias falangistas. El alférez afirmó no saber sus efectivos.

Mis hombres descubrieron en los alrededores del campamento los cuerpos de seis milicianos fusilados recientemente, sus cadáveres aún no estaban rígidos. Furiosos, quisieron matar a los prisioneros allí mismo. Me costó trabajo impedirlo. Ordené que cinco de los nuestros llevasen a Villalba a los prisioneros y a los heridos que pudiesen caminar. Debían informar al mando de la situación y volver lo antes posible.

La patrulla que había ido tras los huidos regresó a la media hora con un botín de pistolas, municiones y dos fusiles. Afirmaron que un pequeño grupo de facciosos había podido escapar, pero que habían caído otros cuatro en combate. Sospeché que el enemigo había debido de rendirse y los habían fusilado. Degradé al sargento por no haber traído prisioneros y no impedir la fuga del enemigo.

Su comportamiento quedaría consignado en el parte que presentaría al capitán de la compañía. Reanudamos la marcha. Íbamos más despacio por la impedimenta.

El trepidar de la fusilería y de las ametralladoras no había cesado, el sordo rumor de los morteros y el feroz retumbar de la artillería de campaña se sentía muy cerca. Lo oiríamos durante toda la marcha. Al avanzar la tarde, mis hombres se sobresaltaron; querían regresar a Villalba, temían que nos coparan las patrullas facciosas. Los contuve a duras penas, amenazándolos con consejos de guerra sumarísimos.

Una hora después establecimos contacto con los nuestros. La primera línea ocupaba los límites de la explanada del Alto del León, parapetada tras sacos terreros y accidentes del terreno. El cañoneo continuaba, no había cesado ni un momento. Los pinos caían a nuestro alrededor desmochados por la acción de las bombas y las ametralladoras, el suelo aparecía cubierto de todo tipo de ramas y piedras. El grueso de nuestra columna combatía junto a soldados de ferrocarriles, que habían construido trincheras y pozos de tiradores, contestando al fuego enemigo. Una batería de cañones de campaña hacía fuego continuo.

Ordené a mis hombres que se acomodaran entre ellos y me acerqué a un oficial de ferrocarriles que llevaba un brazo en cabestrillo. Le di el santo y seña y me identifiqué. A voces, le pregunté por Fernando de Rosa, comandante de mi compañía, y por la marcha de la

ofensiva. El oficial me dijo que Fernando había sido herido por la mañana en los primeros combates y trasladado a Madrid, y que él estaba ahora al mando de la compañía; y añadió que el enemigo, aprovechando la noche, se había infiltrado, atacando por la espalda a nuestras defensas y causando muchas bajas. Afortunadamente, tropas de refresco llegadas de Villalba reaccionaron rápidamente y lograron dispersarlos a eso de las nueve de la mañana, capturando prisioneros y algún material de guerra. Llevaban combatiendo sin parar desde el amanecer, defendiéndose varias veces a la bayoneta.

González Gil, ingeniero aeronáutico y comandante del batallón, había muerto en combate. El oficial de ferrocarriles esperaba que al día siguiente el mando enviara más tropas de refresco, municiones y nuevos oficiales. Calculaba que el grueso de la columna resistía, repartida por la zigzagueante línea del frente. Los fascistas tenían ventaja, situados en posiciones más altas que las nuestras.

Me preguntó si mi sección estaba lista para un ataque frontal. Lo había dispuesto el mando para las 20 horas. Se realizaría quince minutos después. Aprovecharían el agotamiento de las fuerzas facciosas. Unos ochocientos hombres se abalanzarían contra los parapetos enemigos.

—Sí, a sus órdenes, mi capitán —respondí.

—Atacarás por el oeste, nosotros lo haremos por el centro y el este. —Hizo un gesto con la mano sana—. Haremos fuego de cobertura durante diez minutos a partir

de ahora mismo. Después iremos contra sus trincheras. Sincronicemos nuestros relojes. –Me apretó el brazo con la mano sana–. Tienes unos minutos para preparar a tus hombres. Atento a mi silbato.

Me hice con un fusil y reuní a mi tropa. Mandé calar bayonetas. Como si fueran mis jóvenes alumnos de bachillerato, les hablé despacio y con convicción de la importancia del ataque, que arrojaría al enemigo fuera de sus refugios, donde serían machacados por nuestras fuerzas en una segunda oleada.

Recuerdo con precisión aquella tarde del mes de julio, mi primer combate a la bayoneta. Tenía que hacer esfuerzos para que no se me notara el terrible miedo que me atenazaba y que me hacía temblar. Mis hombres estaban lívidos, agarrotados. Paseé entre ellos mientras una lluvia de fuego caía en el campo enemigo. Recuerdo vagamente mis pensamientos a mis padres y a Carmen. Me puse al frente, apenas veíamos más allá de cuatro metros. Lo impedía el polvo de los disparos y la lenta llegada de la tarde. Apreté las mandíbulas hasta hacerme daño.

Escuché el penetrante silbato del capitán. Después, un instante de silencio.

–¡Adelante! –grité, y corrí agachado, disparando el fusil.

Nos lanzamos por el flanco derecho. Por dos veces rechazamos a la vanguardia del enemigo, que había salido de las trincheras haciéndonos frente. Parecían tropas de

reemplazo, mezcladas con regulares, que vendían muy caras sus vidas. El desgaste de hombres de ambos bandos fue horrible, caíamos como moscas. Recuerdo que parte de mi sección alcanzó las trincheras del enemigo, disparando a los que huían. Pero al caer la tarde, las municiones se terminaron y ordené retroceder bajando una trocha.

De mi sección quedamos treinta y ocho hombres en pie. La adrenalina bombeaba nuestros corazones y todos teníamos los ojos dilatados por el miedo. Perdí mi fusil y la pistola estaba tan caliente que tuve que guardarla en la funda, sin poder tocarla. La segunda oleada prevista no se produjo. Regresamos al puesto de mando dando un rodeo.

El comandante de la compañía dio la orden de que yo condujera parte de la tropa, que se replegaría con los heridos a Villalba. Eran las doce y diez de la noche. El tiempo había pasado sin darnos cuenta. El oficial de ferrocarriles se desahogó, opinaba que con tropas de refresco podríamos haber ocupado la posición enemiga y afianzarla. Muchos milicianos habían desertado presas del pánico. Por lo visto, las deserciones habían sido constantes. Sin embargo, los actos de heroísmo fueron también muy numerosos.

Esa misma noche redacté a mano mi primer parte y lo cursé. Destaqué el tremendo heroísmo y sacrificio de mi sección. Borré las demás consideraciones sobre algunos comportamientos anteriores, poco admirables.

Villalba se había convertido en un centro estratégico

militar, punto en el que confluían las carreteras que enlazaban los puertos del Alto del León, Guadarrama y Navacerrada. El pueblo, ocupado por las milicias, era un completo desbarajuste. Había tropas por todos lados, hospitales de campaña, vehículos militares y artillería ligera. Me confirmaron que Fernando de Rosa, capitán de mi compañía, se reponía de sus heridas. Lo alcanzaron durante un ataque frontal, a la cabeza de sus tropas. Entregué el informe al mando de la columna y les comenté que no se podía enviar al combate a milicianos sin preparación militar. Me contestaron vaguedades sobre la disciplina y las obligaciones de un oficial en el frente. Aquello me produjo una honda impresión.

Las últimas noticias eran que las columnas enviadas a la sierra habían sido rechazadas a las pocas horas de combate, pero que el frente se había afianzado en sus nuevas posiciones y resistía. Los facciosos no habían podido pasar. Sin embargo, un diez por ciento de las milicias emprendieron una vergonzosa huida abandonando el armamento. El coronel Castillo, comandante de una de las columnas, se había suicidado. Asumieron el mando el teniente coronel Moriones y el delegado del gobierno, el coronel de artillería Morales, que seguían aguantando las embestidas del enemigo.

Pregunté por los milicianos a los que había enviado al cuartel general, pero nadie sabía nada de ellos. Los inscribí en el parte como «desertores en combate». Los restos de mi sección habían sido integrados en una nueva

columna de refresco. Estaba tan furioso y agotado que apenas pude cenar, caí rendido al momento en mi jergón. Al otro día, me presenté en el cuartel general.

Nos reorganizamos y partimos al frente. La nueva columna estaba comandada por el teniente de asalto José María Galán, hermano del mártir republicano. Estaba compuesta por dos batallones, el Octubre y un batallón anarquista al mando de Cipriano Mera, albañil de profesión y capitán de milicias, que acababa de conquistar Guadalajara después de salir de la cárcel. El capitán Mera nos aguardaría con sus fuerzas en un pueblo de la sierra, donde fijaría su cuartel general.

Me habilitaron de capitán de milicias, al mando de la 3.^a Compañía del Batallón Octubre, hasta que se repusiese de sus heridas Fernando de Rosa. Venían con nosotros una compañía de ametralladoras, varias secciones de morteros y una batería de artillería de campaña del 155, transportada en mulos. Calculé un total de unos seiscientos hombres. Éramos las fuerzas de refresco. La orden era impedir que el enemigo pudiera alcanzar los embalses y las centrales eléctricas. Me agradaban el orden y la disciplina que imponía Galán.

El teniente Galán me comentó que el Alto del León ya estaba ocupado el 17 de julio por un grupo de falangistas y monárquicos de Renovación Española que se hicieron fuertes en el túnel. El 19 de julio partieron de Burgos unos trescientos hombres más que acudieron a reforzarlos, la vanguardia del coronel Gistau, que llegó a la zona de

combate el 21 y que tuvo que enfrentarse a las primeras columnas republicanas.

En esa fecha comenzaron los duros combates entre el ejército que mandaba Mola y las milicias populares. Los facciosos contaban, además de con la Columna Gistau, con la del coronel García Escámez, que había partido de Pamplona el 19 de julio con requetés, guardias civiles y falangistas, y la de Serrador, que salió de Valladolid en la misma fecha. Un total de unos seis mil hombres bien pertrechados.

Los facciosos no habían podido avanzar de sus posiciones iniciales. La milicia tampoco había podido rebasarlas. La Columna Mangada, la más numerosa, había derrotado dos veces a los facciosos y se encontraba, victoriosa, a veinte kilómetros de Ávila.

Íbamos monte a través en silencio y desplegados. Mientras marchábamos lentamente, charlábamos sobre nuestra experiencia en los recientes combates. Galán tenía mi edad, poco más o menos, nos considerábamos ya «veteranos» por habernos enfrentado al enemigo al menos una vez. Estábamos de acuerdo en que así no se podía continuar: los milicianos eran indisciplinados, a veces increíblemente valientes y otras veces se asustaban ante la artillería o las cargas a la bayoneta y huían despavoridos. Se negaban a una mínima preparación militar, que

consideraban inútil y pernicioso. En realidad, despreciaban a los militares, sobre todo los anarquistas, que solían combatir en sus propias formaciones y no aceptaban órdenes de nadie. Desertaban con suma facilidad y el mando no sabía la situación exacta de las columnas de milicias, ni de las fuerzas que las componían, ya que cambiaban continuamente.

Una de nuestras patrullas encontró a un grupo de reconocimiento de las milicias locales, y lo trajeron ante nuestra presencia. Lo formaban un pastor de cabras y dos socios del Club Alpino, que conocían la zona al dedillo. Informaron a nuestro comandante de que por la carretera, rumbo al Alto del León, marchaba un convoy de camiones. Eran de la CNT a juzgar por los cánticos revolucionarios y las banderas.

Galán montó en cólera, no sabía que otra unidad fuera a combatir en su sector. Mandó detener la marcha y me ordenó que le acompañara. Junto al pastor, corrimos entre trochas y veredas hasta alcanzar a la columna, que marchaba despacio por la carretera. El teniente ordenó parar el convoy. Nos enteramos de que eran unos veinte camiones con doscientos milicianos. Lo mandaba un hombre alto y delgado, líder de la CNT, elegido por sus compañeros. Provenían de Aranjuez, e iban a reforzar a las fuerzas de Cipriano Mera.

La conversación fue así:

—Estamos en medio de una operación militar y ustedes no constan en el plan de ataque. ¿Quién les ha dado la

orden de integrarse a las fuerzas de Mera? –preguntó el teniente.

–Nadie, lo hemos decidido nosotros solos. Vamos a luchar junto a él.

–¡Ustedes no pueden hacer eso sin permiso del Alto Mando! Mera se encuentra al otro lado de la sierra, vamos a intentar un golpe envolvente. ¿Piensan ustedes atravesar la sierra?

–Si hace falta, la atravesaremos. ¿Quién nos lo va a impedir? ¿Usted?

–Escuche, el coronel Serrador tiene emplazadas al menos tres baterías de cañones del 7,5 y varias secciones de ametralladoras y morteros. Domina las carreteras y recibe tropas de refresco y municiones de Burgos constantemente. Tenemos que marchar campo a través, las carreteras son peligrosas. Yo mando la columna, pónganse bajo mis órdenes hasta que nos encontremos con Mera.

–No se preocupe, teniente. Vamos a ponernos a las órdenes del compañero Cipriano Mera de todas formas.

–Es una locura que vayan por la carretera, seguramente ya habrán emplazado baterías y ametralladoras. No creo que puedan atravesar las líneas enemigas.

No sirvió de nada. Los camiones reemprendieron la marcha.

Más tarde supimos que fue una tremenda carnicería. El pastor nos contó que el convoy fue detenido por un nutrido fuego de artillería y ametralladoras. Los camiones

que no saltaron por los aires intentaron dar la vuelta y varios de ellos volcaron en las cunetas y taponaron la carretera. Fue algo parecido al tiro al blanco. Los milicianos fueron cazados por las ametralladoras en fuego cruzado. De doscientos hombres regresaron cuarenta y cinco ilesos a Aranjuez en cinco camiones. El resto quedaron destruidos o inmovilizados, bloqueando la carretera. El parte de bajas fue de ciento cincuenta y cinco milicianos.

Durante aquel mes de julio, en la sierra, muchas veces los milicianos fusilaban a los prisioneros mientras los trasladaban, pretextando que habían intentado huir. Otras veces detenían a los camiones de prisioneros a mitad de camino y acababan con ellos en los terraplenes. Los facciosos hicieron lo mismo. Nadie capturó prisioneros aquel verano. Pero ese no era el principal problema, lo fue la falta de disciplina. Gran parte de los milicianos no aceptaban órdenes y cambiaban de columna a su antojo o se volvían a sus casas a descansar, o a estar con sus familias.

Sin embargo, las tropas de la República no abandonaron sus puestos de combate en la sierra durante toda la guerra. No pudimos pasar, pero tampoco ellos, excepto en algunos puntos. El frente se estabilizó y aguantó hasta el final de las hostilidades en 1939. Nunca llegaron a contarse las bajas de hombres, ni el gasto de material de guerra, durante aquellos días de julio, durante los primeros combates de la sierra. Un cálculo optimista

arrojaría la cifra de cinco mil bajas. Los primeros oficiales de milicias lucharon a la cabeza de sus hombres, muchas veces en combates cuerpo a cuerpo, cayendo en el campo de batalla en proporción de seis de cada diez. Se derrocharon valor e impericia. Se tardó varios meses en disciplinar a aquellos improvisados soldados.

Dejo de escribir aquí. Estoy cansado por la falta de sueño y la escritura de este diario que me he impuesto. Escribo a vuela pluma, sin apenas reflexionar. Tengo buena memoria, pero no lo recuerdo todo. De lo que sí me acuerdo es del deseo generalizado de unificar el mando republicano, de crear un ejército popular, preparado militarmente y disciplinado en el combate. La falta de aviación, tanques y artillería era prioritaria.

Vi a Carmen en uno de mis permisos, que consistió en dos días de asueto en Villalba. Ella estaba con sus amigos, casi todos estudiantes y médicos recién diplomados, ayudando en los hospitales de campaña que se habían creado. No dormí ni descansé aquellos días. Más adelante, Carmen fue destinada a una organización que atendía a los huidos de las ciudades y pueblos vecinos tomados por el enemigo, que empezaban a refugiarse en Madrid.

¿Por qué nunca me alcanzó una bala enemiga? La única herida que sufrí durante la guerra la produjo una esquirla de metralla en el hombro, en febrero del 38, durante la toma de Teruel. Entonces era comandante de batallón y habilitado para teniente coronel mandaría una brigada mixta.

BURGOS, COMIENZOS DE ENERO DE 1938

La madre de Dimas soltó unas cuantas lágrimas cuando recordó el reciente fallecimiento de Águeda. Pitita había sido su amiga del alma, de modo que tuvo que ensayar, ante Dimas, un poco de teatro durante el almuerzo en el comedor del piso de la Plaza Mayor.

Rufa, la criada de siempre, trajo el segundo plato en la vieja bandeja de plata: dos tortillas a la francesa, acompañadas de guisantes, que sirvió primero a su madre y después a él. Dimas se mojó los labios con el vino de la copa y contempló a su madre enjugarse unas lágrimas.

—¡Ay, no tengo hambre, Rufa, hija! ¡Qué le vamos a hacer!

—Coma usted, señora, que nuestro señor Jesucristo se ha llevado a doña Pitita a los cielos. Ya no sufrirá más. Ande, cómase la tortilla, que está muy buena.

—A veces pienso que es mejor morir de una vez,

Rufa, hija, ya ves. Estoy harta, pero hartita de sufrir tanto.

—No hay que morirse, señora. Hay que vivir hasta que le llegue a una su hora. —Se dirigió a Dimas—: ¿Quiere que le prepare algo más, señorito? Como no nos ha avisado, no he podido preparar nada. ¿Le corto un poquito de jamón? Aún queda.

—No, gracias, con la sopa y la tortilla es suficiente.

—¿Por qué no avisas, hijo? Rufa te podría haber preparado el cocido que tanto te gusta. Me tienes olvidada.

—Tengo mucho trabajo, mamá.

Escuchó el largo suspiro de su madre. Luego la contempló trocear la tortilla con el cuchillo y el tenedor de plata y llevarse los pedacitos a la boca.

Antes, en la antigua casa de la calle de la Paloma, no era así, había manteles de lino impolutos, vajilla de porcelana y altas copas talladas. Y su madre tocaba suavemente la campanilla para que acudieran a retirar los platos. Entonces tenían servicio, Rufa y la doncella, sin contar a la encargada de la cocina y las criadas. Y su padre, las raras veces que acudía a comer, alto y apuesto como los galanes de cine, que bromeaba siempre.

Aquel inmenso comedor que se engalanaba cuando su padre aparecía para comer. Los altos y oscuros muebles de madera traídos de Filipinas, los cortinones que impedían cualquier rastro de claridad, las alfombras y las arañas que producían filigranas de luz durante aquel tiempo que ya no volvería.

Y la foto, esa foto enmarcada en plata, colocada sobre el aparador que antes no estaba y que ahora presidía el salón comedor. La foto de su bautizo en la catedral, en 1908, con su padre y su excelencia el Caudillo, muy sonrientes y jóvenes, ambos con las estrellas de tenientes en las bocamangas. Y el recuerdo de las fiestas en su casa con todos los amigos del colegio: Sancho y sus hermanas, tan pesadas, Luis Alberto y los otros. Y su madre, con aquellas señoras siempre con sombreros, y los abuelos y su padre entre los hombres hablando de la guerra de Marruecos y de política, fumando habanos.

Su padre poseía un mundo aparte y secreto, vedado a él y a su madre, que incluía al chófer, sus dos asistentes y los viajes a París.

Fue a finales de junio o a principios de julio de 1931, después de que él volviera de Salamanca, donde estudiaba Derecho, para pasar el verano en la finca de la abuela, en Tordesillas. Su madre y doña Pitita, junto a otras damas de la sociedad burgalesa, acudían a los tedeums que periódicamente se celebraban en la catedral para pedirle a dios protección y amparo para la pobre España, ahora con el horror de ser republicana.

Aquel día de verano, de fecha incierta, su padre comía en silencio. Su ascenso a general se demoraba más de lo previsto y ese era un tema que su madre no podía dejar de tratar.

De pronto su padre dijo:

–Sabes..., cuando estuve en Madrid vi a Beigbeder, va

a seguir siendo agregado militar en Berlín.

—¿No lo han destituido, Dimas?

—¿A Beigbeder? No, ha jurado adhesión a la República.

—Vaya, un traidor, ¿no?

—No, es un mero trámite. Lo requiere su cargo, es diplomático.

—¿Lo han ascendido?

—No, no le hace falta. Sigue de teniente coronel.

—Y Franquito ¿qué va a hacer? Han cerrado la Academia, ¿no?

—Franquito siempre cae de pie, no se significa en nada.

—Pues haz tú lo mismo.

—Yo no soy Franquito, Teresa, métetelo en la cabeza. Ese cabrón de Azaña ahora dice que sobramos militares y voy a pedir pasar a la reserva.

—Mira qué bien, así no te van a ascender nunca.

—Dejemos esto, me conviene el retiro, las aguas volverán a su cauce muy pronto. Ya verás. —Miró a su hijo—. He hablado con Beigbeder, chaval, y le he propuesto que vayas a Alemania con él. ¿Qué te parece? Te dará un trabajillo en la embajada o en el consulado, para que vayas tirando.

Era eso, lo sabía. Todavía no le había dicho nada sobre su posición política, a su madre le daba miedo que se metiera en jaleos con los estudiantes, manejaban pistolas y era peligroso. Por eso, cuando apenas un mes antes habían llamado por teléfono del Gobierno Civil de Salamanca para decirle que lo habían detenido bajo la

acusación de «vandalismo callejero», en realidad «tiroteo contra huelguistas», su padre tardó cuatro horas en presentarse ante el despacho del gobernador con el uniforme de teniente coronel y el fajín de Estado Mayor. Recordaba su sorpresa cuando lo vio entrar fumando un cigarrillo. El gobernador le pidió que aguardara fuera y su padre estuvo un buen rato con él cuchicheando, luego escuchó sus carcajadas. Se aclaró que había sido un error de la policía.

Hicieron el viaje de vuelta en silencio. Pasaría las vacaciones de verano con la familia hasta que se aplacaran los ánimos.

Y ahora le decía eso de ir a Alemania.

–¿Qué te parece, chaval?

–Sí, me gustaría ir, claro. ¿Cuándo me voy?

–En septiembre, cuando se confirme el nombramiento. Si no quieres ser militar, hay que buscarte un futuro. ¿Qué te parece ser diplomático?

–¡Ay, tú estás más loco que nadie, Dimas! ¿Qué va a hacer el niño en Alemania?

–Formarse, aprender idiomas. ¿Qué tal vas con el francés?

Se encogió de hombros.

–Tirando.

–Dimas, el niño tiene que terminar Derecho. Si se va a Alemania, no va a poder estudiar.

–Ya terminará Derecho después. Para eso hay tiempo.

Su padre arrojó la servilleta sobre la mesa y se puso en

pie.

–Voy a tomar café en el Casino. Y tú, chaval, acompáñame.

Dimas se quedó atónito, nunca le había invitado a ir con él a ninguna parte. Y ese día, en el Casino, tomaron café y copas y hablaron de lo importante que era que supiera hablar alemán. Se estaba preparando algo muy gordo, decisivo.

–Ya eres un hombre, hijo. Además, es fundamental que te posiciones contra la República. Dame un abrazo.

Dimas terminó la tortilla y los guisantes y continuó observando los extraños movimientos que efectuaba su madre con la boca mientras masticaba la comida.

–Oye, mamá, ¿estaba enferma doña..., digo, Pitita? –le preguntó.

–¿Enferma? Pues... no sé, hijo... Bueno, le había afectado mucho la muerte del pobre Luis y eso de no ver a su hijo ni a sus nietecitos, pues ya ves, eso nos afecta, Dimas. La pobre lo estaba pasando muy mal. ¿Cuándo me vas a dar nietos, Dimas?

–No empecemos con eso, mamá, y contéstame, ¿iba Pitita al médico? Quiero decir, tenía el mismo médico que tú, ¿no? Me refiero a ese Gómez o como se llame.

–Gálvez, doctor Gálvez, hijo. Es nuestro médico de siempre.

–¿Sabes si tenía que ponerse inyecciones?

–¿Inyecciones? –La madre se persignó—. ¡Quita de ahí, hijo, con lo que duelen las inyecciones! Ella no se ponía nada, si lo sabré yo. Además, le daba miedo pincharse.

Rufa apareció detrás de él.

–¿Tomará café, señorito?

–¿Qué?

–Que si quiere café.

–No, no... Tengo que marcharme. Lo tomaré en la calle.

Se levantó. Su madre puso morritos y le dijo:

–Ven a darme un beso, descastado, que no quieres ni a tu madre.

Dimas la besó.

–Luego voy a venir a por unos trajes y unas camisas de papá para que me los arreglen.

–¡Ay, hijo! ¿Por qué no te los llevas todos de una vez? ¿No te parece mejor?

–Poco a poco, mamá, poco a poco. –Observó el reloj—. Y mañana vete sola a la catedral, yo iré después, enseguida.

–Hijo, ¿es que no me vas a acompañar al entierro?

–Ve tú, mamá. Te acompañarán tus amigas. Yo iré un poco después. Tengo mucho que hacer.

–¡Pero hijo!

–Iré luego, mamá. No te preocupes.

Dimas tuvo que mostrar su carné de Investigaciones para que la muchacha vestida de blanco abriera del todo la puerta y le dijera que enseguida llamaría al doctor, que pasara un momento, por favor. Dimas ensayó una sonrisa con un costado de la boca y negó con la cabeza, como si dudara. Al tiempo, le dijo:

–No hace falta que pase, tengo prisa. ¿Hay algún sitio donde pueda hablar con el doctor Gálvez?

–Espere..., espere, por favor. Voy a llamar al doctor, está en consulta.

La muchacha dejó la puerta abierta y desapareció detrás de otra puerta acristalada. Dimas pasó a la salita de espera, pintada de rosa pálido, donde tres mujeres bien vestidas bajaron la cabeza a las revistas que hojeaban. Había unos cuantos cuadros religiosos de vírgenes y santos y una foto enmarcada, reciente, del doctor y una dama muy flaca, vestida de negro, en una sala de un hospital de mujeres. Dimas la reconoció: era la esposa del gobernador civil, el general de brigada Urbano Benavides.

El doctor salió enseguida. Un hombre de unos sesenta años con el cabello blanco bien peinado, y apuesto, reconoció Dimas. La bata blanca que llevaba parecía almidonada y le llegaba casi hasta los pies. La muchacha que le había abierto la puerta se quedó atrás con una mano tapándole la boca. El doctor avanzó hacia él con una mueca en los labios y la mano extendida. Dimas no sacó la suya del bolsillo.

–¿Doctor Gálvez?

–Sí, sí..., usted es... –preguntó bajando la voz.

–Dimas Prado, de Investigaciones.

La mueca se congeló y retiró la mano. No supo qué hacer con ella, mientras Dimas observaba su nerviosismo, que apenas podía controlar.

–¿Qué ocurre? Estaba en consulta y...

–¿Podemos hablar en otro lugar?

–Sí, claro..., espere, ¿vamos a tardar mucho?

–Eso depende de usted.

El médico volvió la cabeza hacia las mujeres sentadas en la sala de espera y sonrió con timidez, como si les dijera que no era culpa suya esa interrupción. Tomó del brazo a Dimas, que se soltó con brusquedad, al tiempo que el médico le decía:

–Venga por aquí, por favor.

Empujó la puerta del despacho y aguardó a que Dimas entrara. Dimas contempló los libros de lomos oscuros alineados en estanterías, la mesa de caoba y una litografía enmarcada del *Cristo* de Velázquez.

–Quisiera decirle que me avalan el señor gobernador y su señora, doña Leonor de Benavides. Somos amigos desde hace mucho tiempo. –Sonrió y Dimas pudo darse cuenta del miedo agazapado detrás de aquellos ojos, un miedo antiguo—. Lo que hice..., bueno, eso fue hace mucho tiempo, cuando era joven, ¿comprende? Y he salido..., quiero decir, estoy limpio, no tiene sentido que ahora vuelvan ustedes a...

–No es nada contra usted. Quiero preguntarle por una

de sus pacientes.

—¿Una de mis pacientes? —El cuerpo pareció desmadejarse, como una marioneta a la que le rompen los hilos—. No comprendo, ¿una de mis pacientes está bajo investigación?

—Eso no le interesa. Quisiera preguntarle por doña Águeda Lucena, creo que fue paciente suya.

—¿Pitita? Pero Pitita ha..., seguro que ustedes ya lo saben, ¿verdad? Me refiero a que murió antes de ayer de un infarto, creo. —Hizo un ademán con la mano—. En Burgos las noticias vuelan. ¿Se trata de ella?

—Sí, de ella... Y dígame, ¿la estaba tratando de alguna enfermedad?

—¿Quiere decir si estaba en tratamiento?

—Eso es lo que he querido decir.

—No... No estaba en tratamiento. Me llamaba mucho, acudía constantemente a mi consulta, pero ya sabe..., en realidad lo que quería eran atenciones, ¿comprende? Estaba en medio de una menopausia aguda, pero enferma, enferma..., no. —Negó con la cabeza—. Es corriente que mujeres de su edad se sientan solas, sin los hijos y... bueno, sin marido. Era viuda. Aunque no tan mayor... Tenía cuarenta y nueve o cincuenta años.

—¿Le había recetado inyecciones?

Ahora el médico se sentía seguro, se dio cuenta Dimas, hablaba con precisión, con las manos metidas en los bolsillos de la bata.

—Le puse un tratamiento para combatir la menopausia

el año pasado, cuando murió su marido. Inyecciones de calcio, vitamina B..., hace mucho tiempo que no pasa por la consulta, casi tres meses. En realidad no se puede decir con propiedad que estuviera enferma..., bueno, si pensamos que la menopausia es una enfermedad, entonces sí. En realidad la menopausia es un desajuste orgánico. – Y le sonrió.

Borsa le frotaba la pierna con un trapo empapado en alcohol de romero en el salón de su apartamento. Dimas estaba sentado en la *chaise longue* con la pernera del pantalón remangada. A la altura de la pantorrilla, una cicatriz violácea le cruzaba la pierna. El tiro le había quebrado el hueso en dos y estaba mal soldado.

–¿Lo has hecho? –le preguntó Dimas.

–Sí, claro. –Borsa siguió frotando con sus fuertes manos la pierna de Dimas. Tartamudeó algo que este no entendió. Luego, dijo—: Estaba bebido y lo atropelló un coche militar de capitanía. Fue ayer noche.

–Sí, está bien pensado. ¿El sereno bebía?

–No lo sé, pero eso no importa, ¿verdad? Le obligamos a beber. Le dimos un par de golpes y perdió el conocimiento. El coche le pasó por encima. Le van a dar una paga a su mujer.

Dimas apartó la pierna, se bajó la pernera y se quedó pensativo. Ahora se daba cuenta de a qué iba el sereno a

casa de Pitita. Seguramente le daba fricciones en las piernas y en los muslos. Y Pitita lo aguardaba sin ropa interior.

Dimas no pudo conciliar el sueño. La mano de Lorenzo Gomis subía y bajaba por los muslos de doña Águeda. Luego se detenía y hurgaba, doña Águeda se retorció y se tensaba. Gemía, pero el sereno no se detenía. Le subía el camisón hasta arriba de los pechos. «¡Ahora, ahora!», gritaría doña Águeda. Lorenzo Gomis le abría las piernas más y más. Parecía a punto de romperse. Era un erizo grande, enorme, rosa y negro. Le ocupaba el vientre, los muslos y parte de las nalgas lechosas. Dimas saltó de la cama.

El café Berlín estaba hasta los topes. Distinguió a Garcés y a Sepúlveda, inexplicablemente sentados a la misma mesa, junto a un oficial alemán, un teniente de artillería de uniforme, y otro de paisano que no conocía. No había rastro de Ana y paseó la mirada entre las mujeres de la Tangerina, que bebían y charlaban en el mostrador.

Garcés cruzó la mirada con la suya y se encaminó a los servicios. Al rato, Dimas se puso a su lado en el urinario.

—¿Sabes lo que me ha hecho Montoro? —le preguntó.

–No, ¿qué te ha hecho?

–No negocia conmigo hasta que no tenga la carta auténtica. Me urge mucho, Dimas. –Garcés masculló algo ininteligible. Dimas lo observó, estaba bastante borracho–. ¿Qué tal con mi secretaria?

Dimas se encogió de hombros, terminó de orinar y se dirigió a los lavabos. Garcés lo siguió, interrogándolo con la mirada. Entraron dos aviadores, bastante borrachos, fanfarroneando sobre operaciones de castigo en algún frente. Garcés bajó la voz mientras se lavaba las manos.

–Me corre prisa, Dimas. Si esto no sale, me devuelves los cinco mil duros.

–¿Eso es todo? –le respondió Dimas, añadió, mientras se dirigía a la puerta–: Le daré la carta a Montoro. Ya te avisaré, tú tranquilo.

Garcés lo agarró del brazo.

–Oye, ten cuidado conmigo, Dimas. No vayas a jugármela, ¿eh? Te lo aviso, quiero la carta. No te lo diré más.

Garcés salió en tromba. Uno de los que acababa de entrar le sonrió a Dimas, que se había quedado clavado en la puerta.

–Peleaos en la calle, hombre, aquí no se puede. –Entró en el baño y le hizo el gesto de silencio.

**PENAL DEL PUERTO, FINALES DE ABRIL
DE 1946**

Hoy es sábado. El calor ha remitido un poco, pero continúan restringiendo el agua potable. La dirección lo achaca a la falta de lluvias. No llueve desde la primavera pasada. Traen del Puerto carros con cisternas y distribuyen un litro por día y por preso. La falta de agua ha convertido el penal en un infierno. Si no llega a ser porque tengo conmigo la carta y el paquete de Carmen, hubiera pensado que la conversación con DP había sido un sueño. Han pasado más de dos meses y aún no ha llegado la respuesta de DP.

El calor es espantoso, tórrido y asfixiante, en este extraño mes de abril de 1946. La mayoría de los penados pasan el día sin camisa, o en calzoncillos, en las celdas. Aunque van vestidos a patios, está prohibido permanecer sin el uniforme completo en cualquier dependencia de la

cárcel; los funcionarios hacen la vista gorda cuando se los desabrochan o se quitan las chaquetas abotonadas que exige el reglamento. El olor de tantos cuerpos hacinados se hace insoportable.

Este mediodía, Iñaki Arteche acude a la galería de tuberculosos al toque de comidas. A veces, Arteche come con los vascos enfermos en la primera tanda gracias a las prerrogativas que ha conseguido de la dirección del penal. Una de ellas es esta, otra es la de poder jugar al ajedrez con los enfermos de vez en cuando. Cuando lo hace conmigo, suele ganarme seis de cada diez partidas.

Pero hoy no ha venido a comer con los enfermos, ni a verlos, ni tampoco a jugar una partida de ajedrez.

—¿Quieres que luego nos echemos una partida, Iñaki? — le pregunto.

—No, esta vez no... Quería preguntarte... Bueno, oye, ¿tú eres el Delforo que estaba con Fernando de Rosa en la toma de Peguerinos? Creo que eras capitán, me parece. Unos dicen que eras tú y otros que no. Hemos tenido una discusión con los muchachos, pero no nos ponemos de acuerdo.

Me extraña esa pregunta.

—Sí, estuve en la toma de Peguerinos. ¿También estuviste allí? No te recuerdo.

—Iba con la columna de Asensio Torrado, la que salió

de Madrid... El Batallón Vasco era la vanguardia. Yo también era capitán. Pero estuve en Peguerinos poco tiempo, una semana. Luego me enviaron al frente del Norte con mi batallón.

—No te recuerdo, Iñaki, lo siento.

Vuelvo a observarlo, pero parece pensativo, cabizbajo.

—Lo recuerdo bastante bien —le digo—. A finales de agosto la vanguardia del general Varela dio un golpe de mano y tomaron Peguerinos, infiltrándose entre nuestras columnas. Eran dos tabores de regulares, unos ochocientos hombres. Hicieron barbaridades. La República había convertido la iglesia en hospital. Asesinaron a bayonetazos a los heridos y enfermos, a los médicos y a las enfermeras. Antes las violaron. Nuestro batallón realizó el contraataque. Acabamos con ellos antes de que llegara Asensio Torrado.

—Mi batallón llegó un poco después, mataron a mi comandante y lo sustituí. Íbamos a marchas forzadas en cuarenta camiones, éramos unos cuatrocientos hombres. — Vuelve a callarse. Poco después me dice—: Mi..., mi mujer era médico. Estaba en el hospital de Peguerinos. Tenía veintiséis años.

—Joder, Iñaki, qué me dices.

—Luego cogisteis a ese tipejo, el antiguo secretario del ayuntamiento, que condujo a los regulares en la toma del pueblo. Se llamaba Crescencio Ramírez. Y tú no quisiste que lo fusiláramos.

Arteche continúa pensativo. El rostro abatido.

–Sí, lo recuerdo.

–Mis hombres y yo estuvimos a punto de matarte.

–No fue exactamente así, Iñaki, queríais matarlo a golpes y patadas. Habría sido un linchamiento. No linchábamos a nadie, el Ejército Republicano no linchaba. Si había que fusilarlo, lo fusilábamos. Esa era mi norma. Lo hicimos más tarde, Iñaki. Después de escucharlo en un breve juicio sumarísimo.

Iñaki Arteche se encoge de hombros.

–Quería que lo supieras.

–Agradezco tu sinceridad. Estarías furioso, exaltado por el fin terrible de tu esposa. Es comprensible.

Recuerdo que tuvimos que luchar para que no destrozaran, literalmente, a aquel secretario del ayuntamiento y a los regulares que habían caído prisioneros. Nuestros milicianos eran ya mucho más disciplinados que al comienzo de la guerra. Después de los primeros combates en la sierra en julio del 36, la masa de combatientes fue poco a poco tomando una forma más definida y disciplinada. La Dirección General de Milicias se esforzó en crear batallones y columnas con jefes experimentados, que unas veces provenían del ejército regular y otras de los oficiales de milicias supervivientes de los primeros combates. Se procuró dotarlas de instrucción militar, armamento y equipos suficientes.

Gran número de sargentos y suboficiales del ejército regular que lograban pasar el tamiz de «adeptos» al régimen republicano fueron ascendidos a oficiales y

comenzaron a mandar compañías y batallones del nuevo ejército. Por lo general, el mando de las columnas y batallones se dejaba a oficiales de carrera, al tiempo que se intensificaba la formación de nuevos oficiales y jefes entre los milicianos más destacados.

Las unidades militares creadas por los sindicatos y los partidos políticos a comienzos de la guerra aparecieron como hongos, aunque muchas veces tenían una vida efímera. Los nombres de estas unidades solían ser curiosos, como el Batallón Pancho Villa, Las Águilas, Amanecer, Amanecer Rojo, Acero, Los Castúos, Hierro, etc. Resultaba difícil que la Dirección General de Milicias o el Alto Mando supieran quiénes eran los jefes de esas unidades, sus posiciones y si seguían las órdenes de combate. El Ministerio de Defensa y la Dirección General de Milicias trataban de controlarlos, pero el cumplimiento de las tareas de guerra dependía a veces de la buena voluntad de los representantes de los partidos políticos y de los sindicatos y, en gran medida, de los jefes de las unidades. En no pocas ocasiones se votaba en el campo de batalla la táctica a seguir, fuera de las órdenes del Alto Mando, que se cuestionaban continuamente.

Por lo tanto, era muy difícil conocer la situación de las unidades, su armamento y su capacidad de maniobra. Muchas veces, las órdenes de ataque o repliegue se tomaban en la sede de los partidos, haciendo caso omiso de los planes elaborados en el Alto Mando. Sin embargo, las unidades creadas por el Partido Comunista, sobre todo

el llamado Quinto Regimiento, contrastaban en orden y eficacia con las demás fuerzas políticas. Los socialistas crearon los batallones Octubre n.º 1, Octubre II, el Largo Caballero, el Margarita Nelken y muchos más, también preocupados por la disciplina militar y el mando único que condujera la guerra.

En las regiones alejadas de Madrid surgían organismos militares que hacían la guerra por su cuenta y riesgo sin que el Estado Mayor Central tuviera autoridad ni conocimiento de ellos. La improvisación campaba por sus respetos en todas partes, e impedía la coordinación entre las fuerzas gubernamentales. Eso sucedió sobre todo al principio de la guerra en Guadarrama, Somosierra, en Navalperal de Pinares, en Las Navas del Marqués y en Sigüenza, que eran los frentes de combate próximos a Madrid.

En otros lugares como Asturias, Córdoba, Extremadura, todo el Levante, Cataluña y en el Norte se crearon también columnas para enfrentarse a las tropas facciosas, a veces sin comunicarse con el Estado Mayor Central, que no llegaba a saber sus objetivos, ni el número de combatientes, ni su armamento. En Aragón, las columnas anarquistas y las del POUM se dedicaron a colectivizar el campo y detuvieron su avance militar. La Columna de Hierro, de mayoría anarquista, que partió hacia Teruel desde Levante, al encontrar resistencia en las proximidades de la ciudad también detuvo su avance.

Multitud de voces proclamaban la necesaria unidad en

el mando, que chocaba sobre todo con los anarquistas y el POUM, cuyos objetivos declarados eran hacer la revolución. Por el contrario, el Partido Comunista clamaba en su prensa y en la mayoría de sus mítines por el mando único y la creación de un ejército popular. De todas maneras, el mayor derroche de hombres y pertrechos se realizaba en las retaguardias. Muchos cientos de milicianos armados se limitaban a hacer guardias en una complicada red de puestos de vigilancia y control, de dudosa utilidad, buscando enemigos internos, que los había, y muy organizados, aunque esos milicianos de retaguardia constituyeron, en sí mismos, un peligro para la República por sus atribuciones sobre el orden público. Además, cada comité político o sindical organizaba su propia intendencia, requisando y, frecuentemente, derrochando toda clase de pertrechos y víveres para sus tropas, en detrimento de las demás unidades y de la población civil, lo que desestabilizaba más aún la economía del país.

Las tropas regulares, los restos del Ejército Republicano que no se habían sublevado, fueron enviadas también a combatir, bien como participantes en columnas de milicianos o formando unidades autónomas, casi siempre mal encuadradas y con pocos oficiales, la mayoría de ellos sargentos ascendidos provisionalmente, que a veces daban ejemplo de disciplina y combatividad, y otras veces no. Sin duda, las mejores tropas al comienzo de la contienda fueron las fuerzas de Asalto, que se

destacaron por su confianza, disciplina y ardor en la lucha. Otra cosa fue la Guardia Civil, convertida en Guardia Republicana, sin los tricornos, que a la menor ocasión se cambiaba de bando, exceptuando contados jefes y oficiales.

Reorganizado el Batallón Octubre II, se le otorgó el mando a Fernando de Rosa, repuesto de su herida y ascendido a comandante de milicias. Nuestro objetivo era integrarnos en la columna del coronel de intendencia Fernando Sabio, formada por otro batallón de aviación, cuyo comandante era el teniente coronel Rubio, y otras unidades con varias compañías de ametralladoras y morteros. En total, la Columna Sabio constaba de unos mil hombres.

Me habían ascendido a capitán, pero sin mando de tropa, una especie de subjefe de batallón, que constaba entonces de unos quinientos milicianos, tres compañías, pero que llegó a contabilizar dieciséis compañías. El 1 de agosto desfilamos en perfecta formación por la calle principal de El Escorial. Íbamos uniformados con monos de trabajo azules, gorra de aviación e insignias militares y encuadrados en grupos de cincuenta, mandados por tenientes y sargentos. Mantuvimos el saludo militar tradicional desechando el saludo con el puño en alto que poco después se convirtió en el saludo oficial del nuevo

Ejército Popular de la República.

De allí, en camiones, fuimos a Peguerinos, cuartel general de la columna, y a pie subimos a nuestro sector, la sierra que domina San Rafael, en la retaguardia del enemigo, que ocupaba el Alto del León. Sabio nos asignó el control de la carretera San Rafael-El Espinar, situándonos en la zona llamada Las Navazuelas, donde más tarde Franco mandaría construir el Valle de los Caídos. Nuestra presencia allí, dominando las entradas al Alto del León, causó alarma entre el enemigo, ya que impedíamos la posibilidad de que rodearan nuestras columnas y nos atacaran por los flancos.

Los primeros días de agosto consolidamos nuestras posiciones cavando refugios, trincheras y nidos de ametralladoras mientras el enemigo nos castigaba con un constante cañoneo. Las granadas y el cañonero nos despertaban cada mañana, y raro fue el día que no tuviéramos escaramuzas con los facciosos, que intentaban infiltrarse aprovechando lo escarpado del terreno. Nuestras ametralladoras y morteros dominaban las carreteras y nuestras patrullas de milicianos impedían que las tropas enemigas se infiltrasen.

A finales de agosto nuestros exploradores informaron de que la vanguardia de la columna enemiga del general Varela, compuesta por dos tabores de regulares, había dado un golpe de mano en Peguerinos, ocupando el pueblo. La vanguardia se había infiltrado entre nuestra columna y la de Mangada, situada en Navalperal de

Pinares, casi veinte kilómetros de tierra de nadie. Mientras el grueso de la columna facciosa avanzaba desde El Espinar a toda marcha, la ocupación de Peguerinos abría el camino hacia El Escorial con la posibilidad de destrozar todo el frente de la sierra y poner Madrid en peligro.

Fernando de Rosa ordenó afianzar la posición y con gran rapidez me envió con el grueso del batallón a cercar la retaguardia de la columna enemiga mientras otra columna, mandada por el general Asensio Torrado, acudía desde Madrid para cortar el camino a El Escorial. Al atardecer, cerrada la retaguardia enemiga por nuestras tropas, y amenazados por la columna de Asensio, los facciosos fueron copados y se desbandaron dejando gran cantidad de material de guerra. Durante la noche hicimos un gran acopio de prisioneros y de material bélico. Perdidos en los bosques, los facciosos caían en nuestras manos con gran facilidad, lo que no impidió que el grueso de la columna de Varela intentara romper nuestras líneas una y otra vez para proteger la huida. Pero resistimos y solo pudieron escaparse un número escaso de hombres, y en desbandada.

La derrota del enemigo fue estrepitosa. Sin embargo, las pocas horas que los regulares ocuparon Peguerinos fueron terribles. Se dedicaron a saquear y a violar a las mujeres que encontraban y a fusilar a mansalva a la población civil. Lo más terrible fue que mataron a bayonetazos al personal sanitario y a los heridos y

enfermos del hospital de campaña que se encontraba en la iglesia del pueblo. Todo eso fue una pérdida de tiempo desde el punto de vista militar, e impidió que se hicieran fuertes en la plaza y resistieran, aguardando al grueso de sus columnas.

Las tropas enemigas habían sido guiadas por el antiguo secretario del Ayuntamiento de Peguerinos, aficionado al senderismo, que había huido al comenzar la sublevación. Capturado en el bosque por los vecinos del pueblo, querían hacerle pedazos con sus propias manos. Tuve que mostrarme firme e impedir que lo destrozaran allí mismo. Horas más tarde lo fusilamos en un relativo orden. Tuvo posibilidad de defenderse de las acusaciones de los vecinos. Durante muchos días, nuestras patrullas no dejaron de hacer prisioneros ni de recoger material de guerra y pertrechos que habían desperdigado en su derrota.

Nuestro batallón fue felicitado por Sabio con mención de honor que fue luego ratificada por la Dirección de Milicias. Poco después Sabio fue trasladado a otra columna y tomó el mando de nuestro sector el teniente coronel Rubio. Varios oficiales y yo mismo recibimos órdenes de ascenso.

El frente se estabilizó durante casi un mes. A mediados de septiembre cayó abatido Fernando de Rosa de un tiro en

la frente y las columnas de Varela ocuparon Peguerinos. La noticia me llenó de pesar.

Recuerdo a Fernando de Rosa en estos momentos de soledad y angustia, mientras trato de sobrevivir en el penal. Sus dotes personales y de mando fueron un descubrimiento para mí. Durante aquel mes de agosto que pasamos juntos en nuestra posición de la sierra, se hizo querer por la tropa sin que se menoscabara su autoridad. Comía el rancho general y nunca se permitió ningún privilegio. Con él aprendí lo importante de la conducta de un jefe de unidad.

Nuestros hombres tenían siempre algo que hacer: guardias, refuerzo de las fortificaciones, patrullas, instrucción militar, cuidados de las armas, búsqueda de agua y alimento, aseo personal, cursillo de cuidados médicos, cultura general política... Me atrevería a decir que Fernando de Rosa conocía por su nombre a todos y cada uno de los hombres bajo su mando.

Con José Laín, nuestro comisario político, se creó una biblioteca y se construyó una sólida casamata como zona de descanso y ocio. Los oficiales, que éramos ocho, contando a Laín y a los tenientes, constituimos una especie de Estado Mayor en el que se discutían táctica y estrategia de situaciones bélicas posibles, el trato con la tropa y el estudio de mapas militares, que no todos los

oficiales sabían manejar ni entender.

De Rosa exigía a sus oficiales que fueran un ejemplo, que estuvieran atentos a la tropa, que debía estar bien calzada, con ropas adecuadas y bien atendida. En caso de descalabro o derrota, culparía a los oficiales y sargentos.

Recuerdo el cursillo que impartí a los cabos y sargentos sobre la importancia de las escuadras de diez hombres, que mandaban los cabos, y los pelotones de treinta, a cargo de sargentos. Me basaba en la organización del ejército romano, a su vez deudor del ejército macedonio y de Pirro, rey de Epiro, que yo conocía por mis lecturas. También se dieron cursillos sobre ametralladoras y morteros.

Laín, nuestro comisario político, trajo de El Escorial periódicos atrasados de Madrid. De ese modo nos enteramos de que el 1 de agosto se había firmado en Ginebra, sede de la Sociedad de Naciones, una resolución sobre la guerra de España. La resolución determinaba la estricta neutralidad de los países democráticos de Europa, que se desentendieron del conflicto. La resolución la firmaron también Italia y Alemania y el resto de países. Estaban en contra la Unión Soviética, México y Checoslovaquia. Se creó una flota que vigilaría las costas españolas para que ningún barco rompiera el bloqueo. De facto, condenaban a la República a la derrota al impedir que pudiera comprar armas en ningún país y tuviera que recurrir a los intermediarios, es decir, a los traficantes internacionales de armas. La decisión de la Sociedad de

Naciones nos dejó atónitos y estupefactos. Muchas de las armas que habíamos conseguido de prisioneros y huidos eran italianas y alemanas.

A mitad de la noche, Arteche acude a la galería de tuberculosos, al parecer a visitar a la docena de enfermos vascos. Pero se acerca a la mesa donde escribo y me interrumpe. Lleva un cartucho de papel con tres naranjas.

Es la segunda vez que lo veo en el mismo día.

—Son para ti, Delforo —me dice.

—¿Y esto por qué, Arteche?

—No lo sé..., quizás porque me enseñaste algo. No sé..., yo he tenido mi pistola apuntándote a la cabeza. — Me sonrío—. No hay un solo día que no piense en mi mujer, Delforo. Nos íbamos a casar y...

Aguardo, pero no me dice nada más. Deja el cartucho de papel con las tres naranjas sobre la mesa y se dirige a saludar a sus enfermos.

Ahora son las doce y media de la noche. Acaba de venir a verme el Córdoba. Se acerca sonriente y me pregunta si continúo escribiendo. Le contesto que eso hago. Mira a izquierda y derecha y me susurra:

—Don Juan, esta mañana he oído hablar al director y al

jefe de servicio. Parece que mañana domingo lo van a sacar a la calle.

Me adelanto en la silla.

—¿En conducción?

—No, en «cunda» no... No hay «cundas» hasta el mes que viene. Lo van a sacar fuera, al Puerto, según parece. Han estado hablando de eso. No sé cuándo será, por la mañana o por la tarde. Esté preparado, don Juan.

Hoy, después de la misa dominguera, me convocan a dirección. El director me pide que me siente. Es muy amable conmigo. Trato de disimular mi nerviosismo. Me dice que el director general adjunto de Seguridad, es decir, DP, quiere tener una cita conmigo fuera del penal, a las tres de la tarde. Me extiende un formulario que relleno. El penal no se hace responsable de mi persona durante el tiempo que esté fuera. La firma de DP es visible en el documento.

11

MADRID, VERANO DE 1946

En fecha incierta, probablemente en el verano de 1946, o quizás unos meses antes, Antonio consiguió una pistola, que parecía no funcionar. Una ganga de un transportista del mercado de Chueca al que llamaban el Spencer. Era una Star niquelada del 7,65, envuelta en hojas de periódico, con el cargador completo, la misma que solían usar los oficiales franquistas durante la guerra. Olía a sucio y una pátina de polvo y grasa apelmazada cubría la culata. El Spencer le dijo que si la arreglaba un poco podía hacerla funcionar. Lo único que le ocurría era que había estado demasiado tiempo escondida en un desván.

—¿La ves? Pues no le falta de nada, aunque parezca chungu. La limpias y funciona, eso por mi madre —insistió el Spencer.

Le costó a Antonio veinticinco pesetas después de mucho regatear. Esa noche la desarmó en casa de Gloria y

la limpió con aceite y un paño, hasta que comprobó que funcionaba. Luego examinó las balas y también las limpió. Al menos, apretaba el gatillo y el percutor chascaba. El Spencer tenía razón.

La llevó un día a la Casa de Campo y la probó dos veces contra un árbol. Servía. Sin embargo, Gloria se asustó al ver esa pistola y le suplicó, llorando, que la tirara al Manzanares o por ahí; las cosas estaban muy malas, y si lo cogían con un arma, lo llevarían preso a un campo de concentración o lo fusilarían. Antonio comenzó a llevarla en el bolsillo de la chaqueta por el gusto de sentir el bulto en el costado, solo eso. Una especie de amuleto que le traería suerte. Pero empezó a pensar que con la pistola los atracos serían más sustanciosos y rápidos. En el Madrid de aquel tiempo era muy difícil que alguien llevara dinero en la calle, de manera que pensó dedicarse a las recaudaciones en estancos y algunos comercios del centro. Las víctimas se aterrorizarían al verse apuntados con una pistola que parecía nueva.

Se lo contó al Gardel una noche que lo acompañaba a cenar en el Carmencita. Pero el Gardel pensaba que podía ser peligroso. Si la pasma lo cogía por algo relacionado con lo de las mujeres, le caería una ruina por tenencia de armas sin licencia.

Antonio le contestó al Gardel que sabía cuidarse y lo desdeñó. La verdad era que se sentía distinto, poderoso, casi le daban ganas de que Duval o el Pantoja, o cualquier otro, le intentasen atacar para usarla. Solía tomarla en la

mano y acariciarla solo por el gusto de sentir esa frialdad del caño y el peso y la textura rugosa de la culata.

En realidad, Antonio buscaba un golpe rápido y definitivo, un banco. Una sucursal pequeña. Algo que le diera el suficiente dinero para montar esa dichosa oficina de «representación artística» con la que soñaba. Ya tenía once mujeres y el negocio prosperaba día a día, aunque no demasiado rápido para su gusto.

Entonces, Antonio ya vivía de fijo con Gloria en su pisito en la calle Ave María, que el padre de Gloria había comprado a finales de 1940 o principios de 1941. Ella siempre esperó que su padre, algún día, le contaría en qué trabajaba y de dónde había conseguido el dinero para comprar la casa, aunque intuía que era algo relacionado con el estraperlo, porque desde 1939 conducía una pequeña camioneta sin licencia, dedicada a toda clase de portes. Pero su padre murió en el otoño de 1944 y nunca se lo contó.

El caso es que a los dos les iba bastante bien. Por las tardes, una vez o dos a la semana los clientes fijos visitaban a Gloria, que con lo que sacaba los sábados en El Califa iba más que tirando. Si a eso juntaban lo que conseguía Antonio con las mujeres y los pequeños robos, pronto tendrían para el sueño del negocio.

Pero Antonio se cansó de jugar con la pistola.

Había una gasolinera en el Paseo de Extremadura, cerca de una de las puertas de la Casa de Campo, que no cerraba durante la noche. La atendía un viejo borroso que

solía permanecer en la oficina, y un muchacho que se ocupaba de los coches. La segunda vez que acudió Antonio, le escuchó comentar al chico que iba a faltar tres días; había muerto su madre y tenía que desplazarse a Cuenca para asistir al entierro. Antonio no necesitó pensar en nada más. Se acabaron las idas y venidas por la calle y el tocar la pistola; ahora iba a servir de verdad.

Aquella noche robó un coche y lo detuvo junto al surtidor. Reconoció al viejo tras el escaparate de la oficina. Detrás, las luces turbias de la calle marcaban los ventanales del edificio. No había nadie más. Pudo ver la mesa colmada de papeles y las cajas de cerveza vacías en la entrada. Llamó a la puerta y el viejo asomó la cabeza. Tenía el rostro cubierto de granos como un adolescente y una nariz ganchuda y gorda. Antonio señaló el coche, pegado al surtidor, brillante a la difusa luz de los faroles.

—Llénelo, por favor, tengo prisa —le dijo.

El viejo fue a salir y Antonio le empujó dentro con el caño de la pistola

—Ni un movimiento o te crujo. Dame el dinero, rápido.

—¿Cómo dice?

—Que me des el dinero, ¡vamos!

—Déjese de... —Le puso el caño negro bajo la barbilla.

—Ni una voz. Y dame el dinero. Es la última vez que te lo digo.

—¡Pero... está loco! ¿Qué..., qué...?

—Vamos —dijo, empujándolo.

Entraron en la oficina. Procuró que desde la calle se

viera su espalda y no el arma. La oficina era pequeña, la mesa estaba sucia con papeles y desperdicios de una cena a medio terminar, con una botella vacía de cerveza El Águila. Al fondo, en la pared, había un armario junto a una pila de latas de aceite y un calendario de una mujer en bañador apoyada en una rueda de camión. Había una puerta en la que ponía WC con tiza.

—Un movimiento tonto y te dejo seco. ¿Dónde tienes el dinero?

—No dispare. Está..., está en el cajón.

—¿A qué esperas? Ábrelo y dame el dinero de una vez.

Lo abrió con una llave; sudaba. Sacó una caja de metal. Estaba llena de billetes de cien, de quinientas y monedas.

—Vuélcala —le dijo con la pistola a la altura de la cintura, de espalda a la ventana. Miró hacia atrás, seguía sin pasar nadie—. ¡Vuélcala o te mato! —gritó, apuntándole a la cabeza.

—Sí, sí, señor —dijo el viejo—, enseguida.

Podía ser que estuviese nervioso, pero se dio cuenta de que el viejo observaba algo detrás y apartaba la mirada. Antonio no quiso volverse, alargó la mano y guardó los billetes en uno de los bolsillos de la chaqueta.

—Al retrete. Sin hacer tonterías.

Escuchó una suela de zapato contra el pavimento. Se volvió. Había dos hombres en la entrada, uno de ellos llevaba un cubo vacío, que dejó en el suelo. El otro vestía un mono azul. Miraban a Antonio, inmóviles, los ojos abiertos como platos. Antonio se movió rápido,

apuntándoles.

–¡No! –exclamó el tipo del mono–. ¡No dispare!

–Adentro, al retrete. –Antonio lo apuntó con el caño de la pistola–. Todos dentro. ¿Dónde tienes el teléfono? –le preguntó al viejo.

–Ahí –señaló con mano temblorosa.

Estaba en la pared, al lado del armario.

–Arráncalo –le dijo al hombre del cubo.

–¿Cómo dice?

–¡Que lo arranques, coño!

El hombre tiró fuerte; Antonio notó sus músculos tensándose en los brazos. Lo miró y sonrió y tiró de nuevo. Esta vez lo arrancó. Trozos de estuco cayeron al suelo. De pronto sintió un estallido en la cabeza, como si algo explotase dentro, y alcanzó a ver la cara asustada del viejo blandiendo la botella de cerveza. Se hizo oscuro. Trastabilló, pero no fue al suelo. Retrocedió dos pasos encañonando a los tres hombres, que no se movieron. El de la gasolinera tenía la boca abierta, y con esa nariz de berenjena, semejaba un gran pájaro. Antonio apretó el gatillo, el gatillo cedió, pero no pasó nada. Lo pulsó otra vez, fue lo mismo. Cacheó la pistola, la agitó y volvió a apretar el gatillo. El viejo lo miraba emitiendo gemidos.

–¡No, no! –exclamó volviéndose y tapándose los ojos.

–No funciona –dijo despacio el del mono.

–No –contestó el otro–, está estropeada.

Los dos hombres avanzaron despacio, observando el arma. Antonio golpeó la pistola contra el marco de la

puerta y volvió a accionar el disparador.

—¡Cabron! —gritó uno de ellos. Se lanzó de frente contra Antonio y tiró una silla. Antonio corrió hacia la salida. Pudo atravesar la explanada y corrió hacia la carretera. Un puño en la nuca le detuvo en seco. Otro le hizo doblarse. Alguien le arrebató la pistola, parecía que el cielo se hubiese desplomado. Todo se volvió negro, pudo oír una voz chillona.

Cuando despertó, el viejo estaba sentado encima. No sintió dolor. Vio las tres caras arriba, muy arriba, y después nada. Creyó escuchar una sirena y hacía frío.

Lo condujeron pasillo adelante en una comisaría hasta una habitación casi vacía, cercana a la entrada, que olía a sudor. Podía ser una coincidencia, pero sobre la mesa del comisario estaba desde el día anterior el rutinario telegrama de jefatura a todas las comisarías con el nombre y los apellidos de Antonio, una orden perentoria de busca y captura. El comisario, que presentía la importancia que representaba encontrar a un tal Antonio Robles García en la lista de detenidos de su comisaría, ordenó que fueran a verlo a sus despacho.

Uno de los policías que había recogido a Antonio en la gasolinera le mostró el carné del detenido.

—Tiene un busca y captura —le dijo el comisario—. ¿Quién es?

–Un macarra, le han pillado robando. Tenía una pistola. He pensado que debería saberlo.

El comisario esperó unos instantes. Escuchó el ruido de una silla cuando un cuerpo humano es arrojado sobre ella, luego el arrastrar de pasos y los entrecortados e inconfundibles golpes contra la carne. Aguardó a que los ayes, los golpes y las imprecaciones atravesaran el muro que los separaban, pero no escuchó nada más que su propia respiración y el rumor de los guardias del turno de noche.

Sabía que levantarse y recorrer el corto trecho al cuarto vecino no iba a servir de nada, y que, incluso, serviría de menos aún ver con sus propios ojos lo que de todas formas esperaba.

–¿Lo has comprobado?

–Sí, el nombre y los apellidos coinciden. Se llama Antonio Robles García.

El comisario entró sin avisar al cuarto de detenidos, que ellos llamaban «recepción». Antonio estaba esposado en una silla con el pecho descubierto. Dos hombres, uno sin chaqueta, gordo y grande, le golpeaban con un vergajo con la fría meticulosidad que da el oficio.

–... es un chorizo, un macarra, comisario. Estaba robando en una gasolinera –repitió el policía sin chaqueta a su pregunta–. Llevaba una pistola *chungalí*.

–Pero está loco –dijo el otro–. No me cabe la menor duda. No ha abierto la boca.

–¿De dónde sacaste la pistola? –le preguntó a Antonio

el policía, con la camisa llena de sudor—. Di, joputa, ¿de dónde la sacaste?

La pregunta era inútil, Antonio no iba a despegar los labios, ni siquiera para quejarse o insultar. Parecía como si estuviese hecho de caucho, o de cualquier otra sustancia afín; los golpes rebotaban, abría la boca como si fuese a gritar, pero de ella no salía ningún sonido.

El policía tomó impulso y le descargó el puño en el pecho. Resonó en el cuarto y Antonio se derrumbó a los pies de la silla, arrastrándola en su caída con el ruido seco y sordo de un saco. El tipo se observó el puño.

—Está loco, comisario, ¿lo ve? —le dijo mirando a Antonio.

—¿Quién lo ha cogido?

—Intentaba robar una gasolinera en el Alto de Extremadura —dijo el grande—. El imbécil encasquilló la pistola y dos que pasaban por allí lo cogieron. Cuando llamaron, ya le estaban sacudiendo. El encargado casi lo estrangula.

—¿Está fichado?

—No sabemos.

—Dadme el carné de este pájaro.

—¿Qué hacemos con él?

—Llévalo a mi despacho y me esperas. Yo iré luego.

Poco después, Antonio observó su pistola encima de la

mesa, cubierta de papeles, en el despacho del comisario.

–¿Tiene un cigarrillo? –preguntó Antonio.

–Sí, claro. Toma.

Antonio fumó absorbiendo el humo como si estuviera sediento.

–¿Qué hay que hacer ahora?

–Esperar al señor Prado, el director general adjunto de Seguridad. Está fuera de Madrid, pero llegará enseguida.

El comisario notó un leve parpadeo en Antonio.

–¿Lo conoces?

–Sí, de la guerra.

–¿Es amigo tuyo, chaval?

–Digamos que me necesita. Y no le va a gustar lo que me han hecho.

Apagó el cigarrillo en un cenicero y pidió otro, que fumó balanceando la pierna, sentado como si estuviera en un café. El comisario se aproximó.

–¿Quieres tomar, algo? ¿Un café?

–¿Qué? Perdona, estaba distraído. ¿Qué me ha preguntado?

El comisario se aproximó un poco más. Era gordo, con bigotito. Debía de tener unos cincuenta años, quizás más. La papada le temblaba al hablar. Repitió si quería algo, un café o un bocadillo. Sin embargo, no le contó que en jefatura le habían dicho que lo cuidara, el señor Prado lo quería entero.

Antonio asintió, mientras le sonreía.

–No sería mala idea, comisario –le dijo, y notó que el

policía se había acercado demasiado.

Poco después Antonio se asomó a la calle y bostezó. Había dos guardias de charla en la puerta, que se le quedaron mirando. Traspasó la salida y se volvió a uno de los guardias.

–El comisario me ha dicho que hay un bar cerca. ¿Dónde está?

–Ahí a la vuelta, torciendo la calle.

Hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza y caminó despacio hacia la esquina. Llevaba anudada la corbata del comisario, la chaqueta abotonada y en el bolsillo una nueva pistola, un revólver Colt americano del 38. Ese no se encasquillaría. No faltaba mucho para que amaneciera.

12

PENAL DEL PUERTO, FINALES DE ABRIL DE 1946

Hoy es martes y no puedo dormir. Ayer lunes y antes de ayer, tampoco pegué ojo, ni pude seguir escribiendo el diario. Estuve con Carmen hace dos días, el domingo, en una pensión del Puerto llamada Pensión Oriente, entre las tres y las seis de la tarde. DP cumplió su palabra. Carmen y yo nos vimos a solas durante tres horas.

Yo también cumplí mi palabra. Le di el nombre ficticio que le habían preparado nuestros Servicios de Inteligencia a Imán Mohamed Hasán Ben Chukri, uno de los asistentes personales del general Franco. No fue hecho prisionero, se pasó a nuestro bando. Afirmaba que iba a matarlo un asesino de la Falange que se había infiltrado en su compañía.

Estoy insomne, la cabeza me duele constantemente. Esta mañana he tenido que comprar dos Aspirinas en el economato que mastiqué con un poco de agua. No ha servido de nada. Me siento un chivato, posiblemente habré firmado la sentencia de muerte de ese muchacho marroquí. No creo que DP lo quiera para ninguna otra cosa que no sea matarlo. Pero lo peor fue que discutí con Carmen, no pude evitarlo. Le afeé su relación con DP y fui duro con ella. Lloró, incapaz de responderme, mirándome con una inmensa pena. Me olvidé de su amor por mí, de mi vieja promesa de que siempre tendría fe en ella. Olvidé que me salvó del fusilamiento y que la amo más que a mi vida.

Me cuesta trabajo escribir, pero es lo único que puedo hacer esta mañana de martes. Estoy tan abatido como aquel 16 de septiembre del 36. Entonces sufrí un descalabro moral y una alegría al mismo tiempo. Quizás lo mismo que me sucedió el domingo con Carmen. Aquel 16 de septiembre del 36 mataron a Fernando de Rosa y me confirmaron el grado de capitán de milicias, asignándome una compañía. Mis sentimientos por un lado, y la lucha contra el fascismo, como ahora, por el otro.

A finales de septiembre las tropas de Franco y Varela tomaron Maqueda y Toledo. Las fuerzas facciosas se

encontraban en las puertas de Madrid. Fueron días grises y plomizos. Frío por las mañanas y las noches y sensación de humedad durante todo el día. Acababa de empezar dos semanas de instrucción que impartiría a mi compañía en el convento de los salesianos, en Estrecho, sede del Quinto Regimiento. Ya no se enviaba a milicianos al frente sin, al menos, un rudimento de formación militar. Tenía en mi tropa a ocho milicianas que se portaban mejor que los hombres durante el periodo de instrucción. Les propuse que formaran un pelotón aparte y nombré sargento a la de más edad, una mujer flaca, de ojos encendidos, pastora de cabras que sabía leer y escribir. A pesar de lo que se contaba, no hubo ningún percance con la presencia de milicianas en los cuarteles. La relación que mantenían con los hombres era de camaradería.

Largo Caballero, nombrado jefe del gobierno y ministro de Defensa el 4 de septiembre, decretó al fin la creación del Ejército Popular de la República y una nueva unidad de combate, las brigadas mixtas, el comisariado político y el mando militar único. Empezaba a crearse un nuevo ejército que hiciera frente a los facciosos. El 10 de octubre, último día de instrucción, nos agrupamos en el patio del cuartel, llenamos de munición nuestras cartucheras y comprobamos las armas. Recibimos cien cartuchos cada uno, cuarenta bombas de mano Lafitte, una ametralladora pesada Máxim, y cinco ligeras Laffon, francesas. Había terminado el tiempo de los ejercicios. Ahora llegaba el bautismo de fuego. Habíamos contado

para el entrenamiento con viejas ametralladoras Renaux francesas, confiscadas de algún cuartel, y habíamos aprendido a usarlas, igual que las bombas de mano. Un pelotón de diez hombres fue instruido en el manejo de las ametralladoras.

Aguardamos en formación la revista del teniente coronel de artillería Anselmo Mediavilla, responsable de instrucción del cuartel, y a los altos mandos de la milicia. A veces, Mediavilla acudía a contemplar nuestro entrenamiento. A mi compañía le había costado trabajo lanzar granadas sin que ocurrieran percances. También habían tenido que aprender a disparar mientras corrían con los pesados zurroneos en bandolera, a lanzarse al suelo y a entender las voces de mando. Solo tuvimos dos días de tiro real, había que ahorrar municiones. Descubrieron que las ametralladoras pesadas suelen irse de las manos como si tuvieran vida propia. Aprendieron que había que afianzarlas en el suelo y que un asistente pasase la cinta y ayudase a sujetarlas. Una ametralladora pesada, bien manejada, es capaz de dominar dos kilómetros de carretera.

Mediavilla se asombró de que yo pudiera leer sin esfuerzo los mapas militares. No le mencioné que era catedrático de instituto, que había estudiado Geografía y que, además, fui brigada de complemento de las Milicias Universitarias y un «veterano». Había combatido julio, agosto y parte de septiembre en la Sierra. Todo eso debía de constar en mi expediente militar, pero, obviamente,

Mediavilla no lo había consultado.

–¿Sabes que hay oficiales que no pueden leer los mapas militares? –me dijo en cierta ocasión.

–Son complicados –le respondí. Y era cierto, a mis alumnos de bachillerato no les resultaban fáciles de entender.

–No ha hecho falta enseñarte, camarada Delforo. Eso es una suerte.

De los ciento cincuenta muchachos de mi compañía solo veinticinco habían hecho el servicio militar. Veinte no sabían leer ni escribir. La mayoría eran dependientes de comercio y descargadores del mercado sin filiación política. El resto eran chicos de los barrios de Madrid, y campesinos de los pueblos cercanos, que habían acudido a la capital a defender la República. Entre mis hombres descubrí a Braulio Longares, que decía haber sido cabo primero en la Legión y que tenía más de treinta años. Era el más viejo de la compañía. Había sido nombrado teniente al mando de una sección y «delegado», una especie de comisario político.

En pocos días iríamos a reforzar el frente, Varela había atravesado el Alberche y se aproximaba a Madrid. La vanguardia enemiga había sido frenada en Illescas, a cuarenta kilómetros de donde nos encontrábamos, y a pocos kilómetros de Navalcarnero y Toledo. Éramos la 2.^a Compañía del batallón del comandante Martínez Palacios, integrados en la columna del teniente coronel Sánchez Mercado, acuartelado en Navalcarnero. Aún no se habían

regularizado las nuevas unidades de combate.

Un poco antes de la revista, Mediavilla me ordenó acudir a su oficina. Estaba llena de gente y de ruido, la confusión era agobiante. Parecía que todo el mundo hablaba a la vez. Un grupo de militares uniformados discutían a voces. Habían clavado en la pared un mapa militar de la zona del río Alberche.

Mediavilla, tras su mesa, hablaba por teléfono. Lo observé, aguardando a que se diera cuenta de que estaba allí. Era un hombre bajo pero de complexión muy fuerte, moreno, de unos cuarenta y tantos. Estuvo combatiendo en Marruecos. Obtuvo el grado de capitán de artillería por méritos de guerra. En ese momento tenía el grado de teniente coronel. Sin embargo, insistía en que lo llamáramos «camarada».

Se había llevado al cuartel a su esposa, una mujer menuda de ojos profundos a la que distinguí en un rincón tecleando con furia una máquina de escribir. Mediavilla colgó al fin el teléfono y se me quedó mirando. Tenía la mirada perdida y soñadora.

—A sus órdenes, mi teniente coronel, ¿me ha mandado llamar? Se presenta el capitán de milicias Delforo, Juan Delforo. Aguardamos la revista.

—Pronto no habrá diferencia entre «milicianos» y militares, Delforo. Ya se ha creado el Ejército Popular de

la República. Pero siéntate, camarada.

Había una silla libre. Me senté y aguardé.

–Bueno, bueno... Delforo. ¿Es su primer destino al mando de tropa?

–No.

Consultó un mazo de papeles hasta que encontró mi expediente y se puso a leerlo.

–Vaya, estuviste en el frente de la sierra hasta el mes pasado. De la FUE, ¿verdad? Socialista, ¿no?

–Sí, camarada.

–¿Eres estudiante?

–Catedrático. Enseñaba Geografía e Historia a los chicos de bachillerato.

Sonrió.

–Ahora entiendo lo de los mapas. En dos meses has ascendido a capitán. Yo tardé cuatro años en ascender de segundo teniente a teniente. Y seis a capitán.

Me quedé en silencio.

–Parece de otra vida, ¿verdad? –insistió—. Bueno, la República necesita un ejército –dijo de pronto—. Se ha avanzado bastante con el mando unificado y en la creación de las brigadas mixtas, pero... –movió la cabeza—, falta mucho, hay que restablecer la disciplina y la organización militar. ¿Sabes lo que te estoy diciendo, camarada?

–Sí, lo sé.

Mediavilla se puso en pie, sin dejar de hablar. No entendía bien lo que me estaba diciendo.

–Tienes a ocho milicianas en tu compañía, ¿no? ¿Algún problema durante la instrucción?

–Ninguno.

Me entregó dos documentos oficiales. Uno era mi nombramiento de capitán, con fecha del 16 de septiembre, y el otro son las órdenes confirmadas por el cuartel general del Ejército del Centro.

–Son tus órdenes, camarada... –terminó de decirme.

Se levantó, se cuadró y me saludó puño en alto. Yo hice lo mismo.

–Salud, camarada, vamos a la revista. Que tengas suerte.

Un hombre alto y despechugado, de rostro simpático, entró a la oficina y dijo:

–¿Lista la tropa, Mediavilla?

–Cuando quieras, Modesto.

Lucía las bandas de comandante de milicias en las bocamangas, pero mandaba una de las brigadas mixtas recién creadas. Lo había conocido en la Sierra. Es valiente y buen militar.

En el patio estaba alineada mi compañía. La formación era perfecta. Llevaban uniforme completo. Pasamos revista junto a otros jefes militares. Modesto los arengaba. Fue la primera vez que le escuché hablar a la tropa. No era grandilocuente ni retórico. Me gustó.

El día era plúmbeo y espeso. El frío y la humedad calaban los huesos. Mi compañía era transportada en quince viejos y enormes camiones atestados de gente. Muchos habían tenido que colgarse de los estribos y otros iban en los techos y en el capó, dificultando la visión de los chóferes. Iban cantando, pero el ruido de los gastados motores no me permitía entenderlos. Braulio iba en el último camión y yo viajaba en el primero, junto al chófer, un anarquista catalán de la FAI que me contaba lo que iban a hacer con la burguesía cuando hicieran la revolución que está al alcance de la mano. Desconfiaba de Largo Caballero, de los socialistas y, más aún, de los comunistas, que eran los peores. No tuve más remedio que decirle que primero teníamos que acabar con la sublevación.

–Eso está chupado –me dijo.

Tardamos tres horas en detenernos en la plaza mayor de Navalcarnero, dos camiones se estropearon a mitad de camino y los chóferes tuvieron que arreglarlos. Recuerdo en el *Mundo Obrero* de unos días antes un reportaje de Jesús Izcaray: los facciosos habían recibido camiones Ford de Estados Unidos a través de Portugal, transportados en navíos mercantes alemanes. El 5 de agosto, Franco tenía en sus manos una partida de mil quinientos camiones último modelo con repuestos y toda la gasolina que necesitara. Las grandes compañías petrolíferas norteamericanas e inglesas surtían a Franco de gasolina gratis, a pagar después de la victoria.

La República no tenía gasolina. La conseguía a precio

de oro en el mercado negro y más tarde se transportaba burlando el bloqueo. Y carecía de medios de transporte modernos.

La plaza de Navalcarnero era un desbarajuste. La mayor parte de los edificios habían sido tocados por la artillería y varios se habían venido abajo. Estaba llena de hombres que vivaqueaban en el suelo. Unos charlaban y otros dormían tirados por ahí. Vi pasar dos ambulancias que se perdieron calle abajo. Escuchamos el sordo retumbar de la artillería en la lejanía. El frente se encontraba a unos veinte kilómetros.

Llamé a Braulio y le ordené que formara la tropa. Se portó muy militarmente y se impuso con los milicianos. Era un hombre silencioso y fornido, leñador en los montes de Teruel antes de apuntarse a la Legión. Le ordené que agrupara a los hombres por pelotones. Nuestras milicianas se colocaron con los demás, pero cuando Braulio pidió voluntarios para ir en vanguardia, se presentaron todas. Los soldados iban formando en fila de a cuatro. Había creado seis grupos mandados por otros tantos sargentos, que elegí entre los que afirmaban haber hecho el servicio militar. La pastora de cabras era uno de los sargentos. Había dado muestras de disciplina y seriedad durante la instrucción. Creé un pelotón especial de sanitarios, servidores de municiones y cocineros. Jacinto, un

muchacho de diecisiete años, aprendiz de sastre, era mi enlace. Llevaba inexplicablemente un cornetín de órdenes, que afirmaba de su tío, brigada en África. Era listo como una ardilla.

—¿Cuándo vamos a comer, mi capitán? —me preguntó Jacinto.

—No lo sé —le respondí.

Cuando finalmente la compañía se encontró formada y en silencio, les dirigí una arenga. Se me daban bien. No gesticulaba ni gritaba ni hacía aspavientos como suele hacerse en estos casos. Estaba acostumbrado a dirigirme a los alumnos e hice algo parecido. Hablé a mis soldados despacio, mientras paseaba entre las filas mirándolos a los ojos. Todos tenían las miradas fijas en mí, miradas expectantes. Les dije que íbamos a combatir al fascismo junto a otros camaradas y que tenían que hacer caso a mis órdenes y a las de sus sargentos. Y que no debían desperdiciar balas.

Cuatro mujeres aparecieron de pronto empujando un carro de mano donde humeaba un caldero. Otras dos llevaban cada una un saco y distinguí a otra con una garrafa. Llegaron dando voces diciendo que ya estaba la comida. Los hombres comenzaron a silbar y a dar gritos de júbilo. Hicieron un intento de ir hacia ellas.

—¡Firmes! —exclamé.

La compañía se cuadró y todos enmudecieron, incluidas las mujeres.

—¡Se rompe filas cuando yo lo diga! ¡Atenta, compañía,

he dicho firmes! ¡Braulio!

–¡A sus órdenes, mi capitán!

–La comida la servirán los encargados de intendencia. Que los hombres coman en completo orden. ¿Entendido?

–Me saludó alzando el puño–. Voy al cuartel general de la columna, te quedas al mando.

Cuando me alejé, escuchaba la voz de Braulio:

–¡Atención, a mi orden!... ¡Descanso! ¡Intendencia, un paso al frente!

Me volví. Los muchachos de intendencia se aproximaban a Braulio.

–Servid las comidas. Y a todos igual. Podéis sentaros.

–A la orden, mi teniente.

–¡Aquí solo se da de comer a los que tengan cojones! – dijo una de las que empujaban el carro de mano con la comida–. ¡Venga, bajaos los pantalones y enseñadlos! ¡Las compañeras milicianas no lo necesitan!

Los milicianos contestaron con cuchufletas y risas. Braulio mantuvo el orden.

–¡Silencio, compañía! ¡El que se lo tome a cachondeo se queda sin comer!

El puesto de mando se encontraba en la oficina de correos, pero no había nadie de guardia. El vestíbulo estaba lleno de milicianos y militares uniformados. Unos comían en el suelo y otros lo hacían sobre el mostrador.

Había papeles tirados por todas partes. Pregunté por el Estado Mayor de la columna de Mercado y me indicaron una puerta. Se trataba de una habitación sin ventanas llena de hombres que hablaban a voces inclinados sobre una enorme mesa de despacho. Eran seis. En una de las esquinas de la mesa, un hombre joven, en camisa, intentaban que funcionara un teléfono de campaña mientras un uniformado gordo con las estrellas de teniente coronel de intendencia lo observaba fumando un cigarrillo. Sudaba copiosamente bajo el uniforme, que le quedaba estrecho. Parecía uno de esos oficiales que se retiraba cuando la Ley Azaña. Aparentaba unos cincuenta años.

Debía de tratarse del despacho del director de la oficina de correos; en la pared había dos retratos enmarcados. Uno de Pablo Iglesias y el otro de Fermín Galán. Me acerqué a la mesa sin que nadie pareciera percatarse de mi presencia. El teniente coronel Mercado comenzó a gritar:

–¡Pero qué pasa con los de transmisiones, coño!

–No contestan –afirmó el soldado.

–¡Prueba otra vez, joder!

Me cuadré ante él y me presenté: «Capitán de milicias Delforo, 2.^a Compañía del Batallón Martínez Palacios», y le tendí mi nombramiento, la lista de la tropa y la orden de destino. Los cogió y les echó un rápido vistazo.

–¿Cuánta tropa traes?

–Ciento cincuenta milicianos, mi teniente coronel. –Se me quedó mirando con atención; los demás dejaron de

discutir y también me observaron—. Traemos cien cartuchos cada uno, cuarenta bombas de mano Lafitte, una Máxim y cinco ligeras Laffon con municiones para tres horas de combate. En realidad, son cinco subfusiles. No tenemos morteros. Necesitamos municiones de reserva.

—No hay armas, ni más municiones, ni material sanitario ni transmisiones. Todo el material de guerra está en el frente. Y no pienso gastar las reservas. —El soldado del teléfono nos observaba. Mercado le espetó—: ¡Y tú qué haces! ¡Venga al teléfono, coño!

El soldado se puso otra vez a marcar.

—Con permiso, mi teniente coronel, ¿cuáles son las órdenes? Tengo que encontrar a mi batallón.

—Palacios está en el frente. —Se dirigió a uno de los que se inclinaban sobre la mesa, en la que habían desplegado una serie de mapas militares—: Paco, explícale aquí al capitán dónde está Palacios.

Era un hombre muy joven, con gafas, con los galones de teniente en las bocamangas. Señaló con el dedo en uno de los mapas una línea trazada con lápiz rojo y, debajo, «Palacios».

—Aquí —me dijo—, en las afueras del pueblo, en una zona llamada Las Acequias, en el flanco derecho. Intenta que la caballería de Monasterio no rodee a nuestra columna. La contraseña es «Alerta», pero tened cuidado, los nuestros pueden dispararos, ya se han dado casos.

—¿No hay posibilidad de comunicar con el batallón de

otra manera?

Negó con la cabeza.

–Envía enlaces. Se han cortado las comunicaciones. Lo estamos intentando, ya lo ves, no hay manera.

–¿Resiste Illescas?

–Bueno, al menos no hemos retrocedido. Pero hay muchos desertores; nos han prometido tanques...

–¿Y la aviación? –insistió.

–Al oscurecer se van, nuestras líneas están tan cerca de los facciosos que por las noches temen bombardear a los nuestros. Volverán por la mañana.

El teniente coronel Mercado, comandante de la columna, nos interrumpió:

–¿Has visto tanques por el camino?

Negué con la cabeza.

–Esos cabrones de Madrid. –Soltó una interjección cuartelera—. Solo te dan tanques si eres comunista.

–Mi teniente coronel, permiso. No he visto un solo tanque en Madrid. Dicen que pronto habrá, pero todavía no han llegado.

–Ya..., eso es lo que tú crees. Claro que hay tanques, pero se los dan a los paniaguados comunistas. Me cago en la leche puta.

El teniente se puso en pie, estiró las piernas y me apartó de la mesa agarrándome del brazo.

–Llevamos tres días sin dormir –y sonrió inexplicablemente—. Sal ahora mismo con tu compañía.

–¿No hay transporte?

–No, los que quedan se utilizan para traer heridos.

Tenía tantas cosas que preguntar que no sabía por dónde empezar.

–¿Cómo es que no sabéis cómo está la situación del frente?

–El último enlace llegó hace una hora. Pero en una hora puede cambiar el frente. –Otra vez sonrió–. Vete ahora mismo y encuentra a Palacios. Mándanos un enlace con la situación. –Me apretó el brazo con fuerza, como si me infundiera ánimos.

–Pero... pero... tengo que saber si el batallón resiste en sus posiciones. Esto es...

–Ya te lo he dicho, el último enlace llegó hace una hora y el batallón resistía. Se han infiltrado patrullas enemigas que merodean detrás de nuestras líneas. Vete para el frente, por favor.

–¿Qué pasa? –gritó Mercado–. ¿Es que no quieres ir al frente? ¡Sal ahora mismo o te fusilo!

Me puse firme y saludé puño en alto.

–A sus órdenes, saldré ahora mismo.

–Acuérdate de la contraseña, es «Alerta» –me susurró el teniente–. Y vete a intendencia, a la Plana Mayor, a lo mejor puedes conseguir algo; está en el ayuntamiento, en los sótanos.

Me tendió un papel en el que había garrapateado la orden de aprovisionamiento, firmada ya por Mercado. Cuando me dirigí a la puerta, escuché mascullar a Mercado:

–Gentuza, todos estos milicianos son una gentuza.

La Plana Mayor era un desbarajuste. Se encontraba en los bajos del ayuntamiento, que parecía recién saqueado, con papeles y restos de muebles rotos por todas partes. Estaba al mando un capitán de la reserva de unos sesenta años. Me comunicó que los camiones de municiones y pertrechos, llegados de Madrid esa misma mañana, estaban ya en el frente. Tenía órdenes escritas del mismo Asensio Torrado, jefe del Ejército del Centro, de que las reservas de municiones se emplearan para avituallar una línea de defensa en Navalcarnero, previendo «cualquier contingencia».

A duras penas, y suplicando, conseguí dos cajas extras de cartuchos para los máuseres, doscientas latas de sardinas y unos veinte kilos de pan, que más tarde distribuí entre los hombres. Hice un cálculo rápido, teníamos para seis horas de combate. No había material sanitario para primeros auxilios, tampoco más ametralladoras o bombas de mano.

Las mujeres aquellas, las que nos habían proporcionado comida, nos prestaron gran ayuda: nos dieron vendas, unas veinticinco, recién hechas con sábanas de buena tela, «de las casas de los ricos», me indicaron, y una botella llena de un unguento marrón que, según me dijeron, calmaba el dolor. Han confiscado las dos farmacias del

pueblo, que permanecían cerradas, una de ellas quemada. La mujer que parecía de más edad, una matrona entrada en carnes, ataviada con un mono, pañuelo rojo al cuello y una pistola en el cinturón, me dijo:

–Llevan tres días sin parar con los cañonazos, ¿sabe usted? Venga pepinazos. ¿No los oye usted? Pero ya estamos acostumbradas. Son cañones del 80, alemanes.

–¿Llegan muchos heridos? –le pregunté.

Afirmó gravemente con un gesto de cabeza.

–A carretadas; los llevan al hospital y a las escuelas. Están llenas de heridos, dios maldiga a esos fascistas. En los pueblos que entran matan a todos los hombres, a todos, la gente está espantada. Si usted los viera, camarada... Vienen huyendo de todas partes.

Le di las gracias y me dispuse a marcharme, pero me agarró del cuello y me besó en la boca.

–Dios le bendiga, camarada. Acabe con esos fascistas.

Tengo que dejar de escribir. La falta de sueño me provoca alucinaciones. Berasategui me aconseja que intente dormir, descansar. «El desgaste de tu organismo es tal – me dice– que cualquier desajuste te provocaría una enfermedad fatal». De ese modo me da de baja como sanitario y me declara enfermo. Paso tres días y dos noches en una de las camas de la galería general de enfermos. El contacto de sábanas obra un milagro y

duermo prácticamente un día entero.

El doctor Berasategui ha conseguido permiso del director para que los vascos monten una obra de teatro con un grupo de reclusos. Se trata de *La vida es sueño*, de Calderón de la Barca. Se representa en el Patio Central de la «Cárcel Nueva». Parece ser que hay gente del teatro entre los presos vascos. A los presos nos sientan en el suelo, pero detrás de nosotros hay sillas para las autoridades del penal y de fuera, los de la fundación, que ayudan con fondos al penal. Distinguimos a varias señoras y a caballeros muy encopetados, de la mejor sociedad gaditana.

Un destacamento de la Guardia Civil, con subfusiles, y la dotación de tropas del penal nos rodean. En cada ventana de las celdas se asoman presos. Las paredes se han llenado de cabezas redondas. Al parecer, las autoridades de la prisión han realizado una criba de espectadores entre los reclusos más distinguidos. Arteche aparece delante del improvisado telón y comienza la función agradeciendo a las autoridades carcelarias su amor por el teatro clásico español.

Aquello rompe la terrible monotonía del lugar, pero me sume en la angustia del anhelo de vida cotidiana con Carmen, de amigos, de lecturas compartidas, de paseos y viajes... Algunos presos no pueden resistirlo y los

observo llorar en silencio.

Después nos dan chocolate terroso en cacillos y un bollo de pan blanco extra. El orfeón de los vascos ameniza la función con pasacalles.

13

BURGOS, COMIENZOS DE ENERO DE 1938

Poco antes del funeral, Luis Alberto se empeñó en visitar su antigua casa de campo de la calle Hortelanos. Dijo que tenía añoranza de ella. Le acompañaron Dimas y su tío Paco, de Valladolid, hermano menor de su madre. En cuanto pisaron el interior de la casa, Dimas se dio cuenta de que todo estaba como tenía que estar. No había rastro de los crímenes. El dormitorio del padre de Luis Alberto estaba perfecto, colchón nuevo, sábanas y una colcha malva.

Luisito había engordado bastante desde la última vez que lo vio, el año anterior. La papada le sobresalía por encima del cuello de la camisa y no podía abrocharse la chaqueta. El tío Paco, bien trajeado y distante, parecía aburrido. Era propietario de un negocio de paraguas y sombreros en Valladolid que le iba bastante bien.

Luis Alberto le palmeó la espalda a Dimas y le dijo:

–Oye, qué bien te has portado, chaval, en serio, te lo agradezco. Tienes que venir a San Sebastián a ver al niño y a la niña. A Marisabel le va a encantar. Y tú también, tío.

–Sí, claro, en cuanto tenga tiempo –contestó Paco.

Y Luis Alberto anunció:

–Bueno, Paco se va a encargar de todo. Va a vender los muebles que no sirvan y alquilaremos la casa. Hay mucha necesidad de pisos en Burgos. Ojalá se la alquilemos a uno de esos alemanes, que tanta pasta tienen. ¿Nos vamos para la misa? Luego iremos a comer a Ojeda, yo invito, ¿eh?

Más tarde, mientras marchaban hacia la calle de la Paloma, al domicilio familiar, donde se había instalado la capilla ardiente, Paco comentó lo que estaba pasando con Hedilla, el caso Iruña y los falangistas. Él no era falangista, pero les tenía mucha simpatía y admiración.

–Es una vergüenza –manifestó–, ni que fueran rojos.

La misa de difuntos se hizo interminable. Dimas, sentado al lado de su madre, bostezó, y su madre le dio un codazo y murmuró:

–¡Mal hijo! ¡No quieres a nadie!

–Qué te pasa, mamá –le dijo Dimas en un susurro.

–¡Que qué me pasa! Que la otra noche te vieron entrar

en el Hotel María Isabel, descastado, que eres un descastado.

–Asuntos de trabajo, mamá.

–Sí, sí..., de trabajo, si sabré yo.

–¿Quién te lo ha dicho?

–A ti qué te importa.

Alguien chistó y Dimas y su madre volvieron al silencio.

Después de dar el pésame a Luis Alberto y al tío Paco en la puerta de la catedral, Dimas salió a la plaza y distinguió a Borsa dentro del coche, aparcado frente al bar de Cato. Al funeral había acudido lo mejorcito de Burgos. Autoridades con uniforme de gala, falangistas, comerciantes de austeros trajes oscuros y hasta la esposa del gobernador, en su representación. Las señoras, aguantando el frío, con rigurosas mantillas y velo negro, charlaban en corro sobre el sermón que había dado el padre Ferrer, siempre magnífico y estimulante, confesor de doña Águeda. Había insistido una y otra vez en el relajamiento de las costumbres que amenazaba a Burgos y a la España cristiana. No había más que ver a las muchachas y los muchachos campando por sus respetos Espolón arriba, Espolón abajo. El padre Ferrer los había comparado con la austeridad cristiana de la difunta, recientemente enviudada. Había que evitar lo que estaba

ocurriendo en la Rusia soviética, donde se había decretado el fin de la familia y del matrimonio. Y para qué hablar de lo que pasaba en la España republicana, lo que quedaba de ella. No había moral y obligaban a las mujeres solteras a copular con cualquiera; el lema era hijos sin padre y maridos sin esposas. Se había establecido el dominio de Satanás, el que realmente reinaba en esa pequeña parte de España.

Las últimas noticias del frente en aquel frío enero de 1938, II Año Triunfal, formaban parte de la charla de los hombres, siempre en voz baja. Había que recuperar Teruel de manos de los rojos, aunque eso no se pudiera decir, y ni siquiera pensar. De todas maneras, en los demás frentes se ganaba terreno día a día, gracias a la providencia divina, que nos había permitido tener al Generalísimo Franco, y a nuestros valientes soldados, que defendían España y la cristiandad de la barbarie asiática y bolchevique.

Como siempre, en Burgos se especulaba sobre el fin de la guerra, que se veía inmediato. Pero esas conversaciones se mezclaban con la charla de las mujeres, que ahora comentaban la última película que se había proyectado en el Coliseo Castilla, *Nobleza baturra*, mientras que otras se lamentaban de lo difícil que era en esos momentos conseguir criadas. La mayor parte de ellas trabajaba en las industrias relacionadas con la guerra. Ganaban más.

Dimas Prado se había apartado unos metros de su madre y atendía a las palabras de Ricardito Vinuesa, que

le hablaba sobre la cerveza: la mejor de Burgos era la del café Suizo, que regentaba un alemán, herr Stoewer, un entendido en la materia. Tenían que ir un día de estos y comprobarla. Dimas le contestó que por supuesto.

Luis Alberto y el tío Paco, después de recibir el pésame de los asistentes, le estaban haciendo señas para que se aproximara al pórtico de la catedral. Con ellos se encontraba un cura de sotana.

—Mira, Dimas, este es el padre Sanchís, un amigo de la familia.

Dimas se cuadró y le dio la mano. El cura se la estrechó con fuerza.

—Mucho gusto, padre.

—¿Eres mutilado de guerra, hijo?

—Sí, padre.

—Jóvenes valerosos, falangistas, sois los luceros de la Nueva España. ¿Dónde te hirieron, hijo?

—En el Alto del León, padre. —Dimas se dirigió a Luis Alberto—: Voy a tener que marcharme, Luis. No voy a poder acompañaros a la comida, tengo trabajo. Lo siento.

—¡Pero, hombre, no me digas eso! Pensaba invitarte a comer. No me vayas a fastidiar, hombre. Va a venir también el padre Sanchís.

—Lo siento Luis. Tengo órdenes, las acabo de recibir.

—¡El deber! ¿Verdad, hijo?

—Sí, padre.

Dimas se encaminó a su coche y se sentó en el asiento delantero, al lado de Borsa.

–¿Has conseguido gasolina?

Guillermo Borsa asintió con la cabeza.

–Sí, ¿adónde vamos?

–A Briviesca. Vamos a buscar a Sancho Recalde. Está por allí.

El coche se puso en movimiento lentamente, sorteando a la gente, y Dimas encendió uno de sus Pall Mall; estaba eufórico. La mañana había comenzado gris y fría, pero los jirones de nubes se fueron apartando gracias a la suave brisa del norte y ahora la mañana dejaba ver trozos de cielo azul, donde el sol, raquítico, trataba de esconderse entre las nubes.

Las cosas iban mejor de lo que esperaba. La noche anterior le había remitido otro informe a Celso, el asunto del sereno estaba resuelto. Los únicos testigos del crimen que quedaban eran el forense, el doctor Lachica y Azcárate, el jefe superior de Policía. Celso le había contestado con una escueta nota escrita a máquina y sin firmar, que había llegado a su despacho a primera hora de esa misma mañana traída por un motociclista, un poco antes de que se encaminara a la catedral para el sepelio. El sobre no tenía remite y su nombre y dirección estaban también escritos a máquina. La nota era breve, apenas una línea: «Sigue investigando».

Se había producido un repentino jaleo en la plaza de la

catedral. Dimas escuchó aplausos y vivas a España y a Alemania. Se encontró con un extraño espectáculo: un grupo de civiles y de militares alemanes y españoles se encaminaba a la catedral. Los transeúntes aplaudían dando vítores, mientras era desalojados a empujones por civiles, probablemente escoltas alemanes.

Uno de los alemanes, un jerarca con los entorchados de general, se volvió y saludó con una inclinación de cabeza. El público redobló los aplausos y vivas. Poco a poco se volvió a la normalidad.

Dimas reconoció el cabello ralo, corto y blanco del general Von Faupel, embajador de la misión alemana. Los demás eran altos oficiales, a juzgar por los signos en las bocamangas y la calidad de los uniformes. Se dio cuenta de que entre ellos estaba Ungría, de paisano, y un grupo de sus camaradas.

—Espera un momento, Guillermo.

El coche se detuvo. Dimas descendió del automóvil.

—Estaré antes del puente —le dijo Borsa.

Dimas se apresuró tras el grupo, cojeando entre la gente. Distinguió a sus compañeros de Falange, que saludaban a los alemanes brazo en alto, y debían de observarle.

—¡Coronel, mi coronel! —le gritó a Ungría.

Ungría se detuvo. Dimas le hizo señas para que aguardara.

Un hombre alto y grueso se puso delante. Llevaba un largo abrigo de cuero negro. Su rostro era liso, casi sin

nariz.

–El señor Ungría me espera –le dijo Dimas. El hombre no se inmutó. Dimas insistió en alemán–: El señor Ungría es amigo mío, estúpido. –Y le apartó con la punta del bastón.

El hombre lo miró fijamente y se separó unos centímetros a su izquierda. El grupo de oficiales y Ungría hablaban en alemán. Un civil con gafas, obeso y bien vestido, Sainz Rodríguez, ministro de Educación Nacional, señalaba la catedral y sus capiteles. Escuchó una conversación en alemán: «... el interrogatorio de prisioneros está dando muy buenos resultados, herr Ungría...».

Dimas se cuadró y saludó brazo en alto.

–¡Arriba España! –Y añadió–: Les ruego que me disculpen, caballeros –les dijo en alemán–. Señor Ungría, tengo algo que..., me refiero a si puede darme una cita, trabajo para el camarada Celso Aguado.

Ungría se le quedó mirando. Tenía el rostro envejecido, gastado, con ojeras moradas bajo los ojos.

–¿Ah, sí? Ahora no, Prado. Si quiere una cita, pásese por mi secretaría. Le llamaré cuando quiera hablar con usted.

Dimas le sonrió y asintió, sabía que sus camaradas lo observaban. Le tendió la mano a Ungría, que se la estrechó distraído, sin mirarle, y continuó atendiendo al ministro, que se expresaba en alemán.

Dimas se retiró despacio, aparentando calma. El

guardaespaldas le sonrió con un costado de la boca. Pasó entre la gente y se enfrentó a sus camaradas. Además de Ferrán, estaban Vinuesa, Gálvez, el de Centralita y dos más a los que no conocía. Uno de ellos vestía uniforme falangista de gala. Vinuesa le dijo:

–Ven y quédate y nos cuentas, ¿eh? ¿Qué le has dicho a Von Faupel?

–Nada, he hablado con Ungría.

Otro de los compañeros se dirigió a Dimas:

–Tienes que contarnos, ¿eh? ¿Qué te traes con ellos?

Dimas se quedó inmóvil, sosteniéndose con el bastón. «Me ha humillado delante de los alemanes» –pensó—. «Hijo de perra, cabrón... Me lo vas a pagar».

–No puedo, camaradas..., tengo que hacer, qué más quisiera yo.

–Nuestro Dimas tiene ahora un puestecito en Orden Público con Celso. ¿No, Dimas? –le dijo Vinuesa.

Dimas los saludó agitando la mano y se encaminó hacia su coche, cojeando ostensiblemente. Entró en el automóvil y se quedó quieto, pensativo, mientras Borsa encendía el motor. Un rostro deforme se pegó al cristal de la ventanilla. Dimas dio un respingo, pero reconoció al guardaespaldas que había intentado cortar el paso.

Bajó la ventanilla. El hombre comenzó a hablarle en alemán.

–Atienda..., esta noche, a las once y media, vaya al bar del Hotel Norte y Londres y espere instrucciones. El señor Ungría quiere hablar con usted. Repítalo, por favor.

Dimas se lo repitió y el hombre se marchó hacia el grupo de alemanes, que había desaparecido detrás de la catedral. Miró el reloj: eran las once menos cuarto de la mañana.

Borsa no hizo ningún gesto.

PENAL DEL PUERTO, MEDIADOS DE OCTUBRE DE 1946

Llevo más de cinco meses sin escribir. He logrado que me cambien el turno de guardia en la galería de tuberculosos. Voy de seis de la mañana a una y treinta del mediodía. Le entrego a Berasategui el parte de enfermos, las «novedades», lo que en realidad quiere decir fallecimientos. Casi siempre hay alguno. Después, aguardo el segundo toque de corneta, que indica comedores. Más tarde, vamos a patios. A eso de las cuatro pasamos a galerías o a talleres. Esa es mi rutina.

Salvo alguna incidencia, pienso escribir de cuatro de la tarde a nueve de la noche, hasta el toque de cena y silencio. Lo haré también por las noches en la consulta que comparto con Mariano Moreno. A él no le molesta que tenga la luz encendida o, al menos, eso me dice. Cuando me toque guardia especial, dos veces a la semana,

escribiré de diez de la noche a dos de la madrugada en la galería de tuberculosos.

La sala médica o sala de consultas tiene unos nueve metros de largo por tres de ancho. La preside la mesa donde me siento ahora. Detrás de mí, hay un frontal con tres armaritos de chapa, pintados de blanco, donde se guardan los utensilios médicos y las pocas medicinas. Están cerrados con llave. En la pared hay colgadas viejas litografías médicas del cuerpo humano.

Mariano y yo dormimos en camas de campaña plegables del ejército. Tenemos sábanas y almohadas, un lujo en el penal. Un biombo nos separa del retrete, del espejo y de una estantería con nuestros útiles de afeitar y los cepillos de dientes.

Hace tiempo encontré, entre los libros amontonados de la biblioteca, la novela *Crimen y castigo*, de Dostoievski, edición de 1935 de Aguilar, traducida del ruso por Cansinos Assens, lo que es una tremenda superchería: Cansinos lo traducía del francés. Nunca supo ruso. Una noche de insomnio la releí de cabo a rabo mientras daba buena cuenta de dos manzanas. Hace quince días conseguí otro encuentro con Carmen. Volvieron a mezclarse los sentimientos de felicidad y de celos que nos embargaron hace meses en la Pensión Oriente. Con el dinero que me dio compro en el economato algo de fruta,

que devoro hasta los huesos. La cura de sueño y el descanso me han sentado bien. Me noto con fuerzas. Reanudo los ejercicios gimnásticos en patios.

Sin embargo, no puedo olvidar mis estúpidas peleas con Carmen.

Cierro los ojos y aparecen los sueños: me veo a mí mismo el 16 de octubre avanzando por la tarde con mis tropas a la salida de Navalcarnero. Una brigada de civiles cava trincheras y construye nidos de ametralladoras, ayudados por un batallón de zapadores. La brigada de civiles incluye mujeres y niños. Cuando pasamos en formación por la carretera nos aplauden. Saludamos puño en alto.

Caminamos a buen paso para que no se nos haga noche cerrada. He dividido la compañía en dos secciones que marchan paralelas por la carretera; yo voy en cabeza con Jacinto, que trota a mi lado sin atreverse a preguntarme nada. Le noto las ganas. El teniente Braulio Longares manda la otra sección.

Nos cruzamos con camiones que vienen del frente hasta los topes de heridos, tocando la bocina. Tenemos que apartarnos. Grupos de civiles avanzan por el borde de la carretera. Son mujeres, niños y ancianos. Algunos levantan el puño y dan vivas a la República. Llevan sus pobres pertenencias sobre los hombros o en mulos. Hay bastantes ancianos, viejos campesinos con los rostros

agrietados por el sol. Hablo con algunos de ellos, me cuentan que son vecinos de Alameda de la Sagra, tomada el día anterior por el enemigo. Se escaparon de sus casas un poco antes de que entraran los regulares de Yagüe y marchan sorteando a las patrullas de caballería. También han caído Palomeque y Cedillo. La represión ha sido espantosa, las tropas de Franco fusilan a cualquiera, no necesitan informes del cura ni de los ricos y beatos.

He colocado a tres hombres unos treinta metros por delante. Uno de ellos afirma que conoce la región. Maldigo no tener un mapa, olvidé pedírselo a Mercado, ese botarate. He perdido de vista a Longares y a cinco hombres que deben cubrir el flanco izquierdo. Se han internado en un bosquecillo de pinos. Uno de los sargentos y otros cinco hombres rastrean el flanco derecho, una serie de lomas pardas que se pierden en el horizonte. Los Montes de Toledo se divisan al fondo. ¿Serán nuestros o del enemigo? Imposible saberlo.

Ya no vemos huidos ni pasan camiones. Por todas partes vemos cráteres producidos por las bombas y cadáveres de animales que se pudren al aire libre. No hace frío aún, pero la noche será gélida. Sopla un airecillo que se convertirá en brisa helada cuando oscurezca del todo. Siento el estómago apretado y un sabor ácido en la boca, señal de que la adrenalina bombea mi torrente sanguíneo.

A las tres horas de marcha nos detenemos a descansar. El sol está a punto de desaparecer detrás de los montes. El fragor de la batalla es intenso, retumba en los montes

cercanos y el eco se extiende por la llanura. Ordeno que los hombres se sienten en la carretera y coman sardinas y pan, atentos por si aparece el enemigo. Pongo dos vigilantes unos metros delante. Nos disponemos a aguardar a Longares y al sargento. Le pido a Jacinto que corra hasta nuestro batallón, dé la contraseña y anuncie que la 2.^a Compañía está cerca.

Paseo entre los hombres para infundirles ánimos, les pido que revisen las armas y las tengan listas. Algunos tiemblan ostensiblemente; uno me pregunta:

—¿Cuándo vamos a darles candela a los fascistas, mi capitán?

Le contesto que pronto. De vez en cuando caen proyectiles detrás de nosotros, que levantan nubes de polvo y provocan nerviosismo entre los milicianos.

Jacinto vuelve antes de una hora, radiante. Ha establecido contacto con nuestro batallón, que se encuentra a la derecha de la carretera, a unos kilómetros. Le felicito y se esponja de felicidad. Mando formar y llamo a los sargentos, les indico que lleven desplegados a sus hombres a donde me ha indicado Jacinto y les digo la contraseña. La vanguardia de cinco hombres que envié no ha vuelto.

En ese momento aparecen Longares y su patrulla y, poco después, el sargento con sus hombres por el flanco derecho, a los que acompañan los milicianos de la vanguardia. No puedo disimular un suspiro de alivio, llegué a pensar que habían desertado. Todos me hablan a

la vez. Pido que hable el sargento. Se trata de un muchacho fornido, prematuramente calvo, que ha sido soldado de reemplazo. Informa de que han visto un escuadrón de caballería facciosa dirigirse hacia Navalcarnero.

–Iban entre los pinos, veinte o treinta caballos y tres mulas con artillería, mi capitán –dice el sargento.

–Seguro que eran ametralladoras –afirma otro de los sargentos que sale de la fila y escupe en el suelo con rabia–. ¡Nos van a copar, me cago en la leche! ¡Esos nos van a joder! ¡Vamos a tener que volver a Navalcarnero, coño!

Le ordeno silencio. Esos comentarios derrotistas son inadmisibles en tiempo de guerra. Mi severidad aumenta. Me veo a mí mismo en el patio del instituto regañando a los revoltosos. Le pido su nombre.

–Crescencio Sánchez Ruiz, mi capitán.

–Quedas destituido, Crescencio. Braulio.

Se adelanta.

–A sus órdenes.

–Nombra a otro sargento para el pelotón. Este hombre es un cobarde.

–¡Mi capitán, yo...!

–¡Silencio! –le ordeno–. ¡Y póngase firme! Mañana te convocaré a un consejo de guerra. Depende de lo que hagas durante el combate, depende de ti. ¿Me has entendido?

–Sí, mi capitán. No tendrá queja.

Como no tenemos aún uniformes, Braulio le quita la banda atada al brazo, señal de su grado, y se la entrega a un miliciano, que la agarra con decisión, el rostro radiante.

Entonces les hablo con serenidad, como a niños descarriados, moviéndome entre ellos, que se han apelotonado a mi alrededor.

—¿Es que lo que tenemos son caramelos? Son balas, y lo que llevamos, fusiles. Fusiles y bombas de mano para defender a la República, para defendernos a nosotros mismos, para defender nuestros derechos de trabajadores y a nuestras familias. —Hago una pausa—. Y ahora romped filas, os quiero a tres metros uno de otro.

—¡Desplegaos, vamos! —grita Braulio—. ¡A distancia, coño!

Se despliegan.

Braulio se cuadra y pide permiso para transmitir el parte. Ha visto entre los pinos una docena de cadáveres de huidos en avanzado estado de putrefacción. Había mujeres y niños.

—No eran combatientes, mi capitán. Los han fusilado y saqueado. Han violado a las mujeres. Permiso para hablar a la tropa.

—Lo tiene, teniente.

Se dirige a los hombres y eleva la voz:

—¡Eso es lo que hacen con los prisioneros esos fascistas y esos moros cabrones, mercenarios y asesinos! ¡Ya lo sabéis! ¡No tenéis que dejaros coger! ¿Me habéis oído?

¡Y al que salga corriendo, al que no atienda a las órdenes lo mato yo mismo! –Muestra el fusil–. ¡Le reviento la cabeza!

Nos ponemos en marcha.

Poco después llegamos al puesto de mando del batallón. El fragor del combate nos inunda. Se escuchan disparos de ametralladora y fusilería y el seco retumbar de los morteros y de las piezas de artillería. El puesto de mando es una casilla de guardas forestales machacada por las baterías del 75. Se encuentra en medio de una vaguada, protegida por un repecho, rodeada de pinos desmochados.

El comandante Martínez Palacios es abogado de profesión, según me dice, y lo ha herido en un brazo una esquirla de metralla, «una rozadura», me indica. Llevan combatiendo setenta y dos horas seguidas; este mediodía han recibido más pertrechos y municiones, pero no alcanzarán a mañana por la noche. Las bajas de su batallón llegan al cincuenta por ciento. No puede comunicar con Mercado desde hace seis horas, el teléfono de campaña fue alcanzado por la artillería del enemigo, que produjo doce bajas, seis de ellos muertos en el acto. Él se libró por casualidad, estaba en el rincón opuesto bebiendo agua de un botijo.

–El puto tomatazo entró por ahí. –Me señala el techo–. No hemos retrocedido, nuestras líneas resisten –me informa.

Tenemos que hablar a voces. El fragor de las baterías y

el ruido de los disparos son tan intensos que apenas nos oímos. Me dice que los aviones, los nuestros y los del enemigo, volverán por la mañana; son Messerschmitt que ametrallan a sus hombres volando a baja altura, aunque han dejado de bombardear porque la línea de combate es tan movable que los proyectiles pueden destruir tanto a amigos como a enemigos.

—¡Illescas es una pequeña Numancia! —me grita Palacios.

Le comento lo que he visto en el cuartel general en Navalcarnero. Mercado no ha organizado tropas de reserva, ni una línea continua de abastecimiento de víveres o municiones, ni hospitales de campaña. El comandante se lanza a insultarlo. Está convencido de que Mercado es un inepto o, algo peor, «un emboscado». Quizás tuviera razón. Días después es fusilado, condenado por un tribunal militar en juicio sumarísimo «por abandono de sus funciones militares en mando de tropa».

En Illescas combatimos poco más de tres mil hombres de la columna de Sánchez Mercado, que consta de ocho batallones, cada uno de unos cuatrocientos hombres. Solo recuerdo a mi batallón y al del capitán de carabineros Lucio Paredes en el flanco izquierdo, al oeste; en el centro combate el Batallón Héroes de Octubre, al mando del comandante Fernández Tirado, y el nuestro, en el flanco derecho, al este.

Frente a nosotros, en las líneas enemigas, se encuentra

la Columna Barrón, formada por un batallón de reemplazo, dos tabores de regulares de Larache y otro de la Mehala jerifiana, soldados profesionales muy bien preparados, perfectamente pertrechados y muy valientes. A esta columna, compuesta por poco más de tres mil hombres, se añade el regimiento de caballería del coronel Monasterio y un batallón en la reserva al mando del comandante Pujalte, que sirve de apoyo.

—Nos superan ligeramente en número. —Palacios grita y yo tengo que pegar el oído a su boca para entender algo—. Pero si solo fuera eso... Pujalte envía constantemente tropas de refresco a la primera línea. Y ¿sabes una cosa?, cada compañía tiene una sección de ametralladoras y otra de morteros. Los cabrones de los alemanes tienen una artillería formidable a la que no le faltan municiones. Y los aviones..., esos hijos de puta. ¿Cuándo vamos a tener aviones y artillería como dios manda?

Es una pregunta retórica que no tiene respuesta. El comandante Palacios me repite que el Comité de No Intervención nos impide comprar armas, petróleo y pertrechos de guerra. Lo que consigue la República siempre es a través de contrabandistas, y no pocas veces son armas de mala calidad. Le pregunto si está informado del enemigo y me contesta que en los primeros días se han pasado al bando republicano más de treinta y tantos soldados de reemplazo y varios sargentos. Y añade que todo eso se lo ha comunicado a Mercado, porque entonces funcionaba el teléfono de campaña.

Palacios da por terminada la conversación, se va en ese momento a primera línea. Me señala una zona en el mapa, una pequeña cuña al oeste del pueblo. Se trata de un molino ocupado unas horas antes por una sección de la columna de Barrón, o, al menos, eso cree él, aunque no está seguro. Tienen una o dos ametralladoras pesadas para apoyar un movimiento envolvente posterior de la caballería. Tenemos que tomarla antes de que reciban refuerzos de Pujalte, que se encuentra a tres kilómetros.

—¡No se lo esperan! —grita Palacios—. ¡Saben que no tenemos reservas!

Le respondo que iremos inmediatamente al combate. Le hago una relación de nuestro armamento y me repite que tenemos que evitar que el regimiento de caballería del coronel Monasterio ataque por los flancos. Sería el final.

Ese será nuestro objetivo, impedir que Monasterio emplee su caballería en la retaguardia. Palacios me ha dado instrucciones para que envíe a alguien a Mercado con las novedades. Decido que sea Jacinto, que queda nombrado oficialmente enlace de la compañía. Protesta, pero es inútil. Quiere combatir. Le prevengo de que la misión es difícil y entraña bastantes riesgos. Debe darle las nuevas a Mercado en persona. Decirle que la línea del frente resiste, que no ha retrocedido ni un metro. Necesitamos que envíe patrullas de reconocimiento, el enemigo ha infiltrado destacamentos de caballería detrás de nuestras líneas para intentar una maniobra de copo. Se lo hago repetir, le ordeno que descanse en Navalcarnero,

cene y se vuelva con cualquier camión de transporte al amanecer.

Me hace el saludo militar y sale corriendo. Reúno a Braulio y a los sargentos y preparamos el ataque, que intentaremos que sea por sorpresa. Nos dividimos en dos secciones, que atacarán dispersas, más una segunda oleada detrás de nosotros. Una estará a cargo de Braulio y la otra a mis órdenes. Con el grueso de la compañía asaltaremos la loma por los flancos con bombas de mano y a la bayoneta. Reparto las ametralladoras entre los mejores tiradores.

La ametralladora pesada y sus servidores se instalan en el centro, detrás de una ondulación del terreno. La sargento que manda a las mujeres me pide que hablemos a solas. Nos retiramos unos metros y me dice que ella y una «entregadora» podrían lanzar Lafittes con su honda desde una posición fija. Sería capaz de lanzarlas a más de veinticinco metros.

Me muestra la honda. Es de cuero y de dos metros de extensión.

—Si se te escapa, puedes dar a los nuestros.

Los ojos le brillan.

—Eso no ocurrirá nunca, mi capitán. No se arrepentirá. Nos arrastraremos hasta que estén a tiro.

Le doy permiso y las dos mujeres desaparecen a mi izquierda. Avanzamos en completo silencio hasta que estamos a unos cincuenta metros del molino. Es ya de noche y trato de distinguir si la posición enemiga está

fortificada. No hay ninguna luz. Los muros del antiguo molino parecen sólidos, pero le falta el techo. Miro el reloj y aguardo quince minutos para que Braulio y su sección se acerquen lo más posible por la derecha.

Me vuelvo y observo a mis hombres pegados al suelo, apretando los fusiles. Distingo a la sargento, acompañada de una miliciana que lleva dos zurroneos colmados de Lafittes. Las dos se arrastran despacio hacia la izquierda. En mi sección somos unos cincuenta. Si caemos, otros cuarenta aguardan en la retaguardia para lanzarse al ataque. Ha llegado la hora. Desenfundo mi pistola, me incorporo y hago una señal con la mano.

Empiezan a estallar las Lafittes con increíble puntería. El tableteo de nuestra ametralladora pesada atruena los oídos. El enemigo comienza a disparar sin ton ni son. Nuestros fusiles trazan líneas de luz, desde el refugio disparan a izquierda y derecha. Del bulto borroso del molino surgen las luces rojas de los disparos de ametralladoras y fusilería.

Grito «adelante», me incorporo y corro hacia la loma. Nuestra ametralladora pesada enmudece. El enemigo nos ha alcanzado. Corro en zigzag, agachado. Distingo los puntos rojos de los fogonazos que aparecen en la base del molino. Las balas silban a mi alrededor y levantan la tierra siguiendo mis pasos ni siquiera me vuelvo para comprobar si me siguen mis hombres. Pero lo más extraordinario es contemplar, mientras corro, la lluvia de granadas que explotan en el interior de las posiciones

facciosas.

El tiroteo es intenso. Veo a la sección de Braulio a mi derecha, casi al pie de la loma, y escucho enseguida las explosiones sordas de más bombas de mano, seguidas de fogonazos rojos. Uno de los hombres de Braulio se lanza de un salto a la base misma de la posición y arroja una granada. La pared del molino se desmorona y la ametralladora enemiga enmudece. Corremos hacia la posición facciosa. Mis hombres gritan mientras disparan.

Hemos tomado el molino. Pero no es más que un montón de cascotes. En la huida, el enemigo ha dejado ocho bajas, dos de ellas heridos de gravedad, uno de ellos un joven teniente que expira al momento. Nosotros hemos tenido ocho bajas, seis muertos y dos heridos, uno de ellos muy grave con un tiro en el vientre. Encontramos la ametralladora enterrada entre las piedras con una cinta a medio terminar. No han podido llevarse las municiones. Ordeno que coloquen a los muertos en un rincón, con todas sus pertenencias, tapados con los capotes que hemos encontrado. Limpiamos la posición y encontramos una pequeña cocina de campaña, botes de leche condensada, pan tierno y manzanas. Mando derribar lo que queda del molino para que no se desplome sobre nosotros como les pasó a ellos.

Ha sido Crescencio el autor del increíble asalto que ha provocado la toma de la posición. Le doy la mano delante de la tropa y le digo que volverá a ser sargento. Está exultante. Felicito a Braulio delante de todos y a la

hondera y su acompañante. Serán señalados en el parte del día con honor. Lo redacto rápidamente y se lo envío a Palacios con un enlace.

Los tiroteos cesan poco a poco hasta que enmudecen casi por completo.

Nadie duerme. De vez en cuando suenan disparos y ráfagas de ametralladoras. Ordeno retirarnos de la posición. La compañía se dispersa en los flancos, parapetados en accidentes del terreno o en improvisados agujeros que realizamos con las bayonetas. Más tarde contraataca el enemigo con fuego de ametralladoras y artillería ligera de campaña, que precede al asalto. La artillería hace trizas lo que queda del molino, sin causarnos ninguna baja. Creen que seguimos en la posición y la asaltan con bombas de mano.

En ese momento ordeno un tiroteo cerrado. Las ametralladoras entonan su terrible canción. Rechazamos al enemigo, que abandona las ruinas del molino tras sufrir bastantes bajas entre muertos y heridos. Ocupamos otra vez la posición y capturamos abundante armamento y munición, así como víveres. Mi compañía no ha sufrido más bajas. La moral es alta. Nos replegamos a nuevas posiciones.

Prohíbo el menor ruido y coloco a los hombres en un círculo amplio con una reserva de veinte hombres en el centro, previendo un nuevo ataque. Se produce cuarenta y cinco minutos después, precedido de disparos de morteros y ametralladoras. Un foco de luz nos descubre y entramos

en combate. Les causamos bastantes bajas. Varias veces llegamos al cuerpo a cuerpo. Son tropas de reemplazo, reforzadas por cabileños y legionarios. Se retiran a las dos horas y dejan en el campo muertos y heridos. Conseguimos más armas y municiones.

Hemos tenido doce bajas. otros cuatro hombres muertos y ocho heridos, dos de ellos de consideración. Escribo otro breve parte al mando y envío a los heridos al batallón.

Conservamos el molino, cuyas ruinas humean. Ordeno una guardia nutrida y nos disponemos a descansar. Poco después llega un enlace del batallón. Me retiro con él y me comunica que Martínez Palacios se encuentra herido de muerte. El batallón está a cargo del capitán Díaz Montalvo. Acaban de recibir una orden escrita de Mercado: hay que retirarse aprovechando la noche y hacerse fuertes en Navalcarnero.

Trato de que mis hombres no se den cuenta de mi frustración y mi rabia.

Doy las órdenes oportunas y nos ponemos en movimiento. Nos retiramos escalonadamente, creando líneas defensivas y transportando las armas que hemos conseguido en el campo de batalla y a los heridos leves. Lo hacemos en silencio, pero escuchamos a la caballería de Monasterio, que pasa muy cerca. El enemigo está rebasando nuestras líneas. Ordeno abandonar la carretera y avanzamos entre los pinos en completa oscuridad hacia Navalcarnero. Por nuestros flancos creemos distinguir a

grupos de los nuestros que huyen a la desbandada, algunos sin armas. Mis hombres los llaman a gritos para que se integren a nuestras fuerzas. Media docena lo hacen.

Llegamos a Navalcarnero en formación al amanecer, completamente exhaustos. Llevamos nuestra ametralladora pesada empujada por cinco hombres. Para nosotros es un objeto precioso. Hemos dejado en el campo de batalla diez cadáveres, sin contar a los heridos graves. Otros tantos son heridos leves.

Me entero de que Jacinto, mi joven enlace, ha sido confundido con un desertor y fusilado. Caigo en una profunda depresión. Es 17 de octubre, Illescas ha caído en manos del enemigo. Navalcarnero será tomada por los facciosos tres días después. El enemigo se encuentra a treinta kilómetros de Madrid.

Por aquel entonces recibí una noticia terrible. Mi padre y mi madre habían muerto durante un bombardeo. Una bomba de quinientos kilos alcanzó de lleno mi casa. Fue imposible reunir los restos de sus cuerpos, ni los de nuestros vecinos, veinticinco personas entre hombres, mujeres y niños. Otros treinta resultaron heridos, diez de ellos muy graves. Mi casa ya no existía, se había convertido en un montón de cascotes humeantes. Lloré como un niño. Carmen me confortaba. Me dio ánimos y

me consoló, trató de distraerme por todos los medios. Madrid era una ciudad sitiada y bombardeada, pero los cines y los teatros funcionan a tope a pesar de los bombardeos. Carmen me informó de que estaba realizando labores de intérprete y traductora en el Estado Mayor.

Ingresé en el Partido Comunista y me trasladé al pisito de Carmen en la calle Viriato. El chalet familiar de la Guindalera había sido requisado. Su familia se había quedado en Biarritz. No recibía correspondencia de ellos.

No pude recoger nada de mi casa, apenas unos cuantos libros y objetos personales recuperados de entre los escombros. El comandante de mi batallón, Martínez Palacios, antes de morir a causa de sus heridas en combate, señaló a mi compañía en el parte del día. La prensa nos trató como héroes exagerando el golpe de mano al molino y la actuación de la pastora de cabras. El pueblo de Madrid necesitaba héroes. Jesús Izcaray, el famoso periodista y viejo amigo, me hace una entrevista en el *Ahora*. Tuve que hacer esfuerzos para no manifestar mi rabia y desesperación por lo que había visto. Me condecoraron y me ascendieron a comandante de milicias en el nuevo Ejército Popular de la República, que se estaba preparando a toda prisa. A Braulio lo nombraron capitán y también lo condecoraron. La pastora de cabras fue entrevistada por todos los periódicos y ascendida a teniente.

Me dieron una semana de permiso, que después redujeron a tres días. A finales de octubre comenzó el éxodo de Madrid. En Madrid se quedó el pueblo, los militares movilizados y un grupo notable de intelectuales por la República que se encargarían de animar a los soldados. Un poco más tarde, también se marcharon.

El teniente coronel Rojo, un militar sin partido y católico practicante, fue nombrado jefe del Estado Mayor del Ejército del Centro. El general José Miaja se hizo cargo de la Junta de Defensa de Madrid. Los bombardeos era constantes desde octubre.

Más de cincuenta mil hombres, siguiendo planos del general Riquelme, no cesaban de trabajar a marchas forzadas creando tres líneas de defensa alrededor de la ciudad. Parecía un laberinto. Los hombres de Madrid de entre veinte y cincuenta años fueron movilizados. Esperábamos el ataque del grueso del ejército faccioso los primeros días de noviembre. El Servicio de Información del Estado Mayor comunicó a los jefes de unidades que el general Varela atacaría con tres cuerpos de ejército, unos cuarenta mil hombres, con artillería pesada, de campaña, ametralladoras, tanques, aviones italianos y alemanes de caza y bombarderos pesados.

Las municiones y avituallamiento no paraban de llegar al ejército de Franco. Eran transportados en barcos alemanes que desembarcaban en Cádiz y Portugal. Eran armas y pertrechos ultramodernos. Sus tropas comían mejor y estaban mejor vestidas que las nuestras. El

Comité de No Intervención era una pamema ridícula. La ayuda alemana e italiana a Franco no habían cesado desde agosto. Era evidente que las potencias europeas no querían que sobreviviera la República.

Empezaron a retirar a las milicianas de los frentes. La orden era: «¡Mujeres al frente interior!».

Hoy no tengo guardia en la galería, de modo que debería dormir. Mariano Moreno lo hace. Lo oigo roncar suavemente. Apago la luz. No me es difícil volver a soñar con el Madrid sitiado, con los amigos madrileños que no se han marchado, pienso en los mítines..., en el cine, saliendo a mitad de la sesión cuando oímos la sirena que anuncia bombardeos. A pesar del horror de la guerra, los cafés, los cines y los teatros siguen abiertos. Los sin casa son trasladados al barrio de Salamanca, zona tradicional de ricos. Allí no bombardean.

El eslogan de «No pasarán» se convierte en algo constante. Hay carteles por todas partes. Recuerdo que me exigen el nuevo uniforme de Comandante de milicias de infantería. La República ha creado nuevos uniformes para el reciente Ejército Popular. En las bocamangas y en la gorra llevo una ancha franja amarilla horizontal y una estrella roja de cinco puntas. Los alféreces, una franja más delgada; los tenientes, dos, y los capitanes, tres. Para los tenientes coroneles y coroneles, dos franjas anchas y tres,

respectivamente.

Me dan destino, un batallón de infantería, el 71, perteneciente a la 16.^a Brigada Mixta, al mando del teniente coronel Gallo. Nuestra brigada, de unos dos mil ochocientos hombres, ocupa un sector junto a la Ciudad Universitaria. Bajo mi mando directo tengo a unos cuatrocientos hombres, tres compañías.

Recuerdo una noche, durante los primeros días de noviembre, antes del ataque de las tropas de Varela el día 7. Estoy en el café Gijón, con varios de mis oficiales, intentando gastar la paga en café. Todos saben que no bebo. Durante un instante en que la discusión cede de intensidad, me fijo en un hombre acodado en el mostrador. Tiene los galones de comandante con los distintivos de Estado Mayor y está solo. Bebe algo que agita en un vaso. Es más bien bajo, muy fornido, de rostro redondo y saludable de campesino.

Se trata de Ramón J. Sender, afamado periodista de *El Sol* y Premio Nacional de Literatura en 1935. Su novela *Imán* ha revolucionado la literatura española, una mezcla de Galdós y Baroja, muy crítica con la guerra de Marruecos. Por primera vez se denuncia la corrupción del ejército, nunca contada con tanta intensidad y pericia. Les digo a los compañeros que voy a acercarme al mostrador a pedir otra ronda y me dirijo a Sender.

Me doy cuenta de que está un poco borracho, la mirada parece extraviada. Lo saludo, le digo mi nombre y que me ha gustado mucho su novela. Me contesta que la realidad

de la guerra de Marruecos era aún peor.

–Dígame, camarada..., ¿se llama Delforo?

–Sí, Juan Delforo.

–¿Tiene mujer? –Me extraña esa pregunta.

–Sí, tengo compañera.

–Téngala consigo, no deje que se marche.

La población civil que podía se marchaba de Madrid. A veces se formaban largas caravanas de coches que enfilaban la carretera de Valencia. Días después se marcharon el gobierno en pleno, los jueces y los altos funcionarios.

–Ella no quiere marcharse. Está con la República y conmigo.

–Bien, eso está muy bien. A nosotros la sublevación nos pilló de veraneo en San Rafael, ¿sabe? Envié a mi esposa a Zamora con mis dos hijos el 18 de julio. Ella es de allí, su familia son terratenientes, muy de derechas. – Balbucea, está más borracho de lo que creía–. La han fusilado en Zamora porque no me han encontrado a mí. ¿Se da cuenta? Yo atravesé la sierra andando y me enrolé en las milicias el 19 de julio. Este es un país tribal, una cabila de salvajes..., qué odio más terrible, qué baño de sangre... ¿Quiere beber conmigo?

–Disculpe, pero estoy con unos amigos.

Tres días después Varela lanzó cuarenta mil hombres contra las defensas de Madrid.

Mariano Moreno me despierta bruscamente. Me

incorporo en la cama. Soy consciente de que estaba gritando. Sudo copiosamente y respiro como si estuviera ahogándome.

–Estás soñando, Juanito, ¿qué te pasa? Gritabas: «¡los perros, los perros, han vuelto los perros, están ahí, ahí! ¡Disparad, que no se acerquen!».

–Lo siento, Mariano..., es un sueño que se me repite una y otra vez. Veo a esos perros hambrientos devorando los cadáveres en la tierra de nadie. Pero en mis sueños nos atacan a nosotros, son miles y miles...Y parecen soldados fascistas, pero son perros, perros de uniforme, un ejército de perros que nos atacan.

Mariano Moreno me sonrío con cierta dulzura.

–Ya es la hora, Juanito. Dentro de un rato sales en conducción.

Las tres de la madrugada. Hago mi pobre equipaje en un momento. Ayer me despedí de Berasategui, de Iñaki y de los camaradas militares. Antonio Sánchez, el Córdoba, me ha regalado un cestito labrado en el hueso de una aceituna en el que ha tallado una leyenda: «Juan y Carmen». Es una obra de arte. Ató el cesto con un hilo y lo metió en un tubo de aspirinas vacío. Me emocioné y lo abracé. Él murmuró con lágrimas en los ojos:

–Que tenga usted suerte, mi..., mi teniente coronel.

Mariano Moreno parece otra persona. Nunca hemos tenido una conversación íntima. Nuestras relaciones se limitaban a saludarnos por las mañanas, al comentario ligero de lo que ocurría en el departamento médico y al

cotilleo del penal. Descubro que tiene café y leche condensada y me propone que tomemos un auténtico café con leche. Charlamos, bebemos café y fumamos mientras llega la hora de partir. Me hace confesiones increíbles de su pasado político en la guerra. De pronto parecemos íntimos amigos. En un momento dado, me dice: «Juan, cuando termine todo esto, me gustaría que nos viésemos, que fuéramos amigos».

Nos abrazamos.

–Que tengas suerte, amigo mío. Que te vaya bien –me dice.

Al amanecer, después de dos horas de espera, sesenta penados nos apretamos en dos camiones militares. No conozco a nadie personalmente, aunque reconozco a la mayoría de patios. No nos saludamos. Esos serán mis compañeros los próximos años. Otro camión militar va detrás con un destacamento de soldados a cargo de un sargento primero, Cerezo. Parece que pasaremos por la prisión de Carmona a recoger a más penados. El sargento primero aparenta tener alrededor de cuarenta años y es bajito y muy fornido.

Nos dirigimos a Mohedas de la Jara, en Toledo, localidad pegada a la provincia de Cáceres. Al salir por la puerta de cocheras, contemplo el Puerto de Santa María callado y en sombras. Solo hay un titileo irregular de

luces. Un barco entra en la bocana del puerto haciendo sonar la sirena. Una terrible nostalgia me inunda el corazón.

Nunca volveré al Puerto.

15

BRIVIESCA, COMIENZOS DE ENERO DE 1938

Borsa aparcó el coche en la Plaza Mayor de Briviesca alrededor de las cuatro de la tarde, después de pasar un par de controles de carretera. Las nubes se habían cerrado sobre el pálido sol y la sensación de frío se volvió intensa y envolvente en el pueblo. Vieron a un hombre pasar arreando a una mula y a unos niños que se perdieron calle arriba con pasamontañas calados hasta las cejas. En el templete de la plaza charlaba un grupo de soldados. Sobre Briviesca parecía haberse desplomado un espeso silencio.

La iglesia de San Martín estaba cerrada, lo mismo que el cuartel de la Falange, que se encontraba en los bajos del ayuntamiento. Dimas golpeó la puerta con fuerza, al cabo de unos instantes la abrió un anciano tuerto, limpiándose las manos con un trapo.

—¿Dónde están los camaradas de Burgos? —le preguntó

Dimas.

—Ahí al lado, en las Tojas, es por allí. —Le señaló con la mano—. Pero no va a hacer falta que vaya usted a buscarlos, mi alférez, deben de estar al llegar. Se han ido con los camaradas de aquí.

Dimas y Borsa se metieron en un bar llamado El Vallés, se sentaron al lado de la ventana y observaron a la escasa gente que pasaba por los pórticos, arrebuados y caminando aprisa. En el bar no había apenas parroquianos, que dejaron de hablar al entrar los dos forasteros. El abrigo de cuero negro de Borsa llamaba la atención. Pidieron caldo caliente y Dimas sacó sus cigarrillos y fumó.

El local era cálido, gracias a la cocina de leña al otro lado del mostrador, de modo que bebieron el caldo sin decir palabra. Poco después escucharon un sordo rumor, como de una procesión de Semana Santa, y el chirriante sonido de un altoparlante. Salieron del bar y se asomaron a la calle Real, entonces calle del Generalísimo Franco. Al fondo distinguieron una pequeña comitiva que avanzaba hacia la plaza. Al frente iban media docena de caballos montados por falangistas, y detrás, varias mujeres y un automóvil con un altavoz. Un cura de sotana, flanqueado por dos monaguillos, iba ante una pareja de guardias civiles que embutidos en sus capotes, caracoleaban sus caballos. Una docena de hombres, mujeres y niños cerraban la marcha, cabizbajos y en silencio.

El altoparlante decía: «¡Vecinos, mirad a estas rojas, a

estas enemigas de España! ¡Son la vergüenza del pueblo, la escoria de la sociedad!».

Distinguió a Sancho montado en un corcel blanco, uniformado de jefe de centuria, que iba en cabeza, volviéndose a cada instante para imprecicar a las mujeres. A su paso se abrieron algunas ventanas, una mujer gritó:

–¡Zorras, guarras, ojalá os fusilen!

Otra arrojó una palangana de agua. Dimas lanzó una mirada distraída al grupo de mujeres. Eran cuatro; dos de ellas caminaban cabizbajas tomadas del brazo, las otras iban cada una por su lado. A todas les habían cortado el pelo al cero. La comitiva se fue acercando a la plaza. Sancho reconoció a Dimas y se acercó al trote.

–¡Vaya, tú por aquí! ¿Es una casualidad?

–No, te estaba buscando. Necesito hablar contigo.

–Espera que termine esto. ¿Has comido? –Dimas le respondió con un movimiento negativo de cabeza–. ¡Vamos, vamos! –les gritó a las mujeres–. ¡Es para hoy! – Se volvió a Dimas–. Espérame un momento, enseguida estoy contigo.

El altoparlante empezó de nuevo y la comitiva entró en la plaza, que permanecía vacía. Las mujeres se quedaron en el centro del corro de miradas de los falangistas a caballo. El grupo de acompañantes se apelotonó. Un hombre viejo soltó un gemido sordo. El cura se persignó y comenzó una oración, los hombres se quitaron los sombreros y la pareja de la Guardia Civil se cuadró. Dimas notó el mal olor; además de pelarlas, las habían

atiborrado de aceite de ricino. Se estaban cagando. Las manchas marrones que se deslizaban piernas abajo eran mierda.

Sancho se mostró eufórico durante la comida en el restaurante La Bureba, el único del pueblo que podía calificarse como tal. Le había dicho que como se aburría, había organizado un día de limpieza por la zona. Consultando los censos electorales, se había dado cuenta de que el Frente Popular había conseguido seiscientos votos en la comarca, ciento cincuenta solo en Briviesca; quedaban muchos rojos sueltos. También había utilizado la lista de suscriptores de *El Socialista* y de otros diarios de izquierda con sus direcciones.

Lo malo era que no quedaban nada más que viejos y mujeres. Los hombres habían sido ya depurados, estaban en el frente o habían huido a zona roja. De todas maneras, todo eso le libraba del terrible aburrimiento de los archivos, necesitaba algo de acción. Luego pasó a explicarle el asunto del encarcelamiento del camarada Iruña. Estaba intranquilo.

—Franco nos necesita, Dimas. Y luego están los alemanes. —Le dio unos golpecitos en el pecho con el dedo—. Ellos no permitirán que nos pase nada. No te preocupes. Mientras estén aquí los alemanes, podemos estar tranquilos.

Dimas no estaba preocupado en absoluto y le explicó la razón de que hubiera ido a verlo: necesitaba la lista de los gitanos que había en Burgos. Sancho se echó a reír. Dimas contempló su hermosa dentadura y el cabello rubio sobre la frente, que se agitaba al echarse hacia atrás.

—No te diré nada si no me dices para qué quieres el censo de gitanos.

—No te lo puedo decir, Sancho, en serio. Estoy trabajando ahora para Celso y ya sabes cómo es. Si se entera de que lo estoy comentando contigo, me mata.

—¿Estás en la brigada de Celso? ¡Venga, no fastidies!

—Es lo único que te puedo decir, Sancho, créeme.

—¡Uy, uy, uy! Tú con secretitos a mí. ¿En serio no me lo vas a contar?

—No puedo, de verdad.

Sancho tenía a gala su gran memoria. Se sabía de pe a pa la lista de gitanos de Burgos y su provincia, que tampoco eran muchos, unos ciento cincuenta o por ahí. Solía hablar de ellos durante las francachelas que organizaba en el Hotel Condestable con un pequeño grupo de camaradas, en las que más de una vez había participado Dimas. Recordaba perfectamente a Sancho en la Facultad de Salamanca, recitando el Código Penal.

—No hay censo de gitanos, Dimas, ¿lo sabías? Hemos revisado los asientos de gitanos en los ayuntamientos, pero cuando vamos a verlos, nunca están. Tenemos en el archivo a unas cuantas familias, tres para ser más precisos, que son adeptas. Dos se dedican a la trata de

bestias y la otra tiene una fragua, o tenía, por la carretera de Madrid. En serio, Prado, chaval, si no me dices para qué quieres mis archivos, no te diré nada. Yo soy muy curioso.

Dimas le tuvo que confesar que buscaba a una niña de unos doce o trece años, morena, de tez olivácea, delgada.

—¿Morena y de tez olivácea? —Dimas asintió—. Con esa descripción puede ser gitana, pero también mora o andaluza, chaval, ¿no te parece?

—¿Mora? —respondió.

—¿Por qué no, Dimas? Hijo, con lo listo que eres. Y esa chica que buscas ¿qué es? ¿Putas?

—Sí, eso es, puta.

—¿Y ahora Celso y tú os dedicáis a buscar putas? ¿No tienes bastante con las de la Tangerina? Porque tú..., chico, es que no paras, cada día te pareces más a Lord Byron, le vas a ganar a tu padre.

—Oye, Sancho, déjate de tanto cachondeo, anda. ¿Tenéis controlados a los moros?

—Claro, chaval, ¿no te gusta el cordero? Venga, cómetelo, que se te va a enfriar.

—Esto es importante, Sancho, no me vengas a joder.

—Cómo eres, chaval, eres como los perros, cuando muerdes algo no lo quieres soltar. ¿Sabes cuántos rifeños están con España? ¿No lo sabes?

—Deja la coña, Sancho, por favor.

—Más de cien mil, y muchos vienen a Burgos de permiso, a reponerse..., ¿entiendes? Ahora mismo...,

ahora mismo puede haber aquí más de mil, aparte de la guardia mora del Generalísimo. Como la mayor parte de los rifeños son militares, eso es asunto del cuartel general, no nuestro.

–Eso ya lo sé, Sancho, dime algo que no sepa, por favor.

–Deja que te cuente, verás, nosotros nos ocupamos de sus familiares, los no combatientes, ¿comprendes? Muchos moros han traído a sus familiares, ¿no te has dado cuenta de que Burgos se ha llenado de moros? Hay exactamente cuatrocientos veinticuatro no combatientes de raza mora, que viven casi todos en el barrio del Raspadillo. Tienen hasta mezquitas, para que veas.

–Una mora... –repitió Dimas.

–Sí, chaval, una morita... Burgos está lleno de putillas moras. No me digas que no lo sabías, chaval. Tú..., con la fama que tienes...

Luego, después de comer, salieron a la plaza. No quedaba rastro de la comitiva ni de las mujeres. El viento arrastraba algunos desperdicios, papeles y hojas, que se arremolinaban en los rincones. Las ventanas permanecían cerradas y las puertas, atrancadas, pero continuaba el persistente aroma a leña quemada.

Dimas adivinó la figura de Borsa dentro del coche, inmóvil en medio de la plaza, probablemente dormitando. Se escuchaba rumor de voces que partía de los bajos del ayuntamiento, los falangistas de Burgos y los de la localidad celebraban una fiesta.

—Vaya —exclamó Sancho—, ahora así hasta las tantas, van a acabar borrachos todos. ¿Te has fijado en qué aburrimiento? Así son los pueblos —emitió un largo suspiro—. ¿Tú no te aburres?

—Tengo mucho trabajo.

—¿Con Celso?

—Claro.

—¿Por qué no te dedicas solo a Investigaciones?

—No sé, me parece que estoy mejor con Celso, ya sabes, se conoce a más gente, bueno..., y se está más tranquilo; a mí no me gusta corretear por ahí como a ti, yo soy más de..., no sé cómo decirte, más de estar en casa.

—Oye, ¿te acuerdas de Honorio?

—¿Qué Honorio?

—Honorio no sé qué..., creo que se apellidaba Garcerán, Honorio Garcerán, ese bajito y cabezón que se sentaba en la última fila, creo que terminó la carrera contigo, ¿no?

—Sí, bajito y cabezón, y llevaba corbata de pajarita... ¿Qué pasa con él?

—Nada, que parece que se convirtió en un rojazo de cojones o algo así. El otro día me enteré por casualidad de que lo habían fusilado en Salamanca al comienzo de la guerra, lo borraron de la orla de fin de carrera, ya ves.

Dimas se encogió de frío y se ciñó la gabardina al cuerpo. Sancho prosiguió:

—He pedido el traslado a Madrid, ¿sabes? En cuanto la tomemos, me voy para allá. Aquí es que es un aburrimiento, ya no puedo más. ¿No tienes ganas de que

entremos en Madrid? Madrid es otra cosa..., bueno, o Barcelona, pero de momento creo que voy a ir a Madrid, este frío es que no lo aguanto más. El frío y este cielo siempre gris de Burgos. ¿Quieres que te lleve?

—No, pero gracias, te lo agradezco. He traído el coche.

—Voy a tener que ir con ellos... —hizo un gesto en dirección a la música—, y luego me dirán que querrán irse de putas.

«Una morita —pensó Dimas—. ¿Por qué no?»

Ya estaba oscuro cuando regresaron a Burgos. El frío era intenso en el interior del automóvil. Los charcos de agua al margen del camino se habían helado. Esa noche el termómetro estaría por debajo de los diez grados bajo cero.

Dimas fue directamente al hotel que le habían indicado, muy cercano a la Capitanía General aparcó el coche varias calles arriba y regresó andando al hotel. El pequeño y elegante vestíbulo estaba engalanado con banderines italianos, españoles y alemanes, junto a los pendones de Castilla. Se escuchaba el estrépito de una fiesta en los salones contiguos.

Un policía militar le impidió el paso al bar. Tuvo que mostrar su carné de Investigaciones. El bar del hotel era un remanso de paz. Al entrar, a la izquierda, un grupo de oficiales alemanes, retrepados en sillones alrededor de

una mesita colmada de bebidas, discutían a voces sobre algo relacionado con retrasos en las pagas. A la derecha del salón se encontraba Ungría, acompañado de un oficial alemán con uniforme de gala, con los distintivos del Estado Mayor. Parecían mantener una charla con gran calma.

Dimas se acodó en el mostrador y pidió café. Eran las once y veinte minutos. A las once y media, el oficial alemán pasó detrás de él y se dirigió a la izquierda, al grupo de los otros oficiales, que lo recibieron con gritos de júbilo. Dimas giró la cabeza. Ungría fumaba un cigarrillo mirándole fijamente desde el sillón. Tardó unos instantes en hacerle una seña.

Dimas se sentó a su lado.

—Tiene diez minutos, alférez Prado. ¿Qué tiene que decirme?

Dimas le contó el crimen, a lo que había llegado con sus investigaciones y el cumplimiento de las órdenes de Celso. Expresó su temor de que Falange cargara con el mochuelo de la... Dimas dudó.

—¿De la limpieza?

—Sí, mi coronel, exactamente. Quería que usted lo supiera.

—De acuerdo, enterado. Yo lo sé todo, alférez. ¿Se da cuenta de la importancia del caso? ¿Es usted consciente?

—Creo que sí, mi coronel.

—Esa noticia no debe llegar a los rojos de ninguna manera, alférez. Siga investigando.

–A sus órdenes, mi coronel.

–Escuche, sospechamos que hay un informante en nuestras filas, un espía infiltrado que está enviando instrucciones precisas al Alto Mando republicano sobre nuestra contraofensiva en Teruel. Hemos neutralizado esas informaciones. El espía, o los espías, no las transmiten por radio, sino a través de cartas. Mi servicio está revisando la correspondencia a los soldados del frente y de la retaguardia. El espía o los espías residen en Burgos. ¿Sabe el volumen de la correspondencia?

Dimas se quedó en silencio. Ungría miró el reloj y se puso en pie. Dimas hizo lo mismo.

–Trabajaré para mí, alférez. La información que le envíe a Celso debe transmitírmela enseguida. Está usted haciendo un buen servicio a la patria. –Dimas se cuadró—. Celso tiene un cáncer terminal, tiene sus horas contadas. Hable conmigo personalmente. El teniente Ortega, en Terminus, sabrá dónde estoy. A propósito, ¿habla bien alemán?

–Sí, mi coronel, estuve con Beigbeder en Berlín.

–Vaya, eso facilitará las cosas.

Ungría encendió otro cigarrillo, un Camel. Dimas permaneció en posición de firmes. Ungría siguió:

–Tengo que decir unas palabras sobre el heroísmo de nuestros aliados alemanes. Buenas noches, alférez.

–A sus órdenes, mi coronel. ¡Arriba España!

Dimas terminó en el café Berlín, donde se encontraba, en la mesa reservada a Falange, la mayor parte de los camaradas a los que había saludado esa misma mañana en la catedral. Estuvo pensativo el resto de la velada. Apenas podía disimular su alegría, que le brotaba de los poros y pugnaba por salir.

**MOHEDAS DE LA JARA, NOVIEMBRE DE
1946**

Llegamos a Mohedas de la Jara a las seis de la madrugada de un día frío y desangelado, tres semanas después de salir del penal del Puerto. En la plaza del pueblo formamos unos ciento treinta hombres barbudos y casi en harapos. La plaza es grande, barrida por el viento, destartalada y de forma cuadrangular. En medio hay un enorme pilón de seis caños donde abrevan bestias, vigiladas por un zagalón que no deja de mirarnos. Los edificios son de piedra sin encalar. Enfrente se encuentra la casa consistorial con un enorme cartelón de Franco, ataviado con casco de combate, y en letras enormes: «¡Por Dios y por España!» Y más abajo: «¡Viva Franco!».

El cuartel de Falange parece cerrado, lo mismo que la iglesia en honor de San Sebastián mártir. También distingo más allá una farmacia y en la parte extrema de la

plaza un bar y lo que puede ser una tienda de ultramarinos. Un grupo de chiquillos andrajosos nos contemplan con atención, inmóviles.

Somos la 4.^a Compañía del Batallón n.º 69 de Trabajadores. Vamos a construir una carretera a Cáceres, que se unirá con la que se está construyendo en Toledo en nuestra dirección. El pueblo está situado en una enorme llanura azotada por el viento y rodeada por una sierra de altos picos. Nos hacen formar de tres en fondo con nuestros parcos equipajes a los pies. El sargento que nos ha acompañado hasta allí ordena que bebamos agua. En fila, los hombres apartan a las bestias y forman seis filas, cada una a uno de los caños. El agua es muy fría y pura, me hiela y me reconforta a la vez. El sargento manda descanso y nos sentamos en el suelo, guardando la formación.

Dos horas después, hacia las ocho de la mañana, aparece un coche del ejército del que bajan un capitán, que por lo visto es el comandante del batallón, y dos alféreces. El sargento ordena en pie y firmes. Algunos de los compañeros que se habían dormido son despertados a patadas.

El capitán nos da una arenga de veinte minutos. Ya he oído esa cantinela varias veces. Si nos portamos como es debido, cumplimos las órdenes y trabajamos, todo irá bien. Por el contrario, si nos hacemos los remolones o no cumplimos las órdenes, seremos considerados saboteadores y nos esperará la «intransigencia militar».

En caso de intentar la fuga, el castigo sería el fusilamiento en juicio sumarísimo.

Un carro con toldo y cuatro mulos, conducido por dos soldados, entra en la plaza y se detiene frente a nosotros. Nos entregan un plato de aluminio, una cuchara y una manta a cada uno. La mía parece limpia, pero la que le dan al hombre que tengo a mi lado está llena de bichos. Le oigo maldecir por lo bajo.

El sargento ordena marcha y caminamos al paso en fila de cuatro por un extremo de la plaza. Tres soldados nos flanquean por cada lado, mientras nos preceden otros tres. El sargento camina en cabeza, marcando el paso. Avanzamos por una calle sin empedrar a la derecha de la plaza en dirección a la salida del pueblo. Pasamos la farmacia, el bar, Casa Plácido. Vinos y Licores, la tienda de ultramarinos, un almacén de harinas y una fonda, Pensión San José.

Veo a los primeros habitantes del pueblo, que salen de Casa Plácido y nos miran pasar haciendo comentarios en voz baja. Parecen campesinos acomodados o viajantes de comercio. Dos mujeres pasan rápido cogidas del brazo. Un anciano se quita la boina mientras avanzamos.

Caminamos como dos kilómetros y a la salida del pueblo nos detenemos ante una casita encalada de peones camineros que tiene en la puerta un sillón descolorido de enea, bajo un porche formado por una tupida parra, sostenida por cuatro tubos. Una mujer de mediana edad riega unas escuálidas macetas. Al vernos, desaparece en el

interior de la casa.

Detrás se distinguen varias naves de estructura metálica que parecen recién construidas. El sargento manda detenernos en posición de descanso y a continuación firmes y vista a la izquierda. De la puerta de la casita sale un hombre con las insignias de brigada. Es alto, fornido y un poco barrigón. Lleva gafas y aparenta unos cincuenta años. Con los pulgares en el cinturón, muy visible la funda de la pistola, nos dirige otra arenga.

Dice casi lo mismo que el capitán, añadiendo que la comida va a ser abundante y que vamos a trabajar ocho horas diarias, ni una más ni una menos. Y avisa de que los vagos están jodidos, los vagos, los camorristas y los que van de listos. Esos van a trabajar el doble y a media ración. Y si persisten en su actitud, se encontrarán con la cárcel y con un correctivo que no olvidarán. Está prohibido ir al pueblo y hablar con sus gentes, bajo pena de cárcel. Y añade que a él no se le van a caer los anillos si fusila a los recalcitrantes. Nos anuncia que hoy no se trabajará, toca descanso por el viaje.

Sin duda, el brigada es el comandante de nuestra compañía.

Entramos en una nave, precedidos por el sargento. Ese va a ser nuestro dormitorio. Los camastros están alineados a las paredes, jergones de unos cincuenta centímetros de

ancho rellenos de hojas de maíz. Parecen nuevos y limpios. Cada uno de nosotros elige su sitio y nos tumbamos con nuestro equipaje como almohada. El lugar es frío. Me adormilo, pero al oír: «¡Aquí está el rancho, *alevantaros!*», me pongo en pie. Cuatro soldados y un cabo empujan un carrillo con ruedas, encima del que humea un perol.

Empuño mi plato y la cuchara. Son garbanzos con chorizo y se puede repetir. Todos lo hacemos. Después de comer, saco mis papeles y escribo. En ese momento no sabía que el duro trabajo de apalear tierra haría que cayera agotado al terminar el día y me impediría escribir por las noches. A partir de entonces, solo escribo los domingos.

Hay unos días que tengo grabados en la memoria: los últimos días del mes de octubre de 1936. El jefe de gobierno y ministro de la Guerra, Largo Caballero, en una alocución radiada el 28 de octubre, arenga al pueblo de Madrid diciéndole que tenga fe en la victoria, han llegado armas nuevas, tanques y aviones soviéticos, y que al día siguiente la República va a contraatacar y a barrer a los facciosos de las puertas de Madrid.

La alocución nos llena de perplejidad y forma un revuelo considerable. ¿A quién se le ocurre avisar al enemigo de que se va a atacar al otro día y, además, con tanques? Ese tipo de información en tiempo de guerra

convertía al que la hubiese dado en traidor y reo de muerte. A pesar de eso, el general Asensio Torrado, jefe del Alto Estado Mayor del ejército y subsecretario de Guerra, reafirma la orden de contraofensiva, que se realizará al amanecer del día siguiente en contra de las opiniones de los jefes militares comunistas, que creen que lo prioritario es afianzar las defensas.

Ahora, pasados los años, creo que el Alto Mando franquista no hizo caso de la arenga de Largo Caballero pensando que era un ardid de guerra. De hecho, el ataque se produjo tal como había anunciado el jefe del gobierno, pero la presencia de los poderosos tanques T-26 soviéticos en el frente de Madrid fue una sorpresa para el mando franquista.

Recuerdo que fue entonces cuando Carmen me anunció que iba a viajar a México muy pronto «para una misión diplomática muy importante». Al parecer, iba a ir con la delegación española que coordinaría la ayuda que el gobierno de Lázaro Cárdenas iba a establecer con la República. Pasaríamos mucho tiempo sin vernos. El último día de permiso decidimos dar una fiesta de despedida con nuestros amigos más íntimos en el pisito que compartíamos en la calle Viriato. También celebraríamos mi ascenso a comandante de milicias, después de los combates en Illescas.

Entre nuestros amigos se encontraba el ruso Lisan Bartold, teniente tanquista de la primera compañía de los T-26 soviéticos, que acababa de regresar del frente cubierto de laureles. Lisan era un joven rubio, pequeño y delgado que había aprendido el español en Argentina. Era amigo de uno de nuestros amigos, el periodista Jesús Izcaray, que cooperaba con la fiesta aportando dos botellas de vodka y varias latas de carne rusa.

La primera compañía de tanques rusos que entró en combate fue la que mandaba el capitán Pavel Arman. Se había formado rápidamente en Cartagena a donde ha arribado el buque soviético Komsomol el 15 de octubre, con los primeros cincuenta tanques y unos cien técnicos y consejeros al mando del coronel Krivosheim. En menos de diez días han ensamblado los primeros blindados y adiestran a los primeros tanquistas españoles. Transportados en camiones hasta Madrid, consiguieron en Seseña una sonada victoria la primera vez que entran en combate. Los periódicos se deshicieron en alabanzas de las potentes máquinas de seis toneladas y sus conductores y servidores, en su mayoría rusos.

Una compañía de tanques estaba formada por quince unidades, fabricadas íntegramente en la Unión Soviética. Arman y Lisan, su segundo en el mando, eran jóvenes, rubios y atractivos. Lisan tenía veintitrés años, Arman, unos pocos más.

La fiesta fue divertida. Ninguno de nosotros había cumplido aún los treinta y bailamos y reímos hasta la

extenuación quizás suponiendo que sería la última vez que nos reuníamos todos. Estábamos en guerra y dos de nuestros mejores amigos habían muerto en el frente. De pronto, Lisan comienza a cantar una canción en ruso que nosotros coreamos; daba la impresión de ser muy romántica. Pero Carmen me fascinó de nuevo: empezó a hablar en ruso con Lisan, lo que nos produjo un gran asombro. Lisan la entendía, porque le contestaba. Nadie tenía ni idea, ni yo tampoco, de que Carmen hubiera aprendido ruso. Se lo preguntamos y ella nos dijo que lo chapurreaba un poco y continuó hablándole a Lisan, que de pronto la interrumpió, la señaló con el dedo y dice en español:

–Creíamos que Sese..., que Seseña estaba en manos de la República, los Servicios de Inteligencia nos dijeron que era republicana... Teníamos que abrir una brecha para que entrara la 1.^a Brigada Mixta del camarada Líster y recuperar Navalcarnero, Illescas...

–Lisan, escucha... –le dijo Jesús Izcaray–, deja eso, hombre, no merece la pena, venga ya, hombre.

Estaba prohibido que nadie hablara de asuntos del frente.

–No, no... ¡No! –gritó Lisan, y entonces nos dimos cuenta de que estaba absolutamente borracho. Se sentó en una de las sillas y bebió el vodka del vaso que mantenía apretado al pecho–. Llegamos a las seis y media en punto a Seseña, los quince carros en formación... –Carmen se adelantó, pero Lisan le hizo un gesto–. Te aguantas, lo

voy a contar. Llegamos allá a Seseña y nos encontramos en la entrada del pueblo con un grupo de requetés, con sus boinitas rojas, unos quince o veinte, con un cañón y gente por todas partes, civiles y militares. No han construido defensas, ni trincheras. Pavel, que marcha en vanguardia, detiene su carro, abre la torreta y se pone a hablar con el oficial de los requetés. Yo voy con mi sección a la retaguardia y me digo: «¿Qué hace el capitán?», él no habla español; de manera que rompo la formación y conduzco mi carro hacia él. Escucho al oficial de los requetés que le está diciendo al capitán: «¿Italiano, italiano?». Y el capitán responde: «¡Sí, italiano, italiano, viva el Duce, viva Italia!». Y se mete en la torreta y empieza a disparar.

Cesaron el ruido y las conversaciones. Lisan sollozaba, todos estábamos pendientes de sus palabras. Sabíamos que Izcaray, además de periodista, era un simple miliciano de la brigada de Líster y que había estado en la fallida contraofensiva de Seseña. Simultaneaba el frente con el periodismo. Su excelente crónica aparecida en el *Ahora* del día anterior contaba que no se había tomado Seseña, pero que se ha avanzado diez kilómetros. Escribió: «Mañana sí... Mañana será otro día... Tenemos armas. Hay que vocearlo para que todo el mundo se entere. Al frente han llegado más hombres. Mañana...».

—Eran calles estrechas, casitas de piedra —siguió Lisan—, y había gente que entraba y salía de sus casas..., y soldados que miraban los tanques con curiosidad.

Destrozamos a esos requetés, pasamos por encima de ellos y entramos al pueblo por la calle mayor disparando, pero la calle es muy estrecha y vamos de uno en uno, en fila, sin poder ver lo que pasa delante. Los legionarios se reponen y emplazan baterías y morteros en los tejados y disparan a las torretas; nuestros cañones del 45 lo hacen a las paredes de las casas, que saltan por los aires; los techos se hunden con las baterías y sus servidores. Pero al llegar a la plaza aparece un escuadrón de caballería, que intenta retroceder, y como no puede, nos hace frente; luego aparece el resto del regimiento del coronel Monasterio, regulares y legionarios y un batallón de marinería. Se forma un tapón, una carnicería, los caballos se encabritan y tiran a los jinetes, los que no mueren por nuestras balas emprenden la huida. Tenemos que pasar sobre sus cadáveres porque no hay sitio para los tanques. A la salida del pueblo nos tropezamos con dos camiones llenos de oficiales que acaban de llegar con varias baterías que estaban siendo emplazadas y los cogemos por sorpresa. Volamos las baterías y lanzamos por los aires los camiones. El pueblo es nuestro, pero ni la aviación ni la infantería de Líster han aparecido. El capitán manda formar a la salida y descendemos de los carros para reparar los desperfectos y acabar con las líneas telefónicas.

–¿No..., no acudió Líster? –preguntó una de nuestras amigas.

Lisan negó con vehementes movimientos de cabeza.

–Ni la aviación ni la infantería de Líster, nadie. A las once de la mañana el capitán da orden de que sigamos nuestro camino hacia Esquivias, donde nos esperan varias baterías y un grupo de blindados italianos Ansaldo, que deshacemos a cañonazos y barremos con nuestras ametralladoras. Seguimos hasta Borox y allí nos detenemos. El enemigo deja cañones y vehículos en su huida, pero tres de nuestros carros, los de la retaguardia, han sido quemados con botellas de gasolina que lanzan los legionarios que se han agazapado en el pueblo. –Lisan sollozó otra vez–. Y... muertos todos..., y...

–Lisan, no tienes por qué contar todo esto –intervino Izcaray.

–Tuvimos que disparar a..., a las casas, a la población civil, estaban mezclados. –Lisan ahogó un sollozo y bebió más vodka. Seguimos todos en un incómodo silencio.

–No ha sido culpa vuestra –dijo Izcaray–. Deja eso, Lisan, la guerra es así. No te hagas mala sangre.

–Culpa, culpa, culpa... –repitió Lisan–. ¿De quién es la culpa? ¿De los Servicios de Información, que nos dicen que Seseña es nuestra? ¿Del Estado Mayor de Líster? ¿De la infantería? ¿De sus oficiales? ¿De Largo Caballero?

–De la burocracia –afirmó Izcaray.

–¿Por qué? –insistió Lisan–. ¿Por qué, hermano? ¿Por qué no acudió la infantería? ¿Por qué no se afianzó nuestra avanzadilla? ¿Es que no somos todos camaradas antifascistas? ¡Mierda, mierda, mierda!

–Cálmate, Lisan, camarada. –Carmen intentó

acariciarle el rostro, pero Lisan le apartó la mano con fuerza.

–Es bueno que sepáis lo que pasó, ¿no? Hemos dispersado o liquidado casi a seiscientos hombres, destruido tanques, camiones, cañones y baterías enteras y abierto una cuña de doce kilómetros. Podíamos haber continuado hasta Illescas y hasta Toledo si hubiéramos tenido atrás apoyo. Pero ¿qué pasó? –Lisan soltó una carcajada–. ¡Nada, no pasó nada! A las doce el capitán ordenó volver a la base y para allá nos fuimos. El enemigo no reaccionó, probablemente creyó que se trataba del prelude de un gran ataque de tanques, que éramos la avanzadilla de una división. Durante cuatro horas el frente estuvo desguarnecido. Llegamos a las doce y media al cuartel general del camarada Líster, en Valdemoro. Arman y yo le dimos las novedades y le preguntamos...

Lisan se calló de pronto y comenzó a canturrear la canción del principio en voz baja. Nadie decía nada, el silencio del grupo se convirtió en espeso, palpable. Lisan rompió otra vez a hablar.

–El camarada Líster estaba furioso de verdad, quería fusilar a todo el mundo. El parte de sus oficiales era que nosotros habíamos corrido demasiado y que cuando la infantería llegó a Seseña no sabía dónde estaban los tanques. Dijeron que los recibieron con fuego de ametralladoras y que se dispusieron a esperar a los tanques, parapetados a las afueras del pueblo. El fuego de

nuestros cañones les confundió, creían que era un ataque generalizado del enemigo. No entraron en Seseña, tuvieron miedo de quedar copados.

–¿Y la aviación? ¿Qué pasó con la aviación? –preguntó otro de nuestros amigos.

Izcaray se puso a pasear por el pequeño comedor donde se celebraba la fiesta. Era delgado y bajito, fuerte. Recuerdo sus primeros artículos del año 29 en el diario monárquico *El Imparcial*. Una vez me dijo que quería ser autor de zarzuelas, tenía varias escritas esperando que se las estrenasen. Pensé que después de la guerra lo haría, sus artículos y reportajes demostraban que era un buen escritor, un chico de Madrid que dominaba el gracejo y el habla madrileños como ninguno.

–La aviación tuvo que hacer frente a un ataque aéreo sobre Madrid, ¿os acordáis? –respondió Izcaray–. Y luego, más tarde..., bueno, no sabían bien dónde estaban nuestras líneas y las de los fascistas, tuvieron miedo de lanzar bombas contra los nuestros. Ya ha pasado varias veces. Aquí el camarada Lisan tiene razón –lo señaló con el dedo–. Los fascistas no se organizaron hasta las dos de la tarde, poco más o menos. Sus columnas de reserva se pusieron en movimiento y lanzaron un ataque en toda regla con artillería de campaña, tanques y tropas de refresco en camiones americanos y alemanes varias horas más tarde.

–Pero tú has escrito un bonito reportaje, ¿no, Jesús? – Se trataba de María Dolores Cano, Lolita, compañera de

facultad de Carmen. Abandonó Madrid con su familia días más tarde y se fueron a Francia.

Jesús Izcaray se enfadó.

—¡Sí y qué! ¿Es que he mentado en mi reportaje? ¡Yo he contado lo que he vivido, solo eso! ¡Soy un simple miliciano! ¿Entiendes? —Se calmó—. A mi compañía no le tocaba entrar en Seseña, teníamos que flanquearla y eso hicimos. Velarde, nuestro capitán, cumplió, sus órdenes de combate fueron impecables, obedeció al Alto Mando.

—Me gustó mucho eso que cuentas en el reportaje, eso que tus compañeros de sección decían sobre la comida. Es muy bueno —le dije yo—. Refleja esa hambre atávica del pueblo español.

—Gracias, Juanito —respondió Izcaray, y me hizo una reverencia versallesca—. Pero si quieres que te diga la verdad, yo también creí que el cañoneo que escuchábamos a nuestra derecha era de un ataque generalizado del enemigo y no de nuestros tanques. Eran cañonazos muy potentes y seguidos, ¡bum, bum, bum!, parecían de muchas baterías, lo mismo que el de las ametralladoras. Pero nosotros seguimos avanzando, arrastrándonos por el suelo, pensando que nos disparaban a nosotros. No vimos a los fascistas hasta las doce y media, la una menos cuarto. Cuando se reagruparon, abrimos fuego contra ellos. La orden de retirada se transmitió por la tarde, y lo hicimos en perfecto orden, escalonadamente. —Izcaray se fijó en Lisan, que se había quedado dormido en la silla—. Y los blindados fueron

demasiado deprisa, los perdimos de vista a los diez minutos. No sé a qué velocidad marcha la infantería rusa, pero desde luego nosotros no pudimos alcanzar a los tanques.

—Cuéntales lo de la comida —insistió, intentando salvar la reunión. Pero era inútil, Lisan dormía y el resto de nuestros amigos estaban cabizbajos. Carmen salió un momento y regresó con mi capote militar, con el que cubrió a Lisan—. Venga, Jesús, cuéntalo.

—¿Lo de la comida? —Soltó una carcajada, también él quería salvar la reunión—. Habéis leído el reportaje, ¿eh? ¿Lo habéis leído? —Nadie contestó—. ¿No? Bueno, no tiene mucha importancia, pero aquí al señor comandante de milicias, catedrático y camarada, le ha gustado.

—Sabes que me gustan tus reportajes, desgraciado —insistí yo.

—Venga, Jesús. —Carmen le sonrió y añadió—: Tengo café, voy a preparar una cafetera, ¿vale? —Se dirigió a la cocinilla y Jesús dijo:

—Pues nada, que al sargento de mi pelotón, Torralba, que ha sido cómico, le han entrado unas fiebres y está en el hospital, y va el capitán y me dice «Izcaray te voy a nombrar sargento sustituto. Torralba se ha escaqueado con eso de las fiebres». Y yo le contesto: «No haga eso, mi capitán, yo soy periodista, tengo que escribir el reportaje y mandarlo al *Ahora*, no tengo autoridad para ser jefe de pelotón». «Déjate de coñas que te conozco, Izcaray, ya eres sargento sustituto». Bueno, pues la tropa

de cachondeo todo el rato mientras nos arrastrábamos por el campo, venga a decir: «Mi sargento, aquí hay bichos, mi sargento, tengo ganas de cagar, ¿qué hago?», y esas cosas. Pero luego empezaron con lo de la comida: «¿Cuándo comemos, mi sargento? Hay un ventorrillo cerca de Seseña donde dan muy bien de comer, mi sargento, ¿por qué no paramos un ratito?». Y todos se pusieron a hablar de que gracias a lo que les pagaba la República, diez pesetas diarias, más los ranchos cuarteleros, habían podido comer algo distinto a los garbanzos de toda su vida. Luego, en un avance, me tocó con Gracián, un compañero miliciano de un pueblo de Guadalajara, un chico campesino que estaba aprendiendo a leer y a escribir en el batallón. Nos quedamos solos en un repecho para cubrir un avance en descampado, ¿no? Y entonces se puso a hablar conmigo. Me dijo que nunca había comido en plato, que su familia vivía en una cueva dentro del cortijo del amo, que siempre tenían hambre y que muchas veces, si querían comer, tenían que robarles la cebada a las bestias que tenía el amo en sus establos. La mayoría de la gente de mi compañía son campesinos pobres, qué digo pobres, miserables, peores que los siervos de la gleba medievales, y con la República han descubierto la comida. Y cuando regresamos a Valdemoro, me puse a pensar sobre qué iba a escribir y caí en lo de la comida, en el descubrimiento de la comida para muchos, muchísimos, de nuestros milicianos. Entonces me fui para Torrejón de la Calzada, donde hay

telégrafo, y me escribí el reportaje.

Lisan roncaba en la silla, parecía un querubín rubio y no un aguerrido oficial de la primera promoción de oficiales tanquistas creada por el general D. G. Pavlov en la Academia de Guerra Mecanizada del Ejército Rojo, situada en Bielorrusia. Carmen intentó reanimar la fiesta y puso y en funcionamiento el fonógrafo con una serie de pasodobles, pero ya nadie quería bailar. Poco a poco se fueron despidiendo y Carmen y yo nos quedamos solos con Jesús Izcaray y Lisan, que continuaba dormido. Los tres tomamos café en silencio.

Carmen era la mujer más bonita del mundo. La más bonita y más lista. La vi un poco triste. Los últimos días la había sorprendido mirándome fijamente en silencio. Cuando me daba cuenta, apartaba la vista.

Aquella noche, en la cama, me tomó el rostro con las manos y de pronto me dijo:

—¿Confías en mí?

—¿Qué? Claro que sí, ¿qué ocurre, Carmen?

No dijo nada más y comenzó a llorar.

—¡Tienes que confiar en mí, Juan!

Nunca la había visto llorar. Es una mujer fuerte y decidida. Había sido miliciana condecorada por su valentía en combate.

—¿Qué pasa? Claro que creo en ti. ¿Qué te ocurre?

—Voy a estar mucho tiempo sin verte, Juan. Tienes que saber que te querré siempre, que siempre serás el hombre de mi vida.

Anoche, en el dormitorio común, soñé que estaba con Carmen en la cama la noche de la fiesta. Me despierto sudoroso, con miedo de que mis compañeros hayan escuchado mis gemidos. Pero nadie parece estar en vela, al menos mis vecinos más próximos roncan y carraspean en sueños. El imaginaria está leyendo algo, sentado al fondo en una silla, bajo la luz mortecina de una bombilla.

Me entra una honda desazón. No creo que Carmen vuelva siquiera a hablarme después de nuestros últimos encuentros. Desperdicié casi todo el tiempo discutiendo, echándole en cara haberme salvado la vida. ¡Qué estúpido soy! ¡Qué mentecato!

Descubro que hablo en voz alta. El imaginaria me chista.

—¡Delforo, a ver si nos callamos! Si no puedes dormir, te pegas un puñetazo en los morros. ¿Me has oído?

Intento dormir de nuevo. De todas maneras, hoy debo ser feliz, es domingo y no trabajamos. Iremos a misa en formación y después al arroyo a bañarnos y a lavar la ropa. Me afeitaré.

**BURGOS, COMIENZOS DE ENERO DE
1938**

Dimas empujó la puerta del taller con los trajes y las camisas bajo el brazo, envueltos en papeles de periódico. El traqueteo de las máquinas de coser se detuvo poco a poco. El taller de costura era un cuarto de no más de diez por doce metros, ocupado por seis máquinas de coser en dos filas que seis muchachas muy jóvenes accionaban sin ritmo, creando una terrible algarabía. El olor era un poco especial, ácido, envolvente, mezcla de perfume y sudor femenino, y hacía calor. La salamandra en una esquina de la habitación debía de estar al rojo vivo.

Dimas permaneció quieto y en silencio en el quicio de la puerta hasta que las muchachas dejaron de pedalear las máquinas, se volvieron y fijaron sus ojos en él. Ana era la segunda a la izquierda, sentada junto a las estanterías con los rollos de telas verde claro apilados contra la pared.

Sus ojos no demostraron nada. Luego las muchachas volvieron a su tarea.

Una mujer apareció en la puerta de un despachito al fondo de la sala. Dimas se volvió. Era regordeta, de pechos grandes, vestida de negro. Un crucifijo le colgaba del cuello. Notó que se le formaba en la boca una frase de reproche, una muda pregunta airada que se difuminó en cuanto él se abrió la gabardina y como por casualidad mostró la camisa azul bajo el traje y la estrella de alférez en la solapa, estampada sobre negro. La mueca de la mujer se trocó en sonrisa y avanzó hacia él retorciéndose las manos.

–Buenas noches, esto..., señor, ¿qué desea? –le preguntó.

Dimas le mostró los dos trajes doblados y las tres camisas a medida que su padre se había hecho en donde Casimiro. Los trajes eran franceses, también hechos a medida, probablemente durante aquellos viajes que realizaba a París de vez en cuando.

–Quisiera que me arreglaran estos trajes y las camisas.

La mujer le sonrió, obsequiosa, sin mirar apenas el bulto de ropa que Dimas sostenía en el brazo.

–Perdone, pero creo que..., aquí nosotras no hacemos esto, los arreglos de ropa al público, ¿sabe? Vea, cosemos uniformes. –Se dio la vuelta y extendió un brazo señalando el ruido de las máquinas de coser–. Trabajamos para la Plana Mayor, el servicio de vestuario... Si quiere..., bueno, le puedo enseñar la autorización. Soy

viuda de guerra y yo...

Dimas se apoyó sobre el bastón.

—No es una visita oficial. ¿Puede dejar salir un momento a Ana?

La mujer pareció sorprenderse y se volvió rápidamente a Ana, que no había dejado de observar a Dimas con un rictus de enfado en la boca.

—¿Me deja salir un momento, doña Maruja? —le preguntó Ana.

—¿Salir? Claro, claro, hija..., lo que quieras.

Ana fue al fondo, a un perchero donde habían colgado chales y abrigos. Maruja continuó hablando:

—Mi marido, que en gloria esté, murió por España el año pasado, en Guadalajara. —La mujer suspiró y se persignó—. Me dejó sola en el mundo con cuatro hijos, fíjese usted, cuatro criaturas. Era brigada, un cristiano a carta cabal, y con esto de los uniformes vamos tirando. Ana me ayuda para hacerme un favor... Es muy buena chica.

Dimas la contempló sin abrir la boca.

—¿Es usted herido de guerra, señor alférez? —le preguntó.

Dimas asintió, pero continuó en silencio. Ana se estaba poniendo el abrigo gris con hombreras, el mismo que llevaba en el café Berlín. Luego se ató un pañuelo a la cabeza y tomó un bolso negro. La mujer no había dejado de hablar.

—¿Cuándo acabará esta guerra? —Volvió a persignarse—.

¿Usted cree que será pronto? Yo le rezo todos los días a la Santa Virgen para que se acabe de una vez. Tantos hijos sin padre, tanta desgracia...

–Bueno, doña Maruja, salgo un momentito, enseguida estoy de vuelta –manifestó Ana.

–¡Ay, hija, tarda lo que quieras! –Se dirigió a Dimas–: Ella me ayuda, ¿sabe? Es muy buena, es como una hija para mí. Vive con nosotros. –Se volvió a Ana–. Dile aquí al señor alférez que no arreglamos ropa para afuera, las máquinas no son nuestras y nos han prohibido que cosamos para la calle.

–Pierda usted cuidado, se lo diré.

Salieron fuera. El frío de la calle hizo que Ana se arrebujara en el abrigo. El coche, el Citroën negro, estaba aparcado enfrente. No había viandantes y las ventanas de las casas estaban cerradas a cal y canto. Ana explotó:

–¡Por qué me hace usted esto! ¡Presentarse así en el taller, delante de todas las chicas y de doña Maruja! ¿Qué se ha creído?

–Quería hablar con usted.

Vaya, ahora parecía compungido, un poco envarado.

–¿Cree que puede hacer lo que quiera? Yo no le he dado a usted pie para que se tome esas libertades conmigo, ¿se entera? No soy su novia.

–Venga al coche, aquí hace frío.

–¿Al coche? De eso nada, ¿qué pretende?

–Hablar con usted. Venga al coche, por favor.

Ana cruzó la calle y Dimas la siguió cojeando. Ella

abrió la puerta delantera y se sentó en el asiento al lado del conductor. Dimas pasó dentro y apoyó las manos en el volante.

—Qué tiene que decirme. ¿Va a invitarme otra vez a su pisito de soltero? ¿A dejarme tirada otra vez en la calle a las tantas de la noche? —Volvió el rostro y lo interrogó con la mirada, él continuó en silencio—. No había ningún taxi, usted me engañó, tuve que volverme andando y tardé casi media hora en llegar a mi casa. Esas veinticinco pesetas... —Abrió el bolso y sacó el billete, que arrojó a Dimas—. No soy una fulana.

Dimas continuó en silencio. Luego metió la mano en el bolsillo de la gabardina y extrajo un libro que le tendió. Era una edición antigua del Cantar de los Cantares, prologada por el padre Ramírez Sierra.

—¡Oh! —exclamó Ana—. ¿Es para mí?

Dimas asintió en silencio, después añadió:

—Un regalo.

—Vaya, muchas gracias. —Lo miró de arriba abajo, era una edición de Rivadeneyra de 1855—. Se lo agradezco.

—¿Quiere cenar conmigo?

—¿Cenar? No estoy vestida para cenar además, tengo que volver a lo de Maruja, me esperan.

—Porque estaba usted delante, si no... —Dimas lo dejó en suspenso—. Esa tal Maruja me hace gracia... Cose para la calle, se gana sus buenos cuartos haciendo ropa con la maquinaria del Estado. Usted me ha impedido que le cante las cuarenta a esa beata.

–Yo le arreglaré los trajes y las camisas, no se preocupe. Pero, por favor, no me comprometa. Usted es un calavera, un donjuán. Todas las noches se lleva a una fulana de esas del café Berlín a su pisito. A usted lo conoce todo el mundo en Burgos, Dimas.

–¿Se ha informado sobre mí? ¿Quién le ha dicho eso? – Ana lo miró en silencio—. No me lo diga, ha sido Garcés, ¿verdad? Sí, ha sido Garcés.

–Los hombres..., ustedes solo piensan en..., bueno, ya lo sabe, ¿verdad? Garcés también lo intentó. «Vamos a cenar, Ana..., vente a Valladolid..., toma este regalito». ¿Ustedes creen que todas las mujeres somos unas fulanas?

Dimas la contempló bajar la cabeza y cruzarse de brazos con el libro sobre el regazo. El billete de veinticinco pesetas se había deslizado al suelo; lo cogió y se lo tendió. Ella no hizo ningún gesto para recogerlo.

–Tómelo, por favor, Ana. Será el pago por arreglarme la ropa. Venga, ande, se lo ruego.

Ana volvió a guardar el dinero en el bolso.

–Con una condición.

–¿Cuál?

–Que no se meta con doña Maruja. Tiene que ganarse la vida cosiendo para la calle, está todo muy difícil.

–De acuerdo, hecho. –Dimas le sonrió y le tendió la mano—. ¿Amigos?

Ana lo observó, dubitativa.

–Está bien, amigos –contestó, y le estrechó la mano fugazmente. La tenía fría—. Pero no te vayas a confundir

conmigo. Amo a mi marido..., bueno, lo sigo amando, a pesar de todo. ¿Entiendes eso? –Dimas no contestó–. No fue bueno conmigo, pero al principio... –Dimas se dio cuenta de que una sombra de pesar y tristeza cruzó su mirada–. Al principio fuimos muy felices en Málaga, y ese tiempo no puedo olvidarlo. ¿Cuándo quieres que te tome medidas?

–Había pensado que hoy.

–En tu pisito, ¿verdad?

–¿Dónde si no?

–Hoy no puede ser. Tengo un compromiso con doña Maruja. A cambio de coserle los domingos, me rebaja el alquiler.

–Yo puedo hacer que esa Maruja de mierda te deje libre esta noche. Puedo hacer que la Plana Mayor le retire la concesión de los uniformes y ella lo sabe. Solo tienes que decírmelo.

–No, por favor, hoy no. –Se echó a reír y Dimas la contempló con asombro.

–¿Por qué te ríes? ¿Te hago gracia?

–No, hombre, no. ¿No te has dado cuenta de que ahora nos tuteamos?

–Sí, es verdad. –Dimas sonrió–. Déjame que hable con esa mujer.

–Te he dicho que no.

–¿No ves que te ha dado permiso? No se atreverá a decirte nada.

Dimas arrancó el coche. Ella movió la cabeza, negando.

- Pero qué cabezota eres.
- Te he echado de menos, ¿sabes?
- No seas zalamero, anda.

No se quedaba quieto, no había manera de tomarle las medidas. Se había puesto otra de las chaquetas de su padre en mitad del saloncito de su casa, después de que cenaran lo que habían traído de un restaurante cercano.

–Dimas, así no se puede. ¿Te vas a quedar quieto o no? Tu padre era un poco más alto que tú. ¿Murió hace mucho?

–En el 36, al comienzo de la guerra. Estaba con Queipo en Sevilla, en su Estado Mayor, parece que..., bueno, una bomba roja le cayó encima del coche oficial.

–No te gusta hablar de eso, ¿verdad?

–No.

–Está bien... Pero el traje es muy bueno, está muy bien cortado. Date la vuelta y levanta el brazo. Habrá que reducirlo por aquí. ¿Lo quieres entallado?

–Un poco, pero sin exagerar.

La cena había estado bastante bien aunque no fue abundante. Dimas llevó pan, jamón, un poco de queso y una lata de espárragos navarros, blancos y gordos. Estuvo fuera media hora. Cuando volvió, le preguntó si se había aburrido; ella negó con la cabeza y le sonrió. Le contestó que se había quedado escuchando el gramófono, a Liszt

de nuevo, alguno de sus conciertos de piano. Dimas solo tenía tres discos, también habían sido de su padre.

Abrió una botella de vino y brindaron porque ya no se llamaban de usted y porque al fin podían tutearse. Ella apenas si se mojó los labios.

Después de cenar, Ana insistió en continuar con las medidas. Dimas la besó en un costado de los labios mientras tenía las manos ocupadas. Solo tuvo que adelantar la cabeza. Ana bajó los brazos y lo contempló sin decir nada, el rostro sin expresión. Volvió a besarla, pero ella no abrió los labios y se separó enseguida, suspirando.

–Lo siento –le dijo Dimas–. Lo siento de verdad.

–No vuelvas a hacerlo..., ¿vale? Y sube los brazos, tengo que medirte las mangas. A ver si me dejas.

Burgos estaba silenciosa a esa hora, al menos por el camino por donde iban, calle Vitoria arriba, rumbo al Gamonal. Ella iba en el asiento delantero del coche, agarrada al bolso, que apretaba con fuerza contra el pecho sin abrir la boca. Dimas se extrañó de la inmensa tristeza que destilaban sus ojos.

–¿Te has enfadado conmigo? –le preguntó.

Ella negó con lentos movimientos de cabeza.

–Estoy preocupada por mis chicos –contestó al cabo de un rato–. No sé qué les ocurre, no contestan a mis cartas.

Soy madrina de guerra, ya lo sabes. Una «Margarita», y me preocupa que no me contesten.

—¿Alguno es tu novio?

—Dimas, por dios... ¿No te lo he dicho ya sesenta veces? No tengo novio, y no quiero tenerlo. No sigas por ahí... Mis chicos están en el frente, ahora mismo no recuerdo dónde.

—Dame sus nombres y su unidad... y puedo enterarme.

Ana le tomó del brazo y se lo apretó.

—¿Harías eso por mí?

Dimas asintió.

—Uno está en el frente de Madrid con Varela, me parece. Y el otro en Galicia con García Valiño.

—Si está con Varela, es posible que esté luchando en estos momentos en Teruel. Es difícil que te llegue correspondencia. Los rojos han tomado Teruel y estamos preparando una gran ofensiva.

—¿Sí? ¿Han tomado Teruel? ¡Jesús! —Ana se persignó—. ¡Jesús, María y José! ¿Y cuándo ha sido eso?

—Los rojos entraron hace poco, el día de Reyes.

—Virgen del Carmen, qué desgracia tan grande. ¿Y mi chico está movilizado en Teruel, Dimas?

—Si está con Varela, es muy posible. El cuartel general va a organizar una ofensiva, se están preparando tropas. Se habla de tres grupos de ejército, los de García Valiño, Varela y Moscardó. Ellos recuperarán Teruel... El coronel Rey D'Harcourt se ha rendido. Dame sus nombres, la compañía y el batallón a que pertenecen y me

enteraré. –Dimas se volvió unos instantes—. ¿Por qué lloras?

–No... No sé..., me figuro que porque soy tonta. Y pienso en mi marido, en tantos muertos, tanta desgracia, Dimas. ¿Por qué no se acaba la guerra ya?

–Los rojos tienen a las Brigadas Internacionales y reciben ayuda de los rusos. Pero la guerra terminará pronto, ya verás.

–Acabo de acordarme, uno de mis chicos se llama Roldán Vizcarrondo Sánchez, 4.^a Compañía del II Tabor de Regulares de Alhucemas y el otro, Juan Alberto Zárate Goicochea, antes creo que estaba en el frente de Madrid, no me acuerdo ahora de su dirección. ¿Me esperas y te bajo sus señas?

–Sí, de acuerdo.

–Dios te bendiga, Dimas. –Ana lo tomó del brazo—. Voy a hacerle una rogativa a la Virgen. Le voy a pedir que no les pase nada a mis chicos.

Al otro día, Dimas Prado hizo un par de gestiones y averiguó dónde se encontraban esos muchachos. No fue difícil. Luego consultó *Las mil mejores poesías de amor de la literatura española*, edición de Juan Bergua, eligió unos versos de Gerardo Cepera, el poeta extremeño, los cambió un poco y le escribió una carta a Ana en la que se declaraba lo mejor que supo. Antes de ir al despacho, la

depositó en un buzón.

Se vieron dos días después en el Espolón, en el café Reconquista, antes Café de París. Ana estaba arrebolada y feliz, había tenido noticias de sus chicos. Tardarían en contestarle, pero ella sabía que desde el frente no era fácil. Miraba a Dimas, atenta. Los versos de amor que le había enviado resultaron ser muy románticos.

—¿De verdad me quieres tanto, Dimas?

—Te quiero más todavía.

—No, te lo crees solamente. Eres poeta y por lo tanto muy exaltado. Yo no soy así, ya ves. No puedo olvidar a mi marido así como así.

—¿A quién?

—A quién va a ser..., a mi marido, tonto.

Tomaron chocolate y picatostes en la cafetería, resguardados del frío exterior, mientras Dimas le cogía la mano dando a entender, al que quisiera observarlos, que ella era ya su novia. Ana le dijo que estaba muy asustada, que la guerra parecía durar mucho; la victoria en Teruel retrasaría la derrota de los rojos.

—¿Cuándo será eso, Dimas? Ya está tardando demasiado.

—No te preocupes, será pronto. —Le dio unos golpecitos en la mano—. Esta primavera a más tardar.

Ana le apretó la mano.

–No me digas esas cosas para contentarme, por favor.
No hace falta que me mientas.

–No, en serio. Será dentro de poco.

MOHEDAS DE LA JARA, FINALES DE NOVIEMBRE DE 1946

Vuelvo a escribir después de veintitrés días de trabajo intensivo en la carretera. Me asignaron a uno de los veinte grupos en los que se divide la compañía. Cada uno de esos grupos está formado por seis hombres, tres con pico y los otros tres con pala. Todos son jóvenes campesinos acostumbrados a cavar la tierra. Su delito, auxiliar a la guerrilla. Tienen entre veinte y veintitrés años y no hicieron la guerra. Proviene de Carmona y sus alrededores. Durante la jornada de trabajo nos turnamos con el pico y la pala. El primer día se me llenan las manos de ampollas. El cuarto día tengo las manos en carne viva.

El sanitario de la compañía me pone un emplasto de hierbas y me venda las manos con tela blanca. Me destinan de listero mientras me curo. Soy el que pasa lista al empezar la jornada de trabajo a las ocho de la mañana y

al interrumpirla a la una. Luego a las tres, y más tarde a las siete, al finalizar la jornada.

A la semana, el sargento primero, comandante de mi compañía, me manda llamar. Se encuentra en la oficina donde están los planos de la carretera. Ni el ingeniero ni sus ayudantes han llegado todavía, aunque los topógrafos ya están en la carretera midiendo el terreno y colocando mojones. En la habitación de al lado alguien escribe a máquina con una lentitud exasperante.

Me pongo en posición de firmes ante el sargento. Aún no sé su nombre.

—Tú, ¿cómo te llamas?

—Delforo, mi sargento primero, Juan Delforo.

—¿Por qué estás de baja? ¿Es que no te gusta trabajar?

—Hago lo que puedo, mi sargento. Tengo las manos en carne viva. —Le muestro las dos manos cubiertas de harapos. El sargento las palpa con un dedo, retirándolo rápidamente.

Se fija en mis gafas.

—¿Has estudiado?

—Sí, mi sargento.

—¿Eres escribiente?

—No, mi sargento.

—¿Maestro?

—No, mi sargento, soy catedrático de instituto..., bueno, lo fui antes de la guerra.

—¿Catedrático? Mira, Delforo, tengamos la fiesta en paz y no me vayas a cabrear, porque te pego una hostia y te

quito la cabeza. ¿Estamos?

–No le he mentado, mi sargento. Soy catedrático de instituto desde 1933. Enseñaba Geografía e Historia en Madrid.

El de la máquina de escribir deja de teclear.

–¡Quiñones, ven para acá! –grita el sargento.

Se trata de un soldado de reemplazo, muy joven, que se cuadra.

–A sus órdenes, mi sargento primero, mande usted.

–Llégate a la comandancia y pides el expediente de este de mi parte. Se llama Juan Delforo. Te quiero aquí en quince minutos.

–Sí, señor.

El soldado sale corriendo. El sargento se dirige a mí, ahora me trata de usted.

–Siéntese ahí, en esa silla. ¿Un cigarrito?

–Muchas gracias. –Lo cojo y me pongo a fumar.

El sargento se levanta y sale del despacho. Se queda en la puerta, observando a la ristra de hombres diseminados por los terraplenes. De pronto me acuerdo de una situación parecida, a principios de octubre del 36 en Madrid.

Un poco antes de los combates en Illescas, Arturo Barea me convocó en la Dirección General de Prensa, en el edificio de la Telefónica, y me dijo:

–¿Un cigarrito, Delforo? Siéntate ahí. –Me indicó un sillón. Me senté y fumé, era un cigarrillo americano. En Madrid escaseaba el tabaco—. Oye, Delforo, ¿sabes

escribir a máquina? Me han dicho que eres catedrático de algo, ¿no?

–De Geografía e Historia, ¿a qué viene eso?

–Tenemos por aquí a un grupo de periodistas extranjeros que quieren visitar el frente, ya sabes, notas de color. Hemos pensado en ti después de lo de Peguerinos y quieren conocerte. Luego me envías un informe de lo que habéis hablado.

–¿Yo? Oye, Arturo, no me apetece contar batallitas a periodistas, búscate a otro. Estoy dando instrucción militar a mi compañía, vamos al frente dentro de dos o tres días, ¿vale?

La oficina donde trabajaba Barea ocupaba una planta entera de la Telefónica. Por todas partes había mesas con teléfonos y teletipos funcionando. Se trata de un centro de comunicaciones. Allí se centralizaban las informaciones que entraban y salían de la España republicana. Había ordenanzas con papeles y muchachos y muchachas, probablemente estudiantes, que atendían los teléfonos y los teletipos.

–De eso nada, ya tengo el permiso del Alto Mando. Antes de ir al frente tienes que hablar con los periodistas. Esa gente es muy importante, Delforo, tres periodistas americanos. Necesitamos que se conozca en el exterior lo que está pasando aquí. Además tú hablas inglés, ¿verdad? No tenemos a muchos oficiales de milicias que hablen inglés.

–No me apetece, Barea, ya ves, lo siento. ¿Por qué no

elegís a uno de esos escritores que dan charlas en el frente?

Barea negó con movimientos de cabeza.

–No seas pesado, Delforo, es una orden del Alto Mando, ¿quieres que te la muestre? No me vayas a joder, eres oficial del ejército y tienes que obedecer las órdenes que te dan. –Me tendió un papel–. Aquí tienes la lista de los periodistas, todos son de confianza, amigos de la República y de izquierdas. –Guardé la lista sin leerla y Barea prosiguió–: Hemos elegido el cuartel del Quinto Regimiento, Mediavilla ya lo sabe. Llevarán dos coches, uno de escolta. Te irán a buscar a tu casa mañana a las diez de la mañana, estate listo, por favor. Y no te olvides del informe. Es importante.

–No necesito ningún coche.

–Vale, está bien.

–Barea, salimos a combatir dentro de unos días.

–No seas pesado, Delforo.

–¿Y si hay bombardeos aéreos?

–Ya está previsto. Los metes en los coches y os marcháis zumbando.

–Son corresponsales de guerra, Barea, van a querer estar durante un ataque.

–Me da lo mismo, el Alto Mando no quiere que les pase nada, bajo ningún concepto tienen que resultar heridos. Emplea la fuerza si es preciso, para eso está la escolta. ¿Algo más?

–No hace falta que me vayan a buscar a casa. Iré por mi

cuenta. Y vete a la mierda, Barea.

No eran tres, eran cuatro periodistas, tres hombres y una mujer. Los aguardé en la puerta principal del antiguo convento de los salesianos, en la calle de Francos Rodríguez, sede del Quinto Regimiento. Llegaron sobre las once de la mañana. No recuerdo sus nombres excepto el de Ernest Hemingway, un hombre corpulento y con bigote, tocado con boina. Los cuatro eran norteamericanos. La mujer era un poco caballuna, con pantalones. Al parecer, era también fotógrafa, llevaba una cámara colgada del cuello y otra en la mano. Llegaron junto a Barea en uno de los coches. Los escoltas eran cinco y desembarcaron del segundo coche; iban armados hasta los dientes con uniformes planchados. El traductor del Ministerio se juntó con ellos y comenzaron a bromear y a fumar.

Yo iba con el uniforme de campaña, limpio y planchado, y gorra de plato. Los saludé militarmente y Barea me los presentó.

—Son buenas gentes, periodistas famosos, Delforo. Trátalos bien —dijo Barea en inglés macarrónico y me saludó llevándose el puño a la frente—. ¡Salud, viva la República!

Le contesté de la misma forma. Luego se marchó y les hablé en inglés:

–Pregunten lo que quieran, yo les responderé. Soy Juan Delforo, capitán de milicias del Ejército Popular de la República. No deben publicar mi nombre bajo ningún concepto ni tomar fotografías de instalaciones militares, incluidos estos edificios y sus dependencias. Hagan preguntas.

Hubo un momento de silencio. Los hombres sacaron pequeños cuadernos y se dispusieron a apuntar. La mujer no apuntó nada, dijo:

–¿Dónde aprendió inglés?

–En la Academia Berlitz, en la calle Arenal.

–¿De qué nos permiten sacar fotos, capitán? Dígamelo, por favor.

–¿Aún no lo sabe?

–No.

–¿No se lo ha explicado Barea?

–No claramente.

–Entonces diga lo que quiere fotografiar y yo le diré si puede o no. El enemigo tiene un departamento especial que se dedica a conseguir información valiosa de los reportajes que se publican sobre nosotros en la prensa internacional. Nosotros también hacemos lo mismo con ellos. Se asombraría de la cantidad de información que puede deducirse de cualquier reportaje.

–Somos profesionales, y estamos con la República. No se preocupe, sabemos hacer nuestro trabajo –afirmó Hemingway–. ¿Tiene mando de tropas, capitán?

–Sí, desde comienzos de la sublevación. Ahora mando

una compañía. Hace poco que he vuelto del frente de la sierra.

—¿Cuál era su profesión?

—Catedrático de instituto, daba clases de Geografía e Historia a los estudiantes —y aclaré— de secundaria.

—¿Qué le parece la guerra? —preguntó el otro periodista. Me quedé en silencio unos instantes.

—Abomino la guerra, cualquier guerra. Nadie en su sano juicio ama la guerra. Pero tenemos que hacerla, somos un pueblo que lucha por sus libertades y por la independencia nacional. Los ejércitos regulares italiano y alemán, al igual que sus países, son beligerantes en esta guerra. La República tiene pruebas irrefutables de la intervención directa de Italia y Alemania. Bombas italianas y alemanas matan diariamente al pueblo español, lanzadas desde aviones italianos y alemanes conducidos por pilotos militares de esas nacionalidades. La no intervención es una broma. Estamos ante una agresión extranjera respaldada por la derecha más reaccionaria contra un gobierno legítimamente constituido.

—¿Ha combatido usted?

—Ya se lo he dicho, desde el comienzo de la sublevación.

—¿Cuerpo a cuerpo?

—Sí.

—¿Siente miedo?

—Claro que sí, un miedo cerval. Pero enseñé a mis tropas a vencer el miedo. Uno tiene que morir, da igual en

qué momento lo haga. Lo importante es morir por algo, y si hace al caso, moriremos por la República y nuestros ideales. –Y añadí–: Espero que eso nunca ocurra. Hacemos lo que debemos hacer.

–Bien, muy bien –dijo Hemingway–. ¿Ha recibido instrucción militar?

–Por supuesto..., todos la hemos recibido. El pueblo está en armas.

–¿Es usted comunista? –preguntó la mujer.

–La adscripción política de cada combatiente no importa. Todos luchamos por la paz, la justicia social y la República, que, repito, es un gobierno legítimo. El fascismo es enemigo de la humanidad. No me cansaré de decirlo.

–No ha contestado a mi pregunta –insistió la mujer.

–¿Tiene eso importancia?

Hemingway intervino otra vez.

–¿Imparte usted educación política a la tropa?

–Sí, aunque de eso se ocupan más los comisarios políticos. En mi compañía enseñamos a leer y a escribir a los analfabetos y damos educación política y cultural. Queda mucho por hacer en este país. En los batallones, divisiones y brigadas se enseña poesía a la tropa y suele haber lecturas de obras literarias y representaciones teatrales. ¿No saben eso?

–¿Tiene fe en la victoria contra el fascismo?

–Sí, sin duda. Ganaremos la guerra y luego ganaremos la paz.

–¿Se considera usted un héroe?

–No... Todos somos héroes..., el pueblo entero. Luchamos contra el fascismo, contra un golpe organizado por los fascistas alemanes e italianos y la derecha española más rancia y reaccionaria, los terratenientes y los caciques. A las potencias extranjeras, que han aceptado la decisión del Comité de No Intervención, se las puede considerar combatientes, aliados del fascismo.

Otra vez la mujer:

–¿Cree que Franco es fascista?

–No tengo dudas respecto a eso.

–¿Y cómo explica su extrema religiosidad?

–¿Por qué no se lo pregunta a él? Quizás le dé una respuesta plausible. Yo aún no la tengo.

Los hombres rompieron a reír. Hemingway sacó una petaca y me la ofreció:

–Es whisky del bueno, ¿quiere, amigo?

Creo que le contesté que no bebía. Luego me dijeron que querían visitar las dependencias militares, si podían. Les dije que por supuesto. Tenían que preguntárselo al teniente coronel Mediavilla, responsable del acuartelamiento.

Entramos en el cuartel, que ya habían preparado. Quiero decir que habían barrido y adecentado un poco. Presenté al comandante, ayudante de Mediavilla. Los periodistas se pusieron a hablar con él y yo hice de traductor. Luego paseamos por los campos de instrucción. Hemingway me cogió del brazo y me llevó aparte.

–Estuve en la Gran Guerra –me dijo–, en Italia y en Francia en 1917, conducía una ambulancia. Y he visto muchos cuarteles. Este parece muy bueno.

–Vayan a los barrios pobres, a Carabanchel, a Cuatro Caminos, a Usera, a Lavapiés..., las trincheras son las mismas casas, que se han convertido en el frente. Y los vecinos las vigilan y las cuidan. Hablen de esta ciudad que tiene al enemigo a sus puertas. Esta ciudad resistirá al fascismo.

Hemingway me dio un golpe en la espalda.

–¡Así se habla, amigo!

En Mohedas de la Jara me destinan a oficinas en la comandancia del batallón. Papeleo y burocracia, estadillos, los gastos de comida, medicinas. Partes diarios de la tropa. Fallecimientos, enfermos, permisos, correspondencia con el jefe del sector en Talavera de la Reina. El jefe de la administración es otro brigada, Narciso Corcuero, que casi nunca está. Puedo dormir en el dormitorio de la tropa en una cama plegable, tengo almohada, sábanas, manta. El rancho cuartelero es un poco mejor que el que dan a los presos de la obra. La oficina ocupa la primera planta de la comandancia, un enorme edificio destartalado, muy próximo al palacio del siglo XVIII del obispo Álvarez. Tengo una mesa y a través de los ventanales veo la plaza y la gente pasar.

Recibo carta de Mariano Moreno, me extraño. Me envía doscientas cincuenta pesetas mediante un giro postal. Le han concedido el indulto hace dos semanas. Trabaja en un hospital en Madrid y me dice que piensa poner una consulta privada en el barrio de Salamanca. Me cuenta que ha estado con Carmen y que la encuentra muy bien y con muchos ánimos. Acaba de licenciarse en Farmacia. En un año ha hecho la carrera por libre. No sabía nada de eso. Por supuesto no menciona el follón que le organicé a Carmen en nuestro último encuentro en el Puerto hace ya dos meses. Afirma que cuando tenga un poco de tiempo vendrá a verme con Carmen. No puedo continuar escribiendo el diario y lo dejo aquí.

Intento escribir a Carmen. Rompo las cartas varias veces. Tengo tantas ganas de verla y de estar con ella que me tiemblan las manos. La recogida de correspondencia para el exterior se hará dentro de cuatro días, tendré tiempo de escribirle, hoy no puedo. Le pido permiso al brigada, jefe de oficinas, para ir a Correos a recoger el giro que me han enviado. La carta fue expedida hace veintitrés días en Madrid. Es bastante posible que el giro esté ya en el pueblo.

El brigada se me queda mirando y se acaricia la barbilla. Ya tengo el documento escrito. Se lo muestro: «Destacamento Penal, Mohedas de la Jara, fecha...

Autorizo al penado fulano de tal y tal a que acuda al Servicio de Correos y a otros establecimientos comerciales de la villa, en labores estrictamente relacionadas con las necesidades de esta oficina. Para que conste, firmado brigada tal, comandante de oficinas militares, en Mohedas de la Jara (Toledo), Año Triunfal. ¡Viva Franco! ¡Arriba España!».

En la farmacia compro una pomada, esparadrapos y aspirinas. En la tienda de ropas me hago con ropa interior, pantalones, zapatos y una pelliza de lana, forrada. El frío en esta llanura es muy intenso. Al brigada le compro una botella de vino y medio kilo de jamón, a precio de oro. Se pone muy contento cuando se lo regalo.

Por las tardes puedo escribir el diario, sentado en mi camastro. Mis compañeros de oficina charlan y unos pocos juegan a las cartas utilizando una cama como mesa. Está prohibido jugar con dinero. Lo hacen con cigarrillos. En una de esas partidas, se puede ganar más de veinte cigarros liados.

Recuerdo una ocasión, durante el asedio de Madrid en que necesité urgentemente cigarrillos. Yo había dejado de fumar a finales de noviembre de 1935.

Se combatía todos los días sin apenas descanso. Un tiroteo intermitente en todo el sector, acompañado de morteros, artillería y ametralladoras. Utilizaban contra nosotros los cañones antiaéreos alemanes del 80 y los más ligeros italianos del 155. Las municiones no escaseaban en el bando faccioso. Tenían de sobra y no las escatimaban. En aquel momento escuchábamos un constante cañoneo en el flanco derecho, el batallón de ametralladoras del comandante Carlos Romero, que controlaba el Puente de los Franceses, un héroe de la defensa de Madrid, que impedía que Barrón subiera sus tanques a la Ciudad Universitaria. Nosotros nos limitábamos a contestar al fuego enemigo y a repeler los ataques frontales.

Hacia las seis de la tarde, ya de noche, cesó el tiroteo y ordené a cocinas que repartiera el rancho. Permití que la tropa encendiera fuegos para calentarse.

Cedí el mando del batallón, me habían llamado de mi brigada. Pasé a la segunda línea de trincheras. Tuve que agacharme, se trataba de un pasadizo de ochenta centímetros de alto con un recorrido en zigzag. Charlé unos minutos con el oficial al mando de la zona exterior y pasé de la misma forma a la tercera línea de fortificaciones que daba directamente a la que hoy es la calle Princesa, entonces de Vicente Blasco Ibáñez. La oscuridad era total, Madrid estaba sin iluminar para evitar los bombardeos.

Apareció un camión militar con los faros apagados y

corrí hacia él ligeramente encorvado, lo mismo que un pequeño grupo de transeúntes. El camión iba lleno, había varios milicianos armados y paisanos, bastantes mujeres. Le enseñé mi pase al vigilante. Los edificios de nuestra derecha habían sido evacuados, pocos se mantenían en pie. Las huellas de los bombardeos aéreos y el constante cañoneo de la artillería de Varela había dejado Madrid llena de cicatrices, un desierto de piedras y cascotes. Sin embargo, vi a gente por las calles y a grupos de trabajadores que recogían escombros en camiones y carros y que cubrían los cráteres de las bombas. La falta de luz producía la impresión de una ciudad fantasma. Parecía que estamos dentro de una pecera.

Oímos el estridente sonido de las sirenas de alarma. Inmediatamente aparecieron recortados entre la neblina aviones enemigos, los bombarderos Heinkel 51, cargados de bombas, escoltados por cazas Messerschmitt. Era unos quince y avanzaban por el sureste, probablemente en dirección a Carabanchel. Escuchamos los inquietantes silbidos de las bombas al caer. Inmediatamente después, las explosiones.

Entre los jirones de nubes surgieron dos escuadrillas de «Chatos», los Polikarpov. La gente se lanzó a los laterales del camión y los vitoreó. Presenciamos un rápido combate aéreo a la luz de la luna. Nuestros cazas ahuyentaron a la formación enemiga, que se perdió en el horizonte seguida por nuestros aviones. Parecía un milagro, pero Madrid resiste. Los carteles de «No pasarán» respondían a una

realidad. No pasarán, pensaba yo entonces.

En la comandancia de mi brigada me recibió el coronel Miguel Gallo Martínez, entonces mi superior. Le acompañaban el comandante Luque, jefe de su Estado Mayor, y un sujeto que se presentaba como miembro del Servicio de Contraespionaje. Dijo llamarse Manuel. Iba con traje, llevaba gafas y hablaba despacio. Me anunció que habían capturado a un capitán de oficinas de la brigada emitiendo mensajes radiados al enemigo. Manuel afirmó que se trataba de uno de los miembros de una vasta red de quintacolumnistas llamados los «Antonios».

–Se llama Ramón Ruiz Toscón, es capitán de milicias –dijo Manuel–. En su ficha aparece como licenciado en Historia. Hemos pensado que como tú también eres licenciado en Historia, podías echarnos una mano.

–Era responsable de comunicaciones de la Brigada –me dice Luque–. A veces acudía a las reuniones del Estado Mayor. Llevaba tres meses con nosotros. El daño que nos ha podido hacer ese hijo de puta es enorme.

–¿Qué sabéis de él?

–Ha confesado que es falangista, de familia rica. Estaba afiliado a la CNT –me informó Manuel.

–Bien, necesito un paquete de cigarrillos y café. ¿Hay café en la brigada?

–Tenemos cebada tostada, es más sana que el café. ¿Te vale? –me respondió el coronel Gallo–. Aquí casi nadie fuma.

–De acuerdo, pero me he dejado el tabaco en las

trincheras.

–Dale tu tabaco, Luque, yo no fumo.

Era tabaco de picadura, Ideal Superior, unos quince cigarrillos liados.

–¿Quieres echar un vistazo al dossier de ese sujeto, camarada? –me preguntó Manuel–. No tiene desperdicio.

–Sí, claro. –Empecé a leerlo–. Llevad el café, o lo que sea que tengáis, dentro de media hora.

El detenido tenía menciones de honor por «sus servicios a la República». Había seguido un cursillo de encriptación en Valencia y otro de comunicaciones; nunca había tenido actividad en el frente. Había sido de la FUE, y pertenecía al comité de maestros y profesores de la CNT desde 1936.

El prisionero estaba en una habitación de trastos con la puerta abierta, sentado en una silla. Un soldado lo vigilaba frente a una especie de vestíbulo, apuntándole con un fusil. Se cuadró en cuanto me vio.

–Descanse, ¿alguna novedad con el prisionero?

–No, se porta muy bien.

–Bueno, me alegro. ¿Ha dicho algo?

–¿Decir? Pues no sé..., mi comandante, ha intentado que me pase a los fascistas. Me ha dicho que comen de todo, incluso chocolate, y que tienen ropa de abrigo, calzado y un paquete de cigarrillos todos los días. ¿Es verdad eso, mi comandante? Hace quince días que fumo hierbas secas.

–Sí, comen mejor, de eso no hay duda. Pero lo del

tabaco y el chocolate es mentira. Ese hombre es un emboscado de la Quinta Columna. ¿Qué sabe él lo que pasa en el frente? Nunca ha estado en el frente.

El soldado se quedó pensativo. Entré en la habitación. En cuanto lo tuve cerca supe que ya lo había visto antes, pero ¿cuándo? Su rostro me era familiar.

Se puso en pie.

—Delforo, vaya, eres tú. Mira qué bien.

—Ramón, no sabía que eras tú. —Los recuerdos se me esponjaron de pronto. Habíamos coincidido en la facultad, él en un curso superior al mío. Lo había tratado en las reuniones de la FUE varias veces. Era un extremista vociferante. Lo recordaba disparando a la Guardia de Asalto con un pequeño revólver y lanzando botellas de gasolina desde el tejado de la facultad, en el caserón de San Bernardo—. Me alegro de verte, ya ves.

—Yo no... Qué quieres que te diga.

—Bueno, parece que te han cogido, ¿no? No sabía que eras falangista.

—Soy anarquista, Delforo, ya lo sabes.

—En todo caso, falangista-anarquista, ¿no, Ramón? ¿Cuándo te hiciste de Falange?

—Qué más da, de todas maneras me vais a fusilar, ¿verdad?

—Debió de ser en el 35, ¿no? ¿O más tarde? ¿Quieres que te diga algo? Yo habría hecho lo mismo que tú, ayudar a mi causa. Supón por un momento que en vez de en Madrid estuviéramos en Burgos o en Sevilla, una

situación a la inversa. Yo estaría ahí sentado, esperando el fusilamiento, y tú en mi lugar. La diferencia estriba en que nosotros te haremos un juicio y vosotros fusiláis sin más. Lleváis fusilando desde el 18 de julio.

Se encogió de hombros.

–Vosotros también fusiláis. No me jodas, Delforo.

–En las guerras se fusila. Pero la República no aceptó ni aprobó los fusilamientos indiscriminados de los primeros meses de guerra. Tú lo sabes. Fue una respuesta incontrolada, una especie de venganza histórica contra los que llevan siglos explotándolos y, encima, se sublevan. La República ha prohibido los fusilamientos sin juicio. No es lo mismo que los exterminios de población civil que hacen vuestras tropas. Vuestro objetivo es acabar con cualquier vestigio de la izquierda y de la democracia.

–Soy de izquierdas, Delforo. Más de izquierdas que tú. La única diferencia es que yo odio a los comunistas y el comunismo. ¿Pretendes convencerme?

–No, pretendo que no te fusilen.

Se me quedó mirando.

–No me importa morir fusilado. Me preocupa lo que será de mi familia. Tengo mujer y una hija de un año.

–Te ofrezco un salvoconducto para tu mujer y tu hija. Podrán salir del país con garantías. En cuanto a ti, tendrás un juicio justo y después, quizás, un campo de concentración. La guerra no va a durar eternamente.

–¿Eso es lo que me propones?

–Sí, eso mismo. Fusilamiento inmediato o confiesas,

vas a la cárcel y tu esposa y tu hija se marchan a Francia.

–No puedo aceptar eso. No me fío.

Un soldado entró con una bandeja en la que había una cafetera vieja, dos cacillos y una lata de leche condensada abierta.

–¿Un cigarrito, Ramón?

–Venga..., ¿eso es café café?

–Lo más parecido que tenemos al café.

–Le tendí un cigarro, se lo puso en la boca y yo cogí otro. Los encendí con una cerilla y fumamos. Luego llené los dos cacillos y hundí la cucharilla en la lata de leche condensada.

–¿Quieres leche?

–Por favor. –Después de unos sorbos, añadió–: ¿Con quién tengo que hablar? ¿Contigo?

–No, yo termino aquí. Pero queremos la organización entera, Ramón.

–Ya, entonces llama a quien tengas que llamar. ¿Me daréis salvoconductos para mi mujer y mi hija?

–Las pondremos en Francia, en la frontera.

–Llámalos, Delforo. ¿Puedes dejarme el café y el tabaco?

–Ramón, no nos hagas perder el tiempo. No ha sido fácil conseguir este pacto. No juegues con nosotros. ¿Estás de acuerdo?

–Os daré la información que deseáis y quiero que mi familia se largue de aquí. Pero daos prisa antes de que mi gente sepa que estoy detenido.

BURGOS, COMIENZOS DE ENERO-MARZO DE 1938

Dimas atravesó el largo pasillo del sótano en el edificio de la Falange y tocó el timbre. Allí se encontraban las celdas, una serie de cuartos descuidados y ya casi sin uso, habilitados con puertas enrejadas, el sitio reservado a los detenidos que iban a ser interrogados. Hacía tiempo que allí no había inquilinos. En los buenos tiempos, a comienzos del Alzamiento, solían estar llenas.

Roque, el viejo encargado, manco del brazo derecho, le abrió la puerta. Había estado sentado a una mesa pegada a la pared, delante de un armario fichero gris, intentando resolver el crucigrama de *El Castellano*. A su lado, los restos pringosos de un bocadillo grasiento.

Era un anciano decrepito. Dimas lo recordaba siempre allí, en tareas difusas de cuidador de detenidos. Había sido militante albiñanista y somatén y afirmaba que había

perdido el brazo por culpa de un campesino anarquista en Miranda de Ebro, antes de la guerra. Parece que le intentó atacar con una hoz, que él detuvo con el brazo. Su obsesión era que lo consideraran mutilado de guerra. Había escrito hasta al Caudillo. Era viudo, sin hijos, y siempre se estaba quejando, pidiendo un traslado, la paga y la consideración de mutilado. El somatén era un organismo militarizado.

–Bueno, ¿qué tal, Roque? ¿Y esos achaques? –le preguntó Dimas.

–Ya ve usted, mi alférez, tirando. Me sigue doliendo como si el brazo se pusiera a gritar. Tengo que andar con pastillas, ya lo ve usted.

–Y la morita ¿qué tal? ¿Te ha dado mucho la lata?

–Bajé un rato esta noche por si quería el rancho, pero se puso a insultarme y la mandé a la mierda. Pero aparte de eso, nada. Está como rezando o algo así..., parecen salmodias o el rosario. ¿Sabe usted algo de lo nuestro, mi alférez?

Lo consideraba un igual. Ambos víctimas de la contienda.

–Todavía no me han contestado, Roque. En cuanto me digan algo, te lo comunico. Pierde cuidado.

Roque suspiró y tomó el mazo con las llaves.

–Anoche estuvo aquí un moro. Quería verla, decía que era su hermano, un chico muy elegante, bien vestido. Parecía un señorito, muy educado él. Hablaba español como nosotros.

Dimas se detuvo.

—¿Un moro?

—Sí, un chaval joven, ya le digo, parecía español. Le dejé que pasara y hablara con ella un rato, me dijo que la morita era su hermana. Traía papeles, parece que trabaja en la casa de su excelencia el Caudillo.

—¿En serio?

—Bueno, me enseñó los papeles. Estuvieron hablando en moro, no los entendí. El mozo parecía muy enfadado.

—Está bien, abre la celda, por favor, Roque.

Roque lo agarró del brazo con fuerza y le dijo en voz baja:

—Me enseñó papeles..., un salvoconducto para poder circular por todas partes, lo tenía autorizado por la casa de su excelencia.

—Vaya, qué bien.

—No le hice nada a la morita, solo le pregunté si quería cenar, algo de comer. No quiso y me insultó, se enfadó mucho y dijo que me iba a denunciar.

—No te preocupes por eso, Roque, tranquilo.

—Los moros mienten mucho, son traidores por raza. Se lo digo yo, mi alférez, que los conozco.

Roque abrió la puerta con un largo chirrido. Dimas se quedó yerto cuando vio a la muchacha dormida en el banco de piedra, creyó reconocerla, la había visto antes. La chica incorporó al escuchar el ruido de la puerta. Era muy joven, de entre catorce y dieciséis años, delgada y de ojos asustados. Llevaba un pañuelo ceñido a la cabeza.

Dimas se sentó a su lado despacio, sin dejar de observarla. Tenía un parecido inquietante con la chica muerta. Era eso, estaba seguro.

La muchacha miró a Roque y palideció. Se echó hacia atrás y cruzó los brazos con fuerza contra su cuerpo. Dimas le sonrió.

—¿Fátima Ben Chukri? ¿Es usted Fátima?

—Sí, sí, señor... ¿Por qué yo estoy aquí? Yo no he hecho nada, señor. ¿Qué es esto? ¿Qué pasar? Ese... ese señor que no pase aquí, se lo pido por favor.

Roque hizo un gesto despectivo con la mano y se retiró. Dimas volvió a sonreírle.

—No tiene nada que temer y le pido disculpas, señorita. Ha sido un error lamentable. Una confusión. Ahora mismo la llevaré a su casa.

La muchacha se puso en pie y se enjugó las lágrimas. Tenía los ojos enrojecidos. Dimas la condujo a la calle y la subió al coche. Roque los había seguido por el pasillo. Se asomó a la puerta.

—¡No le haga usted caso a esa mora, ya sabe usted cómo son! —gritó.

—No te preocupes, Roque.

Con la puerta del coche abierta, Roque continuó con las voces:

—¿Cuándo me va a decir algo de lo mío, señor Dimas? Haga usted el favor, hombre.

Dimas se volvió.

—Pierde cuidado, Roque. En cuanto sepa algo, te aviso.

Arrancó el coche. Desde la puerta el viejo continuaba mirándolos, encorvado, con un rictus de desprecio en la boca.

Dimas le preguntó a la muchacha dónde vivía. Era en el barrio destinado a los moros, el Raspadillo. Estuvieron un buen rato en silencio. Dimas le dijo:

—¿Sabe que doña Águeda ha muerto?

El asombro de ella parecía auténtico.

—¿Doña Águeda? ¡Por dios bendito! Cuándo..., cuándo... ¿Y de qué ha muerto? ¡Ay, por dios!

—Murió antes de ayer por la noche, el jueves. Un infarto..., ha muerto en paz. Usted trabaja para ella, ¿verdad?

—Sí, sí, señor..., trabajo en tienda..., la limpio, ¿sabe? Qué pena más grande.

—También trabaja en su casa, ¿no? Me refiero a su casa de campo, la de la calle Hortelanos.

Asintió moviendo la cabeza. Estaba alerta, asustada. Dimas dejó que siguiera asimilando lo que le había dicho. Aguardó. Pasados unos instantes, la chica le dijo:

—Voy las tardes y limpiaba casa un poco. Ella tiene miedo de estar sola.

—¿Todas las tardes?

—Sí, sí, señor, todas las tardes de jueves yo ir a su casa del campo. Por la mañana estar en tienda. Bueno, los domingos no. Qué lástima..., era muy buena, una santa.

—¿También se quedaba por las noches?

—Bueno, sí..., algunas noches, cuando ella me decía. La

acompañaba, nada más, o cuando quería más limpieza. Pero eso era en calle Paloma, en su otra casa.

—Ya..., y ahora piense un poco... ¿A qué hora se fue de la casa el jueves pasado?

—A las cinco —dijo en voz baja—. Le preparé la cena y luego me marché.

—A las cinco... —repitió Dimas—. Muy bien, ¿y notaste algo raro?

Levantó la cabeza y lo miró con atención. Volvió a negar con movimientos de cabeza.

—No... No..., como siempre. —Hablabla con un hilo de voz—. La señora estaba bien..., como siempre.

—¿Tenía alguna enfermedad, alguna dolencia?

—¿Enfermedad? —Ahora estaba asustada—. No... No. ¿Por qué usted preguntar eso? Yo no sé nada.

—Bueno, te lo pregunto por si le notaste algo raro, no sé, si padecía del corazón o algo así, vamos, si tenía ahogos.

De pronto empezó a llorar, sollozos profundos. Dimas se mantuvo en silencio. Se dio cuenta de que no era más que una niña y estaba demasiado asustada.

—Cálmate..., cálmate, por favor. —Se fue apaciguando—. ¿Conoces al sereno del barrio, a Lorenzo Gomis?

Asintió a cabezazos, sorbiendo las lágrimas.

—Le-le hacía recados a doña Águeda... Una vez..., una vez le arregló la persiana. Yo-yo no saber nada, señor. Lo juro por dios bendito.

—¿Le ponía inyecciones?

—Yo-yo no saber, señor. No saber nada.

–Claro, no te preocupes. –Le sonrió–. ¿Cuántos años tienes, Fátima?

–Dieciséis.

–Dieciséis? Vaya... ¿Y cuántos hermanos sois?

La chica permaneció en silencio un buen rato con los ojos bajos. Dimas la observó. Por fin contestó con un hilo de voz:

–No lo sé.

–¿No sabes cuántos hermanos tienes?

–No... No saberlo... Mi padre tiene dos esposas. Aquí somos cinco hermanos. En el pueblo me parece que somos más hermanos con otra esposa.

–¿De dónde sois?

–De Tigrít, cerca de la frontera de Argelia, un pueblecito pequeño. De allí ser mi familia.

–¿Y allí te quedan hermanos y hermanas?

Asintió de nuevo a cabezazos.

Llegaron a una casa baja, con una parra en la puerta sostenida por alambres. La casa vecina era una pequeña tienda de ultramarinos que debía de servir también café. Tenía tres mesas en la explanada ocupadas por hombres muy abrigados que bebían té. En la calle jugaba al fútbol un grupo de chicos marroquíes que formaba una gran algarabía. Fátima abrió la portezuela del coche y entró en la casa en tromba. Dimas sabía que los marroquíes tenían un hospital y mezquitas.

Los hombres sentados observaron el coche con atención, pero sin mover un músculo. Los chicos dejaron

de jugar al fútbol. Dimas se encaminó a la casa. Un hombre alto y fuerte, de barba recortada, nariz aguileña y porte altivo, le aguardaba en la puerta, en silencio. Vestía una amplia chilaba blanca.

—Dimas Prado, de Investigaciones. ¿Es usted el padre de Fátima?

El hombre se puso la mano en el pecho.

—Sí, mi alférez..., brigada Abdelkader Ben Chukri a sus órdenes. Pase, por favor, mi casa se honra con su presencia.

Se apartó para que Dimas pasara. El vestíbulo estaba en penumbra. Una mujer de edad madura con un pañuelo sobre la cabeza abrazaba a Fátima, que había roto a llorar y le hablaba entre sollozos. Se calló cuando Dimas entró.

Abdelkader dijo algo en árabe y la mujer y Fátima desaparecieron.

—Pase por aquí, mi alférez.

Entraron a un salón alfombrado rodeado de sofás bajos con cojines coloridos. La habitación la calentaba un brasero grande que se encontraba en el centro. De las paredes colgaban tapices con dibujos geométricos típicos de Marruecos. La mujer entró a la habitación descalza llevando una mesita baja de madera policromada sobre la que había una tetera y dos vasos. Abdelkader, en silencio, vertió varias veces el té en un vaso y lo volvió a echar a la tetera. Olía a menta.

Finalmente, sirvió el té en los vasos, tomó uno de ellos con el pulgar y el índice, sopló y sorbió ruidosamente.

Dimas intentó hacer lo mismo. El té le quemó los labios y la garganta.

—¿Por qué Investigaciones de Falange busca a mi hija? ¿Ha hecho algo malo? ¿Acaso es una roja?

—No, en absoluto. Ha sido un error burocrático... En cuanto me he enterado de que estaba en el calabozo, la he sacado. Me disculpo ante usted por el error.

Abdelkader lo observaba con ojos fijos, parecía no parpadear. Se llevó la mano derecha al pecho y dijo:

—Mi hija es pura como ángel, señor alférez. Y acepto sus disculpas. El hombre justo y misericordioso alcanzará el paraíso.

—Estamos haciendo un censo de marroquíes que trabajan con españoles, ¿comprende? Es simple burocracia.

—¿Censo?

—Sí, todos aquellos que trabajan con españoles. Vamos a hacer una lista, rellenar unos cuantos papeles. —Dimas le sonrió.

—Aquí somos todos militares..., sargentos y cabos de la guardia de su excelencia el Caudillo, que dios lo guarde. En esta barriada somos dieciocho, todos con familias. Los oficiales son tres, todos españoles, pero ellos en Burgos, allí viven. Yo soy suboficial, por la gracia del Caudillo, dios lo guarde, soy brigada. He estado en la guerra desde antes de 1936, mucho antes.

—¿Cuántos hijos tiene usted?

Abdelkader se echó hacia atrás y sonrió. Era un hombre

fornido, ancho de hombros. Debía de tener más de setenta años. La barba blanca recortada y el cabello corto le daban prestancia de jefe, alguien acostumbrado a mandar y a que le obedecieran.

—Alá, su nombre sea alabado, me ha concedido muchos hijos. Los hijos son una bendición del Todopoderoso.

—¿Cuántos viven con usted?

Abdelkader tardó en contestar. Su mirada era de nuevo escrutadora. Volvió a sorber el té.

—Aquí, en España, cinco, dios los bendiga. Cuatro hombres y una muchacha, Fátima. En España, por respeto a los cristianos, solo tengo una esposa, Jarica, usted la ha visto, mi alférez.

—Pero en su país tiene más hijos, ¿verdad?

—Sí, tengo más, Alá Todopoderoso me ha bendecido con muchos hijos.

—¿Solo Fátima trabaja con españoles?

—Sí, solo Fátima. —Se quedó en silencio, pero añadió—: Mi hijo mayor, Imán Mohamed, es camarero en la casa de su Excelencia el Caudillo, que dios lo guarde. Un honor grande para mi familia.

—¿Y no tiene más hijas?

Dio otro sorbo de té. Dimas hizo lo mismo. Ahora podía beberlo con más facilidad, no le abrasaba la lengua.

—No, ninguna...

—¿Tampoco en su tierra?

—Sí, sí..., en mi tierra tengo más hijas.

—¿Alguna ha venido a Burgos recientemente?

–¿Hijas mías?

–Sí, hijas tuyas. Le pregunto si alguna vez han venido a Burgos.

–¿Por qué pregunta eso?

–Bueno..., no sé... Supongo que para no volver a molestarle más.

–Tengo pasaporte de España, salvoconducto para entrar y salir de España yo y mi familia. Yo tengo la amistad del Caudillo de España, que dios lo guarde. ¿Falange es más grande que el propio Caudillo?

–¿Ha venido recientemente alguna de sus hijas? Si usted ama y respeta al Caudillo de España, tiene que contestar a mis preguntas. Yo también luché por España y por el Caudillo.

Abdelkader se puso en pie de pronto. Dimas se levantó también. En la puerta observaba la escena un hombre joven, bien trajeado, alto. Era muy atractivo. Llevaba en la mano un sobre que acababa de abrir. Dimas se dio cuenta de que su rostro estaba lívido. Le dijo algo a Abdelkader en su lengua algo a lo, que no contestó pero que marcó las facciones de su padre con un rictus de asombro y cólera al mismo tiempo.

El joven se llevó la mano al pecho y se inclinó levemente en dirección a Dimas, que se encaminaba a la puerta.

–Este es mi hijo mayor, Imán Mohamed Hasán Ben Chukri, que dios lo bendiga. Le han llamado para que luche al lado del Generalísimo, dios lo guarde, contra los

infieles rojos. Pasados tres días, se incorporará a filas.

Dimas inclinó la cabeza en un saludo y luego se volvió a Abdelkader.

–Gracias por su hospitalidad.

–Dios sea contigo, mi alférez.

Dimas salió de la casa. En la entrada encontró a la madre llorando. Decidió que tenía que hablar con Celso inmediatamente, tenía una corazonada.

En Investigaciones llamó a Celso por teléfono. Podían verse dentro de media hora. Borsa lo condujo a Terminus.

–La chica asesinada puede ser una morita –le dijo.

–Eso es lo que yo creo –respondió Borsa.

Celso terminó de escuchar el informe verbal de Dimas. Borsa aguardaba en pie, al otro lado de la puerta del despacho. Dimas se había sentado en una silla, frente a Celso.

–¿Has hecho estas investigaciones hoy?

–Sí, camarada, esta mañana, hace un rato.

–Vaya, vaya... –Se quedó pensativo, rascándose la barbilla, la mirada perdida. Dimas creyó que no solo usaba la misma chaqueta, también la camisa y la corbata negra eran las mismas que llevaba puestas cuando fue a

verlo el día anterior—. ¿Te han confirmado que las niñas eran hermanas?

—No, pero se puso muy nervioso y se negó a seguir hablando. Presume de amistad con su excelencia el Caudillo.

—Los moros veneran a nuestro Caudillo, no me extraña.
—Continuaba pensativo, como si flotase. Dimas creyó que podía estar dormido y soñando. De pronto, Celso levantó la cabeza y lo miró fijamente. Dimas se estremeció. Sus ojos parecían las almas errantes de un pulpo—. Muy bien, Prado, muy bien. Te felicito.

—Gracias, camarada. —Celso continuó con el marasmo. Se echó atrás en la silla y tamborileó con los dedos en la mesa cubierta de papeles—. Con tu permiso, camarada —añadió Dimas—. Si esa morita, la hermana de Fátima, ha venido a Burgos, debe de tener un salvoconducto de entrada y salida. Y un permiso de residencia.

Lo miró fijamente.

—¿Crees que soy tonto, alférez Prado?

—De ninguna manera, no he querido decir eso. —Dimas se estremeció.

Celso le hizo un gesto con la mano.

—Ya hemos hecho averiguaciones..., hay una tal Luna Ben Chukri con un salvoconducto, emitido el 8 de diciembre del año pasado, con entrada en Ceuta y salida por Burgos, el 3 de enero de este año. Es hija de Ben Chukri, soltera, de trece años de edad, y vino a la España Libre con su madre Maimona Alauí, segunda esposa de

ese Abdelkader. La madre, sin la hija, regresó en su momento a su tierra. La niña permanece, oficialmente, en paradero desconocido. La deducción parece fácil, ¿verdad, alférez Prado?

—Sí..., sí, camarada.

—Bien, ahora escúchame con atención. El caso ha terminado. No habrá más investigación por tu parte, Prado. ¿Me has entendido?

—Sí, camarada.

—¿Está tu asistente cerca? ¿Cómo se llama?

—Borsa, Guillermo Borsa.

—Hazlo pasar.

Dimas se levantó y abrió la puerta. Le hizo una seña a Borsa, que pasó dentro. Se quedó en pie, los brazos cruzados sobre el pecho.

—La investigación ha terminado, camarada. Eso le estaba diciendo al alférez Prado.

Borsa asintió.

—A sus órdenes, camarada.

—A usted aún le queda un trabajo que hacer. Le nombraremos sargento primero de infantería, con antigüedad del 22 de julio del 36. Lo destinarán a la 7.^a Compañía del Batallón Covadonga n.º 3, que pernoctará en Burgos pasado mañana unos días. Su batallón va destinado al frente de Teruel. En su pelotón estará el hijo de Chukri. Tiene que hacer usted lo mismo que hizo con el sereno. ¿Lo ha entendido?

—En el frente será más fácil, camarada. Cuente con eso.

–Confío en usted, Borsa.

–Pierda cuidado. Haré lo que me ordena.

–En cuanto a ti, Prado... –Dimas aguardó, expectante–, creo que estarás mejor con Ungría, ¿no te parece? He hablado con él y te acepta entre su gente. Se pondrá en contacto contigo muy pronto. Si es que no lo ha hecho ya. Oficialmente eres inspector de Investigaciones y Vigilancia, con fecha de enero de este año. A partir de este mes recibiréis ambos sus respectivos salarios con antigüedad. Podéis retiraros.

Esa noche, a las tres de la madrugada, Dimas Prado se despertó en la cama súbitamente. Llamaban a la puerta de su piso con golpes que sonaban perentorios. Se puso la bata, tomó su pistola, gritó «¡ya voy!» y abrió la puerta.

Sufrió un sobresalto. Ana estaba al otro lado, había dejado en el suelo una enorme maleta y un bulto atado con cuerdas. Iba con su abrigo gris y se tapaba la cabeza con un pañuelo. Tenía los ojos enrojecidos por el llanto.

–Ana, ¿qué te ha pasado? ¿Qué ocurre?

–Maruja me ha echado de su casa...

Dimas guardó la pistola en uno de los bolsillos de la bata y abrió la puerta del todo. Se apartó para que pasase.

–¿Qué es eso de que Maruja te ha echado?

–Ha descubierto la carta que me enviaste con el poema y..., bueno, se ha creído que somos novios. Ella ya me

había avisado de que no quería chicas novieras en su casa.

—No tiene derecho a hacerte esto. La voy a destrozar, la voy a meter en la cárcel, le voy a cerrar esa mierda de taller.

—No, Dimas, por favor, no lo hagas, te lo suplico. Las chicas son amigas mías, si cierran el taller, no van a tener de qué comer. Déjalo estar, por favor.

—No se lo merece, te pasas de buena, Ana.

—¿Puedo... puedo dormir esta noche aquí? No voy a molestarte, mañana buscaré un sitio donde vivir.

—¿Tienes dinero para eso? Una habitación con agua corriente, baño y calefacción te costará seis o siete pesetas diarias. Las habitaciones en Burgos están por las nubes. ¿Cuánto te paga Garcés?

—Doscientas cincuenta al mes.

—No es suficiente para una habitación con baño y calefacción.

—Puedo encontrar una habitación por tres pesetas diarias.

—Sí, claro que puedes, Ana. Pero mi novia no puede vivir de esa manera. No lo voy a consentir.

Ana se quedó en silencio, mirándole con sus ojos enrojecidos. Dimas la tomó de las manos.

—Espera un momento, Dimas..., espera. ¿Has dicho que soy tu novia? No quiero ser la novia de nadie.

—Te lo pido ahora, Ana.

—Deja..., déjame pensarlo, Dimas. Esto es muy fuerte para mí. No me presiones, por favor.

–Fija la fecha de la boda, Ana. ¿Te parece bien que esperemos un tiempo?

–Sí, sí..., pero no me atosigues, por favor. Te lo ruego.

–Sé esperar, Ana.

–¿Puedo..., puedo dormir esta noche en el sofá? Será solo esta noche, nada más.

Dos horas después, Ana observó su reloj de pulsera y se puso en pie. Eran las cinco y media de la madrugada y prestó atención. No se oía un solo rumor en el apartamento. Saltó del sofá y se aproximó descalza y en ropa interior al dormitorio que ocupaba Dimas. Entreabrió la puerta. Dimas respiraba rítmicamente.

Pero la estaba esperando, se dio cuenta. Avanzó unos pasos y Dimas abrió los ojos y se volvió. Ana se deslizó en la cama a su lado y le preguntó:

–Dimas, júrame que no me harás daño, por favor.

Luego le notó una barriga crecida y ese extraño artilugio entre las piernas. Ese tubito. Lo había visto en esas revistas galantes.

A la mañana siguiente Dimas encontró la cama vacía. Sobre la mesita Ana había dejado una nota: «Voy a buscar una nueva habitación. Te llamaré en cuanto la consiga».

Empezó un tiempo extraño para Dimas. Tenía novia y se la presentó a su madre el domingo siguiente, durante una comida especial con la vajilla completa. Rufa se esmeró en la cocina y besó a Ana en las mejillas varias veces, emocionada. La llamó «primor» y le aconsejó que mantuviera a raya a ese sinvergüenza del señorito Dimas, un caso perdido.

Su madre lloró un poco, incapaz de mantenerse serena ante ese acontecimiento, y lamentó no poder conocer a los padres de Ana. En casa podían vivir después de casarse, era muy grande, enorme, y tenían habitaciones de sobra. En Burgos había una escasez de pisos muy acentuada, figúrese. Ana le contestó que preferían casarse con el piso comprado. Eso fue una sorpresa. Ana lo dijo convencida, sin ruborizarse. Dimas intervino:

–Cuando termine la guerra, iremos a vivir a Madrid, mamá. Tengo algo de dinero ahorrado...

Su madre lo interrumpió.

–¿Sí? ¿Y por qué no me lo has dicho, hijo?

–Señora, por dios, que su hijo ya es un hombre, deje usted de tratarlo como a un chiquillo –dijo Rufa.

–No nos casaremos hasta que termine la guerra –indicó Ana.

–Entonces podremos comprar en Madrid una casa a precio de saldo –añadió Dimas. Luego confesó que trabajaba para Seguridad Interior con el doble de sueldo, una gran noticia. Además, participaba, junto con la Gestapo, en los interrogatorios a los brigadistas

internacionales capturados, que eran enviados a Burgos desde todos los frentes. Ungría lo tenía en un alto aprecio.

Dimas dejó de pisar el despacho de Investigaciones de Falange, aunque también cobraba ese sueldo.

Ana fue una sorpresa para sus amigos y camaradas. Todos se prendaron de ella. Era elegante, muy educada y manejaba los cubiertos y las conversaciones con maestría, como si lo hubiera hecho toda la vida. El único que no hizo migas con Ana fue Borsa, que apenas si le dirigía la palabra.

Ana y Dimas fueron juntos al teatro, al cine, a los conciertos y a las sesiones benéficas que organizaba la esposa del Generalísimo, doña Carmen Polo de Franco, una gran dama. De vez en cuando Dimas la sorprendía pensativa, soñadora y ajena, con un aire infinito de tristeza. Ana decidió que seguiría trabajando para Garcés, a pesar de que Dimas le rogó que fuera a vivir al piso de la plaza, había cuartos vacíos y a su madre le encantaría. Pero Ana no actuaba como Dimas suponía que tenían que actuar las mujeres. Se plantó en eso y en que no tendrían cama hasta que se casaran, tampoco vivirían juntos. Dimas aceptó.

Ana se empeñó en limpiar y barrer el apartamento de Dimas, que estaba hecho un asco, todo revuelto y manga por hombro. A veces Dimas adelantaba sus muchas ocupaciones y la sorprendía en plena faena, feliz, con la casa arreglada y limpia. Solían cenar allí y, más tarde, Ana regresaba en el auto de Dimas a su nueva casa, donde

había alquilado una habitación con derecho a agua corriente, baño y calefacción que Dimas se había empeñado en pagar.

Terminó el invierno y comenzó la tímida primavera burgalesa. Dimas olvidó su pacto con Garcés, pero ya era tan poderoso que dejó de necesitarlo.

MADRID, VERANO DE 1946

Gloria había ido a desayunar a la cafetería Marimba, en la calle de la Magdalena, donde solía ir de vez en cuando. Estaba esperando a su amiga Pura, que tenía que contarle algo muy importante.

Uno de los camareros, llamado Matías, le estaba diciendo:

–Glorita, maja, ¿cuánto le sacas a un tío por una noche? Un suponer, ¿diez duros o más? ¿La tarifa es a polvos?

–Olvídate de mí, Matías, que no es mi santo. Ponme el café de una vez, anda.

La cafetería Marimba se encontraba muy cerca de la calle del Ave María, donde vivían Antonio y Gloria. Su amiga Pura, antigua compañera de El Califa, se estaba retrasando.

–¿Cuánto me costaría a mí, Glorita? ¿Me harías rebaja?

–Este es una ametralladora, ¿eh? –manifestó Alonso, el

otro camarero. Era gordo y estaba encorvado sobre la barra guiñándole un ojo. El uniforme le quedaba estrecho—. Enséñale la serpiente, Matías, anda.

Dos o tres tipos que bebían acodados en silencio en una esquina del mostrador de cinc, que despedía destellos plateados y húmedos, observaron a Gloria esquivar la mano de Matías.

—¡Huy! —exclamó Gloria—, deja la mano, ¿eh? Tengamos la fiesta en paz. —Terminó el gesto, abrió el bolso y tomó un cigarrillo—. Ponme el café de una vez y deja la mano, Matías, te lo aviso. No hagas que se lo diga a mi hombre, te partiría por la mitad.

El camarero puso el platillo en el mostrador y colocó la taza, la cucharilla, el terrón de azúcar y preparó la cafetera. La mañana volvió a detenerse en el Marimba. Los hombres acodados en la barra continuaron en silencio, apenas roto por cuchicheos esporádicos y el arrastrar de pies.

Al primer sorbo, Gloria escuchó el empujón de la puerta y los pasos renqueantes detrás y supo, sin volverse, que había entrado el Gardel. Con el líquido caliente en la garganta, se dio cuenta de su presencia por el olor.

—¡Hombre, la Gloria! —dijo el Gardel arrastrando una pierna—. Hermosa, págame una copa, estoy *carri*.

Iba con un pañuelo negro atado al cuello, bajo la camisa blanca y sucia. El traje oscuro parecía muy usado y le apretaba como si fuera de otro. El cabello le caía por la nuca peinado con brillantina. Desde que era una niña,

Gloria había visto y sabía del Gardel. Conocía, al igual que todos en el barrio, la degradación paulatina de ese hombre desde un pasado si no esplendoroso, distinto. Sabía que era amigo de su Antonio.

Antes, el Gardel se llamaba el Nuevo Gardel o Julio Salvador, el Cantor Argentino. Ahora era el Gardel a secas. Tenía dos muelas enfundadas en oro y hacía bastante tiempo, antes de la guerra, le gustaba gastarse el dinero con los amigos y las mujeres, los trajes cruzados, las sortijas y los relojes buenos. En otra época en el barrio lo saludaban al pasar con su coche americano de 1929, del que ya no había repuestos, y él se sentía halagado.

Gloria creía que tenía un sexto sentido para el Gardel, porque olía su presencia e incluso sabía en qué lugar había estado por el olor nauseabundo que despedía: «Aquí ha estado el Gardel, la mierda del Gardel», solía pensar.

—Ponle al Gardel una copita de anís, Matías —dijo Gloria—. Pago yo.

—¡Olé con las mujeres rumbosas! —exclamó echándole el aliento vinoso y agrio y palmoteándole la espalda. La mano huesuda y sucia se detuvo en las nalgas.

—Deja eso, Gardel —murmuró Gloria.

—Reina, vente conmigo, tesoro.

—¡Vete ya, Gardel! —exclamó Matías—, que nos vas a infectar.

—Tráele la copa —dijo Gloria sin moverse ni mirar al Gardel, que la observaba desde su extraña postura de grulla.

El Gardel retiró la mano y se apretó la boca desdentada, sacudida por la tos, que le hizo doblarse sobre el mostrador.

—¡Qué mierda de tío, estás podrido! —insistió Matías—. No vengas por aquí, nos echas miasmas.

—¿Dónde está Antonio, Gloria? —preguntó.

Gloria vio la cara cercana, sudorosa y crispada, los ojos como cucarachas en un vaso.

—No sé. ¿Qué quieres de él?

—Nada, saber; nada más.

—Pues no está. Llevo dos días sin verlo, ya ves. Sin contar hoy.

—¿No sabes dónde está?

Matías le puso la copa de anís delante y el Gardel se la bebió de golpe.

—Pues no; ya te lo he dicho. El jueves no vino a dormir a casa, ni ayer. A lo mejor ahora mismo está esperándome allí, ya ves.

Los camareros se encontraban atendiendo una mesa y a un nuevo parroquiano en el mostrador. El Gardel bajó la voz.

—Dile a Antonio que se ande con cuidado. Lo busca la *pestañí*. Me han dicho que ha *marao* a un comisario. Yo soy amigo del Antonio, Gloria. Soy legal con él. Tú avísale, dile que me venga a ver.

—¿Ha matado a un policía? —Gloria pasó la mirada por la cafetería. Bajó la voz—: ¿Estás seguro de eso? ¡Ay, Virgen del Carmen!

–Yo no hablo por hablar –dijo el Gardel–. Le ha dado *matarile* a un comisario. Si lo ves, dile que los *jundanares* no se andan con tonterías cuando matan a uno de los suyos.

Matías recogió el servicio de café y la copa de anís vacía y le puso otra.

–Regalo de la casa –dijo–. Es el pasaporte para que te abras de aquí.

El Gardel se la bebió otra vez de golpe. Gloria escuchó el ruido del alcohol dentro del hombre hasta el estómago. Entonces, las sirenas de dos coches de la policía cortaron el aire. Los que bebían cerca de la puerta se quedaron inmóviles y el Gardel torció la boca. Gloria encendió otro cigarrillo y se acordó de lo que le había dicho la Pura el otro día sobre el muchacho muerto por equivocación y pensó en Antonio, en lo que podría estar haciendo ahora mismo.

Las sirenas se perdieron por las calles adyacentes. El Gardel masculló:

–Ahí van esos hijos de puta tocando el pito. Malas *puñalás* les den.

Gloria abrió el bolso y contó monedas.

–A casa, a esperar a tu Antonio, ¿no? –preguntó Matías.

–Sí, hijo, sí –contestó Gloria–. Nos ha jodido.

–Gracias, Gloria –dijo el Gardel–, antes no te me habrías escapado. Tú eres mucha *gachí*, te lo digo yo, que sé de mujeres. El que te tenga tiene un tesoro, un filón de oro puro.

–Gloria, enchúlate con el Gardel –dijo Alonso, otra vez con el guiño nervioso del ojo–. Te pone como una reina.

–A montones tenías tú mujeres, ¿verdad Gardel? –terció Matías–. ¿A que sí Gardel? Cuéntanos lo que les hacías a las *gachís*, anda.

–¡Qué sabrás tú, pinchapapas! He tenido hasta seis de una vez y a todas les daba gusto. A las *lumis* –dijo dirigiéndose a Gloria– hay que tenerlas con el *bul* contento, todo lo demás son gaitas. ¿Verdad, Glorita?

–Deja esa mano, Gardel, que se lo canto a Antonio, te lo he dicho. Deja la fiesta correr.

–Qué grande eres, Gardel –añadió Matías–. Gloria, no seas tonta y enchúlate con él, tiene maña de gran señor.

–Gloria, tu Antonio vale mucho, para mí es como un hijo. Te lo digo yo. Hazme caso. Dile que se abra, que se *naje* de Madrid lo antes que pueda.

Gloria no contestó y el Gardel salió renqueante del café.

Más tarde, Pura pidió un chocolatito y le dijo:

–Ya no voy a volver a El Califa, ¿sabes? Me ha salido un trabajo en Almacenes Arias para fregar. Me voy a

preparar para dependienta, fijate tú.

–¿Sí, hija? Vaya suerte. ¿Y quién te lo ha buscado?

–Un cliente, un tal Remigio, quiere que esté solo con él. Tenerme de fija, vamos. Es jefe de algo en los Almacenes Arias, ya te digo.

MOHEDAS DE LA JARA, JUNIO DE 1947

Llevo muchos meses sin escribir, me da igual. He conseguido crear una rutina automática con mi monótono trabajo de escribiente. Para sobrevivir sueño los libros que recuerdo haber leído en otro tiempo. Suelo hablar solo, largos monólogos conmigo mismo. Trato de olvidarme de Carmen, creo barreras para no pensar en ella, ni siquiera cuando llega el correo para los penados, que yo clasifico y reparto. Estoy convencido de que ella me ha olvidado, que ha conseguido rehacer su vida sin mí. Algunas noches lloro en silencio. Me he convertido en un administrativo modelo, me dejan pasear por el pueblo.

A comienzos de mayo se produce un hecho que conmociona al pueblo y rompe mis hábitos. Una partida de guerrilleros disfrazados de guardias civiles ha asaltado a un destacamento de soldados, al mando de un teniente, y ha robado cuatrocientos kilos de dinamita que

transportaban en un camión militar, a unos diez kilómetros de Mohedas de la Jara, en la provincia de Cáceres. Dicen que fueron la partida del Toledano, un antiguo capitán de milicias que mantiene en jaque a la zona.

Se suspenden los permisos, se dobla la guardia de los trabajadores en la carretera y me prohíben deambular por el pueblo. Al parecer, los guerrilleros mataron al teniente, dejaron malherido al chófer del camión y desarmaron a los soldados. Por sus declaraciones se supo que los atacantes sufrieron dos bajas, un muerto y un herido, y que se dispersaron por la sierra en mulas, llevándose la dinamita, las armas y municiones de la tropa y sus propias bajas. Trato de impedir que se note la alegría que me embarga por la precisión militar del golpe.

Al otro día llegaron al pueblo las autoridades militares de Talavera de la Reina con una sección de soldados en un camión, falangistas en dos automóviles y personal civil de Madrid, probablemente de la Brigada Político-Social, y más guardias civiles. En la plaza del pueblo, ante la población, que se apiñaba expectante, el comandante Alcázar de Velasco, autoridad militar de la zona, proclamó el estado de guerra desde el balcón del ayuntamiento. Los administrativos de la oficina nos juntamos ante los ventanales que dan a la plaza en silencio, escuchando los vítores de la multitud. Cuando terminaron y se gritaron los rituales vivas a Franco y a España, la población se desgañitó coreándolos.

Era cuestión de horas que viniesen a por mí. Camuflé las gafas, la pluma y el reloj en mi equipaje y me dispuse a esperarlos. Esa misma tarde fueron a verme. Eran cinco hombres y me llevaron a empujones al cuartel de la Falange, un edificio señorial en la Plaza Mayor, probablemente confiscado. Allí están Auxilio Social y otras dependencias. Mientras caminaba con ellos por la plaza, un par de mujeres me gritaron: «¡Asesino, canalla, ojalá te pudras en la cárcel! ¡Viva Franco!». Y levantaron el brazo. Uno de los falangistas se dirigió a mí:

—¿Todavía tenéis ganas de guerra? Pues te las vamos a quitar, eso por mi madre, cabrón.

Los falangistas me bajaron al sótano de su cuartelillo. Era estrecho y olía a sudor y a sucio. Había una manta cochambrosa en el suelo de cemento y una bombilla en el techo. Al fondo distinguí un aparador o algo parecido, sumido en la oscuridad. Varias sillas disparejas se apoyaban en una de las paredes. Me ordenaron que me sentara en una de ellas.

—Bueno, bueno... Delforo, te llamas así, ¿no?

—Sí, Juan Delforo.

—Un comunista, ¿no?

—Excomunista. Dejé el partido en 1939.

—Eres un poco chulo, ¿verdad? Se te nota mucho, todos sois iguales, chulos y maricones. Pues te vamos a dar para el pelo, para que te enteres.

Tres de ellos debían de ser del pueblo, los otros dos eran de otra parte, se notaba por sus trajes, quizás de

Talavera de la Reina o de Madrid. Uno de ellos llevaba sombrero y fumaba sin parar, tenía el ojo izquierdo semicerrado y las manos en los bolsillos. El otro era gordo, de bigote cano. Me dirigí a él, parecía el jefe:

–No he querido parecer chulo, lo siento. Me han preguntado y yo he respondido. De todas maneras todo está en mi expediente. He sido comunista y combatiente en la guerra, no lo niego, pero también he sido juzgado y condenado a treinta años de trabajos forzados. Estoy cumpliendo mi condena. Hay poquísimas posibilidades de que haya sido yo quien diera el chivatazo a la guerrilla, si es que ha habido un chivatazo. –El del bigote canoso me dio una bofetada. Me ardía la cara. Proseguí–: La guerrilla pudo haberse enterado de muchas maneras.

Los otros falangistas aparecieron detrás de mí con zurriagos. Se habían despojado de los chaquetones. Empezaron a golpearme. Me tiré al suelo con los músculos en tensión, protegiéndome la cabeza con las manos. Me alcanzaron la cara y el estómago. Cuando se cansaron, me sentaron en la silla.

–Vamos a fusilarte, hijo de puta, perro comunista –me dijo el del bigote–. No saldrás vivo de aquí.

–Así no vais a saber nunca lo que ha pasado. Si me seguís golpeando confesaré que he matado a Julio César y a Napoleón.

Uno de los hombres me golpeó con el zurriago en el cuello. No me lo esperaba, caí al suelo y perdí el conocimiento.

Alguien me hablaba. Abrí los ojos. Era el tuerto. Me miraba desde arriba.

—... dilo, no seas tonto. Seguro que sabes quién le ha dado el chivatazo a la guerrilla. Dilo y te libras de la condena. Te ponemos en tu casa. Piénsalo.

Me dejaron tirado en el suelo. Pasé la noche tiritando de frío y de dolor, cubierto por la manta, insuficiente para resguardarme. Por la mañana me despertaron a patadas, traían un cacillo con agua y un pedazo de pan. Por la tarde volvieron a pegarme una paliza. Me dejaron más pan y llenaron de agua el cacillo. El resto de la tarde y la noche me quedé solo. El frío era insoportable. Comencé a tiritar sin parar, parecían convulsiones. Así estuve un día más. A la mañana siguiente oí ruido de motores y voces de mando en la calle.

Para no volverme loco, continué escribiendo el diario en mi cabeza. Parece que San Juan de la Cruz hizo lo mismo cuando estuvo en la cárcel en Toledo.

Pierdo el sentido del tiempo, mi debilidad era extrema, apenas podía moverme, sufría alucinaciones. Una mañana abrieron la puerta de la celda y dio unos pasos dentro el sargento primero Cerezo, comandante de mi compañía. Yo había hecho mis necesidades durante esos días en el rincón más apartado de la puerta, pero la habitación hedía. Cerezo se tapó la nariz y la boca y me hizo señas para que

saliera. Uno de los falangistas, que se había quedado en la puerta, me entregó el tabardo que llevaba.

El sargento y yo caminamos por la plaza en silencio. Los pantalones me bailaban en la cintura. Al menos el tabardo me cubría parte de la suciedad y la sangre seca, pero apenas si impide el frío. Era un día de mercado y en la plaza había media docena de puestos que venden frutas, cacharros de cocina, huevos, vino, ropas y legumbres. Había mucha gente alrededor, pero pocos compraban.

El sargento Cerezo iba a mi lado en silencio. De pronto, comenzó a hablar:

—Han cogido a la mayor parte de los guerrilleros en un cortijo en Cáceres. Han recuperado setenta kilos de dinamita y algunas armas de los soldados muertos. La dinamita estaba en una cueva.

No abrí la boca.

—No te han señalado. Por lo visto les dieron el chivatazo los muleros que nos traían el agua a la obra. Ya los han fusilado —añadió.

Me detuve y lo observé. Cerezo continuó hablándome:

—No comprendo cómo todavía tenéis ganas de enredar, no habéis tenido bastante con la guerra, joder. —Hizo una pausa—. La guerra ha sido muy mala, muy dura..., nadie quiere otra guerra, Delforo, créeme.

—Voy a recoger mi maleta en la administración, ¿le parece bien?

—Yo te acompaño, luego iremos a la compañía y te bañarás. Hoy descansarás. Mañana te tengo otro trabajo,

serás mi ayudante.

–Gracias –le contesté.

La maleta estaba rajada. Encontré las gafas y la pluma, no las habían descubierto, pero mi reloj no estaba. Me lo habían robado.

Esa noche tuve fiebre muy alta. Tiritaba y sudaba copiosamente. Me había aparecido un dolor muy fuerte en el pecho que se intensificaba al respirar. Llamé al imaginaria a voces y le pedí aspirinas y otra manta. Me trajo la manta, pero no había aspirinas.

Sigo escribiendo este diario en la enfermería de la compañía, junto a seis o siete enfermos, dos de ellos tuberculosos. Me comenta el médico del pueblo, que ha venido a verme, que puedo estar tuberculoso. Toso con mucha fuerza y arrastro sangre. El médico me dice que no hay rayos X en cincuenta kilómetros a la redonda, el aparato más cercano se encuentra en Talavera de la Reina. Me receta pan, leche y aspirinas y me dice que descanse.

Tengo más de cuarenta de fiebre y deliro. Las mantas no me quitan el frío. Vomito el pan y la leche y cualquier comida que me hacen tragar. Debo de tener pulmonía o tuberculosis. En mi duermevela aparecen los perros, que

unas veces llevan uniformes falangistas y otras, no. Uno de ellos se ha subido a mi pecho y me lo desgarró. Grito, pero no logro espantarlo. Hay más perros, están por todos lados. Es una manada de falangistas que recorren el pueblo vacío buscando gente para fusilarla y después devorar los cadáveres. Salen de noche, cuando terminan los bombardeos.

Ahora están conmigo.

El perro que me devora el pecho muestra sus ojos como ascuas, las manchas oscuras de sangre en los hocicos. Inexplicablemente lleva gafas. No puedo moverme y cierro los ojos, aguardando las dentelladas.

La bala que no escuchas es la que te mata, eso lo sabía bien. Sin embargo, escuché perfectamente el estallido del mortero que alcanzó el puesto de mando de mi brigada en Teruel, en 1938, una fosa cavada en la tierra con el techo de hormigón. Sentí una esquirla de mortero mordirme el hombro izquierdo y arrojarme al suelo con la fuerza de un camión. Al principio no sentí dolor, sino un inmenso silencio, como si estuviera inmerso en una pesadilla.

Sin embargo, la sangre que manchaba mi camisa y se deslizaba por mis pantalones era real y verdadera. Primero pensé: «Estoy muerto», pero luego deseché la idea: podía moverme y girar la cabeza. Entre la humareda y el tableteo de las ametralladoras y el ruido atronador de la

artillería distinguí los cuerpos destrozados de mis compañeros, que hacía un momento estaban conmigo. Cuerpos que se agitaban y gritaban, bañados en sangre. Recuerdo que me arrastré, mientras aparecía un dolor espantoso en el hombro y en todo el brazo. Podía ver la esquirla de acero asomando entre la camisa rota y ensangrentada. Pero estoy acostado en un coche. Oigo una sirena y voy dando tumbos. Puede que esté muerto, pero ahora oigo la bocina de un automóvil pidiendo paso. Me mira Mariano Moreno entre brumas. Hay sangre en mi camisa, igual que cuando me hirieron en el frente de Teruel.

Entonces veía el cielo oscuro, los puntos de las estrellas. El retumbar de las bombas. Ahora no. Creo que voy en coche, un lugar cerrado. Mariano Moreno me dice:

–Vamos a un hospital, Juan. Te vas a curar.

Es extraño, el perro con gafas continúa sobre mi pecho. Estoy herido y los compañeros me trasladan a la retaguardia a toda velocidad, creen que mi herida es más grave de lo que parece. El coche corre dando tumbos, ¿dónde me llevan? ¿A un hospital militar? Tienen que espantar al perro que sigue sobre el pecho, distingo su hocico babeante, los dientes afilados, sucios de sangre. Grito para que se vaya. ¿Estoy en el frente de Teruel?

–No vayas a morirte, por favor. Te lo prohíbo, amor mío. –Es Carmen quien me habla. Y llora, sus ojos están anegados en llanto. A su lado hay varias personas. ¿Dos o tres? Llevan batas blancas y parecen muy serios, sin

rostros.

Pero ¿es Carmen? ¿Mi Carmen? ¿Qué dice?

Estoy en una habitación resplandeciente de luz. Y me enseña algo..., un niño.

–Nació el 12 de junio... Es... muy guapo, ¿verdad?

TERCERA PARTE

1

MADRID, COMIENZOS DE OCTUBRE DE 2011

Borsa apenas había callado durante las dos horas largas que Delforo llevaba en el chalet de la colonia de El Viso. Delforo se limitaba a escuchar al anciano falangista y a beber coñac a sorbitos, aunque de vez en cuando intervenía con pequeñas preguntas. A veces Borsa descansaba, paseando por el salón hasta que le preguntaba algo concreto sobre su padre, sobre todo lo referente a la etapa en la que estuvo en el batallón de castigo en Mohedas de la Jara, apenas tres años, sin contar el tiempo que convaleció de tuberculosis en Talavera de la Reina. Tuvo que repetirle que su madre, gracias a los contactos del doctor Mariano Moreno, pudo estar con él durante su enfermedad, y más tarde, en Mohedas de la Jara, hasta la amnistía general del año 1949.

–De esa etapa no me acuerdo demasiado, apenas tengo

flashes –le dijo Delforo.

Había otros asuntos que le interesaban a Borsa, tan fuera de lugar como saber si su padre, Delforo Farrel, se había llevado bien con él, si había tenido hermanos y si el matrimonio de sus padres había sido feliz y armónico.

Delforo se extrañó de esas preguntas y le respondió que tenía cuatro hermanos y que nunca habían escuchado discutir a sus padres. Cuando su padre murió en 1970 en accidente de coche, contaba cincuenta y ocho años y su madre, cincuenta y cuatro. Ella nunca había vuelto a casarse, ni tuvo novios, ni salió con ningún hombre, que él supiera.

Delforo creyó que debía marcharse de una vez. Seguía aún en la casa gracias a una extraña fuerza, mezcla de curiosidad e indolencia, que lo mantenía clavado en aquel sillón sorbiendo traguitos de coñac. Borsa no paraba de hablar y gesticular.

–¿Puedo usar su baño, señor Borsa?

–Vaya, estoy siendo descortés con usted, señor Delforo. Lo siento.

–Necesito ir al baño.

Borsa pulsó el timbre que tenía a su lado en la mesita y le sonrió.

–¿Se aburre con mi charla, señor Delforo?

–No, en absoluto, pero tengo que marcharme, me estoy retrasando mucho. Mi madre me espera.

Fátima apareció en la puerta sin hacer ruido.

–Fátima, lleva al señor Delforo al baño, por favor.

Delforo la siguió por un pasillo destartalado. Fátima caminaba arrastrando las chancletas, bamboleando sus carnes sueltas.

—¿Lleva usted muchos años con el señor Borsa, Fátima?

La mujer siguió caminando sin que pareciera haber oído. Llegó a una puerta y la abrió. El cuarto de baño era un catálogo de muebles de 1930. Cuando salió, ella lo aguardaba apoyada en la pared.

Se puso a caminar, Delforo fue detrás. Unos pasos adelante, se detuvo.

—Los conozco desde 1938 —le contestó.

—¿A Borsa?

—Sí, a él y al señor Prado, a Dimas. Los conocí en Burgos. Estoy en la casa desde... 1976, más de treinta y cinco años.

Volvió a marchar lentamente, pasillo adelante.

—¿Cómo era Dimas Prado en 1976?

Se volvió despacio. Tenía los dientes negros, parecían pintados.

—Como siempre, un *kalbun*.

—¿*Kalbun*?

—Un perro, eso es lo que era el señor Prado. Un hombre con alma de perro.

Borsa, de pie, hojeaba el cuaderno de tapas negras al lado

del ventanal. Delforo volvió a extrañarse, no parecía alterado por el coñac, quizás tenía un brillo distinto en los ojos, una especie de resplandor aguado en las pupilas, como si estuviera a punto de verter lágrimas y pugnara para que no aparecieran, pero en absoluto borracho.

Delforo rodeó la mesa y se quedó al lado de su sillón.

–Señor Borsa...

El viejo se aproximó a la mesa con el cuaderno en la mano, sonriendo.

–Bueno, bueno..., señor Delforo. ¿Acepta el legado?

Delforo dudó unos instantes. ¿Por qué no? Quizás las memorias de un fascista, de un perro fascista, como lo había definido Fátima, le sirvieran para algo en el futuro. Un contrapunto ideológico sobre la guerra civil, aunque él ya había leído memorias de exfalangistas notorios que al cabo del tiempo se habían convertido en demócratas convencidos.

–¿Puedo llevármelo y contestarle después de leerlo, señor Borsa?

–No, Dimas fue muy claro, tiene usted que fiarse de él. Si se lo lleva, tiene que utilizarlo, aunque sea en parte.

–Para un escritor son condiciones duras, compréndalo.

–Entero o en parte, esas son las normas. ¿Se decide? Las memorias llegan hasta finales de 1946, aunque hay varios apéndices posteriores.

–Dígame al menos si Dimas Prado cambió su falangismo por alguna otra cosa, una democracia de líderes, un liberalismo orteguiano...

–No, Dimas nunca cambió, y permítame que le diga que puedo definir a Dimas como un servidor de la patria. Sin embargo... –Delforo se quedó expectante. Borsa se sentó con el cuaderno abierto, pasando páginas, buscando algo con el dedo, como un escolar atento. Levantó la cabeza—. Ha quitado páginas, ha rehecho sus memorias...

–¿Usted las ha leído antes?

–Sí, por eso se lo digo. Ha borrado algunas fases de su vida que debería haber dejado. Son varias, pero la más importante..., bueno, eran añadidos a 1946.

–Hasta cierto punto es lógico –afirmó Delforo–, las memorias nunca dicen toda la verdad. Son obras de ficción, como las novelas. ¿Qué echa de menos?

–Un pasaje de los combates de la sierra. Creo que fue..., el 25 de julio del 36 en el Alto de Los Leones.

Delforo se sentó en el sillón que había abandonado hacía un rato y se dispuso a esperar. Pero Borsa siguió pasando hojas en silencio, ensimismado.

–¿Qué más falta?

–Yo las he visto escritas..., recuerdo lo del Alto de Los Leones..., y lo de su madre..., falta también lo de su madre, vaya...

–¿Dimas y mi madre?

–Creo que ya se lo he dicho, ¿no? Dimas y su madre se conocieron. ¿A qué viene esa cara de asombro?

Delforo no recordaba que su madre hubiera mencionado nunca a Dimas Prado.

–¿Quiere decir que no son unas memorias completas?

–Quizás..., no sé... Dimas me dijo que iba a contarle todo.

–¿Qué ocurrió en el Alto del León el 25 de julio de 1936?

–¿Quiere saberlo?

–Sí, me gustaría. Si no, las memorias quedarían incompletas, ¿no le parece? Si quiere que me lleve el cuaderno, tengo que saber lo que falta.

Borsa lo escrutó durante unos instantes. Dejó el cuaderno sobre la mesa y le sonrió.

–Si se lo cuento, ¿aceptará el legado?

–Sí, lo aceptaré.

–Tuvimos duros combates los días 22, 23 y 24. Esa misma noche, el comandante Pujalte, con trescientos hombres, rodeó las líneas enemigas al amparo de la oscuridad y después de casi cinco horas de marcha se presentó en la retaguardia del Ejército Republicano. Llevaban a hombros ametralladoras y morteros. Antes de los primeros resplandores del día empezaron a disparar.

»Creo que Pujalte se adelantó un poco y eso permitió que las fuerzas republicanas se rehicieran y que una parte de ellas se dedicara a repeler su ataque mientras la otra nos atacaba de frente a la bayoneta y a la carrera. Sorprendieron a nuestros mandos, ya que Pujalte tenía que atacar con las primeras luces del día y lo hizo media hora antes, impaciente como era él.

»Yo estaba en la centuria de Dimas, a su lado, detrás de un improvisado parapeto de sacos terreros y piedras, muy

próximos a un grupo de pinos. Ocupábamos el sector derecho de la línea del frente. Éramos unos ciento cincuenta hombres y Dimas era nuestro comandante, un jefe de centuria tenía categoría de capitán.

»No lo esperábamos, nos sorprendieron cuando los republicanos estaban ya en la mitad de la explanada, muy cerca de nuestras líneas. “¡Disparad!, –gritaba yo–. ¡Que no lleguen a los parapetos!”.

»Entonces me volví y vi a Dimas tembloroso y pálido, convulso. Se había escondido a unos cinco metros de los parapetos. “¡Dimas! –le grité–, ordena que salgamos de aquí, tenemos que luchar en campo abierto!”. Pero Dimas no estaba en condiciones de ordenar nada. De pronto vimos aparecer ante nosotros a las milicias republicanas, como si surgieran de las tinieblas. Tenían los rostros ennegrecidos por la tierra y los ojos relucientes de odio.

»“¡Fuera...! –ordené–. ¡Una segunda línea atrás para disparar!”, grité, pero pocos me hicieron caso. Vi a varios de nuestros soldados retroceder y refugiarse bajo los parapetos, que no eran sólidos. Los milicianos podrían empujarlos y sepultar a los nuestros bajo las piedras y los sacos terreros.

»En realidad nadie esperaba ese ataque suicida y a la desesperada de los republicanos. El suelo se llenó de cuerpos que gemían y gritaban de dolor y miedo. Mandé retroceder sin dar la espalda. Poco a poco nos fuimos retirando de los parapetos y dispersándonos entre los pinos. Dimas, muy alterado, corría mientras intentaba

dispararse en una pierna, pero temblaba tanto que dudo que hubiera podido hacerlo.

»Entonces le disparé, le rompí la pierna izquierda. Perdió el conocimiento. Luego se la entablillé y le hice un torniquete por encima de la rodilla.

—¿Por qué hizo eso?

—Dimas..., bueno, no estaba destinado a la milicia..., a la guerra; era un organizador, un preparador de planes..., un hombre de Inteligencia, de Estado Mayor. No podía dejarlo morir. Lo evacuaron poco después a Burgos.

—Usted le disparó...

—Sí, él no podía hacerlo. Le habrían matado enseguida. Las milicias republicanas luchaban como diablos, cuerpo a cuerpo. Le salvé la vida, lo dejé cojo pero con vida.

En el jardín de la casa, Delforo se encontró a Fátima sentada en el viejo cenador de piedra. Su cuerpo semejaba una cariátide estriada y carcomida por el tiempo.

Al pasar por su lado, ella le preguntó:

—¿Quién es usted?

—No creo que me conozca. Me llamo Delforo, Juan Delforo. Parece que ellos conocieron a mi familia hace mucho tiempo, durante la guerra. —No hizo ningún gesto. Continuó mirándole, pero sin decir nada—. Nunca había visto a Borsa antes de hoy. A Dimas Prado lo vi una sola vez en 1976. Eso es todo..., pero, dígame, ¿por qué sigue aquí? Usted misma me ha dicho que eran unos perros.

—No tengo adonde ir.

—Bien..., esto, Fátima, encantado de...

–Me han estado usando desde hace años... –dijo de pronto—. Unas veces uno y otras veces otro, ¿sabe? Lo normal era que fueran los dos. Luego me escapé, cambié de nombre. Me pillaron otra vez en 1976, yo había hecho..., bueno, tenía secretos, algunos delitos. Eran policías, me dieron a elegir entre la cárcel y ellos. Tuve que ser su criada y volvieron a usarme... Si va a escribir algo sobre ellos, cuente eso.

Siguió hablando. Pero Delforo apenas la entendía; a veces hablaba en su lengua materna y soltaba carcajadas. Al cabo de unos instantes, Fátima cerró la boca e inclinó la cabeza, abatida. Delforo terminó por abrir la chirriante puerta del jardín. Entonces vio a Borsa, que había salido de la casa y le observaba en silencio. Parecía sonreírle, aunque quizás fuera solo una mueca.

2

MADRID, VERANO DE 1946

—Los sábados se marcha sin decirme nada y yo me quedo aquí toda la tarde, porque los sábados es un día grande en su negocio, y mi Antonio lo sabe y lo aprovecha para hacer sus cosas.

—Ya —contestó Borsa—. ¿Qué hace los sábados?

—Se va al café, a ese Barbieri de la plaza de Lavapiés. Allí está con los amigos, charlando. Luego se echa su partidita de cartas y se viene para casa y espera a que yo vuelva de El Califa, aunque a veces me viene a buscar y luego desayunamos en la calle, en el Marimba. Otras veces se reúne con su gente para..., bueno, sus cosas. Estamos preparando un negocio, como una empresa.

—Entonces lo esperaremos aquí, ¿de acuerdo?

—Puede tardar mucho.

—Lo esperaremos.

—Pero yo tengo cosas que hacer en la casa...,

comprenda.

–Haga lo que tenga que hacer. No importa.

–Tendría usted que marcharse, señor. Soy una mujer sola..., le ruego que lo tome en consideración.

Sentada en la cama, se colocó detrás el cabello negro, largo y sedoso que se había arreglado con cuidado la noche anterior. La madre se lo peinaba en aquel patio donde había pasado la niñez, mientras le decía que un pelo hermoso y bien cuidado era una prenda que gustaba a los hombres, y ella aprendió a acostarse con el cabello suelto y extendido. Puso la radio.

Al principio fueron unas pocas lágrimas las que resbalaron por sus mejillas. Luego lloró despacio y fuerte, haciendo ruido ya sin freno, hasta que se calmó. Más tarde se levantó y fue al aparador donde estaba la foto de Antonio disparando en aquella caseta de feria hacía tres años, una eternidad que cortaba su vida en dos. Tomó un pañuelo, se secó las lágrimas y se sonó ruidosamente.

Abrió el balcón y contempló la calle y los geranios, movidos por el viento en la azotea de enfrente. En la radio se escuchaba *Te quiero sin saberlo*, cantada por Moncho, el Gitano de los Boleros, que había actuado una vez en El Califa y tenía una voz pastosa y grave. Se quedó inmóvil hasta que terminó la canción.

Si Antonio le hubiese dado un hijo, tal como ella le

había pedido una y otra vez, habría sido diferente. De todas maneras tendría que haber dejado El Califa mucho tiempo antes para que Antonio supiera que el hijo era suyo, nada más que suyo, y no anduviera con celos ni tonterías.

—Aquí tengo a mi Antonio, en esta foto —le dijo a Borsa sin dejar el balanceo, mirando la imagen—. Anoche me vino a ver y me habló, me dijo: «Gloria, amor, no estés triste». Y me tocó el brazo y se paseó por el cuarto tan juncal y tan buen mozo y a mí me daban ganas de irme para él y apretarlo, pero cuando volví a mirarlo, estaba en otro sitio, sonriéndome. Yo tengo una angustia aquí en el pecho..., porque sé que se me va a ir para siempre y no lo voy a ver más —añadió mientras la tarde iba cayendo en el cuarto y el despertador relucía como diminutos ojos de gatos colocados en círculo—. Si me hubiera hecho un hijo... —continuó palpándose con un gesto vago el vientre—, pero no pudo ser. ¿Sabe?, me voy a quedar seca de tanto sufrir, porque aquí dentro no va a entrar más leche que la de mi hombre. Si me hubiera hecho un hijo bonito y moreno y delgado y fuerte como él, que cantara por las mañanas y me cuidase y que cuando lo mirara en él a mi hombre, a mi Antonio de mi vida.

Ella habló mucho con Borsa aquel funesto sábado por la tarde, embutida en aquella bata que la envejecía. Le

dijo que después de conocer a Antonio, el día de la fotografía, no fue a trabajar. Demoró un fin de semana entero la acostumbrada visita de los sábados a El Califa. Y le mostró otra vez la foto de Antonio disparando a las cintas y le comentó que vivía con él desde hacía casi tres años. Era su hombre.

—¿Y qué? —le respondió Borsa, reconociéndolo en la foto—. No es el primero, ¿verdad?

Gloria se encogió de hombros. Si Borsa se hubiera fijado, se habría dado cuenta del espanto y el miedo que reflejaba su rostro.

—¿Dice usted que es amigo suyo? —le preguntó de nuevo a Borsa.

—Sí, eso es, un viejo amigo de Burgos, de cuando la guerra —contestó, y se quedó otra vez mirando fijamente la pared, donde se encontraba la radio apagada—. Yo le puedo ayudar; su Antonio ha asesinado a un comisario de policía y le están buscando para matarlo. Nadie mata impunemente a un policía. Escuche, solamente yo puedo ayudarlo.

Gloria, en la silla donde se sentaba siempre, no le contestó. Pero lo que había pasado entre Antonio y el comisario era extraño. Movi6 la cabeza negando. ¿Matar a un comisario? Nadie sabía nada de su hombre. No lo conocían, no era un asesino. ¿Para qué decírselo a ese amigo suyo, a ese Borsa? No lo entendería.

Guillermo Borsa no debió de prestarle atención, como era su costumbre. Debía de observar el chorizo, el pan y

el tomate frito con huevo, metidos en una tartera sin cerrar aún, para luego cenar algo en el cabaré. Y más tarde, volver a mirar a la mujer con ojos inmóviles, como los de un gato, calculando, quizás, cuánto tardaría Antonio en regresar a casa.

Gloria se apartó del balcón abierto y se arrebujó en la bata sin que tuviera frío. Se dirigió a la mesa del centro de la habitación y del revoltijo de las ropas tomó uno de sus cigarrillos mentolados y lo prendió. Tendría que arreglar un poco el desorden de la casa, pero se sentó en la silla y siguió fumando con las piernas apretadas y la mirada en el techo, aprendiendo ya a vivir sin Antonio.

Se levantó y caminó por el corto pasillo hasta el cuarto de baño, una habitación estrecha en la que apenas cabían dos personas y en la que había colocado hacía poco una ducha que caía directamente sobre el desagüe, una inclinación en el suelo, esperando que, de una vez, le pusieran el agua corriente y pudiera usarla.

Se sentó en la taza del retrete y orinó. Después volcó parte del agua de un cubo en el lavabo y allí se enjabonó la cara y las axilas y el sexo con cuidado y suavemente. Luego arrojó el resto del contenido del cubo en el retrete.

Allí encima, en la repisa de cristal, estaban la brocha y la maquinilla de afeitar de Antonio y un tarro de loción que le había regalado por Pascuas. Acercó el rostro al

espejo y se palpó con desgana las mejillas y las incipientes bolsas debajo de los ojos, como si tocara otra cara. Luego se apartó y se contempló los muslos y la mancha del sexo, negro como un murciélago aplastado. «La barriga no se nota», dijo, y levantó ligeramente una de las piernas para verse las nalgas pálidas, grandes y duras.

En la cama, abrió las piernas hasta que parecieron romperse e imprimió a sus dedos el conocido vaivén arriba y abajo, manteniendo el dedo del centro más adelantado que los demás. Como si se sorprendiera, introdujo dos dedos en la vagina, caliente y palpitante, y los movió dentro; los sacó y otra vez los volvió a meter. El olor a sexo se expandió por el cuarto y le vino a la cabeza la antigua y repetida escena de los tres hombres desnudos, bestiales y sin rostro, que la tenían abierta de piernas mientras la mordían y pegaban. Sus penes, rojos y enormes, más grandes que el de Antonio o de cualquier otro hombre que hubiese conocido, intentaban entrar en su vagina, que ella sentía abierta y chorreante como la entrada de un cántaro. Gritó y se revolvió en la cama, y los hombres, en el viejo sueño, le golpearon duro la cara y los pechos mientras le tironeaban del pelo. Con esa imagen el ritmo se fue haciendo más armónico y seguro, más preciso, hasta que sintió el grito en la garganta a punto de escapar y entonces surgió Antonio a su lado haciéndole el amor y esa imagen acabó con un fuerte gemido que la dejó con dolor de piernas y con una especie

de tristeza y rabia.

Gloria se vistió, se ajustó los zapatos, cerró el balcón. Después terminó en el cuarto de baño haciendo muecas con los labios al pintárselos y deslizado los dedos por la comisura de la boca para que no se le corriese el carmín. Cerró la puerta de la casa con llave y salió al descansillo oscuro con el vestido verde ceñido, el abrigo negro y el bolso con la tartera de la cena, rozando las medias de nailon que le habían costado doce pesetas en una rebaja el verano pasado y que todavía duraban casi nuevas.

Bajó a la calle resonando los tacones en la gastada escalera de madera vieja. Borsa había acudido a su casa demasiado temprano, después de comer. Un tipo delgado que decía ser amigo de Antonio de cuando la guerra, que podía salvarlo de la muerte y que lo estuvo esperando toda la tarde.

Recordó que, antes de marcharse, Borsa le dijo:

—Aún está a tiempo. Si lo ve, tráigalo a su casa y me llama por teléfono. Tengo que marcharme. —Y le tendió un papel donde había escrito un número de teléfono, que ahora ella llevaba en el bolso.

Ese sábado, como cualquier otro sábado, las luces de la puerta de El Califa iluminaban la plaza de Tirso de Molina y destacaban, en una ciudad a oscuras, las paredes rugosas de los edificios circundantes y los rostros tristes

de la gente que iba y venía por allí. En la calle de Atocha escuchó el tranvía que se dirigía a la plaza de Jacinto Benavente y la Plaza Mayor. Las mujeres pintarrajeadas y viejas que tenían que trabajar en las esquinas próximas a la iluminación que despedían las luces del cabaré apenas si se movieron. Recordó El Califa en otras ocasiones, delimitando su vida entre los sábados y los demás días de la semana, que Antonio convertía en una fiesta con su sola presencia. Al menos ella podía trabajar, tenía casa propia y un hombre a su lado.

Reunió fuerzas para entrar en el local, cuyo techo estaba tapizado por un firmamento de estrellas que ahora, cuando aún no habían abierto, mostraban la decrepitud de lo ficticio. Pasó dentro y miró de nuevo el reloj por hábito.

Se dirigió a Raquel y le entregó el abrigo y la tartera con la cena para que se la guardara.

—Raquel, dame otro paquete de los míos, anda, mujer.

—Qué frío —dijo Raquel levantando la cabeza. Llevó la mano bajo el pequeño mostrador del guardarropa y extrajo un paquete de Rocío, los cigarrillos mentolados de Gloria—. Ya hay gente dentro, niña.

—Qué prisas —dijo Gloria.

Le dio dos pesetas, prendió un cigarrillo y exhaló el humo haciendo una pausa. Raquel se afanaba colocando tarritos de perfume de nombres exóticos encima de la garita.

—¿Está Antonio? —preguntó al fin.

–No ha venido –contestó Raquel, y añadió–: Deja a ese chulo, niña. Estás a tiempo.

–Métete en tus asuntos –contestó Gloria.

La mujer salió del guardarropa y se acomodó el vestido por encima de sus pobres carnes.

–Y no metas hombres en tu casa. La casa, que sea para ti, hazme caso. Los hombres no traen más que disgustos. Tú no los necesitas.

–Ella es una gitana vieja, señor –le dijo más tarde a Dimas Prado, un jefe de la policía muy importante, según supo después–. Se llama Raquel, una vieja mala que sabe mucho, la de la puerta. Ella me dijo que mi Antonio era un hombre marcado por la muerte, por eso tenía esa calentura que lo hacía caminar sin parar hacia su destino, hacia la maldición. Y que no volviera a meter clientes en mi casa... Eso fue otra señal, ¿ve?, que también me dio la Raquel, porque las gitanas viejas ventean la muerte como los canes, mismamente como los canes. Por eso le pido un lugar donde trabajar, una tienda o una portería, me conformo con poco. Se lo ruego.

–Hazme caso, niña –insistió Raquel.

–Es mi hombre, mujer –contestó Gloria, distraída.

—¡Jesús, alma de mi vida, niña, que te lo digo por tu bien! Ese hombre te va a hacer llorar a mares. Hazme caso.

—Raquel, se pasa todas las noches conmigo, para que te enteres. ¿Te crees que una no sabe cuándo un hombre está colado? No me ha faltado nunca, para que lo sepas.

—Gloria, si está escrito, está escrito, hazme caso. Si le pasa algo a tu Antonio, si te deja, lava la casa bien: las paredes, el suelo, la cocina, todo lo que él haya tocado alguna vez, y tira sus cosas, todas sus cosas, y quema su ropa. No te quedes con nada, niña —sentenció la vieja—, nada que haya sido de él. Y si tienes fotos, quémalas enseguida. Pon la cama boca abajo y tenla así un mes entero sin que nadie duerma allí. Después se habrá ido para siempre.

—¡Jesús! —exclamó Gloria—. ¡Santa María! ¡Qué mal agujero, gitana! Mi hombre no se va a ir, Raquel, y no tiene ninguna desgracia encima. Está en sus cosas, en el negocio que vamos a montar.

—¡Dios no lo quiera! —dijo Raquel persignándose y colocando dos dedos abiertos sobre el mostrador de madera oscura—. ¡Dios no lo quiera, ni la Virgen del Carmen!

—Estás gafándolo —manifestó Gloria—, bruja de mierda. Tú no tienes corazón al decirme eso, tú no tienes entrañas. Se te han secado de pensar maldades.

Gloria tiró la colilla al suelo, la pisó y pasó dentro, pasillo adelante. Observó al Piloto, gordo y grande, que

fumaba con una boquilla que despedía reflejos, apoyado displicentemente sobre el mostrador, como si estuviera en equilibrio. Su rostro enorme, punteado con dos ranuras horizontales, se volvió al taconeo de Gloria.

–Buenas noches, Gloria –dijo.

Gloria se apoyó en el mostrador a su lado.

–Hola, Piloto, ¿cómo estás? ¿Has visto a mi Antonio?

–Tu Antonio no trabaja aquí, ya lo sabes.

–A veces viene a buscarme.

–Pues todavía no ha venido.

El hombre rio bajito y se llevó el vaso a los labios. La piedra del dedo, engarzada en metal amarillo, trazó un arco de la boca a la mesa.

–Rodrigo, dame una copita de anís dulce, por favor. ¿Sabes algo de Antonio?

–No lo he visto. ¿Va a venir?

–Eso me dijo –respondió mientras le servía. Gloria bebió de golpe, chascando la lengua–. Gracias, cható.

«Hoy podríamos ir al cine los dos cogidos del brazo y luego merendar. Si no se me hubiese ido, habría arreglado la casa un poquito, porque está incapaz. ¿Por qué no me ha dicho mi Antonio que quieren matarlo? A lo mejor ya no me quiere si me quisiera, me hubiese avisado. De todas maneras no es vida acostarse a las seis de la mañana y levantarse a las cuatro de la tarde, eso no es vida. No; no me quiere, todas dicen que ese hombre me hará llorar a mares, pero todavía no me ha hecho llorar; nunca me ha gritado, ni se emborracha, ni me pega. Si coge a otra

mujer, lo mato. No, él me quiere, cuando era camarero me sonreía desde las mesas, ¡es tan guapo! Mi niño es lo más bonito del mundo. A lo mejor debería dejar este trabajo. Pura entró en Almacenes Arias, ahí es nada. Tengo que encontrar a un *julai* de posibles que me busque algo».

Las luces se apagaron y los de la orquesta tocaron muy bajito *Té para dos*. Era la señal, de modo que dejó el bolso al camarero y se quedó con las demás mujeres en silencio, a mano el paquete de mentolados.

Fátima pasó sin mirar a nadie. Ella la saludó para que supiese que estaba allí, a su hora, como todos los sábados. Fátima movió la cabeza como si no la hubiera visto, un gesto que podría ser un tic. Se pegó al Piloto y los dos cuchichearon, las cabezas muy juntas.

Gloria continuó en su lugar en el mostrador, junto a la tarima de los músicos, observando la pista de baile, donde se abrazaban sin ritmo ni gracia algunas parejas. Allí aguardó que el local terminara de llenarse, los ojos puestos en la puerta sin oír siquiera la tumultuosa risa del Piloto. Fátima volvió a los reservados.

—Dame otra, Rodrigo, anda, majo —le dijo al camarero tendiendo fugazmente la mano desnuda de anillos, que se perdió en el aire—. Luego te las pago, ¿vale?

3

BURGOS, JULIO DE 1938

En verano, Dimas y Ana solían pasear los domingos por la mañana por el Espolón cogidos del brazo, después de la misa en la iglesia de Santa Gadea, donde oficiaba el padre Escarpín, capellán general de la Falange, en honor de las sucesivas victorias de los ejércitos de España, que en el mes de marzo habían cortado en dos a la España republicana en Vinaroz, tal como había vaticinado Dimas, y que ya no se detendrían hasta la victoria final.

Luego escuchaban a la banda de música del regimiento de San Marcial, compuesta por treinta y cinco músicos, que tocaban una selección de pasodobles y zarzuelas en el Espolón.

Aunque el Arlanzón traía un cierto mal olor, producido por el calor estival, se podía decir que se estaba verdaderamente bien paseando y escuchando música durante las tibias mañanas burgalesas de junio y julio.

Las terrazas de los bares se encontraban abarrotadas de civiles y militares, la mayoría de ellos luciendo brillantes uniformes recién planchados, que hablaban a voces entre sí, interrumpiéndose unos a otros y soltando risotadas. Dimas saludaba a los conocidos aquí y allí, con inclinaciones de cabeza, mientras Ana sonreía con un cierto despego.

La victoria total sobre lo que quedaba de la zona republicana se veía ya inminente, después de las brillantes campañas militares en Levante que habían dejado aislada a Cataluña.

Una mañana, Dimas y Ana consiguieron sentarse en la terraza del Casino. Dimas pidió cerveza y Ana una horchata.

—¿Tienes algo contra Garcés? —preguntó Ana.

Dimas puso cara de asombro.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Bueno, me ha estado diciendo que no me case contigo, que eres..., no sé, un trapisondista, y que si él tirase de la manta, te pondría en la cárcel, fíjate.

—¿Eso dice? Vaya..., está celoso, ¿no te das cuenta?

—Yo no le he dado motivo. —Dimas se quedó pensativo, girando el bastón—. Tienes que pararle los pies, no me gusta que te insulte.

Dimas asintió en silencio. Luego dijo:

—Luis Alberto acaba de llegar a Burgos. Ha encontrado un comprador para la casa de Hortelanos. Hemos quedado en su tienda dentro de un rato, quiere regalarte un vestido,

un regalo de bodas.

¿Dónde estaba Dimas?, se preguntaba Borsa; llevaba varios días sin saber de él. Borsa tenía un encargo para Dimas del teniente Ortega, ayudante del coronel Ungría, y decidió recorrer el Espolón y los bares y cafés próximos, donde suponía que podía encontrarlo. Poco después de las doce de la mañana reconoció su coche, aparcado en la calle de la Paloma frente a la tienda de ropa La Moda Española, que estaba abierta.

Como era su costumbre, Borsa se quedó frente al escaparate observando el interior. Dimas hablaba con ese Luis Alberto y con Ana, que escuchaba en silencio, distraída. Llevaba un pequeño bolso de cuero en bandolera.

Luis Alberto sonreía y le estaba diciendo a Dimas:

–Elegid el vestido que queráis. Será mi regalo de bodas.

–No, Luis, no puedo permitirlo –contestó Dimas–. Eso es cosa de mi madre, ¿comprendes? ¿Te figuras la cara que pondría si se entera de que te vas a encargar tú de la ropa de mi prometida?

–Por el amor de dios, no me voy a encargar de la ropa, os quiero hacer un regalo de bodas. ¿Qué mejor que un traje o un vestido? Te lo debo, te has portado muy bien con lo de mi madre; además, voy a añadir a mi regalo de

bodas un sombrero y un bolso.

–¡No puedo consentirlo, Luis!

–Sí que puedes, Dimas. Y te callas.

Luis Alberto se dirigió a Ana, inmóvil, observada por los dependientes con disimulo. Le tomó la mano y se la besó.

–Déjanos a nosotros, Dimas, siéntate y fuma un cigarrito, yo iré con tu prometida a ver los vestidos. Es mejor que elija ella, ¿no te parece?

–Tengo ropa suficiente, Luis, no necesito un vestido nuevo, en serio –respondió Ana.

–¿Tampoco me va a dejar usted hacerle un regalo por su boda, señorita? Dimas y yo nos hemos criado juntos. Somos como hermanos. ¿Verdad, Dimas?

Dimas suspiró largamente y asintió con la cabeza.

–Acepta el regalo, Ana... No sabes lo cabezón que puede ser Luis Alberto.

Dimas sonreía y Luis Alberto había enarcado las cejas, esperando.

–Por favor, Dimas..., te lo pido por favor –insistió Ana–. No necesito ningún vestido, en serio. Tengo de sobra.

Luis Alberto la tomó de la mano.

–Tengo modelos de París... solo para mis clientes más exclusivos, –le susurró–. ¿Quiere venir a verlos? Sin compromiso, ¿eh? Si no le gustan, santas pascuas y se acabó.

–De acuerdo, miraré la ropa, pero no le prometo nada.

–Le doy mi palabra.

Luis Alberto la condujo al probador, grande y alargado, con un espejo de cuerpo entero y hasta los topes de cajas de cartón apiladas contra la pared. Ana se puso a mirar las ropas que estaban colgadas en perchas. Cogió al azar un traje de chaqueta gris, de confección francesa, a juzgar por la etiqueta. Ella nunca se pondría un traje así.

Luis Alberto la observaba con el codo apoyado en unas cajas de muestrario sin desembalar.

–Coja el que quiera, Ana. No sea tímida.

–No es cuestión de timidez. Es que..., bueno, ya tengo ropa. He venido para contentar a Dimas.

–Es muy guapa, ¿sabe? ¿Dónde ha pescado a Dimas? – Ana se estaba colocando el traje por encima y se detuvo. Observó a Luis Alberto, que le sonreía.

–¿Ha dicho usted «pescar»?

–Bueno, es que tengo curiosidad... Dimas es..., digamos que un poco ingenuo... ¿Dónde le tendió las redes? ¿En qué cabaré? ¿En el café Berlín? ¿O trabaja usted por libre? –La miró con ojos chispeantes—. ¿Por qué no se prueba el traje ahora mismo?

–¿Le gustaría?

–La verdad es que sí. Podemos ser muy amigos, ¿comprende?

–No sabe la ilusión que me produce ser su amiga.

Ana avanzó lentamente hacia él con el traje en las manos, sonriendo.

–Puedo ser muy generoso, Ana. Quítese el vestido y

pruébese el nuevo..., venga.

Ana le golpeó con rapidez en la entrepierna con el puño izquierdo. Luis Alberto dio un grito apagado y se derrumbó con el rostro congestionado, boqueando. Ana le tiró el traje sobre la cabeza.

—Póntelo tú, ¿quieres?

Y salió.

Borsa se asomó a la tienda cuando Dimas se sentó a fumar en una butaca rosa, mientras esperaba a Ana. Borsa le preguntó si podía salir un momento. Dimas se levantó de un salto, apagó el cigarrillo en el cenicero y se pusieron a hablar en la puerta.

—Celso murió anoche. Esta madrugada lo descubrieron tieso en su despacho.

—Tenía cáncer, ¿no?

—Sí, eso parece. El teniente Ortega, el asistente de Ungría, ha venido a verme y me ha dicho que Ungría quiere verte lo antes posible, en donde siempre. Ha insistido. ¿Qué pasa, Dimas?

Ana apareció en la tienda extrañamente alegre. En la puerta, Borsa cuchicheaba con Dimas, las cabezas juntas. Se acercó a ellos y dijo:

—Lo siento, Dimas, pero no encuentro ninguno que me guste. —Se dio cuenta de que los dos estaban tensos—. ¿Pasa algo?

–Tengo que marcharme. ¿Dónde está Luis?

–Colocando los vestidos, he organizado un follón... Te pide disculpas y se despide de ti, me ha dicho que le invites a la boda, que no se te vaya a olvidar.

–Vale, espérame en tu casa. Me parece que hoy no vamos a poder comer con mi madre. De todas maneras iré a buscarte por la tarde. Lo siento, Ana.

–Bueno, no te preocupes, Dimas. Te esperaré.

Ana observó un coche azul, con matrícula diplomática, en la acera de enfrente. Dimas la besó en la mejilla. Borsa la miraba fijamente mientras se alejaba hacia el coche de Dimas. Ella vio a los dos hombres subirse al coche y perderse calle arriba. Luego se dirigió a paso vivo hacia la plaza de la catedral.

–¿Qué te ha dicho Ortega exactamente? –le preguntó Dimas a Borsa.

–Bueno, lo que te he contado antes. Ungría quiere verte donde siempre.

–Vamos al Hotel Norte y Londres, anda. No perdamos tiempo.

–No será más de cinco minutos.

Antes de que Ana llegara a la plaza de la catedral, el

coche, que parecía esperarla, se puso a su lado y se detuvo. Un hombre mayor, con gafas y el cabello cano y enredado, se asomó a la ventanilla.

—¿La llevo a alguna parte, señorita?

Ana no se sorprendió.

—¿Puede llevarme al paraíso? —contestó ella, y el conductor esbozó una sonrisa, y Ana se metió dentro.

—¿No llevas equipaje? —le preguntó.

—Todo lo llevo encima. Lista para marcharme. Ya no puedo aguantar más. —Y exclamó—: ¡Walter, qué locura!

—No hay más remedio, querida. Mañana saldrá en toda la prensa republicana.

—¿Mañana?

Y se abrazaron.

Dimas se había sentado en el vestíbulo del Hotel Norte y Londres, próximo a Capitanía General. José Ungría comía en un reservado, a juzgar por el número de hombres silenciosos de paisano que se distribuían por el lugar. Ungría nunca iba solo.

El coronel apareció en el vestíbulo en mangas de camisa, acompañado del teniente Ortega, que se mantuvo en la puerta. Dimas se levantó y avanzó hacia Ungría. Creyó que debía comportarse de manera fría, muy profesional. Decirle que había sospechado siempre de Lucio Garcés. Culpable de tráfico de divisas. No quería

equivocarse y por lo tanto había estado en tratos con él, invitándole, mimándole. Ahora ya no había dudas.

Ungría estaba serio, apenas contenido.

—Mañana por la mañana saldrá la noticia en toda la prensa roja. Tienen fotos del crimen. —La voz le temblaba, imperceptible—. Y culpan a nuestro Caudillo. Lo llaman «Franco, la bestia caníbal de Burgos».

Dimas no se permitió temblar. Dijo, tajante:

—¿Ha sido Celso?

—Celso está muerto, no le cargue el mochuelo, alférez.

—No es labor mía inculparle, mi coronel, pero todo encaja. Le habían prometido el Ministerio de Orden Público, que consiguió Martínez Anido, ese anciano.

—¿Celso un traidor? Me cuesta trabajo pensarlo, alférez.

Dimas y Ungría se miraron, ninguno apartó la vista. Ungría se volvió a su ayudante.

—¿Qué te parece, Ortega?

El teniente se adelantó unos pasos.

—Lo estamos estudiando, mi coronel. Pero tenemos otra posibilidad.

Ungría no había dejado de observar a Dimas, que parecía tranquilo, atento.

—¿Cuál? —preguntó.

—El espía. Hemos detectado más correspondencia de ese sujeto. Puede tratarse de una mujer.

—Esta tarde en Terminus a las cinco, alférez. Vamos a tener una reunión muy importante.

Dimas se cuadró.

Dimas llamó al timbre de la casa donde vivía Ana. La mujer lo reconoció enseguida por la mirilla de la puerta. Era el caballero falangista, tan fino y educado él, que le pagaba las mensualidades. La muchacha y el caballero parecían novios, a punto de casarse. Abrió la puerta.

–¡Señor Prado! ¿Quiere..., quiere pasar?

–Con su permiso..., disculpe, ¿está Ana?

–¡Uy, no! Ana no está..., me dijo ayer que iba a sacar el salvoconducto para ir a Salamanca, parece que su hermana está muy enferma. ¿No se lo ha dicho?

Dimas Prado se quedó rígido.

–¿Ayer le dijo que iba a marcharse a Salamanca?

–Sí, señor..., eso me dijo.

–¿Ha dejado sus cosas?

Nunca se encontró a Ana Marchena Muñoz, ni a Walter. Como si se hubiesen esfumado. Los Servicios de Contrainteligencia alemanes tuvieron noticias de ella, o de alguien que suponían era ella, en enero de 1939, en Madrid, junto a Juan Delforo Farrel, miembro de los Servicios de Inteligencia republicanos y alto oficial del ejército, desconocido hasta la fecha como agente del contraespionaje republicano. En 1940 situaron a ambos en Moscú, Delforo Farrel como profesor de lucha guerrillera en la Academia Frunze, con el grado de comandante de Estado Mayor, y Ana Marchena como descryptadora en

la división de inteligencia del Ejército Rojo. Se hacía llamar Carmen Liposchenko. Su nombre real era Carmen Muñoz Blanco, aunque no pudieron demostrar que Ana Marchena Muñoz y Carmen Muñoz Blanco fueran la misma persona. Nunca estuvieron seguros.

Delforo Farrel mandó un batallón de infantería motorizado de «intervención rápida» y se integró en el ejército soviético al producirse la invasión alemana en abril del 42. Al parecer, en junio de 1944 ambos pasaron clandestinamente a España con nombres supuestos y fijaron su domicilio en la calle Vicente Camarón n.º 6, en Madrid. Carmen Muñoz Blanco, dedicada a las labores del hogar, estudió Farmacia por libre y consiguió la licenciatura en 1946. En diciembre de 1945, Delforo Farrel fue detenido en Málaga, donde Carmen lo visita. En el 47 nace su hijo mayor, Juan Delforo Muñoz, y contraen matrimonio en la iglesia parroquial de Mohedas de la Jara. En 1949, Delforo es indultado y el matrimonio se traslada al Paseo de Extremadura, 155, con su hijo de dos años. El crimen de Burgos jamás llegó a publicarse en la prensa republicana.

Lucio Garcés fue fusilado por espía y enterrado en un lugar desconocido en las proximidades de Burgos en julio de 1938. En todo momento negó su pertenencia a los Servicios de Inteligencia republicanos. El teniente coronel César Montoro fue destituido de su cargo de jefe de Abastos Civiles y expulsado del ejército.

El crimen de Burgos jamás llegó a publicarse en la

prensa republicana.

4

MADRID, VERANO DE 1946

Aquel sábado, en El Califa, Dimas Prado, sentado a una mesa pegada a la pared, le dijo al camarero que le llevara una botella del mejor coñac, dos copas y que buscara a una mujer, una tal Gloria. Rodrigo recogió el cartelito de «Reservado» y se mantuvo respetuoso a un lado. Había estado catorce meses en la prisión de Porlier en 1939, depurándose por haber pertenecido a las milicias socialistas, y sabía distinguir a un policía del régimen nada más verlo.

–Coñac del mejor, no se le olvide –repitió Dimas–. Y de paso le dices a Fátima que venga también.

El camarero se mantuvo atento.

–Claro, ¿cómo no? Ahora mismo, señor. ¿Coñac Príncipe, Gran Reserva?

Asintió con un gesto, acomodó la silla de forma que su espalda quedara cubierta y colocó el paquete de Pall Mall

y el encendedor en la mesa. A su izquierda tenía la pista de baile, y enfrente, a la derecha, los reservados.

Dimas había recibido el día anterior, en Málaga, una llamada telefónica urgente de Borsa desde la Dirección General de Seguridad. Le dijo que viniera rápidamente a Madrid. Antonio había matado al comisario jefe de la comisaría del Paseo de Extremadura y ya estaba localizado, sabían su domicilio en la calle Ave María.

Dimas tardó ocho horas en llegar a Madrid.

Gloria caminó desde el mostrador en línea recta hacia Dimas por el pasillo que formaban las mesas. Dimas la vio llegar y sin poder vislumbrar su cara adivinó el leve contorno de sus facciones. Una mujer joven entrada en carnes, de caderas anchas, cabello negro. Rodrigo le había dicho que se trataba de un alto cargo de la policía, alguien muy importante.

—¿Cómo está usted, señor? —saludó Gloria—. ¿Necesita compañía?

Dimas se encogió de hombros.

—Siéntate —contestó.

—¿Ha venido alguna vez a El Califa?

—No, tengo mucho trabajo.

—No se arrepentirá, me llamo Gloria. —Le tendió la mano—. ¿Y usted?

Dimas no hizo caso de la mano de Gloria.

—Siéntate ahí de una vez, anda.

La mano sobre la cara de la mujer dejaba al descubierto los ojos, un trozo de boca y el pelo, que refulgía con los

destellos de las luces de la pista. Dimas se dio cuenta de que sus ojos eran verde oscuro. Le ofreció un cigarrillo y fuego. Rodrigo trajo la botella y las copas y lo colocó todo sobre la mesa.

–Servido, señor. ¿Desea algo más?

–No, está bien.

–¿Puedo pedir otra cosa? –preguntó Gloria. Dimas asintió con un gesto—. Anís dulce con hielo picado, Rodrigo, por favor.

Dimas vertió coñac en las dos copas. Encendió un cigarrillo y expulsó el humo antes de preguntar:

–¿Eres la novia de Antonio?

Gloria soltó una seca y corta risa y Dimas pudo ver cómo ensayaba echarse el pelo atrás mientras aparecía abiertamente la ansiedad en los tirantes músculos de la cara y en la crispación de los gestos.

–Sí, bueno, soy su..., su mujer, tengo que..., bueno, voy a... –Hizo el amago de levantarse. Dimas la detuvo con un gesto.

–Te quedas aquí y charlas conmigo. ¿Dónde está?

–No..., bueno, no lo sé... Rodrigo me ha dicho que usted quería ver a la encargada, a Fátima, ¿no? Ella es su hermana, según parece, ¿por qué no se lo pregunta a ella?

–Eso es –dijo contemplando la cortina roja de los reservados y al cantante que movía una mano en dirección a la lejanía—. Fátima es una vieja amiga. Me llamo Dimas, Dimas Prado, y no quiero hacerle daño a Antonio.

Gloria le sonrió por costumbre. Recordó a ese otro

hombre, el tal Borsa, que también le había dicho eso de que no haría daño a su Antonio.

—¿Sabe?, quieren cambiar El Califa, lo van a convertir en un restaurante, dicen, o en un teatro. Nos vamos a quedar sin trabajo.

—Todo cambia —murmuró Dimas.

Rodrigo trajo la copa blancuzca y la colocó sobre la mesa. Gloria primero sorbió un poco, después se la bebió entera.

—Si usted supiera de..., me gustaría..., a mí me gustaría trabajar en algo distinto. ¿Puedo...? —dijo, tomando la copa de coñac. Se la bebió—. Una se cansa, esto..., don Dimas, no es vida, se lo digo yo. Un trabajo en una tienda o en una fábrica, si pudiera... Seguro que usted..., bueno, parece un caballero...

Después de tragarse el coñac, se quedó quieta y muda en la silla con la inmovilidad de una estatua de madera. Inició el movimiento de levantarse, pero se detuvo y recogió la mano en el regazo.

—Sírrete más coñac, lo que quieras, te estoy invitando. Y piensa dónde puede estar tu novio o marido, ese Antonio.

Dimas divisó a Fátima apartar las cortinas del reservado, sortear mesas, saludar aquí y allá y avanzar hacia él.

—¿Le va usted a hacer algo a mi Antonio?

—No..., nada, protegerle. Necesito a tu novio, a Antonio.

–Si lo supiera, le diría dónde está, don Dimas, en serio. Me falta de casa desde el jueves. ¿Es verdad que ha matado a un policía, un comisario?

–Sí, pero no tiene nada que temer. Necesito que me haga un favor.

Fátima se detuvo frente a él, una leve sonrisa en los labios, los codos pegados a la chaquetilla ajustada. Dimas se percató de los pechos de punta en la tela tirante, las caderas bamboleantes. Parecía mucho mayor, sin edad, un poco subida de carnes, caderona. No la veía desde 1938, aquella muchachita asustada a la que condujo a casa de sus padres, en el Raspadillo.

–Vete ya, Gloria, atiende a otro –le dijo Fátima–, hay mucha gente sola esta noche. –Y luego agregó, recibiendo la mirada silenciosa de Dimas–: No esperaba verte por aquí. ¿A qué se debe tanto honor?

Gloria se levantó. Dimas, con un gesto que cuidó fuera firme, la detuvo.

–Quédate aquí y aguarda a tu pichoncito –ordenó, y le dijo a Fátima–: Busco a tu hermanito, parece que ahora se llama Antonio.

–Sí, se llama Antonio –le dijo Gloria, volcando alcohol en la mesa.

–Deja de beber –le dijo Fátima retirando la botella–, deja de beber de una vez.

–¿Suele venir a estas horas? –preguntó Dimas–. No voy a hacerle daño, al contrario, le quiero proponer un negocio muy beneficioso.

–No trabaja aquí desde hace años. Y no sé por dónde anda. No me da explicaciones.

–A lo mejor está enfermo –masculló Gloria mirando alternativamente al hombre y a la mujer–. Le he pedido trabajo aquí al señor Dimas, ya no me gusta esto, Fátima –dijo sin ser escuchada.

–Actúo ahora, dentro de un rato, tengo que vestirme, quédate y lo verás. La casa invita a la botella.

Fátima se fue entre el humo que se elevaba hacia el techo formando espirales. Alguien comenzó una discusión con voz pastosa en una de las mesas cercanas y Fátima saludaba a una pareja bien vestida, la mujer la besó en las mejillas gesticulando ostensiblemente. Un aire de irrealidad envolvió el local. Fátima llegó hasta la puerta donde ponía Privado y pasó dentro.

Los músicos salieron nuevamente al escenario y la orquesta comenzó otra vez. Un tipo apareció en la pista y dijo:

–¡Buenas noches, señoras y señores! Bienvenidos a El Califa, El Califa es más agradable y..., ahora..., dentro de unos minutos... ¡Fátima, la sin par bailarina oriental, que esta noche estará con todos ustedes! ¡Mientras tanto, música de baile a cargo de la gran orquesta Los Embajadores!

–¿Es..., es usted policía? –preguntó Gloria–. Me han dicho que...

–Eso no te importa –contestó Dimas.

–Se lo..., lo digo porque esta mañana ha estado en mi

casa un señor que ha dicho que mi Antonio ha..., bueno..., eso. Se llama señor Borsa, don Guillermo, y me parece que es también de la policía.

Dimas se puso tenso.

—¿Quién ha ido a tu casa?

—Sí, este mediodía, dice que es un amigo de la guerra de mi Antonio, el señor Borsa. Dijo que querían matar a mi Antonio, pero que él lo iba a proteger.

Dimas se puso en pie.

—¿Qué más te ha dicho?

Fátima golpeó dos veces la puerta disimulada tras la cortina de su camerino. Antonio tardó unos instantes en contestar. Había bajado los escalones gastados y rechinantes del desván después de haber atravesado el cuarto de la última planta. Empujó la puerta y entró agachado. Fátima se estaba disfrazando de bailarina oriental.

—¿Qué pasa? —le preguntó Antonio.

—Nada, Mohamed, hermanito, quería decirte algo.

Fátima, frente al gran espejo iluminado con bombillas de colores, se maquillaba. Encima del diván había plumas, velos y ropas de calle, todo revuelto.

—¿Por qué no enciendes la luz?

—Me gusta así. Está aquí Dimas Prado —le dijo—. Te está buscando, dice que para proponerte un negocio. Estoy un

poco cansada de ti, ¿sabes? No has hecho otra cosa que joderme..., a mí y, bueno, a toda nuestra familia. Eres un cabrón, Mohamed.

—¿Qué me estás diciendo?

—Lo que oyes, tu amiguito Dimas está en la sala con Gloria. Parece que espera algo. ¿Un negocio con él, hermanito?

—Tengo que pirarme de aquí.

—Gloria no puede decirle nada, no sabe dónde te escondes. Espera un momento que hablemos.

—¿Para eso molestas, para decirme que hablemos?

—Pensé que debías saberlo. —Se volvió, aún no estaba vestida del todo—. Ven y dame un beso de despedida, será el último. Actúo ahora mismo.

Antonio se acercó y la besó en la boca. Escuchó detrás la voz de Borsa.

—Alza las manos y no te vayas a mover.

Borsa se encontraba en el rincón. Empuñaba una pistola de espaldas a la luz. No había mejor posición para el tiro al blanco. Antonio lo observó girando la cabeza, pero no se movió. Fátima le sujetaba del brazo, insistió:

—Y otro beso por nuestra hermanita Luna, tú la mataste, Imán Mohamed. Tú, mi hermanito querido, el perro lacayo de Franco. Me das asco, ¿sabes, Mohamed?

Antonio se soltó bruscamente y, a la vez, metió la mano en el bolsillo, sacó el revólver y se tiró al suelo, apuntando en dirección a la voz. Borsa disparó dos veces. Antes de que llegara al suelo, Antonio ya estaba muerto.

Fátima le escupió.
–¡Perro! –gritó.

Dimas empujó la puerta; la música y el ruido se escuchaban en sordina; dentro estaba oscuro. Fátima permanecía al pie del cadáver de Antonio. Dimas encendió un cigarrillo y observó la escena con la sonrisa torcida y aquella sensación de aburrimiento que se provocaba.

–Encended la luz.

Borsa, aún con la pistola en la mano, pulsó el interruptor. Una luz mortecina que provenía del techo apenas iluminó la habitación. Dimas mantuvo la mirada fija en el rostro de Fátima, en el que había aparecido una leve sombra.

–Acércate un momento, Fátima –ordenó Dimas.

Ella se acercó oscuramente tensa y rabiosa hasta que Dimas pudo ver con detalle su cuerpo a medio vestir.

–¿Qué quieres?

–No debiste hacer esto, no.

–¿Qué he hecho?

–Nada, en realidad nada. –Y su mirada recorrió el rostro grande y prematuramente ajado de la chica, donde se dibujaban las cejas, y la punta de la lengua mojándole el labio—. Necesitaba a tu hermano para que me hiciera un favor, ya ves. No quería hacerle daño.

La voz de Borsa:

–Sabes que no era una buena idea, Dimas..., nunca habría salido bien. Ellos te habrían matado. No habrías podido esconderte en ninguna parte. Asustar a... quien tú sabes es imposible.

–¡Cállate, traidor, cerdo!

Dimas le apuntó con la pistola.

–Voy..., voy a matarte, Guillermo, voy a matarte.

Borsa tiró la pistola al suelo y abrió los brazos.

–Hazlo si crees que es lo mejor. Apunta bien.

No pasó nada, habían matado a un ladrón, un asesino de policías, antiguo camarero de El Califa, que intentaba quedarse con la recaudación. No se hicieron preguntas, Dimas Prado era director general adjunto de Seguridad.

Al otro día, la noche del domingo, Dimas llamó a la puerta de la casa de Gloria. Ella le abrió en camisa de dormir, con la bata suelta. Dejó que Dimas pasara y cerrara la puerta tras él. Gloria volvió a sentarse en la silla de siempre, frente al balcón. Dimas se quitó la gabardina y le tendió un papel. Ponía una dirección y la cifra de quinientas pesetas.

–¿Dónde dejo esto? –preguntó Dimas, con la gabardina

en la mano.

–Déjela por ahí. ¿Qué es este papel?

–La dirección de la tienda y el salario que vas a ganar todos los meses. Ahora quiero que hagas algo por mí.

Gloria se lo quedó mirando, después apartó la bata y se subió el camisón por encima del ombligo.

–¿Así? –preguntó.

–Eso es –respondió Dimas–. Pero ponte cómoda. –Gloria abrió las piernas y aguardó–. Y lo harás cuando yo quiera, el día que quiera a la hora que quiera. ¿Estás de acuerdo?

–Bien... ¿Qué quiere que haga ahora?

–Tócate..., sigue así. –Dimas se aproximó–. Y cuando yo te diga, te das la vuelta. ¿Lo has comprendido?

5

MADRID, COMIENZOS DE OCTUBRE DE 2011

Había oscurecido cuando Delforo llegó a la antigua casa familiar, en el Paseo de Extremadura. Su hermano Pancho abrió la puerta y se le quedó mirando, asombrado. Era muy delgado, con canas en su cabello negro y ralo. Era su hermano pequeño y cuidaba de su madre por decisión propia. Juan Delforo era diez años mayor.

–¿Qué haces aquí?

–He venido a ver a mamá. ¿Cómo sigue?

Delforo dejó la bolsa que llevaba sobre una de las sillas del vestíbulo y pasó dentro. Su hermano continuó mirándolo sin responder a su pregunta.

–¿Por qué no llamas? ¿Tanto te cuesta llamar?

–Ha sido un viaje inesperado. Luego te cuento, ¿habéis cenado?

–Sí, hace un rato. ¿Quieres que te prepare algo, un

bocadillo?

–Me valdría un café. ¿Dónde está mamá?

–Acaba de acostarse, ya sabes, se acuesta temprano. Voy a prepararte algo. ¿Quieres una cerveza con el bocadillo? –Delforo negó con un gesto—. ¿En serio no quieres nada para cenar? Te puedo preparar algo más sólido, una tortilla, por ejemplo.

–No, de verdad. Me basta con el café. ¿Qué sabes de los demás? –Se refería al resto de sus hermanos: Carlos, pintor y dibujante, Carmela, bióloga, y Luis, profesor de informática.

–Sin novedad. Ayer estuvieron aquí.

–¿Discutieron?

–Claro, de política, como siempre.

Delforo pasó al salón, donde se encontraba la biblioteca familiar, los libros que habían reunido sus padres durante casi treinta años, los primeros que habían leído él y sus hermanos en distintas épocas de sus vidas. Pancho, Francisco Javier, tenía doce o trece años cuando murió su padre; Delforo, veintitrés. Pancho había sido funcionario de las Naciones Unidas en Ginebra y al cumplir los cincuenta decidió dimitir, volver a España y vivir junto a su familia. Tenía varias carreras universitarias, hacía yoga y tocaba el violonchelo mejor que muchos.

Delforo se arrodilló delante de los cajones de la biblioteca, donde se encontraba el mueble con los papeles personales de su padre, que su madre atesoraba. Allí estaban el diario y las cartas que se habían intercambiado

mientras él cumplía condena en el Penal del Puerto de Santa María en 1946 y, después, en el batallón de castigo hasta 1949.

Estaba todo pulcramente archivado en carpetas gruesas, señaladas y clasificadas. Había también recortes de periódicos, dibujos suyos de cuando era pequeño, reseñas críticas de algunos de sus libros, fotografías familiares y de amigos, correspondencia...

Su hermano apareció detrás.

—¿Qué buscas?

—El diario que escribió papá en la cárcel. Debe de estar por aquí.

—En el último cajón. ¿Te lo vas a llevar? Mamá no quiere que salga de casa, ya sabes. Si lo quieres leer, tiene que ser aquí.

Varias veces había intentado consultar el diario que su padre había ido escribiendo durante aquel año en el Penal del Puerto de Santa María y después en Mohedas de la Jara. Pero su letra era diminuta y muy apretada, difícil de leer. De todas formas, su padre le había contado cualquier cosa que le preguntara, de manera que nunca terminó de leerlo. Le bastaba con lo que le contaba, su padre tenía siempre muchas cosas que contar. Era muy ameno narrando historias. Luego, cuando murió en 1970, volvió a intentar leer aquellos manuscritos, pero resultaban muy fatigosos. Una parte estaba escrita a lápiz, y otra, con estilográfica, con tinta muy desvaída y letra de delineante, centrada y derecha, en grandes bloques de escritura espesa

y compacta en cuadernos escolares. «Tengo que hacer una novela con ese material –solía decir su padre–, contar esa historia antes de que todo se olvide».

Pero nunca lo hizo. Nunca escribió ninguna novela sobre aquellos años. La escribiría él, su hijo, siguiendo su designio. Lo haría para que no se olvidara de lo que fue capaz de hacer el fascismo. Contaría el oprobio, la humillación y la terrible represión, y la lucha que continuaron después de la derrota aquellos milicianos republicanos que nunca se dieron por vencidos. La larga lucha contra el dictador durante cuarenta largos años es el monumento ético más importante del siglo XX europeo.

Escucharon la voz de su madre. Apareció en la puerta del salón abrochándose la bata, un poco tambaleante, mientras se arreglaba el cabello, aún negro, con unas cuantas vetas blancas, peinado con un moño detrás que llevaba desde que Delforo tenía memoria. Seguía siendo delgada, pero ya no era esa mujer fuerte y altiva de ojos brillantes que fascinaba a sus compañeros y compañeras de facultad cuando iban a su casa. A pesar de su avanzada edad, se mantenía en pie, aunque caminaba poco y despacio.

–Vaya, eres tú. ¿Qué pasa? ¿Otra vez sin llamar?

Delforo se enderezó, fue hacia ella y la besó en la frente.

–Ha sido un viaje inesperado, no he podido llamar. ¿Cómo estás?

–¿Cómo voy a estar? Hecha una puñeta. –Se dirigió a

su otro hijo—: Pancho, voy a preparar café, ¿has tomado ya?

—Ya está listo, mamá. He preparado una cafetera. ¿No quieres volver a acostarte?

—No, ya me he desvelado. —Tomó a Juan del brazo y comenzó a caminar despacio—. Vamos al comedor, allí estaremos mejor. Bueno, cuéntame, ¿cómo te va? ¿Estás con alguien?

—¿Que si estoy con alguien? Venga, no fastidies. Estoy solo y la mar de bien. No me preocupo de eso. —Y al cabo de unos instantes dijo—: Estoy con una mujer, pero cada uno vive en su casa..., bueno, de momento. Se llama Elena.

—¿Quién te prepara las comidas?

Delforo miró a su hermano, que le sonreía y que tomó del otro brazo a su madre. Los tres caminaron despacio, al paso de su madre, por el ancho pasillo rumbo al comedor. Delforo se acomodó a su ritmo.

—Me las preparo yo. Y si no, voy a los bares del pueblo. Se come bueno y barato.

—Te veo muy desmejorado, seguro que ni comes ni duermes como es debido. ¿Sabes? Me gustaba Lola, era una buena chica.

Lola había sido su última esposa.

—Algunas buenas chicas se convierten en pájaros carroñeros cuando se separan.

—No empieces con esas idioteces, anda. ¿A qué has venido?

Delforo quiso decírselo, contarle lo de Guillermo Borsa y el legado de Dimas Prado. Y lo de la borrachera que había pescado bebiendo ese coñac traicionero. Tuvo que pedirle a Borsa ir al baño una segunda vez y vomitó en el retrete. Todavía no se había repuesto del todo.

—He quedado en la editorial mañana. Pero lo importante es saber cómo estás tú, mamá. Eso es lo que importa. ¿Haces ejercicio?

—Sí, todos los días camino un poco.

Los dos hermanos volvieron a mirarse. Pancho hizo un leve gesto negativo con la cabeza. Entraron en el comedor y la ayudaron a sentarse en su sillón, al lado de la ventana. La mesa ya estaba preparada con la cafetera y dos tazas. Su hermano fue a la cocina. El café de su madre era descafeinado, pero fingía no saberlo. Delforo se sirvió café, sin azúcar.

—Ven y siéntate aquí a mi lado y dime la verdad. ¿Qué has venido a hacer?

Se quedó pensativo.

—¿Conociste a alguien llamado Dimas Prado?

—¿Dimas Prado? No..., no me suena. ¿De qué debería conocerlo?

—No sé..., de la guerra o de la posguerra. En Málaga, quizás. ¿No te suena ese nombre de cuando detuvieron a papá en diciembre de 1945?

—Durante la guerra, desde luego que no. No la pasé en España, me fui a México en noviembre de 1936. Mi familia tampoco participó en la guerra, teníamos una casa

en Biarritz. Tu padre, entonces, ya era capitán de milicias.

–Mamá, olvídate del 36. Hablo de diciembre de 1945. Capturaron a papá en Málaga, lo torturaron y luego lo condenaron a muerte. Lo acusaron de pertenecer a las guerrillas. Y tú fuiste a verlo a la cárcel. Nos has contado cien veces que le salvaste la vida con el Velázquez.

–Tu padre fue enviado por el partido a Málaga para reorganizar las guerrillas en Andalucía y preparar un alzamiento. Hubo un chivatazo de los Servicios de Inteligencia norteamericanos y fueron a por él. Resistió la tortura, no le sacaron nada, nada. Luego lo juzgaron. Me dejaron verle poco después, creo que fue en diciembre.

Su madre enmudeció, perdida en sus recuerdos. Pero la historia la sabía él de memoria. Su padre se la había contado también, aunque sin detalles, como si fuera una banalidad narrada a grandes rasgos, igual que los viejos militantes del partido. Fueron otros los que contaron las terribles torturas, los pormenores macabros de su estancia en la cárcel de Málaga.

–Dimas Prado, ¿recuerdas ese nombre? Fue el intermediario, le entregaste a él el cuadro. Creo que fue a verte a Málaga.

–Espera un momento, a tu padre lo capturaron a finales de 1945, en Navidad, no recuerdo el día exactamente. El partido solía enviar gente en esas fechas para que pasara desapercibida. Lo habíamos preparado como una cita amorosa, el pretexto era que iba a verme conmigo, mi familia no aprobaba nuestras relaciones. Yo fui a Málaga

unos días antes. Todo estaba muy bien organizado, sin fisuras. Había un gran cargamento de armas que habían desembarcado, o las iban a desembarcar, en la costa. Venían de Argelia.

–Mamá, eso ya lo sé..., incluso ha salido en los libros de historia. Los norteamericanos estuvieron a punto de preparar un alzamiento antifranquista en 1945, después de la derrota alemana. Las armas y el plan eran norteamericanos, pero en el último momento lo abortaron. Franco servía mejor como escudo antibolchevique, un aliado para la guerra fría. Pero yo te estoy preguntando por Dimas Prado.

De nuevo su madre se quedó en silencio.

–Es curioso, ahora no hago más que pensar en mi niñez y en mi juventud. –Le sonrió en silencio—. Pienso mucho en mi madre y en mi infancia. Conocí a tu padre en la FUE, en 1933. Era muy guapo, siempre fue muy guapo. Quería estudiar en París e la Escuela de los Annales. La guerra lo jodió todo. –Su madre negó varias veces con la cabeza—. Nos lo llegamos a creer... Ese año, 1945, fue fantástico, se había acabado con el fascismo, el Ejército Rojo había barrido a los alemanes en el este de Europa, se respiraba libertad por todas partes, un aire de ilusión, ¿sabes? Europa iba a renacer, una nueva Europa...

–Mamá...

Su hermano regresó con el descafeinado. Llenó la taza de su madre y ambos se miraron. Se sentó junto a ella y le pasó la mano por el cabello.

–No te fatigues, mamá, déjalo, anda. ¿Quieres más café?

–Se creó un Estado Mayor conjunto, formado por republicanos y norteamericanos. Lo mejor del Ejército de la República, veteranos fogueados en mil combates en España y Europa. Nosotros poníamos los hombres, el material de guerra era en gran parte el requisado a los alemanes. Los norteamericanos llevarían la logística, las comunicaciones, la aviación...

Se detuvo un momento y bebió un sorbo de café. Delforo encendió un cigarrillo.

–Dame uno de tus cigarrillos, anda –le dijo su madre.

–Mamá, no debes fumar –le dijo Pancho–, por favor.

–¿No? ¿Y qué mierda me va a hacer el tabaco ahora? Anda, dame uno.

Delforo se lo prendió. Su madre expulsó el humo. Eran Ducados.

–Por el Pirineo bajarían dos divisiones y estaban previstos tres desembarcos: uno por Levante, otro en Asturias y el tercero por Andalucía, con apoyo desde Argelia. Las guerrillas levantarían al pueblo en todas partes, ese era el plan. Al mismo tiempo, dos brigadas aerotransportadas lanzarían a seis mil hombres en paracaídas sobre Madrid. Vuestro padre era el que iba a organizar el levantamiento en Andalucía.

–Falló –dijo su hermano–, se fue al garete. De pronto Franco se convirtió en alguien muy importante para los intereses de Estados Unidos.

–Fue por culpa de la cúpula militar norteamericana – dijo su madre–. Ese reaccionario de Churchill también influyó en contra.

–La guerra fría era más importante –manifestó Delforo–. Pero yo quiero preguntarte por ese Dimas Prado. ¿Dónde lo conociste? ¿En Málaga?

–No, no..., no conocí a ningún Dimas Prado en Málaga, fue un intermediario de Queipo de Llano. Un oficial de su entorno, un capitán, me parece. Ahora no recuerdo su nombre. Nos vimos en un café. Le entregué el cuadro y él me dio el documento firmado por Queipo, conmutándole la pena de muerte a vuestro padre por treinta años de trabajos forzados. Salió cuando la amnistía de 1949.

–Él decía que estuvo contigo..., quiero decir, Dimas Prado, vamos, que se entrevistó contigo en Málaga, mientras papá estaba detenido. Y parece ser que..., antes estuvisteis juntos o..., bueno, que os conocisteis en Burgos, en 1938.

–No, de eso nada. ¿Quién te ha dicho eso? Yo vi a tu padre tres veces en ese tiempo. Una vez en la Prisión Provincial de Málaga, a finales de diciembre del 45, y otras dos en el Puerto de Santa María. Allí te concebimos en octubre del 46, naciste el año siguiente, en el 47, nueve meses y cinco días después de ese encuentro. ¿Qué bobada es esa?

Juan Delforo no contestó. Luego dijo:

–Déjalo, mamá, no te enfades. No merece la pena.

Su madre lo observó fijamente.

–La policía impedía que nos mandáramos cartas. Lo prohibieron. Solo dos veces... bueno, no recuerdo... Creo que fue Mariano Moreno quien... ¿Os acordáis de Mariano?

–Sí, mamá, nos acordamos de él, claro.

–Mamá no estuvo nunca en Burgos en el 38, Juan. En noviembre del 36 se fue a México y no volvió hasta el 43 o el 44, ¿no? –dijo su hermano.

–¿Quién te ha contado esas tonterías de Burgos?

–Un tal Guillermo Borsa, amigo de ese Dimas Prado... Bueno, amigo y hermano. Recuerdo que papá menciona a Dimas Prado en su diario. Lo llama DP.

–No se escribe todo en un diario, no toda la verdad. Y menos cuando se escribe en una prisión. Tu padre era muy cauto.

–Ese Borsa me ha contado que Dimas Prado os conoció a papá y a ti en aquellos años. Me ha dado detalles, no sé, parecía que sabía bastante de vosotros.

–¿Sí? Vaya, qué curioso –dijo su hermano.

–¿Quién es ese Borsa? –Su madre terminó el café y aplastó la colilla en la taza, como tenía por costumbre.

–Bueno, me envió una carta, pero la he dejado en Salobreña. Es bastante larga –mintió—. La firma ese tal Guillermo Borsa, al parecer hermano de Dimas Prado.

–Y ese hombre ¿quién es? –preguntó su hermano.

–¿Dimas Prado? Antiguo comisario de policía, me parece, un alto funcionario de la seguridad franquista.

Creo que director general adjunto de Seguridad en 1945.

Delforo se quedó pensativo, rememorando la extensa charla alcohólica que había tenido con Guillermo Borsa. Era consciente de que su madre y su hermano lo observaban con atención. El café se le estaba enfriando, de modo que terminó de beberse.

—Creo haber visto el Velázquez que cambiaste por la vida de papá. Estaba colgado en la antigua casa de...

Su madre se puso en pie con esfuerzo.

—Bueno, creo que voy a acostarme. Mañana seguiremos hablando. Buenas noches, hijo. Que descanses.

—Bueno, hasta mañana, yo también voy a acostarme. Tu cama tiene sábanas limpias —manifestó Pancho—. ¿Te despierto a alguna hora?

—No, no hace falta. Buenas noches. Yo voy a quedarme un rato más aquí. No tengo sueño. Un momento, mamá, ¿quién era Ana Marchena Muñoz?

Su madre se volvió. Había desprecio en su mirada.

—Déjame en paz con tus novelas. ¿A esto has venido?

Mientras se alejaba, ayudada por su hermano, la escuchó:

—Un policía, ¿te das cuenta? La carta de un policía franquista. Tu hermano está cada vez peor.

Delforo sacó de la bolsa el cuaderno que le había legado Dimas Prado y se dispuso a leerlo. Tenía toda la noche por delante.

Un poco antes de que amaneciera fue a la cocina a beber agua. Se había fumado el paquete de cigarrillos entero y tenía los ojos enrojecidos y la garganta seca. Escuchó los tambaleantes pasos de su madre, que avanzaba por el pasillo con la ayuda del bastón. Sintió temor, una extraña vergüenza, como cuando era niño y su madre le descubría una trastada.

Apareció en la puerta.

–Mamá..., mamá... No... No voy a escribir nada, ¿sabes? Esta historia de Dimas Prado... No le importa a nadie. No lo voy a hacer.

Ella lo miró fijo durante unos instantes, que a él le parecieron eternos. No pudo resistirlo y bajó la cabeza, avergonzado. Su madre se retiró, pasillo adelante, majestuosa y frágil a la vez, cargada de fracaso, resignación y tristeza. Sí, todo aquello, lo de Borsa, Dimas Prado, el año 38 en Burgos, su padre... Contar todo eso no serviría para nada ni para nadie. Y de nada serviría tampoco hacerlo público. A nadie le interesaba ya.

Lo importante era la guerra, la resistencia heroica al fascismo. Las vidas perdidas de tanta gente, la terrible represión. La oportunidad histórica de la República. Había millones de historias privadas tan impresionantes como la de sus padres. Todavía no se habían contado esas historias.

Su madre murió a los noventa y ocho años el 9 de mayo de 2014, después de más de dos años casi sin hablar, siempre pensativa y triste. Pancho les contó a sus hermanos que murió una noche cálida mientras le daba de cenar. Y que ella dijo: «Juan, Juan, mi amor», y luego, añadió: «No quiero más, hijo, no tengo hambre». Y entonces inclinó la cabeza y falleció.

APÉNDICES

I

2 de abril de 1976
Excmo. Sr. Dir. Gral. de Seguridad
Sr. Don Jesús Cuevas
Puerta del Sol, s/n
Madrid

Estimado camarada y amigo:

Te pido perdón de antemano por distraerte de tus muchas ocupaciones, pero el momento lo exige. El mes pasado recibí en la Jefatura de Policía de Sevilla un expediente disciplinario, con acuse de recibo, en el que se me incoa una sanción «por falta muy grave de probidad moral y material» que me ha sido estimada en concepto de autor y único responsable. En concreto se me acusa de «haber obtenido dinero de forma irregular para arreglar tu vivienda al ser destinado a Sevilla como jefe superior en 1974 [...] y de haber comprado electrodomésticos con la tal financiación irregular, además de un farol, dos extractores de aire, seis sillas y una mesa de comedor, tres aparatos de aire acondicionado...».

Voy a ahorrarte la bajeza de enumerarte todos los objetos que me imputan haber conseguido de «forma irregular» hace dos años. Sin embargo, añadiré que el piso destinado a mi cargo era una verdadera pocilga, incapaz de albergar a persona alguna, y que tuve que efectuar reformas y pintarlo entero, mientras me alojaba en un hotel. También de eso me acusan, ya que cargué mis gastos de hospedaje a los fondos de Jefatura. Por imposible que parezca todo esto, se enumera en la sanción que me han incoado.

No he querido saltarme la escala de mando y eres tú el primero al

que he hecho saber esta terrible injusticia, totalmente falsa y tendenciosa. Te ruego que hagas valer tu autoridad y tu prestigio para que esa ridícula acusación no entre en su fase ejecutiva. Como tú sabes bien, camarada, he dedicado mi vida al servicio de la patria. Soy camisa vieja, y la visto con orgullo desde 1933, y policía desde 1938, según una orden personal de nuestro Caudillo, que aún conservo. Desde entonces mis servicios a España, y mi lealtad a Franco y a los Principios Fundamentales del Movimiento, han guiado mi vida y están fuera de cualquier duda. Más de treinta condecoraciones militares y policiales así lo acreditan. En estos momentos, cuando la patria vuelve a estar en peligro y los traidores florecen, sería un desperdicio no contar conmigo. Sé mucho y guardo archivos que algunos no desearían que salieran a la luz.

*Siempre a tus órdenes.
Dimas Prado
Jefatura Superior
Sevilla*

II

*19 de abril de 1976
Sr. Don Dimas Prado,
Comisario Principal
Jefatura Superior
Sevilla*

Querido camarada y amigo:

En primer lugar, te pido disculpas por la tardanza de mi contestación, no se te ocultan las dificultades que en estos momentos históricos de la desaparición del Caudillo arrostra la patria. Inmediatamente de recibir tu atenta carta cursé una llamada personal a nuestro común amigo y patriota, Excmo. Sr. ministro de la Gobernación con el que departí del caso. Me prometió que inmediatamente tomaría las medidas pertinentes.

Por lo que a mí respecta, tienes un puesto en esta Dirección General para cuando tú lo desees. Tu capacidad, méritos y patriotismo están fuera de toda duda.

*Con todo afecto,
Jesús Cuevas
Director General de Seguridad*

III

*Archivos del Estado, Alcalá de Henares
Legajos 318/76 y 2802/76
Madrid, 1976
(PERSONAL, CONFIDENCIAL) EXP. 809/P-34/DP*

Conforme quedamos y para tu conocimiento te acompaño curriculum vitae de Dimas Prado, director general adjunto de Seguridad entre 1943-1946 y más tarde jefe de las Brigadas de Investigación Político-Social de Bilbao hasta 1950; y de Madrid, 1950-1957. Comisario principal en 1958. A partir de esa fecha y hasta 1973, es adscrito a Documentación de Presidencia, realizando servicios de inteligencia en el extranjero, en concreto en Estados Unidos, dados sus conocimientos de lenguas extranjeras. Desde 1973 ha sido responsable de la Jefatura Superior de Policía de Sevilla, cargo que ostentaba hasta ahora.

He solicitado su hoja de servicio durante esa etapa a nuestro común amigo y camarada el coronel Blanco, responsable del Servicio de Documentación de Presidencia, que me ha respondido con prontitud. Te adjunto su nota informativa, señalando que en 1973 cesó de prestar servicios en su departamento por decisión propia, declarando que durante un corto tiempo fue agregado militar en nuestra embajada en Ankara (Turquía) en 1942, ya que ostenta el grado de coronel en la reserva, por su condición de mutilado de guerra.

Como sabes, entre 1973 y 1976, que fue jefe superior de Policía en Sevilla, actualmente en excedencia, con categoría de comisario principal, realizó tres viajes a los Estados Unidos y a Alemania de

índole personal, para los que solicitó permiso y le fue concedido.

En su calidad de policía y de militar (en la reserva por caballero mutilado) y miembro de los Servicios de Inteligencia desde, al menos, 1938, ha acumulado un gran poder. Sabe mucho y de muchos asuntos. Sus superiores lo consideran inteligente, frío y muy seguro de sí mismo. Hasta la fecha ha permanecido soltero. Es bastante posible que posea información o informaciones muy privilegiadas que puede sacar a la luz en el extranjero, causando un gran daño a España, dado el momento político nacional e internacional que atravesamos.

Creo sinceramente que se ha cometido un gran error al separarle de su puesto mediante una sanción administrativa por utilización indebida de fondos reservados. Dimas Prado cuenta en la actualidad sesenta y siete años y está en las puertas de la jubilación forzosa. Habría sido mejor haberle dado un destino honorífico o la jubilación con la Gran Cruz de Isabel la Católica o el Toisón de Oro. Respecto a lo que te aconsejé en mi anterior carta, lo de darle a Dimas Prado un puesto en la Dirección General en mi gabinete, hay que descartarlo: me ha escrito una corta misiva dándome las gracias y rehusando. Te ruego que vuelvas a insistir con Tomás para que se haga algo con él. Propongo que se archive su caso y se le destine en el extranjero bien remunerado. He ordenado su seguimiento y vigilancia por miembros de mi gabinete, así como el pinchazo de su teléfono particular.

Sin más, un afectuoso saludo.

IV

(PERSONAL, CONFIDENCIAL) EXP. 809/P-35/DP/1976

DP rechaza puesto en el consulado de España en París, alegando que «después de cuarenta años de servicios a la Patria se siente cansado». El expediente es archivado. El 21 de abril del corriente DP abandona oficialmente la Jefatura Superior de Sevilla. Se dirige a sus subalternos con un breve discurso de despedida, durante una comida en el Hotel Alfonso XIII, que paga de su bolsillo. Se muestra ufano. Afirma que va a dedicarse a cuidar el jardín de su chalet en Madrid, calle Balbina Valverde, n.º 3, de la colonia de El Viso, y a escribir poesía. Teléfono del domicilio mencionado pinchado. Ocupa su domicilio el 22 del mismo mes. Se trae consigo a uno de sus subalternos, Guillermo Borsa García, con categoría de comisario, que habita también la casa y que, al parecer es su hermano de padre. El mencionado individuo, que está a su servicio desde 1936, es investigado también por mi gabinete, sin presentar ninguna anomalía. Es capitán en la reserva y policía desde 1938. Es soltero, de sesenta y ocho años, sin familia ni amigos conocidos. Goza de la total confianza de Dimas Prado. Vida tranquila en el mencionado domicilio. Salidas a comprar muebles y enseres de la casa.

Tres albañiles, más un miembro de nuestro gabinete, acometen distintas reformas en la casa durante dos semanas. Principalmente crean un apartamento en el interior, con puerta de salida aparte, para el mencionado Guillermo Borsa García. Se insertan dos micrófonos, uno en el salón y otro en el dormitorio principal.

Los días 24, 26 y 27 del corriente DP visita durante la noche el burdel Hotel Mónaco, sito en la calle Barbieri, n.º 16, ocupando la

habitación 21 con una tal María Fátima Ben Chukri, prostituta ocasional y empleada en dicho burdel como limpiadora. Está con ella hasta altas horas de la madrugada. Su hermano, Guillermo Borsa García, lo recoge en el coche. Al parecer, la mencionada mujer mantiene una estrecha amistad con DP desde antiguo. Se establece vigilancia a la mujer.

Te adjunto relación de llamadas telefónicas entrantes y salientes y conversaciones captadas por los micrófonos. DP parece que lleva una vida normal de jubilado. La mayor parte del tiempo la pasa en su despacho, escribiendo. No ha llamado aún a ninguno de sus parientes de Burgos o Salamanca. No recibe llamadas.

(Nota adjunta)

Entra a su servicio, como doméstica, la prostituta anterior, María Fátima Ben Chukri, de entre cincuenta y sesenta años. Pernocta en la casa, realizando labores domésticas. Pendiente de investigación.

V

(PERSONAL, CONFIDENCIAL) Exp. 809/P-36/DP/1976

La criada de DP, María Fátima Ben Chukri, nacida en Tigrít, Marruecos, el 6 de mayo de 1921, viuda, sin hijos, nacionalizada española en 1944 por matrimonio con Fernando Biesca Álvarez, antiguo empleado del servicio de limpieza del Ayuntamiento de Burgos (fallecido en 1958 en Madrid de muerte accidental). La mencionada vivió en Burgos desde 1936 hasta 1939, en que se traslada a Madrid, a la calle Valverde n.º 19, 4.º D. En 1944, al conseguir su marido el puesto de portero de la finca de la calle Goya, n.º 14, la pareja habita la buhardilla del edificio.

Trabaja como «bailarina oriental» en el cabaré El Califa, sito en la Plaza de Tirso de Molina, hoy desaparecido, desde 1942 hasta 1947. A partir de entonces se dedica a las labores del hogar y a la prostitución ocasional. En 1958, después del fallecimiento de su marido, se convierte en empleada en los lavabos del burdel Hotel Mónaco, dedicada, como se ha dicho, esporádicamente a la prostitución. No tiene antecedentes de ningún tipo, ni penales, ni políticos. En la vecindad de su domicilio es conocida por su seriedad. Tiene parientes en Argelia que a veces la visitan. Vive en unas dependencias del mencionado burdel, Hotel Mónaco.

(Nota adjunta.)

Sospechosa del asesinato de su marido en 1958, fue absuelta sin cargos. Dimas Prado pagó su defensa, que efectuó el prestigioso bufete de abogados Ventura & Pellicer, de Madrid.

VI

(CONFIDENCIAL, PERSONAL) Exp. 809/P-37/DP/1976

De forma inesperada DP visita las dependencias de la DGS el 25/5/76. Es reconocido por antiguos subalternos y miembros de las brigadas, con los que departe amigablemente. Por todas partes despierta simpatías y signos de respeto y amistad. Se entrevista conmigo durante media hora. Me solicita un puesto «subalterno en mi gabinete, para no aburrirse». No pide sueldo ni escalafón. Afirma poder enseñar «tácticas de interrogatorio y captación de información», de las que, sin lugar a dudas, es un maestro. Le respondo que en mi gabinete tiene las puertas abiertas, pero que debo consultar con el señor ministro. En tono de broma, me informa de la existencia de micrófonos ocultos en su domicilio y de los pinchazos en su teléfono. Así mismo me describe las nuevas técnicas TC-24 y TC-02, de fabricación norteamericana, que aún no poseemos, que garantizan mayor invisibilidad y exigencia para las escuchas al ser direccionales y manejadas a través de satélites. Me confiesa que su amor a la patria y su caballerosidad le impedirán siempre traicionarnos. Declara aceptar el final de su vida profesional y su voluntad de continuar sirviendo a la patria hasta que dios lo llame «desde el puesto que el mando me asigne». Te adjunto las últimas escuchas telefónicas y los registros de los micrófonos.

VII

(PERSONAL, CONFIDENCIAL) Exp. 809/P-38/DP/1977

Orden afirmativa del señor ministro. Le he asignado a DP un despacho adjunto, sin utilizar, próximo a la sala de comisarios en la tercera planta de esta Dirección General. Se ha puesto enseguida a instruir a los recién llegados. Los avances son espectaculares. DP cumple lo pactado.

VIII

(PERSONAL, CONFIDENCIAL) Exp. 809/P-39/DP/1976

Habría sido un desperdicio imperdonable no haber contado con DP. Mis hombres lo respetan. Asesora a la brigada de H y a la de P. Se ha corrido la voz y varias jefaturas me piden a DP para asesoramientos puntuales. Acude en calidad de adjunto a mi gabinete. Hablo a ZP, mi posible sustituto, sobre DP y sus funciones en la DGS. Manifiesta no tener inconveniente en que siga en el puesto.

IX

(PERSONAL, CONFIDENCIAL) Exp. 809/P-40/DP

El 28 del corriente DP saca de los calabozos de esta DGS a un periodista, retenido por alteración del orden en la vía pública, lo conduce a la sala de comisarios y permanece dos horas con él. Transcurrido ese tiempo, DP lo acompaña él mismo a la salida.

El mencionado periodista es Juan José Delforo Muñoz, redactor del diario El Universal, publicación reputada como no afecta al régimen, y autor de crónicas, artículos y reportajes, que, con el pretexto de «sucesos», alimentan la agitación antirrégimen al verter infundios y calumnias sobre la policía. Señalamos el suelto del 14 del corriente, aparecido en el suplemento dominical de la mencionada publicación, anunciado en la primera página y titulado «DOBLE JUEGO», en el que el mencionado Juan José Delforo Muñoz entrevista a un tal Eudoro Román Pardo (NOMBRE SUPUESTO), que manifiesta ser PERSONA A SUELDO DE LA POLICÍA, actuando como agitador en desórdenes callejeros, unas veces como anarquista, y otras, como miembro de Falange Española.

Juan José Delforo Muñoz, nacido en Málaga el 12/6/1947, hijo primogénito de un total de cinco hermanos, del matrimonio de Carmen Muñoz Blanco y Juan Delforo Farrel, catedrático de Geografía e Historia en 1933 e ingeniero industrial en 1959, fallecido en accidente de coche en 1970. La madre, Carmen Muñoz Blanco, dedicada a regentar su farmacia, es licenciada en Matemáticas (1936) y en Farmacia (1946).

Juan Delforo Farrel, con un vasto prontuario de delitos contra el régimen, miembro del Partido Comunista de España desde 1936 hasta

1939, fue un destacado militar de la República, condenado a muerte por rebelión militar en juicio N.º 812/45, celebrado en Málaga el 26/12/1945, acusado de pertenecer a las supuestas guerrillas, organizadas bajo el nombre «Agrupación Guerrillera del Sur», en grado de organizador e instigador, dada su preparación militar, adquirida durante la guerra civil. La llamada Agrupación Guerrillera del Sur fue desmantelada en julio de 1958. La pena de muerte del mencionado Juan Delforo Farrel le fue conmutada por treinta años de trabajos forzados, pena que cumplió en un destacamento militar en Mohedas de la Jara, Toledo, hasta mayo de 1949, fecha de una amnistía general promulgada por el jefe del Estado, Generalísimo Franco.

Según informes, no se conocen actividades políticas de la madre, Carmen Muñoz Blanco, dedicada, como se ha dicho, a regentar su farmacia y a las labores del hogar. Entre 1936 y 1944 residió en México (DF).

Señalamos la no coincidencia de fechas entre la estancia de Juan Delforo Farrel en el Penal del Puerto de Santa María (de enero del 46 a octubre del mismo año) y en el batallón disciplinario de Mohedas de la Jara, Toledo (entre noviembre de 1946 y mayo de 1949), y el nacimiento de su supuesto hijo en junio de 1947.

Juan Delforo Muñoz ingresa en 1964 en la organización subversiva Grupos de Acción y Unión Proletaria (GAUP), adscrita a la FAI, partidaria de la lucha armada y violenta contra el régimen. Tiene entrenamiento subversivo realizado en Argelia y Francia, lugares a los que acude clandestinamente, ya que no posee pasaporte en esas fechas. Por discrepancias con la organización subversiva y terrorista, la abandona en 1967, coincidiendo con su incorporación al Partido Comunista de España y a su ingreso en la carrera de Letras en la Universidad Complutense. Afiliado a la sección estudiantil del PC, de la que llega a ser un destacado agitador y dirigente, escala puestos hasta la clandestina y subversiva Secretaría General de Universidades y la nominación al comité central del partido. No se ha producido hasta la fecha su integración a dicho comité de dirección.

Expedientado en 1969, el mencionado Juan Delforo Muñoz se matricula en la Universidad de Salamanca, donde termina la carrera de Geografía e Historia, especializándose en H.^a Contemporánea, sin que sus actividades subversivas de agitación cesaran. Se licenció en

1971, pero por carecer del certificado de buena conducta social y moral, se le impide dar clases en la universidad o en cualquier centro de enseñanza pública. Entre 1971 y 1974 traslada su domicilio a la localidad de Móstoles, unido sentimentalmente a Teresa Cepeda Villanueva, estudiante de Medicina, con la que tiene un hijo natural, en la actualidad con tres años, Juan Alejandro Delforo Cepeda, que habita con los padres. En esa localidad se dedica a la subversión desde la Asociación de Vecinos, de la que llega a ser dirigente y connotado agitador su hermano Carlos Antonio Delforo Muñoz. El mencionado Juan José Delforo Muñoz se dedica a impartir clases particulares en academias y a escribir reseñas de libros en revistas y periódicos. En 1974 se separa de la mencionada Teresa Cepeda Villanueva, que se traslada a Salamanca con su hijo, mientras que el mencionado realiza un viaje clandestino al Líbano, Irak, Kurdistán y, posiblemente, al Sahara español, ya que se menciona su presencia en El Aaiún. Se conoce su vinculación con la OLP y el grupo terrorista Frente Democrático y Popular por la Liberación de Palestina. En el mismo año empieza a publicar en El Universal, del que es redactor en plantilla y encargado de sucesos desde octubre de 1974 hasta la fecha.

Ha sido multado en tres ocasiones y detenido dieciocho veces, acusado de desórdenes públicos, propaganda clandestina, agitación, subversión y de ser miembro de un partido ilegal, en categoría de dirigente, sin que, hasta la fecha, se le haya demostrado su pertenencia al Partido Comunista. El mencionado Juan Delforo Muñoz vive en la actualidad solo en la calle Esparteros, n.º 6, 4.º izda., de Madrid. Es astuto, frío, hábil manipulador, escurridizo y conocedor de las técnicas y tácticas del interrogatorio. Se ha escudado hasta hace muy poco, y así lo ha declarado reiteradamente, en que sus actividades políticas ilegales y subversivas se deben a que es demócrata-cristiano, pacifista y partidario de un cambio del régimen por vías legales.

X

(CONFIDENCIAL, PERSONAL) EXP. 809/P-41/DP

DP entrega a este gabinete informe exhaustivo (adjunto fotocopia: seis folios grapados) como resultado de la conversación que mantuvo con Juan José Delforo Muñoz, periodista de El Universal, detenido en estas dependencias el 28 del corriente por protagonizar desórdenes en la vía pública.

DP ha realizado una meritoria labor sobre la penetración comunista en la prensa que están efectuando en la actualidad nuevos grupos subversivos para desestabilizar la transición que llevará a cabo Su majestad el rey, don Juan Carlos I de Borbón. DP opina que aunque el Partido Comunista continúa con su labor subversiva, ya no es el que encabeza las actividades antiespañolas. Dada su próxima legalización, el Partido Comunista ha rebajado sus exigencias, dispuesto a cumplir los pactos a los que se han comprometido. Aunque ni DP, ni nadie, se crea plenamente esa táctica, no cabe duda de que ahora tenemos que enfrentarnos con nuevas estrategias. DP adelanta la fragmentación del PC en nuevos partidos, unos fuera de la órbita Soviética y otros pagados y subvencionados por la Unión soviética, que no desea que España entre en la OTAN, tal como está previsto en un futuro cercano. DP incluye, como resultado de la «conversación» con Juan José Delforo Muñoz, que le ha anunciado la aparición de nuevos grupos subversivos más radicales, a la extrema izquierda del PC.

El informe de DP causa gran conmoción en la casa. Copias a la sección de PRENSA y a prácticamente todos los departamentos. El prestigio de DP crece.

Por orden del señor ministro, a través del jefe de gabinete en comunicación oral, se decide cesar investigaciones sobre DP.

XI

*Cabo Juan Alberto Zárate Goicochea
Primera Compañía, 4.º Batallón
Regimiento Juan de Austria
Frente de Madrid
Burgos, II Año Triunfal*

Queridísimo Juan Alberto:

Me alegraría muchísimo que al recibo de esta te encuentres bien de salud. Yo también me encuentro bien, gracias a dios. Me ha gustado mucho tu última carta, en la que me indicas que has recibido los regalos de Reyes y de Navidad que te he enviado y que te han gustado mucho. Espero que no sean nada esos dolores de cabeza que me indicaste en tu anterior carta.

Me ha gustado mucho también que me tengas en tus oraciones. Yo también te tengo siempre presente y le pido a la Virgen que no te pase nada y que vuelvas pronto con tu familia a Pamplona, sano y salvo, cuando acabe la guerra que por dios y por España estamos llevando a cabo, bajo la mano poderosa, guiada por la providencia divina, de su excelencia el Caudillo Francisco Franco, para erradicar de una vez por todas la anti-España y la anarquía.

Me has dicho que tenéis una capilla en el regimiento. Me gustaría mucho que fueras muy a menudo a postrarte ante el altísimo y pedirle perdón y alabarle con devoción y humildad. Todo eso te será recompensado cuando des cuenta de tu alma ante el tribunal del altísimo, dios quiera que sea muy tarde.

Me preguntas qué hago y te contesto que estoy muy ocupada y que apenas salgo. Y si lo hago, es los domingos a misa en la catedral, ¡que

me gusta tanto! Y después suelo pasear con mi amiga Mari Carmen, compañera del taller de costura, que dice que está hablando con un chico alemán, artillero él, que acaba de llegar a Burgos y que habla un poco de español. Me alegro por ella, aunque le digo que cuidado con él. Ella me contesta que es muy respetuoso y educado, muy inteligente. Es de familia católica y temerosa de dios. Le pido a la Virgen que la proteja. El chico le trae, cada vez que la ve, hermosos ramos de flores de todo tipo, que ella pone en el taller y, ya ves, lo alegra mucho. Las flores tienen eso, alegran la vida de cualquiera.

Ella está muy contenta y yo también, aunque sé que cuando se enovie con él, no podré acompañarla. Yo le digo que de dónde ha sacado tantas flores en Burgos y en el mes de enero y va y me dice que su chico es asistente, o algo así, de un alto jefe, y que las guardan para los banquetes y las fiestas de las victorias que hacemos continuamente a los rojos. Ese chico le dice que si fuera por él, le daría cien ramos y le haría una alfombra para que la pisara. Fíjate tú.

Burgos se ha convertido en la capital de la España cristiana y no se cabe en las calles, aunque ahora por el frío no sale mucho la gente. Los bares y los cafés están llenos a diario de soldados de permiso, convalecientes y visitantes. El otro día escuché en el Espolón la orquesta de los alemanes tocando música y fue maravilloso y muy emotivo. A pesar del frío, la muchedumbre que se agolpaba aplaudió a rabiar. Me dijeron que se iban a ir enseguida y que ya no tocarán más hasta el 24 de este mes. Espero que cuando tengas permiso, podamos ir juntos a escucharla. Te envió el libro que me pediste. En la página 42 te he puesto un billete de 25 pesetas, junto a una estampa de la Virgen del Socorro. Por favor, pónitela debajo de la camisa, junto al pecho, ¡ojalá espante a las balas rojas! Además, hay dos cajetillas de tabaco que le he comprado a un morito muy simpático.

Y nada más, con deseos de que te cuides y con ganas de que escribas enseguida, se despide de ti tu madrina, que te quiere y te aprecia.

Ana Marchena Muñoz

XII

*Soldado Roldán Vizcarrondo Sánchez
Cuarta Compañía, II Tabor de Regulares
II Año Triunfal
Plana Mayor, Logroño*

Mi querido Roldán:

Espero que al recibo de esta te encuentres bien de salud; yo muy bien, gracias a dios. Te diré que ayer sufrí un gran percance, que ha sido que me ha picado nada menos que una pulga, con el asco que me dan a mí esos bichos tan repugnantes.

Sabrás que trabajo en el taller de costura de doña Maruja, una mujer encantadora y buena cristiana, que me tiene en su casa por caridad. Arreglamos la ropa que los buenos cristianos y patriotas españoles nos envían desde lejanos lugares para que podamos vestir a los más necesitados de Burgos y su provincia y de toda España. A veces las ropas vienen de Galicia, Santander y Vizcaya y hasta de la parte de Alfambra, y de otros sitios más apartados, fíjate tú. Esas ropas no vienen lo suficientemente limpias y al ir a arreglar una partida de abrigos y capotes para este invierno, aparecieron las cinco pulgas, que parecían cien, fíjate tú. Una de ellas me picó. Voy a tener que rascarme hasta febrero, ¡dios no lo quiera!

Me sirven de consuelo las flores que tenemos en el taller, muchísimos ramilletes que un chico alemán, católico y de buena familia cristiana, le regala a mi amiga Mari Carmen, que habla con él. Dice que si pudiera le regalaría cien ramos de flores si con ello consiguiera su amor. Yo le digo que tenga mucho cuidado los alemanes, que tanto bien hacen a la España cristiana, son hombres, y

debe tener cuidado con el sexto mandamiento.

Perdona que no te escriba más, querido Roldán, de aquí a poco lo haré, no te quepa duda. Quiero que sepas que te tengo en mis oraciones. Todos los días le pido a la Virgen que te libre de todo mal en el frente y que tengas buen carácter cristiano y no contestes a tus superiores, que solo quieren tu bien. Te envió dos paquetes de tabaco, un mechero de yesca, una estampa de la Virgen para que te la pongas en el pecho y tres duros de papel en el libro que te mando, en la página 5.

Un abrazo muy grande, queridísimo Roldán, de tu madrina, que tanto te quiere y te aprecia.

Ana Marchena Muñoz

XIII

(Fragmentos del diario de Carmen Muñoz Blanco. Incompleto)

*¡Oh, mi amor, no corras tan deprisa, el barco aún no va a partir!
¡No corras, puedes caerte! Estoy en cubierta y te hago señas con la
mano, ¿acaso no me ves? Estoy aquí, en la proa, y te veo con tu nuevo
uniforme, ¿por qué no me ves a mí? Te hago señas, mi amor. No hagas
que llore, mi amor bonito.*

*Al médico le sobresale la barriga bajo la bata blanca. No me gustan
los hombres con barriga, me parecen descuidados.*

*¿Tiene problemas con el sueño?, me pregunta el médico, en ruso.
Por el acento, deduzco que puede ser polaco o alemán. En todo caso
el ruso no es su lengua materna. Últimamente, sí. Hemos detectado
que suele hablar en sueños. Eso puede acarrearle algunos problemas.
¿Es usted consciente, camarada? No lo sé. Lo comprobaremos de
nuevo... ¿Toma valeriana, las gotas que le receté? Sí, las tomo. Y sin
embargo, no le causan efecto. La falta de sueño agota al organismo,
aturde la mente, provoca hipertensión, taquicardias, visiones falsas...
Pero ese no es el mayor problema. Suponga que duerme con un
hombre y este le escucha hablar. ¿Qué pasaría? Una deducción
estúpida; si va a escribir un informe sobre mi facilidad para hablar
mientras duermo, no incluya deducciones sin sentido. No voy a dormir
con ningún hombre.*

*La camilla huele a limpio en aquella habitación aséptica. La
ventana se encuentra entornada, volteo la cabeza y aspiro el aire
limpio del jardín. Un ruiseñor canta en las proximidades, sus trinos se*

escuchan con toda nitidez. No puedo creerlo, ¿es un ruiseñor? El médico se llama Iván Demseovich, según el cartelito en el pecho, quizás un nombre supuesto. Su olor corporal, nada intenso, por otra parte, me molesta. Me dice algo acerca de mis irreprochables resultados en los test. Luego continúa con la guerra de España, el fascismo, el rearme de Alemania e Italia. La cháchara habitual.

Debí haber acudido a cualquiera de los médicos privados que se anuncian en la ciudad. De niña, mi madre me hacía tomar miel disuelta en leche templada, un remedio para dormir.

¿De dónde es usted? No es ruso, desde luego. En todo caso, el ruso no es la lengua de su madre. Y tiene malas digestiones, no digiere bien, come deprisa y no mastica lo suficiente. ¿Cree que eso dificulta su trabajo, doctor? ¿Sus informes son objetivos? Es usted asombrosa. ¿Acaso tiene estudios médicos? De momento necesito un poco más de valeriana..., por algún tiempo. Enseguida dejaré de expresar en voz alta mis sueños y podré dormir a pierna suelta. Y dígame dónde nació, pura curiosidad. La curiosidad debe ser controlada, bien administrada. ¿Qué importancia puede tener para usted saber dónde nació? Sonríe. Ya se encuentra a gusto, pisando terreno conocido. Dígame, camarada, ¿puede hacerme una cura de sueño? Eso es lo que pretendo. Empezaremos hoy mismo. Voy a intentar crearle una respuesta automática. ¿Pavlov? Pavlov y la hipnosis. ¿Le parece bien?

Me convencí de que lo amaba en 1933, en octubre, después de encontrarnos en el Círculo de Bellas Artes durante aquellas conferencias sobre salud natural que duraron cuatro semanas y a las que asistimos juntos. Lo había conocido a finales del verano después de una conferencia que dio en el Paraninfo de la Facultad de Letras sobre la República de Weimar y el peligro fascista. Más tarde nos encontramos en el bar de al lado, en la calle Norte, me acuerdo muy bien, nos pusimos a charlar mientras bebíamos vino peleón. Era un chico alto, delgado, con gafas, recién licenciado en Letras. Iba a especializarse en Historia y estaba opositando a cátedra. Era guapísimo. Me gustó lo que dijo: «Los fascistas no son otra cosa que burgueses en estado de pánico», y se echó a reír. Después alguien

mencionó lo sugestivo que resultaba el ciclo de conferencias sobre la salud natural que comenzaría en el Círculo de Bellas Artes unos días después. La salud natural era una verdadera revolución, un cambio en los hábitos de vida. Quedamos todos en vernos.

Ni siquiera sabía si él asistiría o no. La Sala de Columnas en el Círculo estaba llena de público y no lo vi. Recuerdo que pensé: «Soy tonta, una estúpida». Pero luego, finalizada la conferencia, fuimos en tropel a la cafetería del Círculo y él ya estaba allí en una mesa con amigos. Se habló del tema sobre el que había versado la charla. Y mientras él hablaba de los griegos y de la nueva moral sexual, lo imaginaba desnudo en la orilla del mar a mi lado. Era un pensamiento tranquilo, pausado, inevitable. En mi imaginación ambos permanecíamos tumbados en la arena sin hablar. ¿Era amor a primera vista? ¿Ver a alguien y ya está? En realidad comencé a amarlo en ese momento. Las novelas de Eduardo Zamacois y Felipe Trigo resultaban bobadas cuando describían amores súbitos, me parecían falsas. No había frases rimbombantes cuando pensaba en él, había anhelo por tenerlo a mi lado. ¿Eso era la lujuria? ¿Lo que reprochaban los curas?

No soy virgen, le dije la primera vez, un sábado en mi cama. Él no contestó, me besaba todo el cuerpo, lo hacía despacio, con lentitud, demorándose, hasta que fui perdiendo la vergüenza, ese extraño pudor. Se lo repetí otra vez. Entonces tenía veinte años, él, veintiuno. No importa, contestó él. No pude articular palabra. Tuve que cerrar los ojos, despojada ya de toda prevención. Más tarde, él me dijo: Qué bien hueles. Y mucho después: Me gusta que lleves el pelo corto..., así puedo besarte la nuca. Deja que te mire añadí yo, perdida ya definitivamente la vergüenza. Y más tarde: ¿Puedo hacértelo yo? Sí, creo que me gustaría. Hazlo muy despacio..., y no hables, por favor. Y los dos rompimos a reír.

Fue durante aquel sábado. Mi padre estaba en el café y la tata Isabel lo había observado con suspicacia cuando abrió la puerta, bien de mañana. Una mirada fija, reprobadora. «Vamos a estudiar, tata», le dije yo. Y él, entonces, la besó en la mejilla, sonriendo: «Encantado, tata, me llamo Juan». Eso fue así..., eso era el amor. Un gran banquete: tocar, chupar, amar, morder, lamer. Pero, también, cogerse de la mano, pasear, prestarse libros, ir al cine, al teatro, comentar lo que estaba ocurriendo en Italia y Alemania, en Hungría, el fascismo

como última oportunidad de resistencia al nuevo mundo que alumbraban las luchas del proletariado.

En una cafetería, uno de los camareros nos llamó la atención. «Les ruego que se contengan, aquí no se puede hacer eso». Nos besábamos, eso era todo lo que hacíamos. El camarero era un hombre mayor y Juan lo miró con simpatía y le dijo: «Disculpe». Su padre era camarero del café Levante. ¿Quieres que te lo presente algún día?, me preguntó.

De pronto me despertaba en medio de la noche y lo veía muerto, el pecho acribillado a balazos. Y era tan nítido, tan verdadero, que me estremecía de espanto mientras en el sueño escuchaba las bombas que estallaban a su alrededor, los silbidos de los proyectiles, el ruido de los aviones, los gritos de los moribundos, el tartamudeo de las ametralladoras, los cuerpos destrozados por las granadas. Pero en otro sueño estaba vivo, guapo y alto, y desfilaba con sus hombres por la Gran Vía de Madrid, y él sabía que yo, en ese momento, soñaba con él. Porque Madrid resistía, los fascistas no habían podido entrar. Las crónicas de Koltsov en Pravda contaban el heroísmo del pueblo madrileño. Madrid era invencible. Se luchaba en los suburbios casa por casa, en el Puente de Segovia, en la Casa de Campo, en Carabanchel, en Usera.

Le dije a Walter: Necesito que me busquéis un marido muerto o un novio. Alguien en quien pensar. Quiero guardar luto. Walter se me quedó mirando a través de los cristales de aumento de sus gafas redondas. Creí que podría echarse a reír, contestarme: «No lo pongas más difícil». Sin embargo se quedó en silencio, uno de sus prolongados silencios. Sí, está bien. No será difícil. Un poco más de trabajo, nada más. Sin razón aparente, me sentí feliz. Como si hubiera ganado una batalla personal. Entonces Walter añadió: Será la semana que viene. Ya tenemos tu documentación, tu nueva historia. Tendrás que aprendértela, ya sabes. Entrarás por Francia, un camarada te llevará a Biarritz. Allí alguien te aguardará con tu equipaje. Más tarde pasarás a España, ya está todo organizado. Tu destino es

Salamanca y después Burgos. Esa será la parte más difícil. ¿Por qué Burgos? ¿Cuál sería el pretexto? Habíamos pensado que fuera muy simple. Buscarías trabajo, pero ahora..., ahora será más fácil. Andarías buscando una solicitud de paga por viuda de guerra, tu novio requeté murió en combate antes de casaros. Presentarás cartas en las que expresa que quería casarse contigo. ¿Te parece bien? Eso es, un novio, no quiero estar casada. Walter sonrió: Hay tiempo, tu entrenamiento está resultando óptimo, ya estás casi lista, preparada. Lo decía de esa manera tan simple: «preparada», y después su otra frase preferida: «todavía queda tiempo».

Pero el tiempo no existía para nosotros. Juan y yo llevábamos tres años juntos y esa era la sensación, nos queríamos desde siempre. Leíamos juntos, marchábamos juntos, estábamos juntos. Pasaban los días en el calendario, pero era un tiempo diferente, estaba con él sin la sensación agobiante del paso del tiempo. Era como si hubiera estado así desde niña. Una sucesión de instantes. Eso era estar enamorada, amar a tu hombre.

¡Qué guapo de comandante en esa foto del periódico! La gorra un poco torcida a la izquierda sin sonreír, serio. Nos despedimos poco después. Yo iría a Barcelona, más tarde a Marsella. Un vapor me llevaría a México con escala en Canarias y las Azores. Formaría parte de la misión comercial de la embajada de España en la capital mexicana. Una suerte, la guerra había terminado para mí. Dimos una fiesta en el piso de la calle Viriato con Izcaray y Arman. Aquella noche lloré. No quiero casarme contigo, ni con nadie le dije en cierta ocasión. ¿Nuestro amor va a ser diferente? No importa..., y no va a ser diferente. Da lo mismo si nos casamos o no. Quiero estar siempre contigo. Te quiero, ¿sabes? Estoy loca por ti. Dame la mano y cierra los ojos. Y ahora dime si me quieres. Te amo, mi amor, te amo... ¿Por qué lloras? No lloro..., tengo miedo. ¿De qué? ¿De que no te quiera algún día? No, no..., negué con movimientos de cabeza. De que alguno de nosotros muera, de que los dos nos muramos. No estar juntos. Eso no va a ocurrir nunca. Pero ocurrirá. No, no va a ocurrir.

Nunca ocurrirá. Deja de llorar, mi amor. Los dos moriremos juntos.

Al terminar el periodo de instrucción, cerca del barco atracado en el muelle, en Odesa, Walter me abrazó con fuerza y me dijo: Cuidate, por favor, cuidate. Le di un sorpresivo beso en la frente. Mi lindo viejito, te quiero, ¿sabes? Cuidate tú también. Me fijé en los ojos de Walter. Eran ojos que parecían soñar, pero eran sagaces, capaces de ver en el interior de la gente. Estuve a punto de decirle: «Yo también te voy a echar de menos, ¿sabes?».

Walter me vio marchar por la dársena, entre la gente, hacia el vapor que me llevaría a un puerto del Mediterráneo oriental. Después, él no podría controlarme.

Seis días más tarde, en París, un hombre gordo del consulado soviético me dijo en un pequeño restaurante de la rive gauche: esta será su última documentación, vea, señorita, un salvoconducto de las autoridades de Burgos que le permiten viajar a Salamanca. Usted quiere que le reconozcan la viudedad de Juan González Urgoiti, su marido. Aquí tiene su historial, apréndalo de memoria y destruya el papel. No llegamos a casarnos. El hombre gordo me miró con suspicacia, la boca llena de foie de canard. Sí, eso es lo que quería decirle, amante o lo que sea..., el documento es muy explícito. Usted busca una pensión de viudedad por muerte en combate de su..., amante o novio. Tendrá que ir a las oficinas militares, al regimiento donde sirvió, y de allí regresará a Burgos, donde vivirá. Le hemos preparado su inscripción en el catastro de Burgos con fecha de marzo de 1936. No tiene cédula de trabajo. Y esto es todo. ¿Cómo sigue el bueno de Walter? ¿Qué Walter?, contesté.

Además tuve una maleta comprada en Burgos. La ropa era de mi talla, incluía un velo, el periódico salmantino El Adelanto y un misal gastado por el uso. Un pastor vasco me ayudó a cruzar la frontera.

XIV

(Fragmento de carta de DP a Ana Marchena Muñoz)

10 de enero de 1938

II Año Triunfal, Burgos

(ilegible) ... te quiero, sabes, te amo con todas mis fuerzas desde que te vi sentada en el mostrador del café Berlín. Desde entonces te quiero. Y te lo digo sin ningún rubor, es la primera vez que le digo esto a nadie. Me llena de vergüenza, pero tengo que decírtelo, quiero estar contigo el resto de mi vida, deseo cuidarte y amarte, deseo que te mueras conmigo, mi amor, que vivamos juntos el resto de nuestras vidas. Dulce amor, no te molestes, tengo que encarar este sentimiento tan profundo, tan honrado y cabal. Te amo, te amo y te amo. Sabré esperarte, vida mía, sabré esperarte a mi pesar.

Tuyo siempre,

Dimas Prado

Posdata: Este poema te lo dedico, lo escribí anoche insomne y lúcido.

Rayo de luz que rompe tinieblas

oscuras,

sediento y hambriento amor,

sublime.

Y tan humano pesar que no cesa,

ni se detiene, no desaparece en los

cielos imprecisos, en la áspera

tierra,

*seca de manantiales, hueca de amor,
donde un rayo me rasga el alma con
cegadadora luz,
con una palabra tibia, suave, desgarradora:
amor.*

XV

*Apuntes sobre mi hermano mayor, Guillermo Borsa García.
Madrid, 2011*

A los cuatro o cinco años mi madre me vendió por seis mil pesetas a un viejo que hacía carbón en los montes de Pancorbo. El viejo me tenía de criado, o de esclavo, para que le cuidara el fuego mientras él iba a recoger leña, aunque también tenía que hacerle la comida y limpiar la cueva que nos servía de morada. Al principio el viejo, cuando se marchaba a lo de las trampas, me amarraba en la cueva con una cadena y grilletes que él mismo había fabricado para que no me escapara. Luego se acostumbó a soltarme y a veces me llevaba con él a cortar leña o a cazar con trampas.

El viejo, del que nunca supe su nombre, se dirigía a mí como si fuera un perro, nunca me hablaba y me crie sin oírle hablar, escuchando solo lo que mascullaba en voz baja, aunque yo trataba de interpretar sus sonidos e imitarlos. El tiempo pasaba monótono haciendo carbón y comiendo lo que cazábamos. Por aquellos montes había caballos salvajes, lobos, jabalíes, águilas, corzos y conejos. Nunca nos faltó la carne.

Una vez al año, en verano, bajábamos a Pancorbo y el viejo vendía en el almacén del pueblo el carbón y las pieles de los animales que habíamos podido capturar. En el pueblo había unas cuantas casas, carros y personas que nos miraban de forma rara. Un día, un cura le preguntó al viejo, si yo era hijo de aquel teniente que estuvo de maniobras por la zona. El viejo le dijo que no, me había encontrado en el monte. En mi cabeza se formaban palabras y sonidos, pero no podía articularlos, no pude decirle nada a aquel cura. Pasó mucho

tiempo hasta que pude contestar, incluso, hablar seguido, aunque antes tuviera que ordenar las palabras en mi cabeza y luego expulsarlas fuera, organizadas, para poder hacerme entender. Para conseguir hacer eso tuvieron que pasar muchos años.

En Pancorbo, el viejo se emborrachaba y cantaba en la taberna. Pero terminaba pegándome con la vara ordenando que bailara al son de la música. Yo me ponía a dar saltos y saltos, la gente se reía y el viejo decía que ese era su perro, aunque no demasiado listo. Me pegaba mientras tenía fuerzas. Cuando se dormía borracho, cesaban los golpes y yo me atiborraba a comer.

Pero fui creciendo en edad y en ganas de matarlo. De modo que una vez cambié las trampas de lugar y conseguí que se acercara a ellas sin sospechar. Cayó en una de las trampas, que casi le cercena la pierna derecha. El viejo se puso a gritar, suplicándome que le ayudara a salir de allí. Los aullidos del viejo retumbaban en el valle, pero yo me senté en unas rocas cercanas, contra el viento, aguardando a que le devoraran las alimañas del monte.

Después hui con la navaja cabriterera del viejo y su zurrón. Pasé más de un año viviendo por el monte sin acercarme a las personas. Cuando lo hacía, los hombres me disparaban o salían corriendo. Una vez vi a una partida de guardias civiles que me buscaban monte a través. Decidí bajar a Burgos siguiendo las vías del tren. Sabía que era una ciudad que estaba al sur, como había escuchado en Pancorbo en cierta ocasión.

En un momento determinado de su perorata, le interrumpí: ¿No echabas de menos a tu madre? No, ni siquiera pensaba en ella –le contestó Guillermo–. Quería sobrevivir, solo eso. Por mi cabeza no pasaba otro pensamiento. ¿Y llegaste a Burgos? Sí, llegué, pero ¿sabes lo que más me gustaba mientras estuve en el monte? –Aguardé–. Mirar el tren..., me agazapaba arriba, en las peñas, y veía cómo pasaba, lanzando chispas y humo. Eso era bonito, me atraía y me asustaba al tiempo. –Se quedó pensativo–. En Burgos me junté con los mendigos y pude ir tirando. Enseguida aprendí que había que ir a las puertas de la catedral y de las iglesias, alargar la mano y esperar la limosna.

Guillermo dejó de hablar de pronto. Estaba ahora en pie, al fondo del salón, donde se encontraban los ventanales cerrados. De pronto se dio la vuelta y siguió contando:

En Burgos descubrí las cuadras del Regimiento de Caballería Rey Fernando y todas las noches que podía me iba a dormir con los caballos. Burlaba la vigilancia y pasaba la noche allí, caliente. Me alimentaba del pienso y algarrobas y por las mañanas, a toque de diana, me juntaba con los mendigos que comían las sobras de los ranchos del día anterior. Eso hizo que no me muriera de frío ni de hambre. Pero me descubrieron y me llevaron ante el comandante, nuestro padre, y él me puso el nombre de Guillermo Borsa García y me hizo los papeles. ¿Qué te hizo? Me hizo papeles y se inventó mi nombre, Guillermo Borsa García, nacido en Pancorbo (Burgos), hijo de María Borsa Bueno, fallecida, de padre desconocido, bautizado y voluntario en el ejército.

¿No tenías nombre? Ya lo sabes, Dimas. ¿A qué me haces estas preguntas? Quiero que queden escritas, mi hijo tiene que saber que tú eres su tío, que quede constancia.

Está bien, sigo... No, no tenía ningún nombre. Si mi madre me puso alguno, nunca lo dijo. Y el viejo jamás se dirigió a mí como persona. Nuestro padre me puso nombre y apellidos, los únicos que tengo. Calculó que yo debía de tener unos diecisiete años y me ingresó en el ejército. Fue el año 1925, cuando nos conocimos. Estar en el ejército marcó mi vida, Dimas. Comía todos los días, dormía en cama y aprendí a estar con los demás. Me convertí en asistente de nuestro padre, bueno, en el asistente de su asistente principal, el cabo Dueñas. Le lustraba las botas y le cuidaba el caballo. Pero aprendí a hacer la instrucción y a disparar. Sobre todo aprendí a dibujar mi nombre y así pude firmar, porque cuando me preguntaban si sabía leer y escribir yo decía que sí. Más tarde estuve en la guerra de Marruecos, cuando destinaron a nuestro padre al regimiento a Alhucemas a combatir a los rifeños de Abdelkrim. Luego me enganché en la Legión, allí estuve hasta el 30 o el 31. Ya ves, esta es mi historia.

Guillermo se quedó cabizbajo, dándole vueltas a la copa. Empezó a decir algo así como que el comandante Prado había sido su verdadero padre y yo, Dimas Prado, su hermano. Luego se puso a divagar que durante mucho tiempo llegó a pensar que ese padre desconocido que había preñado a su madre podía haber sido el teniente Prado, aquel joven oficial que apareció por Pancorbo conduciendo sus tropas de caballería en vistosos despliegues por los montes, según le dijo aquel cura.

Nos parecíamos físicamente, fijate tú. Una versión distinta, hermanito, ya ves. No creo en los curas, pero sí en dios, y estoy seguro de que la divina providencia dispuso que yo me encontrara con mi padre y mi hermano al mismo tiempo.

¿Has hablado de eso con mi..., digo, con nuestro padre? Algunas veces, pero él sonreía y me decía: «puede ser, Guillermo, puede ser».

Esto se ha acabado, Guillermo. Dame la última copa de coñac, hermano, mi hermano mayor.

No..., no lo hagas, Dimas. De..., deja la pistola.

Guillermo, perdóname..., tú..., tú eres mi hermano, pero él es ... Júrame que le vas a entregar el cuaderno, júralo.

FIN

Salobreña-La Habana-Madrid
enero 2013-octubre 2016

Agradecimientos

Esta novela no hubiera existido sin la constante presencia de mi compañera Elena, correctora infatigable y certera.

Vaya mi agradecimiento para Mirian Lopes Moura por sus consejos y su lectura. A los profesores Enrique Rodrigues y Doris Pany por su ayuda espontánea y desinteresada. Y al historiador Juan Pro y a mi editor Manuel Florentín, siempre ecuanímenes y generosos en sus puntos de vista. Si hay errores por ahí no son de ellos, sino míos. Valeria Ciompi se merece ser tratada y querida más allá del trabajo propio de los editores. Mención aparte merecen también Carina Pons y la gente de la Agencia Literaria Carmen Balcells. A todos ellos les doy las gracias por sus recomendaciones.

Juan Madrid y Carmen Muñoz, mi padre y mi madre, tienen una importancia especial en mi vida y en esta novela. Ambos, como tantos otros, fueron republicanos y

lucharon por sus ideas contra el fascismo y padecieron en sus carnes la represión y el desprecio de los vencedores. Muertos en 1970 y en 2014, perduran en mi memoria. Esta novela fue escrita en su honor.

Es sabido que cuando escribo a veces tomo rasgos y actitudes de amigos y desconocidos de los que pido prestados gestos y hasta caras. En este caso me sobran los recuerdos. De niño, con no más de doce años, me juntaba con los que yo consideraba «viejos» y «viejas» y los interrogaba sobre sus recuerdos y vivencias de la guerra civil. Tengo una gran deuda de gratitud con Eduardo Pons Prades y con tantos otros combatientes de la guerra que me hablaron y me contaron largo y tendido sobre sus vidas.

En 2007 escribí, dirigí, monté y presenté un documental llamado *La Carretera de la Muerte* para la productora de mi amigo y escritor Alfonso Domingo sobre los ataques de la artillería naval y la aviación franquistas contra la masa de población civil que huía de Málaga a Almería en 1937. Sea para los participantes de esta gesta, también, esta novela.

Bibliografía básica

BEEVOR, Antony: *La guerra civil española*, Barcelona, Crítica, 2005.

BENNASSAR, Bartolomé: *El infierno fuimos nosotros. La guerra civil española (1936-1942...)*, Madrid, Taurus, 2005.

GRAHAM, Helen: *La guerra civil y su sombra*, Barcelona, Crítica, 2013.

KOWALSKY, Daniel: *La Unión Soviética y la guerra civil española*, Barcelona, Crítica, 2003.

PRESTON, Paul: *El final de la guerra. La última puñalada a la República*, Barcelona, Debate, 2014.

PUELL, Fernando: *Atlas de la guerra civil española*, Madrid, Síntesis, 2007.

SOUTHWORTH, Herbert R.: *El mito de la cruzada de Franco*, Barcelona, Debolsillo, 2015.

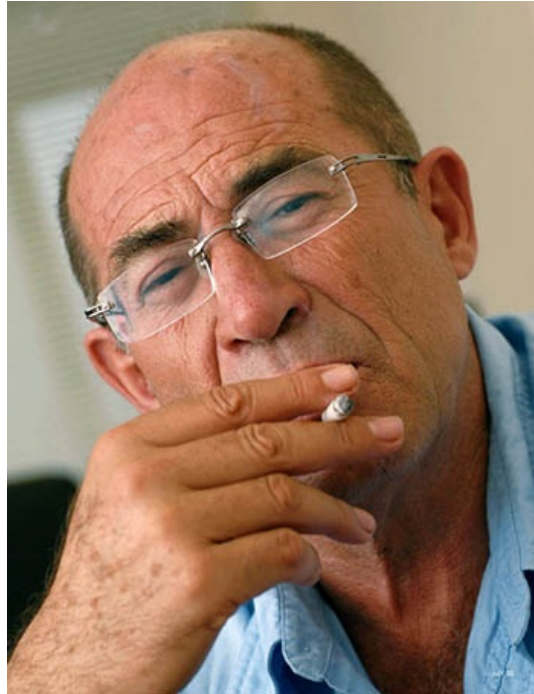
VIÑAS, Ángel: *La conspiración del general Franco y otras revelaciones acerca de una guerra civil desfigurada*, Barcelona, Crítica, 2011.

VV. AA: *Los mitos del 18 de Julio*, Barcelona, Crítica, 2013.

VV. AA.: *Grandes batallas de la guerra civil española*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2016.

ZAVALA, José María: *Los expedientes secretos de la guerra civil*, Madrid, Espasa, 2016.

Este libro se acabó de realizar el 14 de abril de 2017,
ochenta y seis años después de la proclamación de la
Segunda República española



Juan Madrid (Málaga, 12 de junio de 1947) es un escritor, periodista y guionista de cine y TV famoso, ante todo, por sus novelas policiacas protagonizadas por Toni Romano.

Licenciado en Historia Contemporánea por la Universidad de Salamanca, trabajó en varios oficios hasta desembocar en el periodismo en 1973. Ha sido redactor en revistas como *Cambio 16*, además de escribir numerosos reportajes en revistas nacionales e internacionales.

Publica su primera novela *Un beso de amigo*, en 1980, después de quedar finalista del premio convocado por la colección *Círculo del Crimen* de la editorial Sedmay. Ha publicado cuarenta libros entre novelas, recopilaciones de cuentos y novelas juveniles y es considerado uno de los máximos exponentes de la nueva novela negra o urbana europea. Su obra ha sido traducida a dieciséis lenguas.

Ejerce regularmente la docencia en instituciones de España, Francia, Italia, Argentina y Cuba, destacando entre otras la Escuela Internacional de Cine y TV de San Antonio de los Baños en Cuba y Hotel Kafka de Madrid.

Asimismo ha sido jurado en numerosos premios relacionados con la literatura y el cine.

Algunos de sus títulos se han llevado al cine como *Días Contados* (dirigido

por Imanol Uribe) o *Tánger* (realizada por él mismo). Ha realizado guiones para la televisión como *Brigada Central* (publicados posteriormente como una serie de novelas).

Table of Contents

[Título](#)

[Información](#)

[Nota del autor](#)

[Apertura](#)

[Inicio](#)

[Primera Parte](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[Segunda Parte](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

Tercera Parte

1

2

3

4

5

Apéndices

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

Agradecimientos

Bibliografía básica

Autor